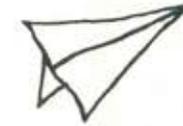


EL CIELO



AÑO 1 - Nº 2 - OTOÑO 1991

EL CIELO
POR ASALTO

PERRY ANDERSON — N. BOBBIO:
LIBERALISMO Y SOCIALISMO /
E.P. THOMPSON — F. HALLIDAY:
CRISIS Y FUTURO DEL
SOCIALISMO / TONI NEGRI:
ESTADO Y CRISIS / DOSSIER
FEMINISMO LATINOAMERICANO:
GINA VARGAS, M. ROSENBERG /
J. O'CONNOR: MARXISMO Y
ECOLOGIA / MATELLANES: CRISIS
DE LA HEGEMONIA U.S.A. /
SOBRE A. BADIOU Y C. OFFE

Ediciones
Imago
Mundi

CaD

LO

PO

ASALTO

EL CIELO POR ASALTO

AÑO I - Nº 2 - OTOÑO 1991

Comité Editor

Mabel Bellucci
Atilio Borón
Blas de Santos
Eduardo Grüner
María Alicia Gutiérrez
Martha Rosenberg
Horacio Tarcus

Comité Asesor

Perry Anderson
Agustín Cueva
José C. Escudero
Adolfo Gilly
Michael Löwy
Ernest Mandel
Juan Carlos Marín
Eduardo Menéndez
Adolfo Sánchez Vázquez
José Sazbón
Hugo Zemelman

Ediciones Imago Mundi

Loria 1821 (1241) Buenos Aires,
Argentina
Diseño de David Beltrán Núñez
Composición y Armado:
Germán Cárdenas

Queda hecho el depósito que
marca la ley
Suscripción anual (4 números):
U\$S 50
Cheques y giros a nombre de
Blas de Santos

Sumario

EDITORIAL

3

DOSSIER FEMINISMO LATINOAMERICANO

9

- Virginia Vargas, El movimiento feminista latinoamericano: entre la esperanza y el desencanto 9
- Martha Rosenberg, Desigualdades y diferencias. Acerca del V Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe 25
- Documento, Del Amor a la Necesidad 33
- Documento, El Feminismo de los '90, desafíos y propuestas 36

TEMAS

41

- E.P. Thompson, Los finales de la guerra fría: réplica a F. Halliday 41
- Fred Halliday, Contrarréplica a E.P. Thompson 48
- Perry Anderson, Las afinidades de Norberto Bobbio 53
- Bobbio/Anderson, Epistolario 85
- Antonio Negri, J.M. Keynes y la teoría capitalista del Estado en el '29 97
- James O'Connor, La segunda contradicción del capitalismo. Sus causas y consecuencias 119
- Marcelo Matellanes, EEUU: decadencia económica y poderío militar. Los costos de la agonía imperialista 127

RESEÑAS CRITICAS

137

- Raúl Cerdeiras, Alain Badiou: La crisis del marxismo y las tareas de la filosofía 137
- Horacio Tarcus, Claus Offe o los límites de la teoría sistémica del Estado 141

Editorial

"El límite extremo de lo posible sólo puede alcanzarse extendiendo la mano hacia lo imposible. La posibilidad realizada es el resultado de imposibilidades a las que se ha aspirado. Pretender lo objetivamente imposible no significa, pues, insensata ilusión u obcecación, sino política práctica en el más profundo sentido."

Karl Liebknecht

"La política consiste en una dura y prolongada penetración a través de tenaces resistencias, para las que se requiere, al mismo tiempo, pasión y medida. Es completamente cierto, y así lo prueba la historia, que en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez."

Max Weber

La reivindicación racional de la utopía -avalada por dos autores tan disímiles como los citados más arriba- y la necesidad objetiva de preservar nuestra capacidad para discernir, en el horizonte de la historia futura, los perfiles de la sociedad socialista a la cual no renunciamos, han constituido dos de los estímulos más apasionantes que nos impulsaron a publicar **El Cielo por Asalto**. Despojados de toda soberbia, vacunados ya definitivamente contra aquellas viejas tentaciones que tanto daño hicieron a la izquierda y que remataban en una u otra especie de "vanguardismo"; pero también sin falsas modestias, concientes de que la fecunda tradición teórica fundada por Marx y enriquecida con el aporte de algunas de las cabezas más brillantes y profundas del último siglo y medio tiene una superioridad aplastante en relación a cualquiera de los paradigmas teóricos rivales.

El diluvio retórico y la confusión generadas por la precaria estabilización del capitalismo internacional -que emerge victorioso sobre los escombros del otrora "campo socialista"- y el fracaso de los más importantes experimentos realizados en nombre de Marx han favorecido el auge del neoconservadorismo. Uno de sus rasgos es la exaltación de una visión triunfalista, por el cual una fuerza social epocal como la burguesía cree -y pretende que los demás también creen- haber bebido en la fuente de juvenencia de la racionalidad capitalista el elixir que le otorga el don de la eternidad, y a partir del cual se proclama el fin de la historia. Pero tamaña superchería no puede subsanar las grietas teóricas de la cosmovisión burguesa, mortalmente herida por las contradicciones que el propio desarrollo del capitalismo recrea incesantemente: desaparece la "amenaza soviética" y ya golpea a las puertas el Sadam Hussein que la industria militar de Occidente se encargó de armar hasta los dientes; los Estados Unidos son aclamados como la única superpotencia sobreviviente de la guerra fría, pero emerge bajo la figura

poco respetable y paradójal del mayor deudor del planeta; se nos dice que la democracia liberal ha triunfado de aquí a la eternidad, pero sus más probables e inquietantes custodios parecen ser la Alemania reunificada y el arrollador Japón, dos potencias cuya enojosa relación con la democracia es por todos de sobras conocida; se nos asegura, por último, que "ha estallado la paz" pero lo que parece estar a punto de estallar es el fragilísimo mosaico de etnias y nacionalidades de la Europa Central y los Balcanes, perpetua manzana de la discordia de cuantas guerras asolaron al Viejo Continente en los últimos quinientos años.

Conviene rememorar, en momentos en que el sentido común neoconservador parece expandirse con una fuerza irresistible, adquiriendo el inmerecido status de una verdad científica, aquella incisiva respuesta que Lukács espetara al fiscal stalinista. Este pretendía fundamentar su condena acudiendo a un profuso rosario de citas extraídas de los "textos sagrados", adecuadamente interpretados por los publicistas de la Academia de Ciencias, y mediante los cuales se procuraba demostrar la heterodoxia del autor de **Historia y Conciencia de Clase**: "aunque un conejo se pare sobre la cumbre de los Himalayas -le dijo Lukács- siempre seguirá siendo un conejo". Un burócrata o un policía parados sobre los tres tomos de *El Capital* no se convierten por ese simple acto en teóricos marxistas: seguirán siendo un burócrata y un policía. Análogamente, una construcción teórica magullada por las "duras réplicas de la historia" -para usar la feliz expresión de Norberto Bobbio- seguirá siendo incapaz de dar cuenta adecuadamente de la realidad, aunque se empine por sobre los restos de una esperanza marchitada.

El triunfalismo de la ideología burguesa tiene su contrapartida en el derrotismo de una izquierda que también ella supo alguna vez caer en idéntico vicio. Si su triunfalismo fue pernicioso en los años sesentas y parte de los setentas -al difundir la falsa creencia de que puesto que la historia "jugaba a nuestro favor" el resultado final del proceso histórico ya estaba definido de antemano-, el liquidacionismo y la desesperanza que parecen inundarlo todo en estos tiempos de derrotas están lejos de ser respuestas saludables y maduras ante los acontecimientos y frustraciones que a todos nos han golpeado muy duramente. La capitulación teórica e ideológica ante la victoria pírrica del capitalismo sólo servirá para dilatar aún más los largos tiempos de la reconstrucción del proyecto socialista. El capitalismo no ha demostrado su superioridad como régimen social: el colapso de los "socialismos realmente existentes" prueba más la endeblez económica y las gravísimas -e inadmisibles- deformaciones políticas y éticas de un conjunto de experiencias reñidas con los predicados centrales de la teoría marxista que las virtudes de la economía del mercado o del liberalismo político. Del mismo modo, su práctica desaparición de la escena europea contemporánea prueba más que nada el agotamiento de un primer ciclo de revoluciones socialistas que el definitivo agotamiento del ideal. Ya el viejo Engels nos advertía sobre los riesgos que conllevaba la transformación de la impaciencia en un argumento teórico: la historia del capitalismo está saturada por los avances y los retrocesos, surcada por experiencias abortadas y renaceres impetuosos. ¿No nació acaso en las magníficas ciudades del Renacimiento italiano, sólo para ser sofocado por varios siglos en la península? ¿Y cuánto tiempo tomó su definitiva implantación en Inglaterra y Francia? ¿Por qué suponer que el socialismo habría de discurrir por un sendero rectilíneo y ascendente, sin quebrantos ni retrocesos?

Esta constatación nos permite fundar la actualidad y la necesidad objetiva de contribuir, desde **El Cielo por Asalto**, a estimular y participar en un debate total, sin tabúes ni fetiches, desde las grandes certidumbres teóricas a los pequeños acontecimientos de la historia. Creemos que es imperioso que la izquierda latinoamericana enfrente con responsabilidad las consecuencias dolorosas de una crisis, y que una de las formas más productivas de hacerlo es planteando sin ambages las preguntas que nos acosan y las dudas que nos atormentan; confrontando posiciones teóricas y propuestas prácticas; descubriendo, en suma, las discontinui-

dades y las rupturas tanto como las ligazones y los acuerdos. Esto nos conduce inexorablemente a la recuperación de la teoría, porque la adecuada comprensión de los temas puntuales, de los conflictos, o de los rasgos estructurales y/o coyunturales que caracterizan una situación determinada es imposible al margen de un trabajo que sea también teórico, que nos permita elevamos a la universalidad de la teoría, para desde allí emprender ese famoso "viaje de retorno" del que Marx nos hablara en su célebre **Introducción de 1857**.

Fieles a este espíritu, esta segunda entrega de **El Cielo por Asalto** pone a disposición de sus lectores una serie de trabajos de excepcional importancia articulados en torno a cuatro temas: el feminismo latinoamericano, la crisis y el futuro del socialismo, las problemáticas reconversiones del capitalismo y los desarrollos y obstáculos principales que caracterizan a ciertas aportaciones teóricas contemporáneas.

Si fuera necesario argumentar acerca de por qué un dossier sobre el feminismo latinoamericano -más allá del impacto teórico y práctico de la realización en nuestro país, en noviembre de 1990, del V Encuentro Latinoamericano y del Caribe, al que concurrieron más de 2500 mujeres- señalaríamos como un hecho inescapable a la percepción menos avisada el creciente proceso de feminización de las luchas sociales en la región. Desde una cotidianidad anónima e invisible, inherente al espacio doméstico, que los embates de la crisis económica y la descomposición moral agreden sin pausa, las mujeres han creado vigorosos movimientos sociales en los que, a pesar de no ser exclusivos de su género, el liderazgo femenino imprime rasgos específicos que marcan una lógica y una metodología diferentes. En el caso argentino la vinculación de esta temática teórica con nuestra experiencia política práctica es insoslayable. Recuértese el papel de las mujeres en la creación y sostenimiento de esos formidables arrietes morales que tan decisivamente contribuyeron a la retirada de la dictadura: los movimientos en defensa de los derechos humanos. Piénsese también en su creciente protagonismo gremial, su activo liderazgo en movimientos contestatarios de los ciudadanos de la tercera edad y, por último, su descollante presencia en una plétora de grupos y asociaciones de diverso tipo, todo lo cual ha modificado sustancialmente ciertos aspectos de la escena política nacional. Un error muy grave, y del cual el artículo de la feminista peruana Gina Vargas nos previene, es suponer que la gran diversidad de las formas de expresión de los movimientos de mujeres podría abonar la tesis que sostiene la inexistencia de ese movimiento. En su trabajo Vargas sostiene que ello debe más bien considerarse como un testimonio de su particularidad y un desafío a la imaginación política de las feministas. Esta situación se complica por cuanto estos movimientos sociales se constituyen en la intersección de dos etapas históricas: una modernidad inconclusa y una postmodernidad aún por definirse, y es bajo esta doble perspectiva que deben interpretarse los des-encuentros de los Encuentros. Por su parte, Martha Rosenberg apunta a ciertos límites cuyo reconocimiento permitiría una articulación género/clase, en la mira de transformaciones estructurales complejas del capitalismo patriarcal. Completamos este dossier con dos documentos significativos de los últimos Encuentros Feministas que ilustran los alcances y las limitaciones del pensamiento feminista latinoamericano. Esperamos de esta manera contribuir a abrir un debate que convoque más colaboraciones sobre este tema.

El segundo núcleo temático retoma ciertos contenidos desarrollados en nuestro dossier anterior referido a la crisis y futuro del socialismo. La polémica, esa vieja travesía entre dos corrientes encontradas, se recrea en este número de **El Cielo por Asalto** gracias a dos debates, excepcionales por la agudeza y profundidad de los argumentos puestos en juego y la delicadeza y respeto con que se plantean posiciones enfrentadas. En el primero de ellos E. P.

Thompson, el reconocido militante del movimiento pacifista y autor de un libro célebre: **La formación de la clase obrera inglesa** cuestiona algunas tesis centrales del artículo de Fred Halliday "Los finales de la Guerra Fría" publicado en nuestra primera entrega. Junto con la intervención de Thompson reproducimos también la respuesta de Halliday, en el entendido de que ambas piezas originan un riquísimo intercambio teórico-grávido de implicaciones prácticas- que arrojan nueva luz sobre algunos de los rasgos centrales del prolongado período histórico conocido como la "guerra fría" y que sin duda alguna permitirán afinar los instrumentos analíticos aptos para el análisis del sistema internacional.

La **New Left Review** publicó también un excelente artículo de Perry Anderson, "Las afinidades de Norberto Bobbio", en donde se efectúa una minuciosa radiografía política e intelectual del principal teórico político viviente. Este trabajo había sido anteriormente difundido en sus versiones preliminares, no así en la versión definitiva y con una nueva traducción y revisión técnica hecha por nosotros y que reproducimos a continuación. Agregamos también una segunda polémica, un amistoso pero punzante contrapunto teórico entre Norberto Bobbio y Perry Anderson, en donde se pasan revista a problemas tales como el "socialismo real" y la democracia, las "democracias realmente existentes" y los límites del reformismo, la política y la teoría y, entre varios otros, el problema de la violencia revolucionaria y la guerra justa. Este material ha sido traducido íntegramente de los originales ingleses e italianos, y se publica por vez primera, de forma íntegra, en lengua castellana.

El tercer núcleo, referido a las crisis capitalistas y sus diversas recomposiciones, es abordado desde tres perspectivas diferentes. Sobre la crisis de 1929 y la emergencia del Estado Benéfactor se ocupa Antonio Negri, notable teórico italiano. La originalidad y actualidad de su texto - y que justifica exhumar un trabajo que tiene casi veinte años y que es prácticamente desconocido en la literatura especializada en América Latina- radica en que, en una atmósfera intelectual dominada por el falso discurso liberal que sostiene que el capital se opone al intervencionismo estatal, demuestra como aquél ha "politizado" la economía y "estatificado" su proceso de acumulación. Por otra parte, no es poco mérito el haber planteado como la constitución del estado keynesiano fue decisivamente influida por el papel de la clase obrera y por los eventos del Octubre rojo en Rusia. Saltando a la actualidad, Marcelo Matellanes y James O'Connor se ocupan de la crisis y reconversión capitalista actualmente en curso. El autor de **La crisis fiscal del Estado** propone, para comprender a la crisis presente, la tesis de una "segunda contradicción del capitalismo". Además de la oposición capital/trabajo y de su dinámica, que conduce a las crisis clásicas de sobreproducción, O'Connor enfatiza el rol de las crisis autoinducidas de escasez de recursos del capitalismo, y el rol cuestionador que al respecto juegan los nuevos movimientos sociales. Finalmente, Matellanes presenta un cuadro de conjunto de la economía mundial tras la crisis del modelo fordista y el impacto desigual de las hegemonías económica y político-militar, poniendo especial énfasis en las perspectivas y límites de una posible reconstitución de la hegemonía norteamericana luego de la Guerra del Golfo Pérsico y el papel que los conflictos internacionales pueden jugar al respecto.

Finalmente, en un nuevo espacio destinado a reseñas críticas y recensiones bibliográficas Raúl Cerdeiras y Horacio Tarcus se ocupan de evaluar nuevos derroteros en - y más allá del- pensamiento teórico marxista. El primero, preocupado muy especialmente por las cuestiones epistemológicas, presenta la obra de Alain Badiou y describe y analiza el camino emprendido por el filósofo francés tras la crisis del althusserianismo y que habría de llevarlo más allá del estructuralismo. Tarcus, por su parte, propone una evaluación crítica de la obra del teórico alemán Claus Offe, a partir de la tensión entre un modelo explicativo que enfatiza una dinámica sistémica y otro que hace hincapié en la historicidad y la acción de los sujetos sociales.

Esto es todo lo que tenemos para ofrecer en este número. No podemos negar nuestra satisfacción ante la calidad del material que estamos poniendo al alcance de nuestros lectores. La respuesta suscitada por nuestra aparición nos obliga a trabajar sin desmayos para colocarnos a la altura del compromiso que hemos asumido. Somos conscientes de que hay mucho por hacer, pero no queremos menospreciar el modesto trecho que ya hemos avanzado. Hoy damos un segundo paso, y esperamos regularizar definitivamente las entregas a partir del próximo número. No quisiéramos aburrir al lector narrando las peripecias que hemos enfrentado ni las dificultades que nos retrasaron. Hemos puesto un cuidado muy grande en asegurarnos la absoluta confiabilidad de las traducciones, lo que equivale a decir asumir un verdadero trabajo de Sísifo que amenaza con hacer sucumbir a **El Cielo por Asalto** a menos que se concentren todos los esfuerzos en ese frente. Pero pensamos que las graves deficiencias que caracterizan a casi la totalidad de las obras traducidas del extranjero demanda un sacrificio como éste. Confiamos en que nuestros lectores sepan apreciar nuestra dedicación y nos recompensen acercándose a la revista, proponiendo ideas, temas y trabajos. Confiamos también que el resentido y malicioso duende de la ignorancia, que habita todas las imprentas del mundo desde que Johann Gutenberg inventara la imprenta, no nos vuelva a jugar una mala pasada colándose en medio de sofisticados programas de *software* para producir, como lo hizo de manera inclemente sobre todo en nuestro primer editorial, una verdadera sopa de letras que mueve más a la risa que al llanto.

InCI

Virginia Vargas

El movimiento feminista latinoamericano: entre la esperanza y el desencanto (Apuntes para el debate)

Introducción

El movimiento feminista ha tenido un desarrollo visible, audaz y creativo en América Latina. Sustentado en cientos de iniciativas, en redes temáticas y de acción que cruzan y unen la fuerza de las mujeres de todo el continente, a lo largo de casi 15 años, ha desplegado una práctica enormemente cuestionadora pero, como todas las prácticas sociales, también enormemente ambivalente. La realización, desde 1981, de 5 Encuentros Feministas de Latinoamérica y el Caribe, cada dos años primero y luego cada tres, nos provee de una rica experiencia que permite revisar las prácticas y los conceptos que se han ido elaborando para pensar estrategias comunes y específicas para cada realidad, como posiblemente ningún otro movimiento social en América Latina.¹

"Que mujeres latinoamericanas rasgasen las cortinas nacionales para decir de mil maneras y lenguajes la validez de su ruptura y de su emancipación; que sin importar de qué lugar se proviniese -si de los procesos duros en que se asienta agudamente la violencia política o si de los otros, enmarañados en tramas más sutiles-, el hecho cierto es que una gran cantidad de mujeres latinoamericanas y caribeñas...se reunieran...con el solo gran acuerdo previo de su mutua presencia..., todo eso estaba hablando a las claras de otra manera de hilvanar la trama para la liberación de nuestra historia" (Kirkwood, 1986, p. 207).

Pero los Encuentros nos han dejado también algunos "nudos", que acumulan en sus hilos des-encuentros, impacencias, intolerancias, paradojas, efectos enfrentados, que evitan de mil maneras que estas mismas mujeres -nosotras- expresemos también de mil maneras y lenguajes la validez de nuestras rupturas. Porque, como señala la misma Julieta, en relación a los Encuentros Feministas:

"Con nuestra revolución se levanta una inmensa cantidad de expectativas y muchas de ellas llevan el sello de lo absoluto. No ver al otro, a la otra, es también nuestra escuela." (Kirkwood, 1986, p. 213-214) (el subrayado es mío)

Este artículo pretende analizar estos nudos que traban, por momentos, el desarrollo de nuestra propuesta emancipatoria. No son los nudos lo que define toda la práctica del movimiento feminista latinoamericano, pero salen con más fuerza cuando, como ahora, los cambios en el clima político, económico y cultural no logran generar aún un nuevo horizonte referencial.

Analizaré estos nudos a través de la reconstrucción de los Encuentros Feministas, espacios privilegiados que cristalizan y expresan las grandezas y las limitaciones del movimiento.

Ello exige sin embargo trascender la dinámica misma de los Encuentros y analizar las condiciones del surgimiento del movimiento feminista, sus herencias, sus fuentes teóricas como también las bases de sus rupturas.

La modernidad y los tiempos mixtos

América Latina ha vivido, desde las primeras décadas de este siglo, en mayor o menor grado, en procesos más o menos acelerados, el tránsito complejo y contradictorio a la modernización y, con ello al clima político y cultural de la modernidad. Transición que muchos autores han caracterizado como el paso desde un orden recibido a un orden producido, como búsqueda de los grupos sociales excluidos de una ciudadanía plena.

El proceso de modernización fue buscado a través de diferentes caminos: propuestas socialistas, propuestas populistas y propuestas liberales, estas últimas de menor significación; todos ellos trataron de dar respuesta y alternativa a la modernización tradicional de la oligarquía. Se impuso, por una serie de razones políticas y de estructura social la propuesta populista, (López, 1990), que coloca en el vértice a un caudillo carismático y establece con las masas una relación afectiva y pasional, sustento de la manipulación pero en la que estas mismas masas encuentran una forma de expresarse políticamente (Weffort, 1968),¹ afianzando el principio participativo de la política en América Latina.

Otra vertiente fundamental de pensamiento modernista lo trae el marxismo y sus diferentes expresiones socialistas, que marcaron los paradigmas del cambio social. Unos y otros han tenido peso decisivo en la estructuración del pensamiento, en la subjetividad y en los aspectos más relevantes de la formación de la conciencia latinoamericana moderna.

Estas características, más la realidad subordinada del continente, llevó a que en nuestras sociedades el proceso de modernización tuviera características peculiares, porque fue un proceso trunco e inconcluso que, a diferencia de Europa y Norteamérica, donde la modernidad implicó procesos de integración social y ciudadana relativamente completos, en nuestros países, por el contrario, no alcanzó la realización de sus contenidos emancipatorios en toda su dimensión (Calderón, 1988).

Este proceso, inconcluso y excluyente, tuvo efectos ambivalentes. Si bien generó y profundizó la marginalización de amplios sectores sociales, regiones y culturas, al mismo tiempo sin embargo facilitó el proceso de integración y ampliación del horizonte referencial y la subjetividad social. Así, la modernización fue trunca, pero el clima de la modernidad, que hace referencia básicamente a la autodeterminación política y la autonomía moral (Quijano, 1988), logró permear a grandes sectores de la sociedad, marcando sus aspiraciones y subjetividades.

En breve, una modernización trunca, unida a la multiculturalidad y pluriétnicidad del continente, a la crisis y la pobreza crecientes, a los efectos del narcotráfico y el terrorismo en muchos países, ha generado un producto muy particular, donde conviven varios procesos y pensamientos, "...unos completando la modernidad, otros desarrollando la confusa postmodernidad y algunos otros manteniendo la premodernidad", pero todos ellos conviviendo mixtos y subordinados. (Calderón, 1988). Estos tiempos mixtos, que contienen sus propias exclusiones y subordinaciones, tienen un peso fundamental en la cultura política del continente.

¹ El populismo completaba su propuesta asumiendo el distribucionismo como política económica y la industria sustitutiva de importaciones como modelo de desarrollo, en el que el Estado jugaba un papel fundamental.

El movimiento feminista: una expresión más del tránsito a la modernidad

El movimiento feminista surge en la fase final de la transición hacia la modernización, influido por ella pero poniendo en tensión su lógica. Tributario de la expansión de la modernidad y de los efectos parciales de la modernización, se benefició del mayor acceso de las mujeres a la educación, de las migraciones, de la urbanización acelerada, de la ampliación del mercado de trabajo, de los antagonismos políticos provocados por los discursos que apelaban a su subordinación y aquellos que reclamaban su emancipación.

En suma, la expansión de la modernidad y los efectos parciales de la modernización, otorgaron ventajas claras para las mujeres: de ahora en adelante tenían también la posibilidad de rechazar un orden prescrito, de cuestionar el carácter natural de su subordinación, de intentar construir un sentido colectivo a la acción.

Y, en este contexto, aportando enormemente al nuevo clima político y cultural, avanzando con firmeza en el cuestionamiento de los viejos, monocordes y excluyentes paradigmas, revitalizando la dimensión subjetiva, el movimiento feminista se desplegó con fuerza y audacia en toda América Latina. Su surgimiento se alimentó entonces de la disolución de una serie de certezas con las cuales había vivido el continente durante muchas décadas: desde fines de los '70 y a lo largo de los '80 la confianza en las bondades del progreso para todos los ciudadanos y naciones, la capacidad del caudillo carismático para enfrentar los problemas nacionales, la confianza en el Estado y las instituciones y partidos políticos, considerados como motores del cambio social, comienzan a debilitarse. Las dictaduras reinantes en la región se encargaron de cuestionar el mito del progreso, el mito de la inevitabilidad del socialismo y de evidenciar los límites del populismo; el eje de la política se desplaza de la escena pública oficial hacia la sociedad civil (Guzmán, 1990). El surgimiento de sujetos sociales diversos y de movimientos sociales en los que se sienten expresados, contribuyó más que ningún otro hecho a cuestionar algunas de las certezas que el modernismo en sus expresiones populistas y marxistas habían diseminado.

Sin embargo, la contradicción fundamental del modernismo, de impulsar la individualización de la vida social, de abrirse a valores individuales y plurales por un lado y, por otro, aprisionarlos en estructuras monovocales, monológicas y totalizantes, reduciendo la pluralidad a un solo standard (Yeatman, 1989), comienza a desplegarse en toda su complejidad.

Esta contradicción también se expresa en el movimiento feminista, en la manera de considerar a las mujeres y en la autopercepción y prácticas sociales que va generando. Porque el feminismo surgió al mismo tiempo como parte de y como respuesta al modernismo, criticando desde el inicio los viejos paradigmas de la acción y del conocimiento, pero a la vez, influenciado por ellos.

¿Universalidad sin diferenciación?

El movimiento feminista no fue ni pudo ser ajeno ni a los tiempos mixtos ni a las corrientes dominantes del pensamiento y la acción política. Como todo movimiento social que surge en la transición a la modernidad, está obligado a construir un sentido para su acción y para la sociedad. Construcción que puede darse desde una visión excluyente o desde la pluralidad.

Desde el comienzo convivieron en tensión, a veces enriquecedora, a veces empobrecedora, la amplitud de visión, las propuestas subversivas frente a la lógica autoritaria de las sociedades latinoamericanas, el reconocimiento de las diferencias, el impulso a la emergencia de voces plurales, la politización de la vida cotidiana -que percibimos ahora como los aportes

fundamentales del movimiento feminista en América Latina- en conflicto y/o interactuando con explicaciones causalistas y con lógicas excluyentes, con reduccionismos, mitos, experiencias parciales que buscaban ser universalizadas. Visiones, estas últimas, que aparecen y se disuelven, que no definen permanentemente al movimiento, pero traban su desarrollo democrático. Analizar esta tensión es fundamental para perfilar una política feminista que asuma la democracia en la pluralidad.

Esta tensión es más fuerte y desafiante porque el movimiento feminista, a diferencia de otros movimientos, convive con la pluralidad, y asume teóricamente la diversidad y la democracia como el contexto intrínseco y vital para su desarrollo y su razón social de existencia. Y es que el movimiento feminista es una expresión de un movimiento social de mujeres mucho más amplio, compuesto al menos por tres vertientes básicas: la vertiente feminista propiamente dicha; la vertiente de las mujeres cuya vida y compromiso vital transcurre en los espacios institucionales formalizados, tales como partidos, sindicatos y federaciones; y la vertiente de las mujeres "populares" o las que desde su rol de madres o desde sus responsabilidades familiares van conquistando su ciudadanía y asumiendo una conciencia de su existencia como género subordinado.

Este movimiento, por lo mismo, no refleja un proceso homogéneo, sino más bien una pluralidad de procesos que muestran las diversas y contradictorias realidades en que se insertan las mujeres y que generan diferentes posiciones-sujeto que no son simplemente reductibles a su realidad de género (Mouffe, 1990)¹. En cada vertiente, las relaciones de género son vividas de manera particular, de acuerdo al peso de las demás posiciones subjetivas, a los diferentes discursos que las acompañan y a las conexiones que las mujeres establecen en diferentes momentos de sus vidas entre sus múltiples subordinaciones.

Las vertientes son espacios, más simbólicos que geográficos, múltiples y discontinuos, una construcción cultural y un punto de referencia simbólico (Melucci, 1989), que contienen y expresan la forma específica, particular, única e irrepetible en que las mujeres están articulando sus diferentes experiencias de vida, subjetividades, percepciones, posiciones-sujeto. La pluralidad social, cultural, étnica y geográfica del movimiento amplio de mujeres queda plasmada en todas sus vertientes, influyendo en el desarrollo y el perfil que van tomando las actrices sociales (Vargas, 1990).

Esta heterogeneidad dio desde el inicio la base para reconocer identidades diversas, múltiples sentidos de la acción colectiva, espacios diferenciados y múltiples de aprendizaje de relaciones con contenidos más democráticos. Obviamente, el movimiento feminista se ha nutrido de esta heterogeneidad y, más que ninguna otra vertiente, ha contribuido a través de su acción y su propuesta a visibilizar esta riqueza, a desarrollar esta potencialidad, a enfrentar la cultura autoritaria compartida por todo el continente.

Sin embargo, este referente plural no siempre fue asumido en toda su riqueza y complejidad. Nutriéndose de esta realidad, el movimiento feminista al mismo tiempo, ha generado prácticas sustentadas en aquello que se quiso recusar. Las certezas anteriores se rompieron, pero también se generó una práctica compensatoria, mistificadora de la realidad que desde otros contenidos y temas, corría el riesgo del reduccionismo y de la exclusión. No es lo que define toda su práctica, pero sale con más fuerza cuando, como ahora, los cambios en el clima político, económico y cultural no logran generar aún un nuevo horizonte referencial.

¹ Se podría hablar quizá de varios movimientos sociales de mujeres, pero ello significaría ubicar a cada una de las vertientes en dinámicas paralelas y excluyentes; por el contrario, las vertientes se tocan e intersectan mutua y continuamente; se articulan y entran en contradicción permanentemente. Es por ello que prefiero hablar de un solo movimiento social de mujeres cuya característica fundamental es la heterogeneidad.

Los orígenes de una falsa oposición

Los orígenes del movimiento feminista en América Latina expresaron las características de un amplio sector femenino de clase media, rebelde y cuestionador de los moldes tradicionales que marcaban el destino de las mujeres en nuestras sociedades; mujeres mayormente intelectuales, con significativa experiencia política, que se habían nutrido y desarrollado, a lo largo de los '70 y básicamente dentro del amplio espectro de la llamada "nueva izquierda". Este amplio sector femenino, inspirado en la filosofía de la modernidad, reclamaba la universalidad y la igualdad como un status teórico que aseguraba a las mujeres como sujetos y les significaba el primer gran paso para neutralizar la diferencia sexual. Significaba un enorme progreso en sociedades donde la modernización inconclusa había marginado y/o dejado fuera enormes sectores de la población.

Pero al mismo tiempo la modernización no las ubicaba como sujetos, la totalidad no las incluía, la universalidad las invisibilizaba. Por lo mismo, la propuesta de las mujeres sólo se podía perfilar en la medida que afirmaba su diferencia, en la medida que al mismo tiempo criticaba el paradigma tradicional de un sujeto único y de un único paradigma de cambio social. Así, el movimiento feminista se desarrolló en un doble proceso: superar la diferencia sexual tras una universalidad que nos reconociera, pero al mismo tiempo, percibir la importancia de la diferencia, la urgencia de particularizar la universalidad. Esta tensión entre la universalidad de la propuesta modernista, necesaria pero a todas luces parcial y la necesidad de afianzar la diferencia y la especificidad de los espacios ha traído grandes dificultades a la práctica feminista.

Porque el peso de la universalidad y de una cultura política negadora de las diferencias era tan fuerte que el movimiento comenzó a afirmar las diferencias más en relación a lo externo, hacia fuera de su entorno, sin abordar con igual fuerza las diferencias en el mismo movimiento, o dentro de la categoría mujer, o dentro de las existencias sociales específicas de las mujeres (Barret, 1990). Sin quererlo se fue produciendo por momentos, una lógica de exclusión, en relación a otras mujeres, a las demás vertientes del movimiento, a otros movimientos, al Estado y a los partidos políticos. La diferencia se tradujo, en muchos casos, en la asunción de cierta esencialidad femenina que facilitaba la distinción con el resto de la sociedad. Éramos diferentes a los hombres, nuestra sensibilidad y subjetividad nos hacía alternativas en la vida personal y en la política. Y éramos diferentes a otras mujeres que no privilegiaban la propuesta de género, que se acomodaban al mundo masculino, que se orientaban básicamente a la familia, etc. Los elementos de una propuesta vanguardista comenzaron a mostrar su perfil.

Por otro lado, si bien el movimiento feminista levantaba una propuesta diferente y recusaba las posiciones, en ese momento mayoritarias que consideraban los problemas de las mujeres como secundarios y subordinados a una lógica única, no nos desprendíamos totalmente de la fascinación y facilidad que provee el encontrar explicaciones últimas y globales a la subordinación de las mujeres. Era muy fuerte la tentación de convertir la perspectiva transformadora que abría el feminismo en propuesta global: el patriarcado primero y el género después,² fueron también ubicados, sucesivamente, como categorías explicativas únicas de la subordinación de las mujeres. Era inevitable quizá en una primera etapa, caracterizada por una "escisión" momentánea de la dinámica social (Gramsci), y que permitió un período muy rico en lecturas y discusiones teóricas intensas y una activa militancia autónoma, y que nos facilitó poner sobre el tapete social la subordinación de las mujeres en el continente. Pero esta tenta-

² Obviamente, no desconozco la importancia teórica vital que la categoría género tiene dentro de la teoría feminista. Mi reserva, como la de muchas otras feministas, es a considerar el género cómo el factor último fundamental de explicación de la vida de las mujeres.

ción, al unirse a toda la otra forma de interpretar el mundo, produjo una cierta visión omni-comprehensiva no sólo de la vida de las mujeres sino también de la dinámica social. La diferencia también se convirtió en universalidad. Ello acercó peligrosamente al movimiento al reduccionismo tan criticado.

Es en la relación del movimiento feminista con otros sectores de mujeres y con otras vertientes del movimiento amplio donde se ve más claramente la influencia del populismo por un lado y de la visión vanguardista de la izquierda por otro.

Así, la incorporación del criterio de igualdad, sin mediaciones, al conjunto de mujeres llevó a asumir que los procesos debían ser más o menos homogéneos, generalizando una percepción y un estado de ánimo como lo válido y único posible. Este análisis de la dinámica social se extendió a la dinámica del movimiento social de mujeres, desconociendo en la práctica la especificidad y la pluralidad contenidas en sus vertientes y asumiendo que esa explicación última y universal era la clave para la unidad interclases y transcultural. La asunción de las diferencias quedaba así solucionada momentáneamente: todas podíamos llegar a tener conciencia de género, en un proceso más o menos largo, más o menos complejo, y lo importante entonces era clarificar al movimiento de mujeres o incidir en las prácticas que rescataran claramente la dimensión de género para avanzar en el desarrollo de una nueva identidad.

A pesar, entonces, de las profundas rupturas con la lógica política imperante, a pesar de la crítica certera a las visiones totalizantes y vanguardistas de los partidos políticos, subsistió con fuerza esta misma lógica en nuestros acercamientos a la realidad de las mujeres de las demás vertientes del movimiento. De alguna forma, seguía flotando la idea de que "un orden social justo sería aquel impuesto por las mayorías oprimidas lideradas por vanguardias esclarecidas que con su accionar no sólo estarían remediando desequilibrios e iniquidades ancestrales sino que en su mismo accionar estarían haciendo triunfar la verdad" (Piscitelli, 1988, p. 75).

En efecto, desde el inicio, el problema de la conflictiva diversidad social y política entre mujeres fue una preocupación fundamental. El feminismo en América Latina y el Caribe, como señala Feijóo, "... intuyó con dificultades y gran esfuerzo, que su única salida del ghetto intelectual consistía en incorporar la problemática del conjunto de mujeres más vulnerables de la región en el marco de una propuesta teórica y organizativa" (Feijóo, 1990); ello expresaba según muchas, el sello específico del feminismo latinoamericano respecto a otros feminismos de los países industrializados.

En esta primera apuesta, políticamente acertada, se filtraron sin embargo una serie de fantasmas de viejas prácticas. Dos elementos reflejan claramente esta afirmación: por un lado, el acercamiento a las mujeres populares se sustentaba más en los recuerdos de las prácticas anteriores que predeterminaban que sólo en las clases populares estaba la posibilidad real de cambio y se alimentaba de una especie de conciencia culposa por asumirse feminista, por ser de clase media, por la necesidad de evidenciar que no éramos influenciadas por el feminismo foráneo ni éramos insensibles a la realidad de pobreza y desigualdad en nuestros países. El acercamiento estaba teñido por nuestra previa experiencia partidaria y por nuestra experiencia de vida. Por otro, las dificultades de comprender la complejidad y ambivalencia de las prácticas sociales de las mujeres llevó a colocar en otras mujeres aspiraciones y visiones propias del sector de mujeres que integraba inicialmente el movimiento feminista.

Ello llevó a su vez a desarrollar dos visiones polares: la primera contenía una enorme idealización de la práctica social de las mujeres, sobre todo las que eran populares, descubriendo rápidamente semejanzas entre nuestros procesos personales y los de las "Otras":

"... curiosamente, el feminismo cayó reiteradamente en una lectura cifrada cuya clave mágica se encontraba en la noción de resisitencia. Así, pequeñas acciones cuyo sentido era necesario buscar fueron transformadas por la lectura en formas de resistencia a la opresión simultáneamente femenina y de clase" (Feijóo, 1990).

La segunda visión contenía un profundo escepticismo porque la subordinación de las mujeres se imponía a su resistencia. Resisitencia y subordinación eran vistas como dos situaciones polares, sin mediaciones y sin ambivalencias, sin hilos de continuidad, en referencia limpia al género y sin influencia de otras posiciones-sujeto.

Estas visiones restringidas de género nos acompañaron durante mucho tiempo. Ello llevó también a privilegiar a un tipo de mujeres más que a otras: mujeres organizadas, de historia de vida y trayectoria semejante, amas de casa populares. La educación popular, entendida simplistamente como fórmula mágica para cambiar conciencias completó este acercamiento del feminismo a las otras vertientes del movimiento. Influida por ellas, la propuesta feminista, aunque subversiva en su recuperación de la vida cotidiana, tendió a confundir este énfasis en la vida cotidiana, en los valores alternativos, con una sacralización de lo micro, de lo pequeño y a confundir las percepciones femeninas inmediatas con estrategias de cambio.

Los encuentros feministas

Estas visiones se han incubado y expresado acumulativamente en los diferentes Encuentros Feministas, pero han desplegado toda su complejidad en los dos últimos, coexistiendo obviamente con otras lógicas y apuestas más plurales. No es sólo un asunto de bandos, o de posiciones polares, es una práctica arraigada desde el inicio y que todas en algún momento hemos compartido. Sólo cuando el movimiento se ha expandido, volviéndose más variopinto y colorido ha comenzado a expresarse como limitación para el despliegue de la diversidad en el movimiento.

Los Encuentros Feministas han constituido un termómetro importante de esta evolución; dan cuenta periódicamente de las riquezas y las limitaciones del movimiento. Analizaré todos ellos en relación a lo que fueron dejando como cuerpo teórico y clima subjetivo en el movimiento, pero me centraré en los dos últimos porque creo que, después de 10 años de existencia, son los que mejor condensan algunas tendencias iniciales y algunos de los nudos viejos y actuales que siguen enredando la dinámica del movimiento.

La propuesta de los Encuentros surge en los inicios del despliegue feminista. Casi sin contacto entre nosotras, en los diferentes países comenzaron a surgir grupos con propuestas y búsquedas similares. El comenzar a reconocer que no éramos unas cuantas en cada país sino varias más en muchos países, nos dio más seguridad y nos hizo valorar la necesidad de un intercambio más directo entre nosotras. El vislumbrar que vivíamos las mismas dificultades, que intuíamos las mismas pistas y alternativas, que compartíamos la misma inseguridad nos llenó de entusiasmo y facilitó nuestra decisión de encontrarnos periódicamente.

Como expresión del dominio de los países centrales, la relación entre nosotras se había iniciado generalmente fuera de nuestro continente,* en espacios acogedores pero que no eran totalmente nuestros; tampoco los niveles de reflexión, organización y búsquedas eran los mismos. Queríamos tener un espacio propio para ese intercambio. En ese momento, todavía teníamos una experiencia incipiente y muy primaria, salvo Brasil y México, un poco Venezuela, los grupos en los demás países se habían desarrollado con cierta permanencia uno o dos años antes, aún con poca claridad de como abordar la construcción del movimiento en la región.

* No es casual que la propuesta de organizar los Encuentros Feministas en el continente se concretara justamente en Copenhague, en 1980, durante la reunión del Foro Alternativo del quinquenio de la Década de la Mujer. Ahí por primera vez nos descubrimos, como grupo latinoamericano, las peruanas, chilenas, colombianas, dominicanas, portorriqueñas, mexicanas, brasileñas, venezolanas, exiliadas latinoamericanas en Europa, chicanas, etc. En 1981 las colombianas asumieron el reto y organizaron el I Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe.

Estábamos aún muy influenciadas por los partidos de izquierda, aunque ya vislumbrábamos la necesidad de la autonomía. De ahí que, en esa época, definiciones como feminismo socialista, feminismo popular, revolucionario, etc., eran los apellidos que nos poníamos para hacer más digerible, para nosotras, nuestra definición feminista. Pero todas estábamos buscando otras repuestas, de alguna forma rompiendo los viejos paradigmas políticos.

En 1981 se realizó el I Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, en Bogotá, el que indudablemente marcó un hito irrepetible e insuperable. Fue:

... la posibilidad de una primera vez, una primera apertura al mundo desde el feminismo latinoamericano ... tienen la magia de los comienzos y en ese sentido, es también único, irrepetible ... Bogotá marcó el tiempo de la recuperación del espacio para las mujeres, de un espacio muy especial ... marca el momento de un desordenado asalto al orden; el tiempo de trabajo se hace canto y fiesta, la razón es desacralizada y puesta en su lugar; se la vislumbra empobrecida y se la enriquece ... Bogotá es la primera experimentación vivida de ese gigantesco estar juntas las mujeres. Fue la primera vez en que se reventaron las expectativas (Kirkwood, 1986).

Bogotá tuvo, en medio de ese descubrimiento y esa explosión de expectativas, al menos dos rasgos característicos: por un lado, el reconocimiento amplio, generoso de la "hermandad", la explosión del afecto, la autoafirmación del saber y del espacio de las mujeres; por otro lado y, en relación a la recién descubierta hermandad, una afirmación colectiva del Bien y del Mal, una idea de la revolución total y ahora (Kirkwood, 1985), una impaciencia por marcar nuestro espacio, evitar los poderes de fuera que nos impidieran desarrollar nuestros rasgos, nuestras propuestas, nuestra verdad. Esta necesidad de reconocernos en lo mismo y marcar nuestro territorio se expresó, quizá con muchas razones en ese momento inicial, en una confrontación con las mujeres de partidos políticos en defensa de la recién asumida autonomía del movimiento. Esta autonomía, que constituyó una afirmación vital para el desarrollo del movimiento, contenía aún, sin embargo, elementos defensivos y excluyentes difíciles de disolver en esa primera etapa. Se percibía la autonomía, como señala Villanueva, como un fin en sí mismo:

"En nuestra práctica pasada acostumbrábamos anteponer nuestra identidad feminista frente a cualquier debate, la etiqueta estaba primero, como si con ello quisiéramos cerrar el paso a cualquier influencia externa. Y en esta lucha olvidábamos muchas veces buscar consensos, encontrar a las mujeres de partidos que no se definían como feministas aunque aceptaban que el feminismo era un movimiento político que cuestionaba las relaciones de poder, la opresión y explotación, la dominación de unas personas sobre otras o de un ser humano sobre otro" (Villanueva, 1990).

La discusión entre las feministas y las políticas cobró, en ese momento, la forma de la defensa o la negación de la "doble militancia".⁵ Muchas militantes de partido quedaron fuera de esta recién descubierta hermandad, pero muchas otras, defendiendo la "doble militancia" permanecieron en el movimiento.

El II Encuentro Feminista, organizado en Lima, 1983, marca el momento de la estructuración, de las preguntas y respuestas y, por lo tanto, el momento del despliegue de los nudos:

⁵ La "doble militancia" es una tensión más propia de los países latinoamericanos, donde el nivel de politización de la sociedad es bastante alto. Alude básicamente a la participación simultánea y militante en espacios diferenciados y que son vistos además como excluyentes uno del otro, en este caso, los espacios de los partidos políticos y en el movimiento autónomo de mujeres.

*... hay en Lima exigencias de respuestas y planteo de nuevas preguntas complejizadas. Se exige una teoría, una política feminista, estrategias. Exasperación de saberlo todo, exasperación de que no se nos responda todo. Dolor de cabeza" (Kirkwood, 1986, p. 215).

Es el momento donde se vive la imperiosa necesidad de demostrar a través de la presencia y persistencia del patriarcado- la capacidad de análisis del feminismo en relación a las mujeres y a la sociedad, de anunciar de alguna forma el status teórico del movimiento. El patriarcado fue analizado en 20 talleres simultáneos, estructurados previamente, y a cargo de feministas latinoamericanas y caribeñas que habían avanzado teóricamente en ese momento, lo que permitió por primera vez una discusión de gran riqueza, pero al mismo tiempo revelaban la concepción de ese entonces: la segmentación de la realidad de las mujeres en temas específicos que sólo cobraban sentido a la luz de la categoría patriarcado.

La confrontación entre las mujeres de partidos y las feministas se dio hacia el final del Encuentro en la última plenaria. El nudo fundamental seguía girando alrededor de si era la clase o el género la explicación última de la subordinación de las mujeres. Experiencia dura, difícil, con intolerancias y desconciertos también a flor de piel.⁶

En Bertioga, Brasil, se dio el III Encuentro Feminista, en 1985⁷. En él, se vivió la "des-estructuración", la resistencia contra formas estructuradas de organización, asumiendo la subjetividad de las mujeres como un elemento fundamental, así como la necesidad de impulsar la participación igualitaria de todas, generando el espacio y el clima para lograr que:

*... cada mujer participaría igualmente, a partir de sí misma, sin jerarquías de ningún tipo, ni que le fuese atribuida a una situación diferenciada por sus años de militancia feminista o política partidaria o porque fuese especialista eminente" (Documento del III Encuentro, 1985).

En estos tres Encuentros se expresan ya algunas de las características que tienen al movimiento hasta hoy. Cada uno complementó las carencias del anterior, no siempre reconociendo la continuidad sino marcando la distancia y presentándose como alternativo: al afecto cara a cara, a la afirmación de lo colectivo, a la hermandad que expresó Bogotá siguió la estructuración del espacio y la búsqueda de un eje teórico explicativo de la realidad de las mujeres en Lima; y se continuó en Bertioga con el rechazo a las formas estructuradas e individualizadas, la afirmación de la igualdad entre las mujeres, una cierta incomodidad por la diferencia. Independientemente de lo que fue el avance que permitió cada uno en la consolidación del movimiento feminista en el continente, de la enorme riqueza y variedad de las redes e iniciativas que cada uno generó, y de las propuestas visibles y explícitas que fueron desarrollándose, los tres Encuentros también dieron lugar a una especie de cuerpo teórico y de postura simbólica para interpretar el mundo y el movimiento.

Este cuerpo "teórico" dio indudablemente consistencia ideológica al movimiento feminista en sus primeras etapas de desarrollo; no pudo quizá ser de otra manera y era posible-

⁶ Intolerancia y desconcierto profundo, porque muchas militantes de partidos no dejaron espacio para la conciliación. No sentíamos en ese momento que esa presencia auguraba una pluralidad constructiva sino más bien paralizante, que quería destruir lo que con tanto esfuerzo estábamos construyendo. La intolerancia de algunas feministas también estuvo presente no sólo frente a las de partido sino también frente al mismo Encuentro, por demasiado teórico, demasiado estructurado, demasiado rígido, demasiado diferente a Bogotá. Como integrante del Comité Organizador del II Encuentro mi desconcierto personal y organizativo fue tan grande que sólo me pude reconciliar con la riqueza del Encuentro después de dos meses, cuando Julieta Kirkwood, respondiendo a mis angustias, me ofreció ese extraordinario artículo: "Los nudos de la sabiduría feminista", algunas de cuyas citas acompañan este escrito.

⁷ Julieta Kirkwood murió poco antes del Encuentro de Brasil. Su análisis sobre los nudos del movimiento a partir de los Encuentros sólo pudo llegar hasta el de Lima.

mente necesario para enfrentar el gran desafío de la pérdida de legitimidad social que implicaba en ese entonces ser feminista, para enfrentar la inseguridad que producía el expresarse en claves inéditas aún para nosotras. Pero esta consistencia ideológica comenzó a llevar "el sello de lo absoluto", del no ver a las otras, de sentir que abrir el entendimiento para superar el desconcierto y coger el hilo conductor de nuestro crecimiento, complejo y plural, era que darse sin piso, sin hermandad, sin alternativa propia.

Así, si bien una parte del movimiento y una parte interna de cada una de nosotras, intuitivamente quería andar por el camino de la complejidad y la diversidad, cuestionando verdades absolutas, otra parte del movimiento y de cada una de nosotras quería renunciar a incorporar la complejidad de la vida social actual, aferrándose a los espacios propios sin contaminación.

Es por eso que llegamos al IV Encuentro Feminista, en Taxco, México, en 1987, con la necesidad casi intuitiva de tomar distancia de esta práctica pasada. El Encuentro de México es el de la confrontación con un imaginario político opaco y defensivo que nos impedía; pensábamos muchas, avanzar en una política realista y democrática. México también fue la primera confrontación estremecedora y enriquecedora, con la diversidad. Ya no se la podía obviar, era visible, abierta, cuestionadora. Analizando la cantidad y composición de las participantes en los diferentes Encuentros podemos ejemplificar mejor esta creciente complejización. En todos ellos, el número de participantes siempre ha sido motivo de asombro e incluso de desorganización por la falta de previsión. En Colombia se esperaban 150 y llegaron cerca de 230. En Lima se esperaban 350 y llegaron 650. En Brasil se esperaban 700 y llegaron casi 1000 y en México ... llegaron 1500. Obviamente, el tipo de participantes comenzó a modificarse pero fue especialmente en el Encuentro de México donde el abanico se abrió en toda su amplitud. Asistieron, además de las feministas de los grupos autónomos, muchas mujeres de partido, mujeres pobladoras, obreras, mujeres envueltas en situación de guerra (Centroamérica), mujeres de países con gobierno socialista (Cuba y Nicaragua), mujeres de Organizaciones no Gubernamentales, mujeres de gobierno, etc. etc. cada una de ellas con su experiencia múltiple, con nuevos referentes, con nuevas dudas, sin muchas respuestas. Las lesbianas hicieron previamente su propio encuentro (El Encuentro Lesbiano de América Latina y del Caribe) y ayudaron a complejizar temas y visiones. El Encuentro de Argentina, con cerca de 3000 mujeres,⁹ consolidó la tendencia plural ya desplegada en México en el '87.

La tensión entre la homogeneidad y la diversidad se expresaba no tanto en los temas, donde todas coincidían en su importancia, sino en las estrategias a seguir para avanzar en la construcción del movimiento. Es así que si bien en México, un rasgo fundamental fue la diversidad y pluralidad en el más amplio sentido de la palabra; como si todos los rasgos culturales, políticos, sociales y económicos del continente buscaran estar expresados en el espacio feminista, otro rasgo fue la separación más clara dentro del feminismo "histórico" frente a la diversidad. Así, se expresaron al menos dos posiciones: las que querían preservar un espacio más decantado y claramente definido como feminista y las que querían recuperar la pluralidad de vertientes y de nuevos espacios latinoamericanos para la construcción del movimiento feminista.

⁹ La presencia de tantas mujeres es más significativa porque la mayoría de ellas cubren a nivel personal sus gastos de pasaje. Las cuotas de inscripción y alojamiento son bastante baratas porque la sede siempre busca apoyo financiero para ello. Pero así y todo, cada Encuentro significa generalmente un gasto económico importante para cada participante. En cada país se organiza el viaje desde mucho antes, ahorrando dinero, buscando las formas más baratas de viajar, haciendo festivales u actividades para acumular fondos, etc.

¹⁰ Las feministas "históricas" o "fósiles" son las primeras que, hace casi 15 años, impulsaron la construcción del movimiento en la región.

Los mitos del movimiento feminista

Es en el clima del IV Encuentro donde surge la reflexión sobre los "mitos" (ver anexo), que cristalizaban la tensión entre los ideales políticos y las prácticas sociales reales del movimiento feminista. En torno a esta discusión se empezó a evidenciar que la utopía feminista, tal como era concebida en ese momento, estaba en crisis.

Esta crisis, percibíamos, tenía que ver con las dificultades que enfrentábamos al tratar de imaginar un futuro sin subordinaciones para nosotras y para la humanidad. Nuestras utopías, con la carga de la "consistencia ideológica" que ya he descrito anteriormente, fue percibida como una meta aquí y ahora, que se podía conquistar en el mundo alternativo y diferente de las mujeres.

Este hecho no es necesariamente una característica del movimiento feminista, sino más bien un signo general de la época que afecta a América Latina de manera particular:

¹¹ Hoy estamos viviendo un bloqueo de las perspectivas. Es difícil encontrar otra época en que se haya oscurecido tanto el sentido del 'desarrollo' o, si se quiere, el sentido 'fáustico' de nuestra historia. Vivimos hoy un sentimiento de pérdida de futuro" (Weffort, 1990, p. 36)

Posiblemente por ello hay en nosotras y nosotras una dificultad creciente en pensar lo imposible, una crisis de sentido de las cosas, donde los principios para el futuro son débiles y contradictorios. Lo que influye en que la reflexión sobre un horizonte utópico esté, si no totalmente ausente, al menos opaco (Lechner, 1986).

Y frente a ello, el movimiento feminista generó sus propios mecanismos de compensación.¹² Surgió una utopía que no se sustentaba en una racionalidad modernista. Así, se comenzó a definir la utopía en términos de lo que no se quería más que en relación a lo que verdaderamente se aspiraba: el desafío era enorme. Cómo imaginamos a nosotras mismas en un mundo diferente, en una realidad compleja y atestada de miedos y defensas? Con dos abordajes interrelacionados, se acercó el movimiento a esta amenazante realidad, tratando de disimular nuestros miedos apelando a interpretaciones compensatorias y empobrecedoras de la complejidad de este movimiento, que día a día, país a país, tercamente afirmaba su complejidad: por un lado una aproximación obstinada a una Utopía, todavía incierta y sólo delineada, como guía a la cual deben adecuarse nuestras prácticas sociales y por otro, un distanciamiento del verdadero contenido de las prácticas sociales que, aunque dominadas por dificultades, ambivalencias y dudas, podrían lentamente construir lo que podría ser un nuevo horizonte referencial.

Esto llevó a reemplazar el análisis y/o negar las contradicciones que vivíamos construyendo mitos sobre lo que éramos como movimiento, que no correspondía a la realidad y que hacían verdaderamente difícil consolidar una política feminista realmente coherente y a largo plazo. Estos mitos -aún subsisten muchos de ellos- no constituyen una utopía sino más bien nos acercan peligrosamente a una imagen del futuro tramposa y corrupta porque se sustentan en una visión egocéntrica y excluyente. Son mitos que conllevan una especie de contrapropuesta al poder patriarcal, aludiendo a una capacidad femenina que no puede, supuestamente, ser alcanzada por las contradicciones, una suerte de esencialismo que algunas autoras han llamado el "mujerismo" (Lamas, 1990). Estos mitos incluyen de una manera u otra una visión del futuro inmediatista. ¿Queremos una sociedad donde las diferencias no sean una amenaza

¹² Estos mitos fueron expresados en el documento "Del Amor a la Necesidad", trabajo colectivo de 11 mujeres durante el Encuentro Feminista de Taxco, México, 1987.

y fuente de desigualdad y poder? ¿Donde la subjetividad tenga lugar? ¿Donde el conflicto no nos destruya? ¿Donde los hombres no nos paralicen e invadan nuestros espacios? ¿Donde las mujeres sean valoradas y así sucesivamente? Son miedos personales y sociales los que han alimentado los mitos y que nos han llevado ilusamente a creer que: "a las feministas no nos interesa el poder"; "las feministas hacemos política de otra manera, diferente y mejor que los hombres"; "todas las mujeres somos iguales"; "hay una unidad natural por el hecho de ser mujeres"; "el feminismo es una política de las mujeres para las mujeres"; "cualquier pequeño grupo es el conjunto del movimiento"; "los espacios de mujeres son en sí mismos garantía de un proceso positivo"; "porque yo, mujer, lo siento, es válido"; "el consenso es democracia".

Es fácil percatarse que ninguna de estas afirmaciones es verdadera: tenemos contradicciones innatas, asumimos patrones de comportamiento tradicionales cuando nos involucramos en la política; no todas las mujeres somos iguales, aunque esta afirmación provoque respuestas autoritarias que niegan nuestras diferencias. El consenso puede encubrir una práctica profundamente autoritaria cuando sirve para acallar las diferencias. La unidad entre mujeres no está dada, sino más bien es algo a construir, en base a nuestras diferencias. El feminismo no es ni queremos que sea una política de mujeres para mujeres, sino algo que los hombres también deberían asumir. Nuestros sentimientos personales, nuestra subjetividad pueden también tornarse arbitrarias, cuando se considera sólo en su dimensión individual. Lo personal tiene el potencial de ser convertido en político sólo cuando se combinan tanto la conciencia como la acción.

El documento sobre los "mitos" tuvo un gran impacto en el movimiento; se convirtió en "herramientas de avance al interior del movimiento, rompió las barreras del romanticismo y acaramelamientos" (Tornarfa, 1991) lo que expresa que el feminismo latinoamericano tiene también una enorme capacidad y necesidad de revisar sus prácticas sociales.

De los mitos a la amenazante diversidad

A San Bernardo, Argentina llegamos, en 1990, a celebrar el V Encuentro Feminista después de tres años de realizado el Encuentro de Taxco. El clima político de América Latina en ese lapso de tiempo incorporó la democracia como aspiración y como valor, mucho más que antes; contribuyó a ello la crisis de los gobiernos autoritarios en la región, los procesos de transición democrática, la caída de los regímenes del Este y, aunque con menos trascendencia actual pero con gran proyección futura, la crisis de las izquierdas en el continente. El desencanto generalizado en el cual tuvo peso incuestionable la permanencia y crudeza de la crisis económica y la pérdida de legitimidad de las instituciones políticas, aumentó el distanciamiento frente a la propuesta de cambio basada exclusivamente en la lucha de clases y en la lógica de la guerra y dio lugar a concepciones más democráticas, más concertadoras y más plurales.

El movimiento feminista se explayó más en este clima y aportó a estos cambios. Por ello mismo quizá, pudo expandirse a nuevos espacios y nuevas mujeres, que traían diferentes experiencias de vida, de diferentes subjetividades, diferentes problemáticas. Así, algunos mitos fueron revisados, replanteados, confrontados; pero no se logró remover totalmente esa utopía opaca y defensiva, que nos trababa nuestro andar democrático.

En Argentina, este proceso de desencantos y desencuentros expresó en una tensión ya presente en el movimiento, pero desplegada ahora con mucha más fuerza que antes: el problema del respeto a la diversidad.

En efecto, la expansión del movimiento feminista en América Latina en el último período consolidó y generalizó el proceso que había vivido en México: las asistentes al V Encuentro ya no éramos sólo o básicamente las feministas de los grupos autónomos, de una militan-

cia clara y explícita alrededor de la problemática de género, de los centros feministas a tiempo completo dedicados a esa problemática. Ahora, la composición era otra: además de las cristianas, ecologistas, pacifistas, investigadoras, lesbianas, heterosexuales, centroamericanas, conosureñas y andinas, de una cultura urbana de clase media la mayoría de ellas, estuvieron las negras, las indígenas de Honduras, México, Perú, Bolivia, Argentina; las pobladoras guatemaltecas, mexicanas, brasileñas, las sindicalistas argentinas, uruguayas, peruanas. Viejos y nuevos temas se discutieron, se polarizaron, se coordinaron. Las académicas feministas por primera vez hicieron talleres propios, las militantes de partidos políticos por primera vez se unieron para diseñar su estrategia feminista al interior de sus partidos; las indígenas levantaron los temas del racismo, la cultura, la etnicidad; las parlamentarias y las feministas autónomas que habían incursionado en los gobiernos en el diseño de políticas hacia la mujer, se interesaron en analizar su experiencia; las lesbianas trabajaron un taller sobre la lesbofobia en el movimiento feminista; las esotéricas organizaron hermosas ceremonias nocturnas en la playa, a la luz de las velas.

Fue también un Encuentro menos ideologizado, sin grandes teorías explicativas, interesado en responder y definir estrategias específicas frente a problemáticas concretas y acotadas: se incorporaron nuevas fechas al calendario feminista latinoamericano: un día para impulsar la lucha latinoamericana por el derecho al aborto, otro para analizar y denunciar la imagen de la mujer en los medios de comunicación. Se construyeron nuevas redes que abarcaban la diversidad presente: de historiadoras feministas de América Latina y el Caribe, de las feministas de partido, de la defensa del medio ambiente, de las investigadoras académicas. Y es que todas las mujeres, en su enorme diversidad, estaban interesadas en estar, en ser parte, en ser reconocidas dentro del movimiento. Todas ellas buscando, mucho más explícitamente que antes, interactuar con la sociedad desde diferentes ángulos y temas, desde diferentes espacios, desde diferentes culturas, buscando ser interlocutoras válidas del feminismo hacia el conjunto de la sociedad.

Muchas también reclamando con fuerza y como derecho un espacio dentro del movimiento, criticando antiguos liderazgos, criticando la institucionalidad y el poder, expresando sus resentimientos por el dinero que los grupos más antiguos manejaban y al que ellas no podían acceder. Todas, o casi todas ¹¹ asumiéndose feministas, a su modo, con sus diferencias y subjetividades a flor de piel.

Fue la explosión de una pluralidad en acción, en búsqueda de espacios y respuestas, pero también fue una pluralidad incómoda, demandante, mucho más difícil de asumir porque las mismas condiciones del Encuentro contribuían a la fragmentación más que al reconocimiento de la pluralidad.¹² Las urgencias subjetivas de unas se confrontaban con las urgencias subjetivas de las otras; los miedos más profundos se concentraron. Era como si, simbólicamente, todas vivieran atemorizadas que la pureza de lo propio sea contagiada por lo ajeno (Lechner, 1989). Ante ese miedo, las barreras defensivas son más grandes y más fuertes; la pluralidad se vive como desintegración, como pérdida, como caos.

El V Encuentro corrió el riesgo de ser un des-encuentro; las posiciones diferenciadas

¹¹ Casi todas, porque es cierto que algunas mujeres asumían a su vez la otra cara de la lógica de la exclusión, negándose a oír, imponiendo sus "saberes", descalificando los otros saberes.

¹² 2.500 mujeres diseminadas en más de 20 pequeños hoteles, las más suertudas en un perímetro de 20 cuadras a la redonda; las menos suertudas en el pueblo vecino. Talleres que no encontraban espacio donde realizarse; otros talleres, que estaban más a la mano, agrupaban a las mujeres no necesariamente por su interés sino más por comodidad, por evitar largas búsquedas, caminatas que no siempre concluían en el lugar buscado. No fue indudablemente el mejor escenario para reclamar el respeto a la diversidad.

que ya se perfilaron en México, entre las que querían delimitar el campo feminista y asegurar el compromiso claro y sin mediaciones con la propuesta de género y las que, asombradas e incómodas también por el despliegue de la pluralidad, apostábamos sin embargo a ella, se dio con mucho más fuerza y tensión.

A esa tensión trató de responder el documento del Taller: "Feminismo de los 90: desafíos y propuestas" (ver anexo), "... que parece meterse en las heridas del movimiento..." (Tornaría, 1991) y que también tuvo una enorme acogida entre las participantes. Porque, a pesar de las dificultades, de las prácticas contradictorias, sabemos que ser incapaces de aceptar las diferencias en el movimiento, reduce nuestras posibilidades de concebir un futuro donde el reconocimiento recíproco y la pluralidad sean las aspiraciones fundamentales.

El reto está planteado; el siguiente Encuentro Feminista, esta vez en Centroamérica, contendrá nuevamente esta tensión, porque lo que echamos a andar hace casi 15 años, ya no nos pertenece en exclusividad, por suerte. Las reglas del juego ya no son definidas por el grupo inicial que impulsó el movimiento, sino que éste va tomando la tónica de quienes lo componen. No cabe ya un grupo que esclarezca a las otras; estamos más bien frente a una dinámica social donde comienzan a interactuar, en igualdad de condiciones, todas las experiencias y lenguajes de las mujeres que se sienten parte del movimiento.

A modo de conclusión

"La fuerza de la democracia es, para los países latinoamericanos, la fuerza de la esperanza" (Weffort, 1990).

Este complejo proceso de desarrollo de los movimientos sociales en América Latina, se ubica en el cruce de dos etapas históricas: la moderna inconclusa y una nueva, por definirse, cuyos inicios parecen expresarse en la postmodernidad.

Estamos presenciando el fin de la transición a la modernidad inconclusa, que nos deja, sin embargo, tareas fundamentales por hacer y nos deja también las limitaciones de su propia racionalidad. Modernidad que en su desarrollo trunco, ha seguido manteniendo elementos premodernos, corporativistas, estamentales, patriarcales, antidemocráticos, propios de la sociedad tradicional, presentes aún en la sociedad, el Estado y la mentalidad colectiva. Estamos también presenciando el surgimiento del desencanto de la post-modernidad, cuya problemática, horizontes y características no acaban sin embargo aún de definirse en América Latina.

En este contexto, el debate dentro del movimiento feminista sobre la diversidad es un debate también teñido por las ambivalencias del tránsito de una etapa a otra. Por ello, el respeto a la diversidad pasa a convertirse en el vértice de confluencia de etapas y tareas inconclusas y de las propuestas futuras, influyendo en la forma en que el movimiento se piensa a sí mismo y se despliega hacia las mujeres y hacia la sociedad. Es un nudo tenaz, que se instala en el corazón mismo de la propuesta democrática que mujeres y hombres necesitamos construir en América Latina.

El dilema no es simple. Aceptar el pluralismo sin un orden colectivo, sin una orientación de la acción, puede también condenarnos a la fragmentación. Y puede significar ceder a otra tentación: la del relativismo total, renunciando a la posibilidad de construcción de movimiento. Y esa tentación es grave. Porque no se trata de abandonar el proyecto ético político de la emancipación, no se trata sólo de construir movimiento sustentado en visiones más plurales y diversidades múltiples en interacción, sino también encarar las diferencias que se sustentan en las desigualdades ancestrales del continente, que el modernismo no encaró y que afectan a las mujeres de manera profunda y particular. Se trataría entonces de "... pensar el universalismo político de la ilustración, las ideas de autodeterminación individual y colectiva, de razón y de historia de una nueva forma" (Wellmer, 1988).

¿Cómo pensar de una nueva forma América Latina? ¿Cómo recuperar la visión de futuro viable y democrático cuando las condiciones económicas, sociales y políticas del continente tienden a negarla?

* ... quien acepte que la consolidación de la democracia está aún por llegar debe admitir también la fragilidad de las conquistas democráticas realizadas hasta ahora y, por lo tanto, la posibilidad que se produzcan crisis y eventualmente retrocesos. Por último ... aquí la democracia no fue concebida jamás como el único camino para la construcción de las sociedades y de los estados... las luchas democráticas de los últimos decenios, por fundamentales que hayan sido, no han logrado exorcizar todos nuestros viejos demonios autoritarios" (Weffort, 1990).

Cómo ir desbrozando un camino en este cruce histórico? El movimiento feminista debe saber manejarse entre la esperanza y el desencanto. Ello es urgente, pero también factible. Porque lo que el movimiento feminista ha echado a andar en el continente se sustenta en una racionalidad alternativa, que está metida en sus pliegues y que necesita ser desplegada en toda su dimensión. Ello es más factible si se abandonan los mitos románticos y esencialistas sobre nuestra condición, si se ahuyenta el fantasma de los viejos paradigmas. Para ello es fundamental reconocer que este nuevo momento del feminismo implica asumir que la articulación del movimiento no se puede dar en base a una única dinámica o a partir de un eje exclusivo y privilegiado, sino a partir de la articulación de las diferencias, de las racionalidades múltiples y diversas que se han instalado ya en el movimiento.

Ampliar la mirada hacia dentro del movimiento es fundamental, pero también hacia las otras experiencias y movimientos que buscan hacer lo propio. La simultaneidad de existencia con otros movimientos sociales abre una enorme riqueza, básicamente porque revela que estamos viviendo un período donde "...el mundo abre de nuevo opciones de sentido, de racionalidad alternativa". (Quijano, 1990).

Serán muchas más mujeres expresando los tiempos mixtos, la multiculturalidad, pluriethnicidad y todas las otras complejas diferencias del continente las que llegarán a reclamar su espacio. Tenemos que imaginar nuevas formas de encontrarnos, de evitar que la pluralidad nos desborde, de idear formas institucionales que articulen esta pluralidad con los procesos de individuación e iniciativa personal. Nos queda tiempo, de aquí al siguiente Encuentro Feminista, de producir un orden colectivo democrático en el movimiento, no definido sobre la base de una identidad única, normativa o mítica, sino sobre las múltiples indidentidades y formas de encarar nuestra emancipación. Nos queda tiempo y ganas para revisar nudos e intolerancias, para finalmente asumir la diferencia en toda su rica y amenazante complejidad.

Bibliografía citada

- Barret, Michèle: "El concepto de la Diferencia", en *Revista Debate Feminista*, Año 1, vol. 2, 1990, México.
- Calderón, Fernando: "América Latina, identidad y tiempos mixtos. O cómo pensar la modernidad sin dejar de ser boliviano", en *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada post-moderna*, Ediciones CLACSO, Buenos Aires, 1988.
- Feijóo, María del Carmen: "La identidad popular en América Latina", DESCO, 1990 (mimeo)
- Guzmán, Virginia: "Paradigmas del conocimiento e investigación de género", Lima, 1990, Flora Tristán (doc. interno).
- Kirkwood, Julieta: *Ser Política en Chile*, Ediciones FLACSO, Santiago de Chile, 1985.
- Lamas, Marta. *Editorial*, en revista *Debate Feminista*, Año 1, Vol. 2, marzo 1990, México.

Martha I. Rosenberg

Diferencias y desigualdades

Acerca del V Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe

Las mujeres feministas comparten con los hombres un cierto destino pigmaliónico: la Mujer que sueñan nunca está donde la buscan. Y cuando la construyen a imagen y semejanza de su fantasma, amenaza con tomar cuerpo y movimiento propios y abandonar al creador, dejándolo sumido en la soledad si no puede reconocer en ella algo más que lo que él puso allí, un plus, que es lo que ella logró hacer de eso. De una inexistencia casi total, a un ser difícilmente predecible, las mujeres defraudan las expectativas de una racionalidad universalizante que no las tiene en cuenta, aún si este carácter es desmentido por el sesgo del propio género sexual.

Como señaló Silvia Vegetti-Finzi¹, la tarea de elaborar conceptos e imágenes de las diversas experiencias femeninas cuya forma social ya está obsoleta, corresponde a los movimientos de mujeres, cuya identidad como sujetos sociales se redefine por esta vía, en tiempos sincopados que les son propios.

No sería entonces legítimo sustituir el discurso que se enuncia desde el movimiento de mujeres -así fuera el más absoluto silencio o la mimesis más acrítica- por contenidos autorizados en experiencias que son anacrónicas y alejadas de nuestra realidad. Es obvio que no podríamos repetir la experiencia de los movimientos feministas de los países metropolitanos y que la posibilidad de aprovecharla pasa necesariamente por su traducción a nuestros propios códigos culturales.

La construcción de un "mundo común de las mujeres" en el sentido de Adrienne Rich² que parece ser el objetivo de un sector importante de la dirigencia feminista latinoamericana, tropieza, en este sector del mundo, con obstáculos adicionales a su ya difícil y cuestionable realización en las llamadas sociedades democráticas del capitalismo desarrollado.

La práctica de la "disparidad", como metodología de construcción de ese "mundo co-

¹ Silvia Vegetti-Finzi. *El Cielo por Asalto*, Nº 1, p.159. Buenos Aires, 1990-91, "El aborto, una derrota del pensamiento".

² "Sólo con la referencia de otras semejantes tenemos la posibilidad de reencontrar y, por lo tanto, de sostener, aquellos contenidos de nuestra experiencia que la realidad ignora o tiende a cancelar como escasamente relevantes. Quizás no haya otro modo para que el ser mujer dé al ser hombre la medida de su parcialidad, de que éste perciba la existencia de relaciones e intereses que no dependen de él. Mientras que la parcialidad de ser hombre/mujer no tenga existencia en la substancia de la vida social y cultural, la sociedad está mutilada y es, para nosotras, mutilante...."

- Lechner, Norbert: *Los patios interiores de la democracia*, Santiago, FLACSO, 1989.
- Lechner, Norbert: "El consenso como estrategia y como utopía", en *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden democrático*, Centro de Investigaciones CISE, España, Siglo XXI, 1986.
- López, Sinesio: "El Perú de los '80: sociedad y Estado en el fin de una época", en *Estado y sociedad: Relaciones peligrosas*, DESCO, Lima, 1990.
- Melucci, Albert: *Nomads of the present*, London, Radios, 1989.
- Mouffe, Chantal: *La radicalización de la democracia*, *Revista Leviatán*, Otoño 1990, Fundación Pablo Iglesias, España.
- Piscitelli, Alejandro: "Sur, post-modernidad y después", en *Imágenes Desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna*, Ed. CLACSO, Buenos Aires, 1988.
- Quijano, Anibal: "Modernidad, identidad y utopía en América Latina", en *Imágenes Desconocidas*, CLACSO, Buenos Aires, 1990.
- Quijano, Anibal: "Estética de la utopía", en revista *David y Goliath*, CLACSO, Buenos Aires, 1990.
- Tomaría Carmen: "Los gozos y las sombras de un Encuentro Fraternal", en *Mujer/Fempres*, Nº11, Enero 1991, Santiago de Chile.
- Villanueva, Victoria: *Autonomía feminista y partidos políticos*, Lima, 1990 (mimeo).
- Vargas, Virginia: *El movimiento de mujeres en el Perú: Vertientes, espacios y nudos*, Ed. Flora Tristán, 1990, Lima, (en prensa).
- Yeatman, Ana: "A feminist theory of social differentiation", en *Feminism/postmodernism*, Routledge, New York and London, 1990.
- Young, Iris Marion: "The ideal of community and the politics of difference", in *Feminism/postmodernism*, Routledge, New York and London, 1990.
- Wefort, Francisco: "El populismo en la política brasileña", en *Brasil Hoy*, Ed. Siglo XXI, México, 1970.
- Wefort, Francisco: "La América Equivocada", en *Estrategias para el desarrollo de la democracia: en Perú y América Latina*, Instituto de Estudios Peruanos-Fundación Friedrich Naumann, Lima, 1990.
- Wellmer, Albrecht: "La dialéctica de modernidad y postmodernidad", en *Modernidad y Postmodernidad*, José Pico (edit), Alianza Editorial, Madrid, 1988.

mún de las mujeres", es preconizada por las feministas italianas, como fundante de una genealogía femenina, operación simbólica de reconocimiento de las diferencias entre mujeres.¹ En ella se intenta restituir las genealogías excluidas por los linajes patriarcales y referir a las mujeres no sólo a lo que de su origen es asimilado por el discurso falo-logo-céntrico, sino a lo que de este origen se recupera en su discordancia con respecto al orden instaurado por este discurso, o en su silencio.

Se pretende así hacer operante la "marca simbólica y social de la pertenencia al género femenino, que de lo contrario se transforma en un dato natural sin sentido" (op.cit.)

Concepto original y originante de una producción polémica, enriquecedora de la teoría y la práctica feminista² de la cual lamentablemente no puedo ocuparme aquí, debe ser confrontado con los rasgos hiperacusados que adquieren las diferencias sociales en nuestros países. Una reflexión crítica previa sobre sus implicancias teóricas e ideológicas debe despejar el sentido del culto de la disparidad en sociedades como las nuestras en que el acceso a la educación, la salud, la vivienda que es cada vez más restringido, hasta el punto de llegar a constituir un privilegio para sectores minoritarios, incluyendo además la necesaria discusión de cierto sesgo aristocratizante en la concepción de la producción de valores éticos y culturales que mimetiza de algún modo los modelos de transmisión del poder característicos del orden patriarcal. El riesgo es que por esta vía se racionalicen diferencias creadas por los modelos sociales vigentes y se consagren constricciones sociales históricas como si fueran producto de elecciones voluntarias de sujetos libres.

No me propongo abordar las alternativas de la construcción de este "mundo común de las mujeres" por grupos feministas europeos y norteamericanos. Y de hecho, estoy utilizando esta expresión en un sentido muy restringido en comparación con los alcances de esta propuesta, que sostiene la necesidad política del lesbianismo para la transformación estructural del orden patriarcal. Existe aquí un "mundo (no tan) común de las mujeres" constituido en el interior de los sectores sociales dominantes gracias a su relación de convivencia no igualitaria (reproductora por lo tanto del orden patriarcal) con los poderes económico, político y universitario. En él, el Otro legitimante no son las mujeres, sobre las cuales se ejercen prácticas variadas, sino los discursos disciplinarios más o menos convencionales, sumados a los aportes teóricos del feminismo europeo y norteamericano, cuya pertinencia debería ser contextualizada con mayor cuidado.

¿En qué medida se benefician las mujeres en general del sostenimiento de los lugares tradicionales del saber-poder por algunas de sus congéneres? ¿Qué forma de relación con el pensamiento propio se les propone a aquéllas que son objeto de planes y decisiones que no pueden controlar, sobre su salud, su seguridad, su futuro? ¿Cuál es el interés mínimo común sobre el cual construir relaciones de disparidad?

Esta son algunas de las cuestiones que deja planteadas para el feminismo latinoamericano el V Encuentro Latinoamericano y del Caribe, que tuvo lugar en San Bernardo, Argentina, en noviembre de 1990.

La experiencia de participación en un encuentro feminista es una marca subjetiva para

Este logro se alcanza tejiendo una trama de relaciones preferenciales entre mujeres donde la experiencia asociada al ser mujer se refuerza en el reconocimiento recíproco y se inventan los modos de traducirlo en realidad social.

A esto lo llamamos mundo común de las mujeres, una trama de relaciones y referencias con las semejantes, capaces de registrar, de dar consistencia y eficacia a la integridad de nuestra experiencia, retomando y desarrollando lo que ya muchas mujeres, en condiciones difíciles y dispersas han sabido hacer". Colectivo N° 4 de Milán. *Debate Feminista*, Año 1, vol. 2, p.154, Septiembre de 1990, México.

¹ Luisa Muraro "Il concetto de genealogia femminile" Workshop, Mimeo, Centro Cultural Virginia Woolf, Roma, 1988.

² V. *Debate Feminista*, Año 1, vol. 2, 1990.

cualquier mujer. Experiencia de afirmación ideológica en la que cada una se enfrenta con la sanción del colectivo al que cree pertenecer. Y también experiencia de los límites propios y ajenos que recortan cada individualidad en el paisaje insólito de una variedad sólo acotada por el género sexual. Edad, color de la piel, clase social, idioma, elección sexual, se postulan como variables inesenciales de una condición compartida: todas mujeres. En un involuntario - pero no por eso menos significativo - alarde reduccionista, el logo del evento multiplica el símbolo utilizado en la nomenclatura de las ciencias biológicas para representar a los especímenes hembra de todas las especies de reproducción sexual. El gesto de comunión y saludo, la figuración de la abertura vulvar con ambas manos. Reiterados innumerables veces, estos símbolos están afirmando contra toda fundamentación compleja (histórica, sociológica, psíquica, cultural en fin) que es la condición biológica y corporal, la determinación común de las mujeres. Pero también inscriben en la necesidad de su reiteración, la imposibilidad de fundar en dicha condición una identidad. La vocación de despojarse de todo lo que pertenece a la mujer como subordinada, plasmada en consonancia con los imperativos patriarcales, impone tal vez, signos que aluden a un imaginario tiempo anterior a la cultura.

Pero no se trata sólo de mujeres, sino de mujeres feministas. La distancia que va de una a otra definición implica la asunción del género sexual femenino como parcialidad necesaria, desde la cual, el abordaje de la realidad pone de manifiesto una perspectiva válida e imprescindible, (práctica y teóricamente) para la radicalización de la democracia en cualquier sistema político. El feminismo ha señalado la insuficiencia de las propuestas socialistas y comunistas (y no sólo la de sus realizaciones concretas) para hacerse cargo de la eliminación de la subordinación social de las mujeres. El mejoramiento relativo de las condiciones económico-sociales del conjunto de la sociedad en los países donde se han desarrollado experiencias socialistas, no va acompañado por el aumento de la conciencia acerca de la forma específica de opresión de las mujeres, ni por transformaciones que se dirijan a modificarla³. Más bien se observa una forma de denegación de esta opresión, propia de la concepción economicista de los sujetos políticos, que ignora que la división sexual y sus consecuencias (la sexualidad humana) no es abstraible ni subsumible en una causalidad que no la tiene en cuenta.

Desde luego, la mera asistencia al Encuentro, más allá de la antigüedad acreditada, no define a priori la calidad política de feminista. Según fué profusamente lamentado antes, durante y después del mismo, se invirtieron grandes montos de energía y de dinero en trasladar, reunir y escuchar a mujeres cuya capacidad de transformación de la categoría mujer no estaba probada. En testimonios verbales e informes publicados⁴ hay referencias a la dificultad que las dirigentes feministas "históricas" o "fósiles" (como ellas mismas se llaman) encuentran a la hora de reconocer en la cantidad creciente de asistentes a los encuentros, un efecto deseado de su práctica política. En algunas aparece una añoranza explícita de épocas anteriores en que la cualidad de su crecimiento - imaginado según modelos evolutivos orgánicos - predominaba sobre la cantidad, que vira su significado de éxito político en expresión numérica de masividad descalificada.

"Transformar la experiencia subjetiva en saber político"⁵ implica poder transcribir el malestar por la "dilución de nuestro carácter subversivo"⁶ en una teorización válida de la arti-

* Finalizado este texto y a punto de cerrar este número, me llega el valioso trabajo de Gina Vargas en donde se analiza esta problemática y que, afortunadamente hemos podido incluir en este número.

¹ Maxime Moulyneux, "The 'woman question' in the age of Perestroika" in *New Left Review*, N° 183, p.23, London, 1990.

² Carmen Tomaría y Adriana Santa Cruz, "Los gozos y las sombras de un encuentro fraterno. *Mujer/Fempres* N° 111, p.2, Enero de 1991.

³ "El feminismo de los 90 - Desafíos y propuestas." Taller del V Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe. *Mujer/Fempres* N° 111, p.4, Enero de 1991.

culación del feminismo con otras áreas ideológicas y políticas afines a e indisociables de las prácticas sociales de las mujeres.* Es probable que la apropiación de la problemática de las relaciones entre los géneros por parte de los movimientos populares de mujeres en América Latina, instale contradicciones en el discurso del nuevo feminismo, originado en las luchas de las mujeres de las democracias capitalistas industrializadas, que es una de las principales fuentes (aunque no la única) en las que abreva teórica e ideológicamente el feminismo latinoamericano.

Como dice Göran Therbon ⁸ "En las sociedades de clases todas las ideologías existen en formas históricas de articulación con diferentes clases e ideologías de clase.

Esto significa que las formas de individualidad, masculinidad, religión y moralidad secular, situación étnica y geográfica y nacionalismo están relacionadas e influenciadas por los diferentes modos de existencia de clase a las que se encuentran vinculadas. De acuerdo con esta proposición el machismo, por ejemplo, debería ser entendido - y, desde una perspectiva no sexista, combatido - en su relación con los diferentes modos de existencia práctica y discurso ideológico de clase. Pero no se sigue de ello que el machismo sea una ideología y una práctica de una sola clase."

No resulta entonces suficiente reconocer, como lo hace el informe "El feminismo de los 90. Desafíos y propuestas" ⁹ la presencia de diversidades históricas en el interior del movimiento feminista. Sería esclarecedor y políticamente eficaz agregar a la descripción formal y en cierto modo subjetiva del tipo de diversidades encontradas, producir análisis empíricos de los conflictos reales, llenar el diagrama abstracto de las reglas del juego con apuestas concretas que sitúen y relacionen entre sí de manera visible, los diferentes sectores del movimiento en que se expresa la mencionada diversidad.

Es precisamente esta diversidad de las mujeres, lo que delata la limitación del abordaje desde su género para totalizar, tanto su experiencia como las identidades fundadas en la complejidad de sus relaciones sociales. Complejidad en que toman su lugar los vínculos que establecen las mujeres entre sí en función de la división social en clases, la jerarquización del trabajo intelectual frente al trabajo manual, la discriminación racial y cultural, las alternativas de elección sexual, la diferencia entre generaciones, la posición en el sistema de producción de conocimientos, etc.

Las relaciones sociales entre mujeres están atravesadas y determinadas por las relaciones de las mujeres con el resto del tejido social.

La apuesta teórica del feminismo cuando intenta construir una comunidad de individualidades que se oponga a la serialidad femenina típica del fantasma patriarcal, implica el trabajo de despejar lo que une a las mujeres entre sí. Cuanto menos confinadas en el espacio doméstico, más visibles las diferencias. Por ejemplo, en el espacio público de la producción económica, el vínculo que une a una empresaria con una obrera se llama explotación, y en este caso no está mediada por las alianzas conyugales respectivas que pueden aliviar —imaginariamente— las responsabilidades emergentes. Aunque ambas sufran la subordinación de gé-

⁸ Göran Therborn, *La ideología del poder y el poder de la ideología*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1987, p. 32.

⁹ "La diversidad de enfoques y propuestas surge en el proceso de construcción de este movimiento político, enriqueciéndolo permanentemente.

Sin embargo la diversidad es conflictiva y compleja. Porque hay diversidades que se complementan y enriquecen mutuamente, otras que se confrontan productivamente, algunas que son falsas diversidades y muchas de las que no se habla. Estas últimas son las que más nos preocupan.

Porque no siempre recuperamos la historicidad y las conexiones de otras diferentes prácticas. No siempre logramos expresar como propuesta los referentes de los que partimos. No reconocemos la diversidad en teoría, sino que actuamos con ella en forma pragmática, inmediata y a veces arbitraria.

Ver *El Feminismo de los 90. Desafíos y propuestas*. (op.cit.)

nero, no la padecen de la misma manera, por la desigualdad de los recursos de que disponen. Algo similar puede decirse acerca de funcionarias y formuladoras de políticas destinadas a mujeres, o investigadoras cuyo producto forma parte de los recursos tecnológicos que las agencias nacionales o internacionales disponen para decidir sus inversiones o campañas, que afectan especialmente a las mujeres más excluidas de los niveles de decisión. En nuestros regímenes capitalistas dependientes y patriarcales, no siempre el lugar de opresor del género femenino está ocupado por un individuo del otro género. Existen diferencias de clase entre las feministas, aunque en el informe antes citado, ésta palabra no se utilice ni una sola vez.

El feminismo se opone a la opresión del género femenino aún cuando el agente dominante de la relación sean mujeres. Hay que tener en cuenta que cuando en la sociedad capitalista, hombres o mujeres ocupan posiciones de poder, esto se hace apropiándose de bienes generados por el trabajo invisibilizado de las mujeres. El trabajo doméstico, la crianza de los niños, el empleo en cargos sub-remunerados de la burocracia estatal y privada, son condiciones de posibilidad del espacio público en el que el poder (económico, social, político, académico, etc.), es ejercido.

Perder de vista que entre las mujeres se reproduce el orden patriarcal capitalista, vacía al feminismo de su potencialidad revolucionaria, uno de cuyos pilares es la redefinición del significado de la palabra "mujer", que no puede ser lograda sino a partir de prácticas concretas de distribución del poder, en que las diferencias (no sólo las sexuales) no se inscriban como negatividad y privación del valor.

En las conclusiones del taller sobre Liderazgo y Ética feminista, realizado en el V Encuentro, aparece la siguiente recomendación: "No justificar el problema de la superficialidad de algunas discusiones con el número de participantes, y en consecuencia, no recurrir a un intento de "elitización" del próximo Encuentro sobre la base de un perfil que deje afuera a las mujeres"¹⁰

Se denuncia de esta manera la existencia de un aparato de poder político, económico y organizativo en el interior del feminismo, respecto del cual las mujeres deben protegerse, o bien correr el riesgo de quedar "afuera". Queda entablada así una pelea territorial entre el feminismo llamado "puro" y el avance de los movimientos sociales de mujeres. Ellas son las mujeres "mujeres". Las verdaderas. Producto histórico (¿pasivo?) de las estructuras patriarcales, a su acción no se le reconoce virtualidad revolucionaria y se instala con ellas una relación paternalista, no mediada por la producción de nuevas reglas, que reproduce acríticamente la dominación.

El clasicismo del problema planteado —la relación entre vanguardia y movimientos sociales; direcciones y bases; intelectuales y activistas— encuadra al feminismo en las generales de cualquier movimiento político revolucionario. Pero si bien esto puede leerse como efecto del acceso a un cierto poder efectivo en el espacio público, este clasicismo remite a una cuestión angustiante: ¿qué pasó con la utopía de politizar de otra forma las relaciones políticas?

Citaba más arriba: "transformar la experiencia subjetiva en saber político". Esta operación es la misma para cualquier sujeto político: ubicarse en un campo de fuerzas en que padece y ejerce efectos en consonancia con sus capacidades y poderes. Registrar las variaciones que se producen en sí mismos (el registro es del orden de la experiencia subjetiva) como relativas a, y función de, las relaciones que contrae con los demás integrantes del campo en que está situado. Lo que constituye una especificidad del hecho feminista, es que el saber de las mujeres está excluido por definición del saber político, porque se refiere a experiencias que tienen localización en el campo prescrito a lo privado. Dentro de este campo —que abar-

¹⁰ *Taller de Liderazgo y Ética feminista. V Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe*, Mimeo.

ca lo doméstico y lo sexual- la circulación de valores se rige por una axiología sancionada desde lo público, que sustenta la dominación de las mujeres y lo femenino, en la reproducción de la división de los espacios público y privado, de acuerdo con la cual, el saber de las mujeres es políticamente irrelevante.

Luego, transformarlo en saber político, es hacer valer su experiencia, agregarle valor, hacerla concreta, en el doble sentido de establecer las múltiples relaciones que en ella se manifiestan, y de producirla como un objeto que pueda ser intercambiado - parcial y limitado - en el mundo de otros objetos (experiencias) igualmente parciales y limitados. Necesidad, entonces, de articulación de relaciones sociales complejas, en contraposición a la definición de las mujeres únicamente por sus relaciones sociales de género¹¹.

Se podría pensar que esta coyuntura crítica del feminismo latinoamericano se produce cuando las mujeres de las clases explotadas, tradicionalmente agotadas en las luchas de supervivencia, descubren que no hay dicotomía entre ésta y las luchas contra la opresión de género. De esta confluencia surgen, como consecuencia de la agudización de la crisis económica que sobrecarga a las mujeres en sus roles tradicionales, demandas políticas y teóricas que den coherencia y fuerza a su resistencia a dicha sobrecarga.

Es muy improbable que estas demandas puedan ser satisfechas desde un feminismo que rehuse implicarse en la solución de los problemas inmediatos de supervivencia, que son regulados por el poder económico y político en instancias donde las mujeres más afectadas están sub-representadas por partida doble (género y clase). Tampoco por un feminismo que eluda enfrentar la contradicción planteada entre sus propuestas liberadoras para todas las mujeres y el hecho de que en la construcción imaginaria de ese sujeto "mujer liberada", se universalicen los rasgos ideales de la mujer burguesa, cuyas necesidades son creadas y provistas por la red de relaciones capitalistas patriarcales y se regulan, por lo tanto, según la lógica del mercado.

La imposibilidad de trascender la ideología liberal individualista, comprometería a algunos sectores del feminismo latinoamericano, en el papel de ser el instrumento elegido por el poder económico multinacional para poner a trabajar eficazmente la fuerza de las mujeres en las tareas agobiantes que crea la necesidad de supervivencia en las condiciones actuales de la división internacional del trabajo. Las mujeres de las clases subordinadas son entrenadas, capacitadas, asistidas, concientizadas, asesoradas y educadas por mujeres de clases medias, para hacerse cargo del vacío de puestos de trabajo, de asistencia sanitaria, educacional y social que dejan los estados de nuestros países en su reformulación a la medida adecuada al lugar que se les asigna en la actual configuración de mercado internacional.

Las mujeres estamos en todas partes, pero no de la misma manera. Parecíamos bastante iguales mientras no pretendíamos advenir al espacio político. Una vez instalado el feminismo en ese espacio (más allá de las desiciones de algunos grupos separatistas que no logran mantener la clausura de un mundo exclusivamente femenino) la diversidad que es prenda del movimiento, se manifiesta como conflictividad interna que debemos tramitar democráticamente, reconociendo al mismo tiempo que intereses -no de-género modulan inevitablemente la política feminista.

En el rechazo del mito de que somos todas iguales, está implícita una propuesta de división del trabajo cuya explicitación sería rica en revelaciones acerca de la profundidad con que ha calado en el movimiento feminista la actitud de resignación ante un mundo recibido, al que habría que conservar tal como es. Como lo señala Celia Amorós¹², es evidente que la igualdad no es un punto de partida, sino de llegada. Alcanzarla supone el despliegue de la es-

¹¹ Chantal Mouffe, *La radicalización de la democracia*, Leviatán, otoño 1990, Madrid.

¹² Celia Amorós Puente, *Mujer. Participación, cultura política y Estado*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1989.

pecificidad de cada una/o en un espacio social del que nadie es dueño/a, aunque algunos/as sean propietarios/as.

Si el feminismo no logra inventar nuevas formas de relación política, deberemos revisar las afirmaciones de que su óptica es subversiva de las relaciones de poder acuñadas por el predominio patriarcal. En este desafío se imprimen los rasgos diferenciales del feminismo latinoamericano: que si las mujeres no se constituyen en sujetos de sus propios intereses (y éstos exceden los de género), actúan como factor de inercia de cualquier statu quo o como lastre de cualquier movimiento emancipador. Por lo tanto, no pueden encarar su propia liberación de otra manera que articulándola con otros movimientos sociales liberadores.

Incl

Del amor a la necesidad

a Julieta Kirkwood

El reconocimiento de la discriminación de las mujeres y la importancia de su eliminación es hoy patrimonio no sólo de las feministas sino de vastos sectores de la sociedad. El feminismo ha logrado legitimar este tema social y políticamente. Sin embargo, el feminismo tiene un largo camino a recorrer ya que, a lo que aspira realmente, es a una transformación radical de la sociedad, de la política y de la cultura. Hoy, el desarrollo del movimiento feminista nos lleva a repensar ciertas categorías de análisis y las prácticas políticas con las que nos hemos estado manejando. Por eso no es de extrañar que el eje central de este IV Encuentro haya sido la reflexión sobre la política feminista hoy en América Latina. Nosotras, un grupo de feministas de varios países, después de más de 15 años de militancia feminista, nos reunimos en un taller para reflexionar sobre los obstáculos externos y las trabas internas de la práctica política del movimiento feminista latinoamericano.

Nuestro análisis comenzó con un reconocimiento de lo que el feminismo ha logrado: el lugar que el feminismo ocupa en el movimiento de mujeres en América Latina, los avances de Bogotá a Taxco, el hecho de que organizaciones populares, políticas, religiosas y académicas, partidos e incluso gobiernos, hayan incluido demandas feministas en sus programas. Parecería ya no ser tema de discusión la legitimación social y política que el feminismo ha logrado.

Comparando nuestras experiencias en los distintos países han aparecido como una constancia significativa ciertos mitos. Sin pretender que sean los únicos, podríamos resumirlos en:

1. A las feministas no nos interesa el poder.
2. Las feministas hacemos política de otra manera.
3. Todas las feministas somos iguales.
4. Existe una unidad natural por el solo hecho de ser mujeres.
5. El feminismo sólo existe como una política de mujeres hacia mujeres.
6. El pequeño grupo es el movimiento.
7. Los espacios de mujeres garantizan por sí solos un proceso positivo.
8. Porque yo mujer lo siento, vale.
9. Lo personal es automáticamente político.
10. El consenso es democracia.

La fuerza de la creencia en estos mitos ha generado una práctica política feminista que impide valorar positivamente las diferencias y que dificulta la construcción de un proyecto político feminista.

Estos 10 mitos configuran un sistema de pensamiento, encadenándose uno con otro y retroalimentándose. Veámoslos someramente, aunque cada uno de ellos merece una reflexión más profunda. Lo que queremos mostrar es la manera en que se van entrelazando.

Primer mito: *A las feministas no nos interesa el poder.* Si partimos de reconocer que el poder es fundamental para transformar la realidad, no es posible que no nos interese. Nosotras hemos visto a lo lar-

CeD

go de nuestra militancia que a las feministas sí nos interesa el poder, pero que, por no admitirlo abiertamente, no avanzamos en la construcción de un poder democrático y, de hecho, lo ejercemos de una manera arbitraria, reproduciendo además el manejo del poder que hacemos en el ámbito doméstico: victimización y manipulación.

Sí, queremos poder. Poder para transformar las relaciones sociales, para crear una sociedad democrática en la cual las demandas de cada uno de los sectores encuentren un espacio de resolución. Esto requiere reglas de juego que garanticen la presencia de pluralidad de actores sociales; en síntesis, queremos poder para construir una sociedad democrática y participativa.

Aquí nos enlazamos con el segundo mito: *las feministas hacemos política de otra manera. Sí, hacemos política de una manera atrasada, arbitraria, victimizada, manipuladora. Teóricamente intentamos hacerla de otra manera, pero si somos honestas, nuestra práctica deja mucho que desear y eso tiene que ver con la dificultad de aceptar la unidad en la diversidad y la democracia, no sólo como necesidad sino como condición de nuestra acción. De ahí la imposibilidad de establecer reglas de juego claras.*

Esta no aceptación de la diversidad se enlaza con el otro mito: *Las mujeres somos todas iguales. Negar la disparidad entre mujeres, de diferencias intelectuales, habilidades, sensibilidades, etc., nos ha llevado a una práctica paralizante, que ha restado efectividad y presencia política al movimiento. Este mito de la igualdad se engancha con otra creencia que dominó nuestra práctica, la idea de un "Ser Mujer" más allá de clase, raza, edad o nacionalidad y, por ende, de la unidad natural desde la esencia de ser mujer.*

Todas sabemos que no existen sujetos a priori, sino que son construcciones sociales. El sujeto político mujer también es construido social y políticamente. Esta idea de la unidad natural de las mujeres, el *mujerismo*, ha sido el fantasma que recorre el feminismo y que se traduce en el quinto mito: *El feminismo sólo existe como una política de mujeres hacia mujeres. Esto es contradictorio con la idea del feminismo como fuerza transformadora.*

La creencia de un "Ser Mujer", de la unidad natural de las mujeres, de una política de y para mujeres tiene su expresión más cabal en *confundir el grupo feminista con el movimiento*. Esto no es sino pensar que los espacios de mujeres en sí mismos garantizan y producen efectos transformadores. Se ha llegado a idealizar este "mujerismo", olvidando que en infinidad de ocasiones los espacios de mujeres se vuelven ghettos asfixiantes donde la autocomplacencia frena la crítica y el desarrollo, o negando la frecuencia con que las feministas tomamos lo que ocurre en nuestro grupo como si eso fuera el movimiento. La permanencia en un mismo grupo cerrado impide la confrontación con otras mujeres, con otras ideas, con otros feminismos.

Este "mujerismo" se acentúa en el siguiente mito: *Porque yo mujer lo siento, vale*, que significa no reconocer que los sentimientos están teñidos ideológicamente. Pensar que por tener un cuerpo de mujer lo que se piensa o siente es válido o feminista, en el nivel más arbitrario del feminismo.

El noveno mito: *Lo personal es automáticamente político* lleva hasta el absurdo el lema distintivo del feminismo, lo personal es político. Si bien este lema concreta toda una crítica legítima a la división artificial entre lo doméstico y lo público, plantear que todo lo personal es automáticamente político vuelve lo político automáticamente arbitrario. Hay cuestiones personales que son patológicas.

Un ejemplo concreto de esta política arbitraria es la idea de que *el consenso es expresión de democracia*. Esto es confundir el consenso con la unanimidad, y no analizar que el consenso es otorgar implícitamente el derecho de veto a una persona. Este mecanismo se convierte así en la base del autoritarismo.

Estos diez mitos han ido generando una situación de frustración, autocomplacencia, desgaste, ineficiencia y confusión que muchas feministas detectamos y reconocemos que existe, y que está presente en la inmensa mayoría de los grupos que hoy hacen política feminista en América Latina. ¿Qué pasa con nosotras, por qué tenemos esta manera perversa de manejo político, cómo nos salimos de este sistema que nos tiene atrapadas?

Feministas de todos los países estamos en una revisión y profundización teórica que coloca en el centro del debate las consecuencias políticas y simbólicas de la diferenciación sexual entre hombres y mujeres. No se trata ya, como proponíamos hace años, de una desestructuración de la cultura masculina, ni tampoco de adosar a ésta una cultura femenina, sino de repensar la experiencia humana como una experiencia marcada por el ser-mujer/ser-hombre, es decir, marcada por la diferencia sexual.

Sabemos que la diferenciación sexual no trae como consecuencia que las mujeres seamos mejores

o peores que los hombres. No podemos partir de una creencia en la esencia de "Ser Mujer". Tenemos que reconocer que nuestra desigualdad ha sido porque hemos vivido inmersas en una miseria simbólica y material y nuestro sexo no ha tenido sentido más allá de la maternidad, es decir, no ha significado social ni culturalmente. Nuestra mediación con el mundo ha sido el ser para los otros: el amor como vía de significación. Esta manera de vincularnos las mujeres con el mundo las feministas la hemos trasladado al quehacer de la vida política y social, al movimiento, a los grupos de mujeres. Hemos desarrollado una lógica amorosa —todas nos queremos, todas somos iguales— que no nos permite aceptar el conflicto, las diferencias entre nosotras, la disparidad entre las mujeres. Para desmontar este entretreído es necesario acabar con esta lógica amorosa y pasar a una relación de necesidad. Las mujeres nos necesitamos para afirmar nuestro sexo, para tener fuerza. Asumiendo la lógica de la necesidad reconocemos nuestras diferencias y nos damos, apoyo, fuerza y autoridad. En otras palabras, si reconocemos que otra mujer tiene algo que nosotras no tenemos —mayor capacidad organizativa, mayor desarrollo intelectual, mayor habilidad para ciertos trabajos— entonces le damos nuestra confianza, la valorizamos y la investimos de cierta autoridad. Porque en su fuerza encontramos nuestra fuerza y nos valorizamos como mujeres. *La fuerza de una mujer es la fuerza de las mujeres. Así, rechazamos la seguridad aparente que da sentirnos todas iguales. No se trata de buscar el reflejo de igual a igual para confirmarnos en algo que de hecho no es valorado. Se trata de acabar con la autocomplacencia, de romper con el discurso de las víctimas.*

Queremos que el deseo de hacer cosas —el deseo de crear— de una mujer encuentre su fuerza en la relación con el deseo, con el quehacer de las otras.

No neguemos los conflictos, las contradicciones y las diferencias. Seamos capaces de establecer una ética de las reglas de juego del feminismo, logrando un pacto entre nosotras, que nos permita avanzar en nuestra utopía de desarrollar en profundidad y extensión el feminismo en América Latina.

La democracia es el reconocimiento de la pluralidad.

En la fuerza de cada feminista está la fuerza del movimiento feminista.

Taxco, México, 21 de octubre de 1987.

Este documento fue elaborado colectivamente durante el taller sobre Política Feminista en América Latina Hoy, del IV Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe. Participaron: Haydée Birgin (Argentina) • Celeste Cambria (Perú) • Fresia Carrasco (Perú) • Viviana Erazo (Chile) • Marta Lamas (México) • Margarita Pisano (Chile) • Adriana Santa Cruz (Chile) • Estela Suárez (México) • Virginia Vargas (Perú) • Victoria Villanueva (Perú). Lo suscriben: Elena Tapia (México), Virginia Haurie (Argentina), Verónica Matus (Chile), Ximena Bedregal (Bolivia), Cecilia Torres (Ecuador), Dolores Padilla (Ecuador).

[Tomado de Memoria del IV Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, Taxco, México, octubre de 1987.]

Documento

El Feminismo de los '90:
Desafíos y propuestas

El movimiento feminista ha crecido visible y vertiginosamente en todo el continente a lo largo de estos últimos diez años. Es un crecimiento desplegado en las más diversas situaciones, de transición democrática, de democracias acotadas, en situaciones de guerra y de violencia, en propuestas de construcción socialista, en situaciones de profunda crisis económica.

Es un crecimiento que ha tocado diversidades sociales, que ha incorporado a nuestro horizonte y a nuestra reflexión, lentamente pero con fuerza indiscutible, la realidad de las mujeres pobres, populares, de las mujeres indígenas, de las mujeres negras, teniendo cada vez más el movimiento de las características multiculturales y pluriétnicas del continente.

Es un crecimiento que ha permitido acumulación de muchas experiencias de vida y de nuevas rebeldías.

Es un crecimiento que ha permitido, dentro de las características nacionales, una legitimación social y política del movimiento en su conjunto y de su propuesta de transformación.

Es un crecimiento que nos ha enriquecido con diferentes enfoques, con nuevos temas.

Es un crecimiento que nos da fuerza, que potencia nuestra rebeldía colectiva, que alimenta nuestra audacia.

Pero es un crecimiento que no siempre ha encontrado canales fluidos para su expresión.

Que ha sido más cuantitativo que cualitativo.

Que ha diluido por momentos nuestro carácter subversivo, al diluirse, a su vez, en otros movimientos y reivindicaciones.

Que nos está planteando problemas de democracia interna, de liderazgo, de estructuras del movimiento, de construcción de nuevos conocimientos, de mejores canales de comunicación, de propuestas de continuidad, y que nos enfrenta al reto de pensar nuestro movimiento para transformar la riqueza cuantitativa en calidad política y vital.

Para ello, entrando en la década del 90, el movimiento necesita recuperar algunas pistas de reflexión y acción que nos permitan perfilar nuestra propuesta de cara a las nuevas exigencias y necesidades de las mujeres de nuestros países y de nuestro continente.

Y que nos ayuden a consolidar un movimiento feminista democrático, efectivo, eficaz, acogedor, audaz, en el cual todas nos sintamos expresadas.

I. La diversidad

Reconocemos y buscamos la diversidad, en referencia a una perspectiva feminista asumida y comprometida con su despliegue y consolidación.

La propuesta feminista se despliega y se expresa a dos niveles:

a. Como propuesta de transformación global para el conjunto de la sociedad. En ella, el feminismo expresa su cuerpo de conocimientos políticos, culturales y simbólicos, su confrontación y ruptura profun-

da con la lógica patriarcal, su sistema valórico y ético. Desde ella, establecemos las búsquedas de nuevas respuestas a nuevos desafíos.

Esta propuesta de transformación, común en sus valores fundamentales al feminismo latinoamericano, se concreta y enriquece con las realidades históricas y actuales de cada país y con el sistema ético específico del feminismo en cada expresión nacional.

b. Se despliega también como ejes temáticos y propuestas de acción, que parten de esa propuesta global, reconocen las urgencias y posibilidades de cada situación concreta y actúan sobre ellas.

La propuesta global del movimiento se llena de contenido y se alimenta, incorpora respuestas y reconoce desafíos a partir del despliegue de los ejes temáticos y las propuestas de acción.

Así, el movimiento feminista no es una sumatoria de acciones o temas, ni un listado de reivindicaciones, sino un movimiento político.

La diversidad de enfoques y propuestas surge en el proceso de construcción de este movimiento político, enriqueciéndolo permanentemente.

Sin embargo, la diversidad es conflictiva y es compleja. Porque hay diversidades que se complementan y enriquecen mutuamente, otras que se confrontan productivamente, algunas que son falsas diversidades y muchas de las que no se habla. Estas últimas son las que más nos penan.

Porque no siempre recuperamos la historicidad y las conexiones de nuestras diferentes prácticas. No siempre logramos expresar como propuesta los diferentes referentes de los que partimos. No reconocemos la diversidad en teoría sino que actuamos con ella en forma pragmática, inmediata y a veces arbitraria.

No expresamos las diferencias porque hemos presenciado rupturas dolorosas y profundas dentro del movimiento en esta década, porque nos da miedo perder seguridad colectiva, porque finalmente cedemos a la cultura de la intolerancia.

Estas diversidades no expresadas debilitan el carácter subversivo del movimiento.

¿Cómo respetar, sin embargo, diversidades que nos paralizan, que son subjetivamente arbitrarias, que nos descomprometen de la acción colectiva?

El único límite que encuentra el respeto a la diversidad es su choque con la voluntad política de construcción de un movimiento con capacidad real de incidencia desde sus particulares perspectivas.

Sobre esta base, podemos abordar la diversidad con dos posturas básicas:

— desde la confianza, asumiendo que existe un proyecto común, el cual concretamos a través de múltiples estrategias de acción.

— desde la confrontación clara y explícita, en respeto y con reglas de juego claras, con el juego de las mayorías y las minorías, sin pretender consensos. La confrontación es acá una práctica de crecimiento y avance.

Explicitadas las diversidades, la libertad de acción es una garantía de avance y un derecho. La articulación de la diversidad no puede ser una camisa de fuerza que oscurezca iniciativas y reste voluntades.

II. La construcción del movimiento

1. La democracia

El movimiento feminista asume la democracia interna como el contexto intrínseco y vital de su desarrollo.

Sin embargo, la democracia no es una voluntad abstracta sino más bien plasmación de reglas de juego claras que permitan la expresión y representación de la diversidad del movimiento.

Es fundamental generar espacios de mediación a partir de explicitar las diferencias y acuerdos. Explicitando las dificultades personales y colectivas de construir democracia en la pluralidad podemos encarar con madurez y solidaridad las distorsiones autoritarias que se expresan recurrentemente en nuestras prácticas personales y colectivas.

Es fundamental buscar formas de trabajo que expresen la diversidad, acepten las diferencias y habilidades individuales, superando el mito de que todos somos iguales y que lleva finalmente a una suerte de ineficiencia colectivista que paraliza el movimiento.

La democracia en pluralidad requiere construir movimiento con imaginación y audacia, a través de formas creativas, capaces de rasgar las estructuras simbólico-patriarcales a través de las cuales concebimos el orden e interpretamos el mundo.

Para ello, necesitamos estructuras flexibles, capaces de generar conexiones y comunicaciones que nutran permanentemente al movimiento y a sus partes, para evitar, por un lado, los riesgos de concentración de poder y, por otro, del individualismo caótico.

Estas estructuras son modificables, de acuerdo a los cambios y necesidades del movimiento y al contexto en que se inserta. Los cambios en la estructura apuntan a facilitar la calidad del juego político del movimiento y no sólo a expresar estados de ánimo puntuales.

La estructura es fundamental para construir movimiento, pero el movimiento no se agota en ella ni las mujeres se perfilan feministas sólo por su participación en las estructuras organizativas. El movimiento se encuentra expresado en todas las iniciativas antipatriarcales que las mujeres feministas desarrollan desde diferentes espacios. De ahí la importancia de reconocernos entre nosotras y establecer los lazos y conexiones necesarias para fortalecer la propuesta feminista allí donde se encuentre.

2. El liderazgo

Los liderazgos representan, real y simbólicamente, características y necesidades diversas del movimiento en cada momento de su desarrollo. El avance y la complejidad de la propuesta feminista necesitan ir generando permanentemente nuevos liderazgos que aseguren la continuidad histórica y que impulsen nuevas y más amplias presencias.

Sin embargo, el movimiento tiene dificultades en reconocer, asumir y otorgar liderazgos. Nuestros miedos históricos de quedar excluidas, de que decidan por nosotras, de que no nos sintamos expresadas, siguen rondando al movimiento. Estos fantasmas sólo podrán diluirse o controlarse si establecemos claramente mecanismos democráticos de comunicación, de elección y de recambio. Si reconocemos las capacidades y habilidades específicas a nivel personal y colectivo y las pensamos en complementariedad y no en exclusión.

Ello es más factible ahora, porque el avance del movimiento ha producido posibilidades de un liderazgo más colectivo. No es una mujer la que contiene todas nuestras necesidades y exigencias sino, más bien, somos muchas las que contenemos y expresamos, en diferentes momentos y situaciones, las demandas y las iniciativas del movimiento.

Tenemos diferentes tipos de liderazgos: unos brillantes y expresivos, otros más opacos; unos en lo público, otros en espacios acotados del movimiento; unos formales y otros informales. Los informales son los más peligrosos, porque no se explicitan abiertamente y no dan cuenta a nadie de sus actos.

El movimiento debe tener la capacidad de construir, elegir y sustituir formalmente a sus propios líderes, para evitar que, desde fuera, sean elegidas como interlocutoras aquellas que no apuestan a la construcción del movimiento.

Es necesario asegurar contenidos democráticos en nuestros liderazgos y ello sólo es posible desde la reflexión sobre qué seres humanos queremos construir, desde dónde lo vamos a hacer, con qué referentes y sabidurías es posible lograrlos. Construir nuevas concepciones de la vida y no sólo de algunos de sus aspectos es, tal vez, el más grande desafío del movimiento.

Pero no hay construcción posible sin el reconocimiento de nuestra historia y esto pasa también por reconocer el aporte y la función de nuestras líderes históricas, que impulsaron la construcción del movimiento con audacia y creatividad en situaciones más adversas y difíciles que las que hoy encaramos.

3. Producción de conocimientos

Profundizar y ampliar el carácter y el contenido de los conocimientos que alimentan el cuerpo teórico de la propuesta política feminista es un desafío fundamental. Sólo la conciencia y el desafío de reconocer que somos portadoras e interlocutoras de un saber nuevo nos permitirá avanzar.

Necesitamos producir conocimientos en relación a las transformaciones y a los nuevos desafíos económicos y políticos del continente y a las pautas simbólico-culturales que son las de más lenta transformación.

Necesitamos producir conocimientos desde nuestras prácticas personales y sociales, lo que implica transformar el campo de las experiencias en campo de teorización.

Necesitamos producir conocimientos desde la reflexión de los campos metodológicos, buscando nuevas lecturas de las realidades que toca el movimiento.

Necesitamos incorporar nuevas especializaciones y habilidades en el movimiento, que hagan nuestra acción competente y eficaz en el mundo social y político.

Necesitamos asegurar la fluidez en la circulación de los diferentes conocimientos, generando nuevas formas de relación entre la práctica y la teoría, que no se sustenten en jerarquización ni valoración diferencial.

4. Los centros feministas y el financiamiento

Los centros feministas aportan a la producción de conocimientos sobre la realidad de las mujeres, fortalecen y democratizan la sociedad civil desde la propuesta feminista, generan acciones y apoyo al movimiento amplio de mujeres y generan un importante espacio de interacción entre mujeres de diferentes sectores sociales y diferentes experiencias de vida.

Sin embargo, no siempre ha habido claridad sobre las dinámicas diferentes que tienen los centros y que tiene el movimiento. Las feministas de los centros enfrentan una serie de dificultades en su práctica cotidiana. Su trabajo, generalmente orientado hacia el movimiento de mujeres, ha producido en algunos casos problemas de identidad. Se ha establecido una distancia entre la propuesta hacia afuera y los procesos de crecimiento interno, personales y colectivos. Se ha generado el mito de la promotora feminista al servicio del movimiento de mujeres, al tender a confundir la dinámica del movimiento feminista con la dinámica del movimiento de mujeres o pretender subsumir una lógica en la otra.

Hemos enfrentado también el riesgo de fragmentar la propuesta y la acción al general un trabajo localista, autocomplaciente de pequeño alcance, sin hacer las conexiones necesarias entre éstas y la propuesta política del movimiento, lo que nos dificulta la eficacia y la consolidación feminista en otros espacios. La competencia y las dificultades de coordinación de los centros feministas que actúan sobre un mismo tema o sobre un mismo espacio ha llevado muchas veces a que las acciones se superpongan, se repitan, sean múltiples y desconectadas entre sí, saturando el espacio y lesionando la autonomía del movimiento amplio de mujeres.

A su vez, el movimiento feminista se ha resistido durante mucho tiempo a asumir los centros feministas como parte de su crecimiento y desarrollo. Exigencias a los centros de llevar la propuesta feminista sin mediaciones hacia el movimiento de mujeres o autocensura de parte de los centros para avanzar en propuestas más feministas en su trabajo cotidiano con las mujeres han llevado por momentos a olvidar que las diferentes vertientes desde donde se alimenta el movimiento nos requiere la mejor y más fluida relación entre esas vertientes y el movimiento amplio de mujeres, resolviendo en conjunto la falsa contradicción entre las luchas de subsistencia y las de opresión de género. La calidad de vida de las mujeres de los sectores populares y campesinos tiene tanto que ver con la situación económica y de servicios como con su dignidad como sujetos, con la violencia y el aborto, con la democracia y la participación.

Los problemas que se desprenden del financiamiento generan otro de los nudos más visibles del movimiento.

Conseguir financiamiento requiere esfuerzos y calidad en la propuesta de los centros, fortalece su acción y amplía su capacidad de incidencia feminista.

Pero también puede generar un poder diferencial, al concentrarse en unos centros más que en otros. Ese poder diferencial es más nocivo cuando se traslada al movimiento.

Sólo explicitando las dificultades, compartiendo contactos, buscando acciones colectivas, que refuercen mucho más a centros e instituciones, podemos comenzar a abordarlo con seriedad.

Ello nos puede permitir un mejor pie y mayor fuerza para evitar la dependencia frente a las financieras para negociar nuestras condiciones y plantear nuestras prioridades, para establecer una interlocución de igual a igual entre los centros del sur y las agencias del norte, especialmente con las mujeres de estas agencias; para lograr dar un contenido diferente y democrático a la cooperación internacional. Ello es más importante aún porque el porcentaje de financiamiento orientado a organizaciones feministas de América Latina y del Caribe en algunos casos no llega ni al 3% de los montos globales de cooperación en la región.

III. La interlocución

En la década de los 80 el despliegue de las luchas feministas y la expansión de su propuesta han logrado permear a la sociedad civil y a sus instituciones políticas. Hoy, parte de las demandas de las mujeres han sido tomadas por otros movimientos sociales, por gobiernos y partidos. Debemos rescatar esto como un logro y como un desafío.

La articulación entre el cuerpo de conocimientos del feminismo y las demandas concretas que surgen de las prácticas de las mujeres, en interacción con la sociedad y sus diferentes actores, es un campo de acción y elaboración política permanente, que enriquece al movimiento. No abrir ese campo de interacción nos reduce a la enunciación de demandas, debilita nuestro protagonismo y dificulta nuestra interlocución frente a las organizaciones sociales, los partidos políticos e incluso el Estado.

La acción política del movimiento y su interacción con la sociedad suponen una elaboración concreta y coyuntural en cada país.

La reestructuración del Estado, la agudización de los efectos de la crisis, la profundización de la democracia, son algunos de los desafíos que enfrenta el feminismo de los 90, tanto para el debate y confrontación con el sistema patriarcal como para la elaboración de alternativas transformadoras para las mujeres y para la sociedad.

En las ricas y diversas modalidades de interlocución que el movimiento experimentó en la década pasada de cara a otros actores sociales, organizaciones partidarias e instituciones estatales, se han gestado diferentes posiciones respecto a cómo abordar el diálogo y la confrontación. Hay mayor acuerdo en la interacción con algunos movimientos sociales y grupos específicos, tales como los ecologistas, pacifistas, homosexuales, étnicos, buscando enriquecer la propuesta de transformación. Hay mayores diferencias en la forma de asumir la interlocución con partidos políticos y especialmente con el Estado. Son posiciones que van desde la negación a cualquier tipo de diálogo, pasando por la mediación y la negociación para ganar espacios, hasta las que terminan subsumiendo sus prácticas en lógicas que no nos pertenecen. En la base de este debate hay diferentes realidades nacionales y diferentes posibilidades de influencias y/o presión al Estado. Teniendo presente que este es un terreno de legitimidad patriarcal por excelencia, es también importante reconocer que el Estado no es siempre homogéneo ni monolítico y que presenta espacios más permeables que otros a la presión y demanda de las mujeres. Puede ser más fácil el acercamiento de las mujeres al Estado a partir de los gobiernos locales, o al poder legislativo, que a otras expresiones como el sistema judicial y sus procedimientos.

En todos los casos, es necesario formular algunos criterios para el debate y la acción, tales como:

- a. Explicitar las diferencias en el debate concreto, responsabilizándonos por las opciones tomadas.
- b. Analizar y evaluar los espacios que se nos ofrecen las experiencias que se han creado, sus límites, si han contribuido o no a reconocer la necesidad de buscar soluciones a algunos aspectos flagrantes de nuestra subordinación.
- c. Entender esta relación como cambiante y dinámica, tanto por la coyuntura política concreta en cada país como por la capacidad y desarrollo del movimiento, lo que implica revisar permanentemente nuestras fuerzas y, sobre esa base, determinar los límites de nuestra relación con el Estado, tratando de imponer reglas de juego democráticas.
- d. Dar un marco ideológico y político a nuestras propuestas, buscando evitar la cooptación y la demagogia de los políticos de turno.
- e. Evitar el riesgo de una autonomía defensiva que limite la audacia y creatividad de nuestra política.
- f. Reconocer que en la práctica política feminista nuestras opciones y elaboraciones están en interacción con las diferentes interpretaciones de la realidad. Es decir que no sólo nos diferenciamos por nuestras prácticas sino por la forma en que concebimos la utopía transformadora para el conjunto de la sociedad.
- g. Asumir que, a la hora de establecer los espacios de interlocución con gobiernos, partidos y movimientos sociales, los límites, las alianzas y las negociaciones se establezcan desde los intereses del movimiento.

El taller fue coordinado por Gina Vargas y Estela Suárez; las relatorías estuvieron a cargo de Carmen Gantogena, Elena Tapia, Cristina Martín, Ximena Bedregal y Lilian Celiberti. Fue leído en la plenaria final que canceló el V Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe en San Bernardo, Pcia. de Bs. As., Argentina, del 18 al 24 de noviembre de 1990.

[Tomado de *Mujer/fempres* Nº 111, enero de 1991.]

Edward P. Thompson

Los finales de la Guerra Fría

Réplica a Fred Halliday*

Si bien simpatizo con las intenciones de Fred Halliday en su artículo sobre "Los finales de la guerra fría" debo disentir totalmente tanto con su método como con su ejecución. No hay duda que él ha sido atrapado por la urgencia de hacer un comentario instantáneo: su conferencia sobre los eventos ocurridos entre Octubre y Diciembre de 1989 en Europa Central y Oriental fue pronunciada el 5 de Marzo de 1990, y presumiblemente escrita en Febrero; pero otros -incluyéndome a mí mismo- fuimos persuadidos para comprometernos a publicar con excesiva premura y podemos ser criticados con la misma severidad. Pero veamos las dificultades y también los silencios y refutaciones teóricas al texto de Halliday.

Primero, en aras de la claridad, debo rechazar la descripción simplista de Halliday de cuatro "escuelas" de análisis de la Guerra Fría: una, convencional y "realista"; dos, liberal y preocupada con las contingencias; y una tercera escuela, con la cual estoy asociado, junto con Mary Kaldor, Michael Cox, Noam Chomsky y André Gunder Frank (un grupo ciertamente dispar), la cual supuestamente sostiene que la "aparición de que se trataba de un conflicto inter-bloque o inter-sistémico enmascaró una homología, y ambas partes hicieron uso y se beneficiaron de ese conflicto dentro de sus propias esferas de dominio... Para ellos la Guerra Fría es en sí misma un 'sistema', más que una competencia entre dos sistemas". Y hay una cuarta escuela, que es la de Fred Halliday, que analizó (y analiza) la Guerra Fría en términos de su "carácter inter-sistémico", o sea, el hecho de que ella expresaba la rivalidad existente entre dos sistemas sociales, económicos y políticos diferentes.

Este agrupamiento algo torpe de "escuelas" las cuales son luego glosadas no en su propio lenguaje sino en el de Halliday, es un método impreciso de argumentación intelectual. En las últimas dos décadas hemos tenido demasiadas tentativas, excesivamente confiadas, de encasillar los argumentos de los autores en supuestas "posiciones". Yo no he usado nunca el término "homología" en mi vida y no estoy seguro de lo que significa. El término que usé varias veces, tanto en un artículo sobre "Exterminismo", en estas páginas [N.L.R.] , y en la respuesta a las críticas subsiguientes, fue "recíproco" y "reciprocidad". Este no revela una definición clasificatoria sino un proceso histórico de formación mutua: reciprocidad (y mutua provocación) en armamento, hostilidades ideológicas, seguridad interna, control de satélites y estados clientes, etc.

* Fred Halliday, *Los finales de la Guerra Fría*, *New Left Review* Nº 180, marzo-abril 1990, trad. en *El Cielo por Asalto* Nº 1, Bs. As., verano 1990-91.

Hay buenas razones por las cuales esta clasificación resulta pertinente. Caracterizar a un conflicto como "homólogo" o "intersistémico" y sostener que son análisis opuestos de dos diferentes escuelas significa confundir el hecho de que las dos visiones pueden ser (aunque no necesariamente sea así) compatibles una con la otra. De acuerdo con mi propia perspectiva es verdad que hubo conflictos inter-sistémicos, que en un cierto punto (y en un proceso histórico concreto) se transformaron en sistémicos -¿quizás después de 1948?- originando un estado de guerra fría, en sí mismo, una condición dinámica "auto-reproductiva". Como dije en mi conferencia prohibida en Dimbleby, *"Más allá de la Guerra Fría"* (1981), la Guerra Fría "es sobre ella misma". Tomando prestadas palabras de Pasternak, yo sostuve que la Guerra fría debería ser vista como "las consecuencias de las consecuencias"; se ha "librado de los eventos de su origen y ha adquirido un impulso inercial independiente y propio". Pero en la medida en que la Guerra Fría se convirtió en un "sistema" en sí mismo (los términos son de Halliday y no míos), no necesita disolver todas las rivalidades inter-sistémicas previas sino que puede incorporarlas como parte de la fuerza motriz de los estímulos ideológicos. Por lo tanto, las "escuelas" de Halliday son espúreas, y estamos de vuelta en la necesidad de un análisis más preciso (y también más informado empíricamente).

¿Sistemas categóricos o procesos recíprocos?

Halliday supone que los eventos de los meses recientes han inclinado la discusión a su favor. No nos dice exactamente lo que son sus dos "sistemas", excepto que uno es capitalismo y el otro es no-capitalismo. Ya no puede usar socialismo o comunismo sin experimentar una mezcla de vergüenza y desconcierto, pero su revisión categórica fundamental del otro sistema se limita a poner "comunismo" entre comillas. Su artículo es una "propuesta que considera al año 1989 como una prueba de las teorías de la guerra fría". Y afirma triunfalmente que "el jurado ya no está más afuera", desde que los eventos del otoño de 1989 prueban que el "fin" (es decir, el objetivo) de la guerra fría fue "la homogeneidad sistémica y su blanco la naturaleza socioeconómica y política de los estados centrales de cada bloque". Halliday regresa sobre su argumentación en la página 12 [pp. 82-83 de *ECPA* N° 1] y su posición debería ser examinada con cuidado: "El final de la Guerra Fría... y el clima prevaleciente de distensión en Europa y en la mayor parte del Tercer Mundo, se ha obtenido no sobre la base de una convergencia de los dos sistemas, o de una tregua negociada entre ellos, sino como resultado del colapso de uno frente al otro. Esto significa nada menos que la derrota del proyecto comunista tal como ha sido conocido en el siglo veinte y el triunfo del capitalismo. El caso es tan evidente que provee una validación retrospectiva de la interpretación intersistémica de la Guerra Fría". O como él escribiera más tarde (nótese otra vez las comillas), "para hablar en el lenguaje del 'viejo pensamiento', lo que estamos presenciando es una lucha de clases a escala internacional, en la medida en que el poder superior de las fuerzas capitalistas occidentales abre las sociedades parcialmente cerradas a él por cuatro décadas o más".

Pero yo y la mayor parte de mis colegas de la "escuela tres" -y el movimiento pacifista no-alineado- nunca predijimos que el fin de la Guerra Fría sería una "convergencia de dos sistemas", ni siquiera (excepto como una distensión momentánea) una tregua negociada entre los antagonistas. Más aún, la cristalización de la Guerra Fría misma descansó sobre un tipo de "convergencia" no dialéctica de opuestos, que jugaron con las mismas reglas. Nosotros trabajamos por el reemplazo de la Guerra Fría por sistemas totalmente nuevos de relaciones internacionales, por el derrumbe de la confrontación bipolar. Proponiendo el problema en la forma en que lo hace, y glosando nuestro vocabulario interpretativo de suerte tal que se adapte a sus propios fines, Halliday afirma precisamente las conclusiones que él desea alcanzar. Si hablamos sobre "homología" y un "sistema" de Guerra Fría (sus términos) podemos predisponer

nos a alcanzar sus conclusiones; si hablamos de "reciprocidad", "impulso inercial", "dinámica autorreproductiva", entonces estamos refiriéndonos a un proceso histórico real y no a "sistemas" categoriales, y los eventos del otoño de 1989 pueden por tanto ser vistos como la conclusión de una era histórica y la iniciación de otra. En una lógica de interacción recíproca, si una parte se retira puede tener profundos efectos sobre la otra, tal como ocurre cuando un luchador pierde súbitamente a su antagonista y cae al piso como consecuencia.

Segundo, ¿no es ya hora de que retire mi tesis sobre el "exterminismo"? Muchos críticos las han considerado exageradas y sugieren que han sido refutadas por los eventos post-1985. En el sentido al que yo aludí en la sugerencia de que el "exterminismo" era un proceso histórico determinado, algunas de las críticas son justas. Pero yo debo añadir que este ensayo fue escrito a principios de 1980, antes de que un movimiento pacifista masivo hubiera emergido y, en verdad, su tono abierto e intransigente fue influenciado por este hecho y por mi deseo de desafiar lo que supuse era un "inmovilismo" político entre marxistas occidentales sofisticados. De mayor significación es el hecho de que las tesis exterministas fueran planteadas como tesis negativas, cuyas alternativas positivas fueron presentadas en mi conferencia *"Más allá de la Guerra Fría"*, en 1981. Esta conferencia nunca recibió la atención que el "exterminismo" concitó -y, menos que en otros, en los círculos marxistas- y sin embargo, mirando retrospectivamente desde 1990, puede aparecer como más premonitrice; en verdad, ella ofrece un libreto que prefigura los eventos del otoño de 1989.

Yo escribo esto no por mi auto-congratulación -después de todo, si uno ofrece un escenario futuro pesimista y otro optimista, es probable que uno de ellos esté más cerca de la verdad que el otro- sino para recalcar que la discusión nunca fue exclusivamente sobre el "exterminismo" como un determinismo estructural fatal sino que también fue acerca de cómo salir de esta lógica fatal hacia posibilidades alternativas. Junto con otros activistas en los movimientos de paz no-alineados yo puse un énfasis muy fuerte en el contenido ideológico de la Segunda Guerra Fría. Tal como escribí a fines de 1983, "La ideología es, más que las presiones militar-industriales, el motor que impulsa la Guerra Fría ... Es como si ... la ideología se hubiese liberado de la matriz socioeconómica existente dentro de la cual se alimentó y no estuviera ya más sujeta a control alguno por un interés egoísta racional. La Guerra Fría II es una reedición de la Guerra Fría I, pero esta vez como una farsa mortal: el contenido real del conflicto de intereses entre las dos superpotencias es bajo, pero el contenido de rencor ideológico y de 'fachada' es peligrosamente alto". Nuestra argumentación nunca fue limitada a cierto interaccionismo de sistemas de armamentos (especialmente nucleares), como algunas veces se supuso. El trabajo del movimiento pacifista no fue sólo oponerse sino también exponer y desmitificar el vocabulario maloliente de las armas nucleares, para descubrir las no sólo como armas sino también como retórica simbólica, por "la supresión de la política ... y la substitución de la resolución negociada de las diferencias por la amenaza de aniquilación". De aquí, la detención del proceso político por la Guerra Fría, el estado de estancamiento degenerativo.

Tercero, si ponemos el problema otra vez en los términos de nuestro análisis, más que en los glosados por Halliday, algunas conclusiones importantes podrían extraerse. Los hechos del otoño de 1989, cuando las barricadas ideológicas de cuarenta años comenzaron a resquebrajarse parecen haber confirmado nuestro análisis más que el de Halliday. Pero el jurado "todavía está afuera". Si reemplazamos "homología" por nociones más dialécticas de procesos recíprocos, entonces este proceso recién ha comenzado. La prueba estará en los sucesos de los próximos cuatro o cinco años. Nadie en el movimiento de paz no-alineado supuso alguna vez que los hechos deberían marchar a filas cerradas a ambos lados del mundo dividido. Pero si nuestro análisis tuvo alguna virtud, podemos esperar que se produzcan cambios políticos e ideológicos muy sustanciales en Occidente. Ya los comentaristas occidentales están lamentando la pérdida de un enemigo convincente, un "Otro", justo cuando los contratistas de la in-

industria espacial y de las armas nucleares en los EEUU están protestando porque son "dañados". En cada elección presidencial durante cuarenta y cinco años, la Derecha en América sentó los parámetros del debate en términos de la "seguridad" y de la amenaza soviética, y otros temas internos tanto como internacionales fueron silenciados por aquella propaganda ensordecedora. Ya hay premoniciones que anuncian que este tipo de supresión de la política no puede durar mucho tiempo más en los EEUU, mucho menos en Europa Occidental. Al mismo tiempo los controles políticos e ideológicos sobre satélites y estados clientes se están debilitando tanto en la OTAN como en el Pacto de Varsovia. Si la Guerra Fría no es más "autoreproductiva" podemos esperar que otras presiones (más tradicionales, menos mistificadoras y menos ideológicas) se reafirmen a sí mismas. Pero esperemos unos pocos meses antes de decidir que es el "capitalismo" quien ha triunfado *tout court*.

Eliminando los movimientos populares

Cuarto, el párrafo que acabo de escribir es de un tono bastante pasivo. Y la pasividad de Halliday (en aras de un análisis supuestamente objetivo) es muy extraordinaria. En ningún punto, en unas veinte páginas de análisis sobre los finales de la Guerra Fría, hace siquiera mención al pasar de los movimientos pacifistas. Presumiblemente será porque ve al movimiento de paz occidental como una "charada vacía" (quizás desorientado) que careció de influencia sobre los eventos históricos. Por supuesto, aquellos de nosotros que comimos, bebimos y vivimos el movimiento de paz obsesivamente por casi una década no queremos admitir nuestra total irrelevancia. Tenemos un interés creado en suponer lo contrario. También tenemos algunos pocos argumentos. He sostenido que fue el movimiento pacifista no alineado en Occidente entrando en diálogo y en determinadas acciones comunes con el movimiento de los derechos humanos en el Este el que dió fuerza al "momento ideológico" cuando la traba de la Guerra Fría fue rota. Mary Kaldor nos ha recordado que en 1981-1983, cuando millones manifestaron en las capitales de Europa Occidental, "los movimientos fueron comparables en escala a los movimientos democráticos en Europa Oriental a fines de los 80" -y quizás estos últimos fueron influenciados por los primeros. Halliday, quien pudo encontrar espacio para mencionar la influencia de la música pop y de la televisión finlandesa en Estonia, mantiene un silencio total sobre cualquier movimiento por la paz. Pero en la primera mitad de la década los mandos de la OTAN experimentaron el terror de sus vidas y pasaron por sucesivas emergencias que superaron sólo gracias a la utilización de todas las formas posibles de manipulación de los medios de comunicación y de la influencia política -las elecciones en Alemania Occidental, Holanda, Italia y Gran Bretaña, el referéndum de la OTAN en España. Sigo convencido de que la instalación de misiles intercontinentales por parte de la OTAN habría sido rechazada por Gran Bretaña si el General Galtieri no hubiese llegado al rescate de la Sra. Thatcher.

Por otro lado, la guerra (1917/1920 y 1941/1945 y la expectativa de invasión en los años treinta) y la Guerra Fría desde entonces fueron condiciones necesarias de la formación histórica del estalinismo y de su desenlace brezhnevista: en la exaltación de las prioridades militares, la imposición de las economías dirigidas y la supresión de la demanda consumidora, la intensificación de la paranoia ideológica, el fortalecimiento de las fuerzas de seguridad internas, las diplomacias de "dos campos", la ilegalización del disenso y todo lo demás. Esto no significa decir que no hubo poderosas fuerzas sociales internas confluendo con presiones externas -y encuentro el sugestivo estudio de Moshe Lewin *El Fenómeno Gorbachov* especialmente útil para la comprensión de éstas- pero la moda intelectual vigente de atribuir un "genérico estalinismo" vagamente definido a la mala fe original del "Marxismo" está tan desa-

creditada como lo estuvo, el año pasado, la celebración de la guillotina como el auténtico producto del Iluminismo.

Halliday no es culpable de estas sinrazones, excepto en la medida en que sólo puede ver el fin de la Guerra Fría como una derrota del "socialismo" o del no capitalismo, y no como la reapertura de posibilidades cerradas, en parte como consecuencia de las presiones populares desde ambos lados.

¿Por qué Halliday mantiene este extraordinario silencio acerca del rol de los movimientos populares en la terminación de la Guerra Fría? Yo sugiero que esto podría deberse a una necesaria recusación teórica ulterior. Halliday insiste en reducir todo el análisis al modelo de los "dos campos" -capitalismo versus no-capitalismo o "comunismo", como "sistemas"- y se niega absolutamente a explorar la posibilidad de "terceras vías". Estas se encuentran categóricamente fuera de consideración. Este es un viejo hábito de los editores y colaboradores que con tanta tenacidad han conducido la *New Left Review* desde principios de los sesenta. Mientras que están dispuestos a emplear copiosamente el en cierto modo vacío (y, desde mi punto de vista, culturalmente relativista) término "Tercer Mundo", la mera posibilidad de un "tercer camino" -o de un cuarto, o un quinto- o aún de la reapertura de un campo de posibilidades, del cual pudiera esperarse la emergencia de nuevas variantes de formaciones sociales y nuevas combinaciones de viejos y nuevos modos de producción, es eliminada como una imposibilidad categórica. De allí que el ensayo de Halliday -especialmente en su último párrafo, en la página 23 [p. 95 de *ECPA*]- tiene que concluir como un obituario no sólo del Comunismo de "mandos" ("Command Communism") o "el socialismo realmente existente", sino de cualquier alternativa a la sociedad capitalista. El profundo pesimismo de su posición es tan sólo la otra cara de la moneda del triunfalismo del capitalismo occidental, y ambos comparten las mismas premisas.

Sería deseable que la *New Left Review* abriera un debate informado sobre este tema, que no es únicamente un complejo problema teórico. No es sólo una cuestión de reexaminar aquel momento en 1945-1947 cuando en Francia, Polonia y (subsecuentemente) en Yugoslavia, India, y en otros lados, el tema fue teorizado. Es también una cuestión de movimientos reales y de prácticas políticas. Desde mi punto de vista los movimientos y las prácticas pueden ahora muy bien estar por delante de los teóricos. En los movimientos de paz y de derechos humanos de los 80, y los "nuevos movimientos sociales" asociados a ellos o que los apoyaron, el "tercer camino" emergió en escala sustancial no sólo como teoría sino también como una fuerza social real: como un hecho histórico.

¿Sólo observadores?

Y este es mi quinto punto. Tales "hechos" no sólo demandan observación y análisis inteligentes -en lo que la *New Left Review* siempre ha sido buena- sino que también requieren de un apoyo activo. Son sostenidos por prácticas. He sido impelido a escribir este comentario no sólo porque estoy en desacuerdo con el análisis de Halliday, sino también porque pienso que en 1990 se requiere algo más que análisis. Si adoptamos el enfoque "reciprocidad" de la Guerra Fría queda irresuelta la cuestión de si el colapso de este orden es un triunfo para el agresivo capitalismo occidental, o una oportunidad para que el "tercer camino" pueda crecer con fuerza tanto en el Este como en el Oeste, descubriendo proyectos comunes y un vocabulario común. Dependerá de nosotros que sea una cosa o la otra. EL jurado no permanecerá afuera indefinidamente. Nada es más descorazonador que el fracaso del movimiento pacifista occidental y de las fuerzas progresistas para introducirse en los espacios de oportunidad que se han abierto; la incapacidad para acelerar en Occidente procesos recíprocos que acompañen la descomposición de los controles ideológicos de la Guerra Fría en el Este. Y el oportu-

no retorno de Halliday a la teoría de los "dos campos" (aunque con un campo postrado y abiertamente derrotado) simboliza la retirada hacia el inmovilismo del cual acusé al marxismo teórico en 1980.

Al mismo tiempo, no hace falta ser un "experto" para saber lo librescas que son algunas de las nociones de las "economías de mercado" sostenidas por los disidentes (del viejo estilo) en sus departamentos repletos de libros en Praga, Budapest y Moscú: obsesivamente fijados en el profundo pesimismo de 1984 y por nociones de "totalitarismo" (las cuales han sido refutadas en parte por sus propias acciones), comprometidos con irrisorias recetas abstractas tomadas de Hayek, Milton Friedman o los neo-conservadores americanos -recetas que no tienen una relevancia seria para las realidades del capitalismo occidental y menos aún para los no-diagnosticados males de las economías "de mando" en descomposición. Algunos de estos disidentes son intelectuales valientes que han sufrido por la persecución así como por los horrores del "socialismo realmente existente", y hasta hace muy poco yo pensaba que era más importante escucharlos, y mostrar solidaridad con ellos en su lucha por los derechos humanos, que debatir con ellos. Pero pienso que la discusión ahora debe retomarse, en forma tan directa y amigable como sea posible. Uno se irrita cuando alguno de estos intelectuales rechaza todo diálogo serio, y se niega a reconocer que un sector significativo de la Izquierda Occidental ha compartido su aversión por el Estalinismo y ha dado activamente evidencia de su solidaridad con ellos a través de décadas -cuando ellos no sólo negaban esta realidad sino que preferían desconocerla y entablar un diálogo (como socios desiguales) con diplomáticos occidentales y agencias de la Guerra Fría sustuosamente financiadas. Este fue, quizás, el resultado esperado: la construcción de un verdadero discurso internacionalista debe siempre ser el trabajo de minorías cuyas voces se pierden en el tumulto de quienes buscan dinero y poder; y pequeñas organizaciones, como END o el Foro Europeo, deben comenzar pacientemente la construcción una vez más.

Sin embargo, algo ha sido hecho en el pasado y sobre lo cual podemos construir: algo que Halliday olvida incluso de mencionar. Y podrían también llegar a ser auxiliares poderosos (y más que auxiliares) que vengan en nuestra ayuda desde grandes círculos que no han sido todavía involucrados en previos intercambios. ¿Cómo podemos saber la forma en que puede estar cambiando la conciencia política "en el otro lado", y qué luchas sobre prioridades, defensas básicas del derecho al trabajo, a la vivienda y a la salud, la distribución de recursos, el control social de la riqueza pública, pueden producirse cuando los trabajadores realmente lleguen a comprender lo que significan las "libres" fuerzas del mercado? Ya (Mayo de 1990) Lech Walesa ha apagado un incendio en los astilleros de Gdansk y ha detenido la huelga del ferrocarril polaco: pero su brigada de bomberos de un solo hombre no puede posponer la crisis para siempre. ¿Por qué deberíamos nosotros prejuzgar el último acto de la obra cuando el primero no ha concluido aún? ¿Y quién será el KOR* que aconseje y traiga solidaridad a los nuevos huelguistas de Gdansk o Siberianos? ¿Y qué grandes proyectos y programas -como los concebidos por Boris Kagarlitsky o Jiri Sabbata- pronto observaremos? ¿Y seremos nosotros solamente observadores o comenzaremos a encontrar nuestro camino hacia programas internacionalistas comunes?

Yo sólo me pregunto si es que nosotros no deberíamos adelantarnos a escribir programas alternativos en lugar de esperar pasivamente a que todos los libretos sean escritos por los medios de comunicación, los políticos y los intereses empresariales, mientras actuamos como una especie de coro profundamente pesimista y auto-flagelante. Hoy escucho por todas partes advertencias temerosas sobre el crecimiento del "Fascismo" -así como del anti-semitismo, el nacionalismo, el fundamentalismo, etcétera- en el otro lado. Y en este lado también. Y en el

* KOR: Comité de Autodefensa Social, que jugó un papel clave en la explosión de la clase obrera polaca en 1980. [Ed.]

"Tercer Mundo". Precisamente. Eso es lo que sucede en un vacío, cuando no se defienden los libretos internacionalistas alternativos o los valores afirmativos. Pero lo que me preocupa tanto como esto es el profundo disgusto intelectual (aún desprecio) por los trabajadores que se encuentra por igual entre los círculos intelectuales liberales o (post) modernos de Occidente y ciertos círculos de intelectuales de los derechos humanos en el Este. Hay razones históricas reales para esto, en las ruinas de los regímenes populistas reaccionarios así como en las de los comunistas conformistas. Sin embargo, yo estoy menos preocupado por la crisis manifiesta del Marxismo (que ha tenido su merecido advenimiento) que por la pérdida de convicción, aún en la Izquierda, en las prácticas y los valores de la democracia. Pero el final de la Guerra Fría ha visto -y esto en ambos lados- un revivir de estas prácticas y una reafirmación de estos valores en la auto-actividad de las masas que se movieron fuera de la ortodoxia ideológica y las empalizadas políticas. Y deberíamos ver esto como un momento de oportunidad, no de derrota.

La tercera vía

Finalmente, estos últimos párrafos no están en verdad dirigidos a Fred Halliday. Más bien ellos expresan mis propias preocupaciones, algunas de las cuales puede compartir. Si he sido un poco áspero en mis críticas (a través del caso del artículo de Halliday) a una tendencia de la *New Left Review* a excluir o negar algunos temas desde que algunos de nosotros nos separamos de la Dirección a principios de los '60, me gustaría expresar mi solidaridad en otras áreas. Algunos de nosotros temimos en 1952 que la *New Left Review* pudiera ceder ante un tercermundismo sentimental y culposo (del tipo de Sartre y Fanon) el cual, en efecto, la hubiese llevado a evadirse de los compromisos necesarios dentro de nuestra propia sociedad. No ha probado ser este el caso, y los ensayos consistentes de Fred Halliday sobre la interpretación de la intervención capitalista occidental en el Medio Oriente y Asia han contribuido positivamente a las páginas de la *New Left Review* por dos décadas. Yo compartí su opinión acerca del colapso total e irrevocable de la tradición comunista ortodoxa en los eventos del año pasado. Aquellos de nosotros activamente involucrados en el trabajo a través de las fronteras sistémicas del movimiento de paz de la década pasada, teórico tanto como práctico, podríamos haber estado más preparados para esto que otros, ya que nosotros desde hace tiempo percibimos que un colapso era inminente. También comparto la preocupación que -en el remate de este retardado colapso- ha habido tanto en Occidente como en el Este una "capitulación ante todo tipo de ideologías reaccionarias de carácter nacionalista, familiarista y religioso", algunas de éstas en nombre de un (post) "Marxismo", o supuesta teoría "crítica". Me siento solidario con Halliday en su intento por redescubrir cierto vocabulario de racionalidad y de universales rehabilitados, y en su repudio por la "indulgencia desubicada del fanatismo religioso, enmascarado de anti-racismo, mostrado por sectores de la *intelligentzia liberal*", y "la búsqueda de 'tradiciones nacionales' por los otrora componentes del movimiento comunista internacional". Las causas de la racionalidad, el internacionalismo y algunas (si no todas) de las causas del Iluminismo requieren ahora -de cara a su impopularidad tan de moda en estos días- de defensores obstinados; y uno da la bienvenida a Halliday y a otros colaboradores de *New Left Review* entre estos: ellas son tradiciones que la Izquierda racional hereda y puede reclamar para sí, junto a las montañas de oscurantismo y de mala fe que han sido expuestas a la vista (y expuestas frecuentemente por críticas desde la Izquierda). Quiero solamente insistir en que éstas no son sólo teorías y tradiciones. Son también prácticas y aún movimientos sociales. Existen en los mundos reales del Este, Occidente y Sur; y si negamos legitimidad teórica a toda "tercera vía" contribuiremos a disminuirlas. No podemos saber qué espacios podrá heredar el tercer camino luego del colapso de la Guerra Fría, a menos que presionemos en la práctica más allá del viejo pensamiento de los "dos campos" y nos pongamos a buscar.

[Tomado de *New Left Review*, N° 182, Londres, Julio-Agosto de 1990]

Fred Halliday

Contrarréplica a E.P. Thompson

A pesar de los evidentes desacuerdos que hay entre nosotros, y un cierto grado de incompreensión, encuentro el comentario de Edward Thompson bienvenido y estimulante. Los grandes temas que nos enfrentan se relacionan con el futuro, en el cual, como él mismo lo afirma, es más lo que nos une que lo que nos divide. Hay, sin embargo, algunos puntos en los que una respuesta en disidencia puede ser necesaria. Estos son: la interpretación de su argumento sobre el exterminismo; la evaluación de los sucesos europeos de los últimos meses; el papel del movimiento pacifista; y la plausibilidad de la "tercera vía".

Thompson cuestiona mi división de las teorías de la guerra fría en cuatro grandes escuelas, y en particular la inclusión de su tesis "exterminista" en lo que denomino la escuela inter-nalista, que es aquella que ve a la Guerra Fría como un producto de fuerzas comparables operantes dentro de los dos bloques, fuerzas para las cuales la Guerra Fría es, en diversos aspectos, funcional. Tal como lo he sostenido en la *New Left Review* N° 180 [trad. en *ECPA* N° 1] y en *"The making of the Second Cold War"*, nadie puede negar la fuerza de los factores internos dentro de cada uno de los dos bloques, pero en sí mismo un argumento de este tipo es engañoso en dos aspectos: 1) subestima el grado de enfrentamiento y rivalidad entre los bloques - esto es, el grado en el cual cada uno trató de prevalecer sobre el otro; 2) sobreestima las similitudes entre las estructuras propias de cada bloque, no percibiendo por eso hasta que punto la Guerra Fría fue un producto de la gran diferencia: la heterogeneidad de los sistemas socio-económicos, que existía entre ellos. No pienso, como pareciera que él hace, que el elemento ideológico en las relaciones Este-Oeste estuviera separado de los intereses materiales involucrados.

A Thompson puede no agradaarle la palabra "homología", pero en su significado es muy similar al del término anglosajón "isomorfismo", el cual aparece abundantemente en su ensayo sobre el exterminismo. Ambos denotan una similitud o identidad de estructura. "Homología" es lo mejor que encuentro para denotar el argumento de que las fuentes de la Guerra Fría son similares dentro de los dos bloques, y que, en su caso, estas fuentes deben ser halladas en una dinámica militar-social que Thomson denomina "exterminismo". La categoría "reciprocidad", tal como la explica en su comentario, parece confirmar esta interpretación: que la Guerra Fría fue impulsada por fuerzas internas dentro de cada bloque los que, a través de interacción recíproca, comenzaron a asemejarse cada vez más. Después de todo, el argumento central de aquel texto es que cualesquiera que hayan sido las diferencias en el sistema social que puedan haber estado subyacentes en los comienzos de la Guerra Fría, la predominancia de la carrera armamentista y la fabricación de armas ha producido una similitud: su énfasis sobre el

"isomorfismo" fue en parte proyectado para rebatir los argumentos tradicionales y apoloéticos de la izquierda sobre las diferencias entre los sistemas capitalistas y no-capitalistas.

Thompson repite su visión de que la Guerra Fría es "sobre sí misma", y es esto lo que me parece subyace en el corazón de nuestro desacuerdo. Fue precisamente en este punto que algunos de nosotros, yo mismo y Mike Davis incluidos, intentamos suministrar una interpretación alternativa de la Guerra Fría a principios de los '80, basada en la visión de ésta como un conflicto inter-sistémico -esto es, un conflicto global, y en última instancia irreconciliable- entre dos tipos diferentes de sociedad y sistemas políticos, dentro del cual la carrera armamentista jugó un papel importante pero no determinante. Estas discrepancias no son el resultado de una actitud temeraria desplegada recientemente: por el contrario, fueron claramente expresadas por lo menos durante los últimos ocho años. La colección de ensayos, *Exterminismo y Guerra Fría*, publicada en 1982 -a la cual Thompson, Davis y yo mismo y muchos otros contribuyeron- fue precisamente un intento de debatir los argumentos del ensayo original de aquél. Una de las razones por las cuales el movimiento pacifista abandonó, el enfoque inter-sistémico fue que lucía como demasiado parecido a la ideología convencional de la Guerra Fría -sea en su variante Occidental, "libertad" versus "comunismo", o en la versión ortodoxa, apologética, soviética de "socialismo" versus "imperialismo". Thompson trata de reubicarme en aquel casillero de la izquierda dogmática, pero al proceder así contribuye a clausurar un espacio intelectual y político que los *guerreros fríos* también quieren dejar cerrado, especialmente si éste permite ver en una forma no dogmática cómo intereses económicos y sociales diferentes en ambos lados son expresados en y a través de la Guerra Fría.

Mi argumento sobre los eventos de los meses pasados es que lo que ha sucedido es lo que la teoría del conflicto inter-sistémico había sugerido: que la rivalidad entre los bloques terminaría una vez que la heterogeneidad sistémica sea reducida drásticamente, o desaparezca. Lo que hemos visto no es exactamente la reducción de la tensión militar sino la predominancia de un sistema socio-económico sobre el otro. El colapso de los regímenes comunistas constituye precisamente ese proceso, el cual sigue aún en marcha, profundizándose en tanto Occidente, bajo la regla de "condicionalidad" está ofreciendo asistencia comercial y financiera a cambio de la introducción de reformas capitalistas en estos países. No debería sorprendernos que sea ésta la forma como las cosas están ocurriendo. Esta es la forma como funciona el sistema capitalista.

Aquí diría que la interpretación que Thompson hace de estos eventos retiene un elemento de *wishful thinking*, aún cuando el tono de su comentario es más bien distinto de su - en mi opinión, más precisa y sobria- evaluación publicada en *The Guardian* el 3 de julio. Por un lado sugiere que la victoria de Occidente puede no resultar después de todo una victoria, y la compara con un luchador que pierde el equilibrio cuando su oponente se resbala. Pero la verdadera analogía está en el uso que Clausewitz hace de la lucha para describir el objetivo de la estrategia, el cual no consiste en aniquilar sino en *niederwerfen*, "derribar" al oponente: el capitalismo Occidental no perdió a su antagonista sino que lo ha subyugado, y en ningún lugar tanto como en el apoderamiento de la RDA por Bonn. No ha habido interacción recíproca, sino la victoria de un lado sobre el otro. Por otro lado, Thompson sugiere que lo que el movimiento pacifista propuso fueron "nuevos sistemas de relaciones inter-nacionales": esto es lo que los pacifistas propusieron, pero no lo que lograron. Lo que tenemos es el fortalecimiento de las instituciones de un lado frente al colapso de aquéllas en el otro. La OTAN y la CEE se han tornado más complacientes y flexibles, pero como una función de su nueva fuerza. El Pacto de Varsovia, pese a la piedad con que se lo trata, está tan muerto como la Liga de Naciones, y el Comecon puede seguir ese camino. Por supuesto la evaluación sobre el resultado de estos acontecimientos depende de lo que estemos mirando: si el único foco es la tensión militar inter-bloque, entonces ha habido una reducción recíproca pero desigual de la amena-

za; si el tema es la competencia socio-económica y política, entonces un lado puede ser considerado el ganador.

Thompson me reprueba por ignorar el rol del movimiento pacifista, y, en un cierto sentido, tiene razón al hacerlo: a pesar de lo mucho que me duele decirlo, no pienso que aquél haya jugado un papel fundamental en producir la finalización de la Guerra Fría. Aquí sólo me cabe citar la conocida frase del final del ensayo de Thompson sobre el exterminismo: "El fin de la política es actuar y actuar con efecto" (subrayado por Edward P. Thompson). La pregunta es, por lo tanto, sobre lo que fue el efecto. En la conclusión de *The Making of the Second Cold War*, escrito a principios de 1983, yo argüía que, más allá de todas las movilizaciones de masas y las convocatorias que traspasaban las líneas partidarias, el objetivo de movimiento pacifista debía ser influenciar los procesos políticos: esto significaba, concretamente, gobiernos elegidos o establecidos. En vez de afirmaciones genéricas se debe mirar a lo que de hecho ocurrió en Europa Occidental en este período. En ningún país dentro de la OTAN fue elegido un gobierno que se opusiera al despliegue de misiles Cruise y Pershing, ni hablar de alguno que pusiera en cuestión su permanencia en la OTAN: lo más cercano sucedió en las elecciones alemanas de Marzo de 1983, pero Kohl fue reelegido, el PSD retrocedió y después los Verdes perdieron su empuje. Luego en Holanda, el movimiento pacifista casi obtuvo la mayoría en contra del despliegue de los Cruise, pero al final también fracasó. Estas fueron cuestiones muy parejas, pero la realidad es que la OTAN prosiguió con sus políticas de despliegue de INF (Fuerzas nucleares intermedias), no hubo una oposición concertada a la SDI (Iniciativa de Defensa Estratégica), y pocos seriamente levantaron el tema clave: abandonar la OTAN. La interpretación de Thompson sobre las posibilidades británicas de no haber ocurrido la Guerra de Malvinas puede o no ser válida -yo lo dudo. Lo más chocante es que en el apogeo del movimiento pacifista, mientras muchos en Gran Bretaña expresaron sus dudas sobre el despliegue de los Cruise, esto efectivamente sucedió; y el Gobierno Thatcher, que lo llevó a cabo, fue reelegido y estimó que el tema le allegaba votos, y nunca hubo más que una pequeña minoría a favor de abandonar la OTAN -de allí los yerros del CND en relación a este tema. El destino del movimiento en pro del congelamiento y del SANE en Estados Unidos fue muy poco diferente.

Podría decirse que el movimiento pacifista jugó un papel en otro aspecto, a saber, influenciando los desarrollos en el Este. Citando a Mary Kaldor, Thompson dice que los movimientos de paz en Occidente "quizás" influyeron a los del Este. Thompson y Kaldor pueden evaluar esto mejor que yo: no hay duda que los movimientos en el Este fueron influenciados por algunos aspectos de los movimientos en Occidente -en relación a la democracia, los derechos humanos, el medio ambiente, y, al menos en la RDA, el feminismo. Pero si los movimientos pacifistas en Occidente tuvieron una influencia en el tema de la paz -esto es, el despliegue de armas- es más debatible: muchos en el Este, incluidos aquellos más opuestos a sus regímenes Comunistas, querían que Occidente se mantuviera firme en la INF (Fuerzas nucleares intermedias), y hubo muchas de estas voces dentro de Solidaridad. El proceso de desarme, que comenzó en serio en 1987, vino como resultado de relaciones de estado-a-estado, y no como producto de la presión desde abajo dentro de la URSS o en cualquier otro lado; el giro democrático en el Este ha sido un gran avance, pero no ha involucrado un rechazo de ambos sistemas, recíproco y de los dos lados, tanto como una transición del uno hacia el otro. Aquellos que han propugnado un tercer camino, como en Alemania Oriental, han sido simplemente barridos a un lado por las presiones combinadas de sus propias poblaciones y la intervención del estado y las finanzas occidentales.

La única área en la cual el pensamiento pacifista Occidental encontró eco fue en las teorías de "disuasión mínima" y "defensa defensiva"; pero estas ideas implicaron, tal como se desarrollaron dentro de la URSS, la retención de algunas armas nucleares. Además, mientras

que la enunciación de estas teorías, a principios de los ochentas, se encontraba en Occidente, su formulación previa fue -por supuesto, dentro de la URSS- planteada por Khrushchev a principios de los 60's. Thompson pone las palabras "charada vacía" en mi boca para describir el movimiento de paz: esto confunde el problema, que exige un sobrio juicio histórico. Este debe, a pesar de mi disgusto, mostrar que el movimiento pacifista, a pesar de todos sus grandes esfuerzos, fue derrotado, si es que vemos las cosas en los términos políticos en los que su éxito debe ser evaluado.

Demasiado por el pasado. Thompson considera mi análisis como pasivo y derrotista. Este -aparte de llamarme "recatado" o "esquivo"- es quizás el mayor malentendido en su comentario. Permítanme insistir con mi argumento conclusivo, no derrotista sino realista: el punto de arranque de la política futura debe ser la crítica de la sociedad capitalista existente y el despliegue de las alternativas que sean tanto deseables como plausibles. Thompson mismo habla de un "tercer camino", sí, pero ninguna sociedad encarnando dicha tercera vía ha sido producida en el mundo contemporáneo, a pesar de varios intentos en este sentido, y bastante de lo que se enmascara como "tercero" fue, en realidad, uno u otro de los dos primeros encubierto. El término "no-alineado" que él utiliza no es tan sólido como podría aparecer: lo que es sorprendente acerca del "Movimiento No-Alineado" es que sólo ha encontrado un apoyo marginal en Europa (Yugoslavia, Malta, Chipre) y la mayoría de los europeos neutrales prefirieron un enfoque atomizado, de baja intensidad, en relación a los temas internacionales y no la constitución de un tercer bloque. Es más: todos estos países fueron, en términos políticos y socio-económicos, no "terceros" sino miembros malquistados de uno u otro bloque. Si esta tercera alternativa fuese elaborada, y si fuera a obtener el apoyo político democráticamente necesario para implementarla, entonces debería evitar buena parte del pensamiento insustancial -sobre asuntos económicos, políticos y militares- que ha caracterizado la mayor parte del análisis de la izquierda en el pasado. Aquellos de nosotros comprometidos con la *New Left Review* en los 60's y 70's podemos ser acusados de haber contribuido al menos tanto al voluntarismo como al fatalismo; una evaluación sobria, pero combativa, del fin de la guerra fría podría ayudarnos a evitar ambas cosas en el futuro.

[Tomado de *New Left Review*, N° 182, Londres, Julio- Agosto, 1990, al igual que el texto de Thompson, por Gabriela Riveiro, Mariana de la Torre y Roy Hora. Revisión técnica de Atilio Borón.]

Perry Anderson

Las afinidades de Norberto Bobbio

A principios de 1848, con escasas semanas de distancia entre uno y otro, se publicaron en Londres dos textos antitéticos sobre la proximidad de la revolución europea. Uno era *El Manifiesto Comunista*, de Karl Marx y Friedrich Engels. El otro, los *Principios de economía política*, de John Stuart Mill. El primero declaraba famosamente que el espectro del comunismo recorría Europa y pronto se apoderaría de ella. El segundo, que utilizaba la misma imagería con apenas menor seguridad, pero en el sentido opuesto, desdeñaba los experimentos socialistas tildándolos poco menos que de quimeras que nunca cobrarían realidad como sustitutos viables de la propiedad privada.¹ La antítesis provoca escasa sorpresa hoy día en nosotros. Hace mucho que el liberalismo y el socialismo se entienden convencionalmente como tradiciones intelectuales y políticas antagónicas, y con razón, en virtud tanto de la aparente incompatibilidad de sus puntos de partida teóricos —el individuo y la sociedad, respectivamente— como de la historia real de conflictos, a menudo mortales, entre los partidos y movimientos inspirados por uno y otro. Sin embargo, al inicio mismo de esta contienda histórica, se produjo en su desarrollo un extraño corto circuito representado por la trayectoria del propio Mill. Los levantamientos de los sectores urbanos más pobres de las principales capitales de Europa y las sangrientas batallas que los siguieron despertaron una cálida solidaridad en Harriet Taylor, objeto de su afecto. Mill se dedicó a estudiar con mente más abierta las doctrinas sobre la propiedad colectiva, y pronto —de hecho, en la misma obra *Principios de economía política*, en la edición corregida de 1849— dictaminó que la concepción de los socialistas en su conjunto era “uno de los elementos más valiosos para el mejoramiento humano que existen en la actualidad”.² Rara vez se ha invertido un juicio político fundamen-

¹ *Principles of Political Economy*, Londres, 1848, T. I, p. 255. El juicio de Mill se refería específicamente a los planes saint-simonianos, que —como explicaba— él consideraba la forma más seria del socialismo. En su autobiografía utiliza la misma frase para referirse a su concepción inicial de cualquier socialismo, que sólo se podía “considerar quimérico”: *Autobiography*, Londres, 1873, p. 231.

² *Principles of Political Economy*, Londres, 1849, p. 266. De las diversas versiones del socialismo, Mill decidía ahora que el fourierismo era la variante más hábil y poderosa, opinión que mantuvo hasta el final de su vida. Acerca de la diferencia entre la primera y la segunda edición de su obra, Mill escribió más tarde: “En la primera edición, se enuncian con tal fuerza las dificultades del socialismo, que el tono en conjunto era de oposición a él. En el año o los dos años siguientes, se dedicó mucho tiempo al estudio de los mejores escritores socialistas del Continente, y a la meditación y discusión sobre toda la gama de temas relacionados con la controversia, y el resultado fue que la mayor parte de lo que se había escrito sobre el tema de la primera edición fue eliminado, y sustituido por argumentos y reflexiones de un carácter más avanzado”: *Autobiography*, cit., pp. 234-35. *Autobiography*, cit., p. 232.

tal tan rápido y radicalmente. A partir de entonces, Mill se consideró a sí mismo liberal y socialista; como dice en su *Autobiography*: "Considerábamos ahora que los problemas sociales del futuro consistirían en cómo unir la mayor libertad individual de acción con una propiedad comunal de las materias primas del mundo y una participación igual de todos en los beneficios del trabajo combinado".¹ Defendió la Comuna de París y murió trabajando en un libro sobre el socialismo que en su opinión debía ser más importante que su estudio sobre el gobierno representativo.

Las concepciones liberales del socialismo

La evolución de Mill, si bien sorprendente, se podría considerar idiosincrática o aislada. Pero no lo era. Habría de tener una sucesión distinguidísima. El filósofo más famoso de Inglaterra después de Mill reprodujo el mismo itinerario. En 1895, Bertrand Russell escribió el primer estudio en lengua inglesa sobre la socialdemocracia alemana, el principal partido de la Segunda Internacional, tras un viaje de estudios a Berlín. Aunque decidido simpatizante de los objetivos más moderados del SPD, "el punto de vista desde el cual escribí el libro —señalaba setenta años después— era el de un liberal ortodoxo".² En aquel momento, Russell rechazaba lo que él llamaba la "democracia sin límites" del programa Erfurt del partido y temía los "estúpidos y desastrosos experimentos" que de él derivarían si no era modificado para respetar las "desigualdades naturales".³ Dos décadas más tarde, él también había cambiado total y permanentemente de opinión. Lo que transformó su manera de pensar, como en 1848 había cambiado la de Mill, fue la primera guerra mundial. La obra que pensaba escribir juntamente con D. H. Lawrence, *Principles of Social Reconstruction (Principios de reconstrucción social)*, y que apareció en 1916, aunque contenía cáusticos ataques contra el Estado, la propiedad privada y la guerra, todavía fue considerada insuficientemente intransigente por Lawrence, quien propugnaba por entonces una "revolución" que realizaría "la nacionalización de todas las industrias y los medios de comunicación, y de la tierra, de un solo golpe".⁴ Pero el siguiente libro de Russell, *Proposed Roads to Freedom (Vías propuestas hacia la libertad)*, escrito durante su encarcelamiento por agitar contra la guerra, era un amplísimo examen del marxismo, el anarquismo y el sindicalismo, que se decidía inequívocamente por el socialismo gremialista (*Guild Socialism*) como "el mejor sistema practicable": la forma de propiedad comunal que consideraba más idónea para conducir a la libertad individual y para protegerse de los peligros de un Estado demasiado poderoso.⁵

Otro eminente contemporáneo que sufrió la misma transición fue el economista J. A. Hobson. Mejor conocido en general por su obra *Imperialism*, debido a que Lenin la utilizó y criticó en la que él escribiría más tarde sobre el mismo tema, Hobson era un liberal inglés convencido cuando la publicó en 1902. En este caso también, la causante del cambio de derrotero fue la primera guerra mundial. Para 1917, atacaba de hecho a la socialdemocracia de Europa occidental desde la izquierda, y escribía: "La estampida patriótica del socialismo en todos los países, en el verano de 1914, es el testimonio más convincente de su insuficiencia

¹ *Autobiography*, cit. p. 232.

² *German Social-Democracy*, Londres, 1965 (reedición), p. v.

³ *Ibid.*, pp. 141-43, 170.

⁴ Ronald Clark, *The Life of Bertrand Russell*, Londres, 1975, p. 263.

⁵ *Proposed Roads to Freedom*, Londres, 1919, pp. xi-xii, 211-12: "La propiedad comunal de la tierra y el capital, que constituye la doctrina característica del socialismo y del comunismo anárquico, es un paso necesario hacia la eliminación de los males de que sufre el mundo actualmente y la creación de una sociedad tal como cualquier hombre humano tiene que desear ver realizada".

para la tarea de derrocar al capitalismo de cuantos pudieran ofrecerse".⁶ Después de la guerra, Hobson dedicó sus mejores esfuerzos a desarrollar una teoría de la economía socialista que combinara las exigencias estructurales de la producción estandarizada para satisfacer las necesidades básicas, con las condiciones sectoriales necesarias para la libertad personal y la innovación técnica. El economista del sobre-ahorro, cuya influencia Keynes reconocía en *The General Theory (La teoría general)*, estaba por su parte escribiendo entre tanto un libro titulado *From Capitalism to Socialism (Del capitalismo al socialismo)*.⁷

Los Estados Unidos proporcionan un último ejemplo. Allí también, la principal mente filosófica del país, John Dewey, liberal confeso y entero durante toda su larga carrera, trazó la misma curva. En su caso, no fue la primera guerra mundial⁸ sino la Gran Depresión lo que lo llevó a conclusiones tajantes. En su libro *Liberalism and Social Action (Liberalismo y acción social)*, publicado en 1935, Dewey —señalando la ausencia histórica en Estados Unidos de la etapa benthamita, por oposición a la etapa lockeana, de lo que él consideraba la herencia histórica liberal— denunciaba claramente a las ortodoxias del *laissez-faire* como "apologéticas del régimen económico existente" que escondían sus "brutalidades e inequidades". Continuaba, en el apogeo del New Deal: "El control de los medios de producción por los pocos que están en posesión legal de ellos opera como una herramienta permanente de coerción sobre los muchos"; y esa coerción respaldada por la violencia física es "especialmente recurrente" en Estados Unidos donde, en épocas de cambio social potencial, "nuestro culto verbal y sentimental a la Constitución, con sus garantías a las libertades civiles de expresión, publicación y reunión, prontamente se va por la borda". Dewey sólo veía una solución histórica para la tradición que continuaba defendiendo: "La causa del liberalismo estará perdida —declaraba—, si no está dispuesta a socializar las fuerzas de producción ahora disponibles", incluso —si es necesario— recurriendo a la "fuerza inteligente" para "someter y desarmar a la minoría recalcitrante". Los fines del liberalismo clásico requerían ahora la realización del socialismo, dado que "la economía socializada es el medio para el libre desarrollo individual".⁹

Es oportuno recordar estos ilustres ejemplos hoy día, porque tras un importante intermedio estamos presenciando una nueva y significativa gama de intentos por sintetizar la tradición liberal y la tradición socialista. La obra más reciente de G. B. Macpherson, en particular *The Life and Times of Liberal Democracy (Vida y tiempos de la democracia liberal)*, acude de inmediato a la mente. La estudiada ambigüedad del libro de John Rawls, *Theory of Justice (Teoría de la justicia)*, puede leerse —y algunos así lo han hecho— como el establecimiento de las bases filosóficas para un proyecto similar. Más explícito en su intención es Robert Dahl, que ha defendido recientemente no sólo el pluralismo político sino también la democracia

⁶ *The Fight for Democracy*, Manchester, 1917, p. 9.

⁷ El tratamiento que hace Hobson tanto de las razones a favor como de los límites para la socialización de los medios de producción tiene un tono notablemente moderno: ver *From Capitalism to Socialism*, Londres, 1932.

⁸ Dewey, tras oponerse inicialmente a la entrada de Estados Unidos en la guerra, participó en la campaña de Wilson en 1917, contra las enardecidas protestas de discípulos tan devotos como Randolph Bourne. El tono de su *German Philosophy and Politics* (1915) recuerda en muchos aspectos el antitético libro de Thomas Mann, *Reflexiones de un hombre apolítico* (1918) desde el otro lado. En él, inspirado por los famosos presagios de Heine, Dewey procura vincular el idealismo alemán con el militarismo alemán, enfrentándolo a un experimentalismo norteamericano propio de la democracia estadounidense. Este *Kulturpatriotismus* estaba en cierto grado matizado por el concluyente repudio de Dewey a toda la "filosofía de la soberanía nacional aislada" y su llamado a la creación de una legislación internacional más allá de ella. En los años veinte, los dilatados viajes de Dewey fuera de Estados Unidos contribuyeron sustancialmente al ensanchamiento de sus simpatías políticas.

⁹ *Liberalism and Social Action*, en John Dewey, *The Later Works, 1925-1953*, vol. xi, Carobandale-Edwardsville, Illinois, 1987, pp. 22, 46, 61-62, 63.

económica. Una generación más joven de escritores angloamericanos ha producido una serie de obras que difieren en temperamento y propósitos, pero que son comparables por su inspiración política: *Models of Democracy (Modelos de democracia)*, de David Held, y *Politics of Socialism (La política del socialismo)*, de John Dunn, en Inglaterra; *On Democracy (Sobre la democracia)*, de Joshua Cohen y Joel Roger, y *Capitalism and Democracy (El capitalismo y la democracia)*, de Samuel Bowles y Herbert Gintis, en Estados Unidos. En Francia, Pierre Rosanvallon, entre otros, buscando recuperar las tradiciones liberales para la Segunda Izquierda, invita a reconsiderar la relevancia moderna, no sólo de Tocqueville, sino también de Guizot.¹²

1. Bobbio: Antecedentes, Desarrollo

En el paisaje actual hay una figura que sobresale por su significación moral y política: el filósofo italiano Norberto Bobbio.* Aunque es tal vez el teórico político con más influencia en su país y tiene también un amplio público en España y América Latina, Bobbio ha sido hasta ahora poco conocido en el mundo anglosajón. Cabe esperar que la reciente traducción al inglés de dos de sus obras principales —*Quale Socialismo?* e *Il Futuro della Democrazia*— modificará esta situación.¹³ Cualquier reflexión sobre las relaciones entre liberalismo y socialismo debe tomar en cuenta de una manera central la obra de Bobbio. Para que esto se comprenda es, sin embargo, necesario decir algo sobre la experiencia vital que está tras ella.

Norberto Bobbio nació en 1909 en el Piamonte, y creció en lo que él describe como un "medio patriótico-burgués", entre "quienes habían resistido al fascismo y quienes se habían sometido a él". Cayó inicialmente bajo la influencia de Gentile, filósofo del régimen, y no rechazaba al principio el orden mussoliniano.¹⁴ Su primer adiestramiento fue en el campo de la filosofía política y la jurisprudencia, en la Universidad de Turín, entre 1928 y 1931. En aquel tiempo, recuerda, los nombres de Marx o el marxismo eran desconocidos en el salón de clases —menos oficialmente desterrados que considerados como intelectualmente muertos y enterrados— y la visión de Bobbio se formó principalmente en el historicismo de Croce, como la de muchos de su generación. Al mismo tiempo, su maestro de filosofía del derecho, Gioele Solari, procuró desarrollar un "idealismo social", también inspirado en Hegel, pero más progresista que la doctrina croceana de la simpatía política. A su debido tiempo, tras su trabajo

* Quisiera expresar mi agradecimiento a Fernando Quesada y sus colegas del Instituto de Filosofía de Madrid, cuyo seminario sobre los teóricos modernos de la democracia, en 1986, me suscitó el reflexionar sobre Bobbio.

¹² Nótese el agrupamiento de fechas: John Rawls, *A Theory of Justice*, Cambridge, Mass. 1971; C. B. Macpherson, *The Life and Times of Liberal Democracy*, Oxford, 1977, y luego: Joshua Cohen y Joel Rogers, *On Democracy*, Nueva York, 1983; John Dunn, *The Politics of Socialism*, Cambridge, 1984; Robert Dahl, *A Preface to Economic Democracy*, Berkeley, 1985; Pierre Rosanvallon, *Le Moment Guizot*, París, 1985; Samuel Bowles y Herbert Gintis, *Democracy and Capitalism*, Nueva York, 1986; David Held, *Models of Democracy*, Cambridge, 1987.

¹³ Polity Press, Londres, 1987; cada uno con una excelente introducción de Richard Bellamy, Editor y compilador merecen felicitaciones por la aparición de estas obras. Bellamy trata más ampliamente a Bobbio en su *Modern Italian Social Theory*, Londres, 1987, pp. 141-56. Las ediciones italianas originales eran *Quale Socialismo?*, Turín, 1976, e *Il Futuro della Democrazia*, Turín, 1983. La traducción inglesa de la primera comprende algunos ensayos no incluidos en el original italiano. Las referencias siguientes a las ediciones inglesas están abreviadas como WS y FD; las traducciones han sido a veces modificadas. La obra completa de Bobbio es enorme, Carlos Violi, *Norberto Bobbio: A Critical Bibliography*, Milán, 1984, publicado con motivo de sus setenta y cinco años, contiene más de seiscientos cincuenta textos, que no constituyen más que el sesenta por ciento de su producción. Gran parte de su trabajo se refiere a la teoría del derecho, que apenas mencionamos en adelante.

¹⁴ "Cultura vecchia e politica nuova", en *Politica e Cultura*, Turín, 1955.

de doctorado sobre la fenomenología alemana, Bobbio entró a mediados de los años treinta a formar parte de un medio intelectual turinense fuertemente liberal por sus convicciones, descendiente directo de la memoria de Piero Gobetti. Este ambiente produjo los núcleos piemonteses de *Giustizia e Libertà*, la organización antifascista fundada por los hermanos Rosselli en Francia. Cuando su red cayó en una redada policíaca en 1935, Bobbio fue brevemente detenido como simpatizante. Tras su puesta en libertad, enseñó en las universidades de Camerino y luego Siena, antes de la segunda guerra mundial. Allí, se unió al movimiento liberal-socialista formado en 1937 por Guido Calogero y Aldo Capitini, dos filósofos de la Scuola Normale de Pisa. En 1940, se trasladó a la Universidad de Padua, que llegaría a ser el corazón de la Resistencia en el Véneto. En el otoño de 1942, colaboró en la fundación del *Partito d'Azione*, el ala política de la Resistencia en que convergieron *Giustizia e Libertà* y el movimiento liberal-socialista. Ya como miembro del Comité de Liberación Nacional en el Véneto, Bobbio fue arrestado por segunda vez por el régimen de Mussolini en diciembre de 1943; fue puesto en libertad tres meses más tarde.¹⁵

Al año siguiente, mientras la lucha se desarrollaba todavía en el norte de Italia, Bobbio publicó un breve trabajo polémico titulado *La filosofía del decadentismo: Un estudio sobre el existencialismo*.¹⁶ Este texto, vehemente denuncia del aristocratismo e individualismo de Heidegger y Jaspers en nombre de un humanismo democrático y social, deja claro el impacto que había tenido en él el movimiento obrero, que era la fuerza principal de la Resistencia en el norte. Bobbio explicaría más tarde: "Abandonamos el decadentismo, que era la expresión ideológica de una clase en decadencia, porque participábamos del trabajo y las esperanzas de una nueva clase". "Estoy convencido —continuaba—, de que si no hubiésemos aprendido del marxismo a ver la historia desde el punto de vista de los oprimidos, adquiriendo una nueva e inmensa perspectiva del mundo humano, no habría habido salvación para nosotros".¹⁷ Con tales palabras, Bobbio describía una reacción frecuente entre la pléyade de jóvenes intelectuales que se había incorporado al *Partito d'Azione*. El mismo era "uno de los que creían en la fuerza ya irresistible del Partido Comunista"¹⁸ y deseaban la acción común entre intelectuales y trabajadores para una reforma radical de las estructuras del Estado italiano.

La meta explícita de tales militantes del *Partito d'Azione* era precisamente realizar una síntesis del liberalismo y el socialismo. Como desde tiempo atrás ambos habían sido objeto de las imprecaciones fascistas, parecía lógico para muchos de sus pensadores reivindicarlos juntos. A sus ojos, tal sería la vocación específica del Partido d'Azione, que lo distinguiría de los partidos tradicionales de la clase trabajadora. Pero después de la Liberación, a pesar de su distinguido papel militar durante la Resistencia y su rica dote intelectual, el Partido no logró conquistar una posición duradera en la escena política italiana. Tres años después, desapareció. Nadie ha descrito las razones de su disolución final mejor que el propio Bobbio, que —una década más tarde— escribió:

Teníamos posturas morales claras y firmes, pero nuestras posturas políticas eran sutiles y dialécticas, y por tanto móviles e inestables, siempre en busca de inserción en la vida política italiana. Se-

¹⁵ Ver *Italia Civile. Ritratti e Testimonianze*, Florencia, 1986 (reedición), pp. 70-71, 95-96, 170, 276-77; *Italia Fedele. Il Mondo de Gobetti*, Florencia, 1986, pp. 157-58; *Maestri e Compagni*, Florencia, 1984, p. 191. Estos tres volúmenes de "retratos y testimonios" contienen gran parte de los escritos más personales de Bobbio.

¹⁶ Se publicó una traducción inglesa en Oxford University Press, en 1948. (Traducción castellana por FCE, de México.)

¹⁷ "Libertà e potere", *Politica e Cultura*, p. 281.

¹⁸ *Politica e Cultura*, p. 199.

gularnos careciendo de raíces en la sociedad italiana de aquellos años. ¿A quién dirigimos? Moralistas ante todo, abogábamos por una renovación total de la vida política italiana, empezando por sus costumbres. Pero creíamos que para llevar a cabo esta renovación no era necesaria una revolución. En consecuencia éramos rechazados por la burguesía, que no quería ninguna renovación, y por la mayor parte del proletariado, que no quería renunciar a la revolución. Así pues, quedamos tête-à-tête con la pequeña burguesía, que era la clase menos inclinada a seguirnos; y no nos siguieron. En realidad fue un espectáculo bastante doloroso vernos —*enfants terribles* de la cultura italiana— mezclados con las capas más miedosas y débiles de la sociedad italiana, mentalidades en perpetuo movimiento tratando de establecer contacto con las mentalidades más perezosas y marchitas, provocadores de escándalos lanzando guiños de complicidad a los ciudadanos más timoratos y conformistas, moralistas de compromisos. Durante toda la época en que el *Partito d'Azione* —líderes sin seguidores— estuvo activo como movimiento político, la pequeña burguesía italiana —seguidores sin líderes— fue indiferentista. Es fácil imaginar si era o no posible el matrimonio entre unos y otros...¹⁹

Debates y realineamientos

Este juicio —duro y cáustico— sobre la experiencia del *Partito d'Azione* refleja sin duda el estado de ánimo con que Bobbio se retiró de la actividad política directa, tras la disolución del Partido en 1947, y asumió una cátedra de filosofía del derecho en la Universidad de Turín. Pero aunque se dedicó principalmente a trabajar en el campo académico, no lo hizo de un modo exclusivo. En los años siguientes escribió una serie de elocuentes artículos en que criticaba la polarización de la vida intelectual y política de Italia durante la época álgida de la Guerra Fría. En ellos, impugnaba cortés pero agudamente las ideologías tanto del comunismo como del anticomunismo oficiales, el Congreso por la Libertad Cultural (desde su inicio) y los Partisanos de la Paz. Pero su principal interlocutor era el PCI. Lo que Bobbio quería era disuadirlo de una alianza incondicional con un Estado soviético que él contaba —“sin dejarme escandalizar por el hecho, ya que considero que refleja una dura necesidad histórica”— entre los regímenes totalitarios²⁰ y persuadido de la importancia permanente de las instituciones políticas liberales tal como existen en Occidente. Es difícil pensar en muchos otros escritores europeos que lograran un tono de cortesía y ecuanimidad comparables en esa época.²¹ El efecto de estas intervenciones fue marginal hasta después de la muerte de Stalin, cuando los cambios que tenían lugar en Rusia empezaron a aflojar un poco los corsets ideológicos del movimiento comunista italiano. Fue entonces cuando Bobbio publicó, en 1954, un artículo titulado “**Democracia y dictadura**”, que tuvo resultados más significativos. Era una crítica serena pero severa de la concepción marxista tradicional de estos dos términos, que insistía en la subestimación histórica, por parte del marxismo, del valor del legado liberal de la separación y limitación de poderes, pero predecía que el PCI evolucionaría hacia una mayor comprensión y

¹⁹ “Inchiesta sul Partito d'Azione”, *Il Ponte*, VII, n. 8, agosto de 1954, p. 906. Paradójicamente los juicios retrospectivos de Togliatti sobre el Partido, en respuesta al mismo cuestionario, eran menos severos, ya que pudo escribir: “En esencia sólo había dos grandes corrientes de resistencia y de lucha eficaz y duradera contra el fascismo: una era la encabezada por nosotros los comunistas, la otra por el movimiento de Acción, y ni siquiera es seguro que la nuestra fuera siempre y en todas partes la más fuerte”. *Il Ponte*, VII, n. 7, julio de 1951, p. 770.

²⁰ *Política e Cultura*, p. 48, un volumen que incluye las principales intervenciones de esta época: “Invito al colloquio”, “Politica culturale e politica della cultura”, “Difesa della libertà”, “Pace e propaganda di pace”, “Libertà dell'arte e politica culturale”, “Intelletuali e vita politica in Italia”, “Spirito critico e impotenza politica”.

²¹ Tanto Russell como Dewey perdieron la cabeza al iniciarse la Guerra Fría.

aceptación de ellas, “esencial para su cohabitación con el mundo occidental” en los años veintidós.²²

Esa amonestación provocó una amplia respuesta del principal filósofo comunista de la época, Galvano Della Volpe, que le reprochaba a Bobbio haber regresado a las posiciones del liberalismo moderado de Benjamin Constant a principios del siglo XIX, y sostenía que el marxismo era, en cambio, heredero de la tradición democrática más radical de Jean-Jacques Rousseau, teórico de una *libertas maior* frente a la *libertas minor* de Constant. Bobbio a su vez replicó a Della Volpe con un ensayo mucho más largo que su artículo original, “**A propósito de la libertad moderna en comparación con la de la posteridad**”, en el que desarrollaba su argumento y advertía a los comunistas, en un tono amistoso pero firme, que se guardaran de un “progresivismo demasiado ardiente” que corría el riesgo de sacrificar las conquistas de la democracia liberal existente en aras de la implantación de una futura dictadura proletaria, en el nombre de una democracia ulterior perfeccionada. El peso de esta segunda intervención fue tal que el propio Palmiro Togliatti consideró necesario responder a sus argumentos, bajo un pseudónimo, en *Rinascita*.²³ En su réplica a los contra-argumentos de Togliatti, Bobbio concluía con una evocación y un credo autobiográficos. De no haber estado profundamente comprometidos con el marxismo después de la Liberación, escribió

o bien habríamos buscado resguardo en el refugio de la vida interior, o nos habríamos puesto al servicio de los jefes. Pero, entre quienes nos salvamos de estos dos destinos, sólo unos pocos de nosotros conservamos una bolsita en la que, antes de tirarnos al mar, depositábamos para su salvaguarda los más saludables frutos de la tradición intelectual europea, el valor de la investigación, el fermento de la duda, la voluntad de diálogo, el espíritu crítico, la moderación en el juicio, los escrúpulos filológicos, el sentido de la complejidad de las cosas. Muchos, demasiados, se privaron de ese equipaje; o bien lo abandonaron, considerándolo un lastre inútil, o nunca lo tuvieron, por haberse lanzado al agua antes de tener tiempo de adquirirlo. No se los reprocho, pero prefiero la compañía de los otros: en realidad, sospecho que esa compañía está destinada a crecer, ya que los años traen sabiduría y los acontecimientos arrojan nueva luz sobre las cosas.²⁴

La tranquila confianza de la última frase resultaría justificada, por lo menos a largo plazo (como sin duda pretendía Bobbio). A corto plazo, el episodio de su debate con Della Volpe y Togliatti no tuvo una repercusión importante en la cultura política italiana, y permaneció relativamente olvidado durante los siguientes veinte años. No produjo una inmediata ampliación del público de Bobbio, que continuó trabajando principalmente dentro de la universidad. En 1964, el Partido Demócrata Cristiano en el poder se embarcó en una coalición con el Partido Socialista Italiano por primera ocasión, una vez que este último hubo roto sus vínculos con el Partido Comunista. Durante seis años, Italia fue gobernada por la fórmula llamada de Centro-Izquierda. Mucho más tarde, Bobbio describiría esta experiencia como, para bien o para mal, “el momento más feliz del desarrollo político italiano” en el período de posguerra.²⁵ Cabe preguntarse si Bobbio realmente sintió mucho entusiasmo en ese momento por los insípidos gobiernos de aquellos años. Pero una cosa es segura. En 1968, Bobbio ingresó por primera vez en el Partido Socialista Unificado recién fundado con la reunificación del PSI de

²² *Política e Cultura*, p. 149.

²³ *Ibid.*, p. 194; el título de la réplica de Bobbio era, por supuesto una paráfrasis deliberadamente irónica del famoso ensayo de Constant en 1818, *De la Liberté des Anciens Comparée à celle des Modernes*.

²⁴ *Política e Cultura*, pp. 281-82.

²⁵ “La Crise Permanente”, *Pouvoirs*, n. 18, 1981, p. 6.

Nenni y del PSDI socialdemócrata de Saragat. ¿Qué vino después? Un levantamiento popular masivo estalló en las universidades y las fábricas del país: el famoso 1968-69 italiano. El voto para el PSU recién unificado —en vez de aumentar— decayó vertiginosamente. Las clases medias italianas, asustadas ante la nueva militancia estudiantil y obrera, se deslizaron hacia la derecha, y el Centro-Izquierda expiró rápidamente. Todas las subsecuentes referencias de Bobbio al 1968-69 están teñidas de reserva o amargura. A nivel nacional, su cálculo político había quedado bruscamente descartado. Al mismo tiempo, tuvo que enfrentar la turbulencia y el desorden de la rebelión estudiantil en su propio campo de actividad profesional.²⁶ No disfrutó de la experiencia más que la mayoría de sus colegas. Las asambleas estudiantiles de la época parecían, en particular, haberlo escandalizado mucho, dejándole desagradables recuerdos que podemos leer entre las líneas de la polémica que, en una fase posterior de la política italiana, lo convertiría en figura central de los debates nacionales por primera vez.

Esto sucedió —sólo podía suceder— tras el reflujo de los grandes movimientos sociales, a fines de los sesenta y principios de los setenta. A fines de 1973, el Partido Comunista Italiano proclamó como objetivo un connubio estratégico con la Democracia Cristiana —el llamado Compromiso Histórico— y los años siguientes anunciaron su conversión teórica general a los principios del eurocomunismo. Veinte años después de su debate con Togliatti, las predicciones de Bobbio eran ahora plenamente reivindicadas. Se había abierto un terreno político finalmente favorable a sus tesis sobre la democracia y la dictadura, el liberalismo y el marxismo. Aprovechando la oportunidad, Bobbio escribió en 1975 dos ensayos claves en *Mondoperaio*, el periódico teórico del Partido Socialista: el primero sobre la falta total de teoría política en el marxismo, el segundo sobre la ausencia total de alternativas frente a la democracia representativa como forma política de una sociedad libre, con una clara advertencia contra las que él consideraba peligrosas ilusiones en contrario visibles en el proceso revolucionario que entonces se desarrollaba en Portugal.²⁷ Esta vez, las intervenciones de Bobbio despertaron un enorme interés en el público italiano y un gran número de políticos e intelectuales le replicaron, tanto desde el PCI como desde el PSI. Al final del amplio debate, Bobbio pudo —un año más tarde— congratularse por el consenso que creía poder discernir ahora en torno a sus ideas básicas. Para 1976, el PCI había renunciado formalmente al leninismo que él había criticado desde tiempo atrás y estaba a punto de obtener notables dividendos electorales que él consideraba benéficos. También el PSI estaba adaptando sus tradiciones. Con cierta satisfacción, Bobbio señalaba que el propio Pietro Nenni utilizaba oficialmente sus argumentos desde la tribuna del Cuadragésimo Congreso del Partido Socialista.²⁸ En 1978, fortificado por este inusual prestigio, colaboró en la redacción de un nuevo programa del PSI, defendiéndolo contra quienes lo acusaban de ser muy poco marxista. Como consecuencia de esta influencia, Bobbio se convirtió en uno de los principales columnistas de política nacional en *La Stampa*: su primera práctica periodística regular desde la Liberación.

Aquellos fueron también los años en que Bettino Craxi ascendió hasta la cumbre del Partido Socialista, inicialmente en nombre de una renovación moral y política del socialismo italiano, lo que lo puso a la cabeza de las luchas por una mejor democracia cívica y secular en Italia. Bobbio, que como muchos miembros de su partido desconfiaba de la lógica corpo-

²⁶ Uno de sus propios hijos era además líder de Lotta más aún y más tarde sería un historiador. Ver Luigi Bobbio, *Lotta Continua-Storia di una Organizzazione Rivoluzionaria*, Roma, 1979, una visión retrospectiva digna y profunda.

²⁷ "Esiste una dottrina marxista dello stato?", y "Quali alternative alla democrazia rappresentativa?", reimpresso en *Quale Socialismo?*, cit., pp. 21-65, y ahora en WS, pp. 47-84. (Traducción castellana: Barcelona, Plaza y Janés, 1986.)

²⁸ *Quale Socialismo?*, cit., pp. 66-68; WS, pp. 86-87.

ratista del Compromiso Histórico, parece haber compartido la esperanza en una remodelación libertaria del PSI y en su papel potencial en una renovación nacional. La decepción no tardó en producirse. Los gobiernos de "Solidaridad Nacional" no rindieron su cosecha de reformas, sino la cizaña del terrorismo. La inestabilidad parlamentaria y la corrupción no disminuyeron: para 1981, Bobbio escribía que si se querían entender las realidades de la política nacional, "el mapa amarillento de la Constitución italiana" se podía tirar a la basura.²⁹ El PSI encabezado por Craxi se estaba convirtiendo en una maquinaria cada vez más cínica y autoritaria, subordinada a un culto al Líder disfrazado con una retórica decisionista casi calcada de Carl Schmitt. Los regímenes del *penta-partito* de los años ochenta, que amontonaban a la DC, el PSI, el PSDI, los republicanos y los liberales, todos juntos en una "insólita y, hasta entonces, impensable combinación del centro-derecha y el centro-izquierda", él los considera diseñados para excluir cualquier alternativa más progresista, bajo el veto de Estados Unidos.³⁰ Hoy día, la posición de Bobbio se ha convertido de nuevo en la de un francotirador más o menos independiente, ahora senador vitalicio nominado por el presidente, una especie de par honorífico, conciencia moral del orden político italiano.

II. Complejión, localización

Tal ha sido, aproximadamente, el *cursus vitae* de Norberto Bobbio: una vida que él calificó una vez como "un continuo, lento y difícil aprendizaje: tan difícil que casi siempre me ha dejado exhausto e insatisfecho, tan lento que todavía no está completo".³¹ ¿Cuál es su particular significación histórica? Dentro de la línea de pensadores que han buscado reconciliar el liberalismo y el socialismo, Bobbio difiere de sus principales predecesores en varios aspectos importantes. Uno de ellos es simplemente el campo de sus intereses especiales. Bobbio es un filósofo con una amplia formación, que se midió con la fenomenología de Husserl y Scheler antes de la guerra, el existencialismo de Heidegger y Jaspers durante la guerra, y el positivismo de Comte y Ayer después de la guerra. Sus propias preferencias epistemológicas siempre han sido empíricas y científicas, siempre nítidamente a contrapelo de lo que él llama "la ideología italiana", congénitamente especulativa y de sesgo idealista.³² En ese aspecto, recuerda a Mill, Russell o Dewey. Pero a diferencia de ellos, Bobbio no es un filósofo original de gran estatura; menos aún, un economista, como Mill y Hobson. Sin embargo, si bien no ha hecho ninguna contribución comparable a la lógica o la epistemología, la ética o la economía, su comprensión de las principales tradiciones del pensamiento político occidental —desde Platón y Aristóteles hasta Aquino o Altusio; Pufendorf y Grocio; Spinoza y Locke; Rousseau o Madison hasta Burke y Hegel; Constant y De Tocqueville hasta Weber o Kelsen— es mayor, no sólo en cuanto a las épocas que abarca, sino en amplitud y profundidad. El dominio de Bobbio en la filosofía política está respaldado por su preparación en derecho constitucional y su familiaridad con la ciencia política. Un elemento de esta entrega profesional tiene especial conse-

²⁹ "La Crise Permanente", p. 12. Dada la importancia que Bobbio siempre ha atribuido a las normas constitucionales, el juicio apenas podría ser drástico. Veinte años antes había sido coautor de un libro de texto de educación cívica que explicaba la Constitución a los estudiantes de secundaria italianos: Norberto Bobbio y Franco Pierandrei, *Introduzione alla Costituzione*, Bari, 1960.

³⁰ "Situación sobre la cual de nada sirve tender un velo piadoso"; "Introduzione", *Il Sistema Politico Italiano tra Crisi e Innovazione*, Milán, 1984.

³¹ *Italia Civile*, p. 10.

³² *Profilo Ideologico del Novecento Italiano*, Turín, 1986, pp. 3-4. Esta obra es el más grande de los ejercicios de Bobbio en su historia intelectual: una revisión brillante, si bien a menudo reveladoramente selectiva.

cuencia para el carácter de la obra de Bobbio. Conoce mucho mejor la historia del marxismo que cualquiera de sus predecesores inmediatos. Su comodidad filosófica en las diversas tradiciones del materialismo histórico no es uniforme. Conoce bien a Marx como clásico; pero aunque le son familiares los textos de Kautsky y Lenin, los conoce de un modo más superficial, y cuando habla —por ejemplo— de Gramsci, puede cometer errores sorprendentes. Paradójicamente, sin embargo, esta limitación se puede considerar virtualmente como una ventaja, en el contexto de la cultura dominante de la izquierda italiana hasta los años setenta, una cultura casi ahogada por sus referencias demasiado exclusivas e internas al marxismo, que la conducían precisamente a aquellos abusos del “principio de autoridad” que Bobbio destacaría para criticarlos.¹³ Su bagaje de no-marxismo o pre-marxismo, del que le hablaba a Togliatti, le mantenía alejado de ellos, al igual que su temperamento, transparentemente tolerante, escéptico y democrático.

Otra diferencia es que las coordenadas políticas de Bobbio son en ciertos sentidos más complejas que las de sus principales predecesores. En efecto, él se sitúa en la encrucijada de tres grandes tradiciones contendientes. Por su formación primordial y su convicción es un liberal. Pero el liberalismo italiano siempre ha sido un fenómeno aparte dentro del conjunto europeo. En Inglaterra, su patria decimonónica, el liberalismo alcanzó una consumación pura en el Estado mínimo y el libre comercio de la época gladstoniana; a partir de entonces —como si su vocación histórica estuviese ya cumplida— poco más tenía que hacer excepto pasar por su breve epílogo social con Asquith y Lloyd George, y expirar como fuerza política. En Francia, por otra parte, el liberalismo como doctrina fue una expresión de la Restauración, que teorizaba las virtudes de la monarquía censitaria; hegemónico durante el régimen orleanista, mantenido en mera apariencia durante el Segundo Imperio, estaba por ello demasiado comprometido para sobrevivir al advenimiento de una Tercera República basada en el sufragio restringido de los varones. Hay que destacar que en Alemania, el nacional-liberalismo capituló ante el conservadurismo prusiano con Bismarck, y abandonó sus principios parlamentarios para adherirse al éxito militar sobre Austria, y, tras esa abdicación política, cayó en un desorden económico cuando el libre comercio fue a continuación descartado por el Segundo Reich. Pero en Italia, al contrario que en Alemania, la unificación nacional se logró no sobre el cadáver sino bajo la bandera misma del liberalismo. Además, el liberalismo que emergió victorioso del Risorgimento tenía una doble legitimación: era a la vez la ideología constitucional de los moderados piemonteses, que codificaba la estructura de su dominio bajo la monarquía, y la definición secular de un Estado italiano creado contra la voluntad de la Iglesia.

Este éxito singular actuó como si por un largo tiempo el cumplimiento de la agenda liberal normal fuese superfluo en Italia. El nombre del liberalismo está tan plenamente identificado con la construcción de la nación y la causa del Estado laico que sus principales estadistas y pensadores apenas si sentían alguna necesidad de mejorar la honestidad electoral o ampliar las libertades políticas. Era el país en que el régimen manipulador y oligárquico de Giovanni Giolitti, con su gran dosis de violencia regresiva y corrupción cooptadora, se definió como liberal hasta la Gran Guerra; donde la principal mente teórica del liberalismo económico, Vilfredo Pareto, pedía el terror blanco para aplastar el movimiento obrero y barrer la democracia parlamentaria; donde el mayor filósofo italiano, Benedetto Croce, paladín de su propio liberalismo ético, exaltó las masacres de la primera guerra mundial y aprobó la investidura de Mussolini en el poder. Sin embargo, deformaciones de este tipo ayudaron, entre otras cosas,

¹³ *Quale Socialismo?*, cit., p. 25; WS, p. 51.

irónicamente a preservar el vigor y el futuro del liberalismo italiano durante buena parte del siglo xx. En ningún otro país fue el destino del liberalismo tan polimorfo y paradójico. Precisamente debido a que sus ideales clásicos fueron a la vez tan ensalzados y burlados en Italia, conservaban un poder normativo radical que habían perdido en todos los demás países, y resultarían capaces de adoptar los modelos más inesperados y explosivos en oposición al régimen establecido. Bobbio mismo es una prueba de la ambigüedad de este legado. Trata las figuras de Giolitti y Pareto con respeto y admiración; la de Croce, a veces, casi con veneración.¹⁴ La impronta del historicismo croceano en particular es muy fuerte en una vertiente de su pensamiento. Sin embargo, también subraya la indiferencia de la teleología filosófica de Croce ante todos los valores institucionales del liberalismo político que le es tan caro, su casi completa irrelevancia en la agenda práctica de la democracia moderna, la cual, según él, ha requerido una fundación atemporal de la ley natural, que era anatema para Croce.¹⁵ El liberalismo del propio Bobbio es en esencia una doctrina de las garantías constitucionales de libertad individual y derechos cívicos en la tradición empírica de Mill, que él asocia especialmente con Inglaterra, y sus mayores héroes en Italia han sido aquellos pensadores que se pueden considerar los más próximos a aquélla: las figuras menos representativas de Carlo Cattaneo, que defendió Milán frente a los austríacos en 1848, y Luigi Einaudi y Gaetano Salvemini, que no se sometieron al fascismo en 1924.

Un ramillete de híbridos

Ahora bien, por sí mismo, semejante punto de vista —por muy elocuente que lo exprese Bobbio— tiene desde luego poco de original en el siglo xx. Pero todo el interés del pensamiento de Bobbio deriva de la confrontación de ese liberalismo político clásico, mediado a través de la distintiva experiencia italiana, con otras dos tradiciones teóricas. La primera de ellas es el socialismo, y aquí también el contexto italiano fue formativo. Bobbio, cuando llegó a la izquierda, a fines de los treinta, ingresó en un campo intelectual y político que ya gozaba, por así decirlo, de una excepcional polinización cruzada. En las condiciones caleidoscópicas de la sociedad italiana después de la primera guerra mundial, en que tantos elementos sociales e ideológicos adoptaron bruscamente patrones desconocidos, el liberalismo no se desvaneció sino que adquirió ciertos colores nuevos y sorprendentes. Italia produjo en esos años el que sigue siendo el único gran estudio académico sobre el liberalismo europeo del siglo anterior: *la Storia del Liberalismo Europeo*, de Guido de Ruggiero, una obra no sólo de síntesis histórica comparada sino también de denodado compromiso político, terminada mientras el fascismo se consolidaba en el poder. De Ruggiero, un historicista con marcado respeto por la contribución alemana de Kant y Hegel a la idea europea de un *Rechtsstaat*, pertenecía al centro político. Pero podía escribir que

si recordamos la dureza cruel e inhumana desplegada por los liberales a principios del siglo xix frente a los urgentes problemas sociales de su tiempo, no podemos negar que el socialismo, a pesar de todos los defectos de su ideología, ha sido un avance inmenso sobre el individualismo anterior, y que, desde el punto de vista de la historia, ha estado justificado al intentar sumergirlo bajo su propia marea social.¹⁶

¹⁴ “Una de las visiones más complejas e inspiradas y meditadas de este siglo”: *Italia Civile*, cit., p. 92.

¹⁵ Ver “Benedeto Croce e il liberalismo”, en *Politica e Cultura*, cit., pp. 253-68.

¹⁶ *The History of European Liberalism*, Oxford, 1927, p. 391; en una sección titulada “The Liberalism of Practical Socialism” (El liberalismo del socialismo práctico), se mezclan los propios sentimientos de Bobbio respecto a la obra de De Ruggiero. Tras confesar que en un tiempo lo estimaba, le reprocha

Entre la generación siguiente, situada más a la izquierda, la fuerza gravitacional de una clase obrera insurgente —y a veces, tras ella, de la Revolución rusa— produjo una asombrosa variedad de intentos por fundir valores proletarios y liberales diferentes en una nueva fuerza política. El primero y más famoso de ellos fue el programa para una "Revolución Liberal" de Piero Gobetti, que publicó a Mill en italiano y defendía el libre comercio, pero admiraba a Lenin y colaboró con Gramsci en *L'Ordine Nuovo*, antes de lanzar su propia *Rivoluzione Liberale*, en 1922. El de Gobetti es un liberalismo que llamaba a los trabajadores a conquistar el poder desde abajo y convertirse en los nuevos gobernantes de la sociedad, como la única clase capaz de transformarla. Se consideraba a sí mismo revolucionario en el pleno sentido de la palabra, y condenaba el socialismo italiano como demasiado reformista a la vez que expresaba toda su simpatía por el comunismo ruso.

Gobetti murió en Francia en 1926. Dos años antes, su periódico había publicado un ensayo de un joven socialista que criticaba las tradiciones del PSI, Carlo Rosselli. Encarcelado durante el régimen de Mussolini, en 1928 Rosselli escribió un libro titulado *Socialismo Liberale*, antes de escapar a Francia, donde fundó al año siguiente el movimiento *Giustizia e Libertà*. El proyecto de síntesis de Rosselli procedía de la dirección opuesta al de Gobetti. Admirando lo que creía saber del laborismo británico, buscaba purgar al socialismo de su herencia marxista y su encarnación soviética, y recobrar para él las tradiciones de la democracia liberal que consideraba conquistas fundamentales de la civilización moderna. Rosselli y su hermano fueron asesinados por matones fascistas en 1937. Ese año, Guido Calogero y Aldo Capitini crearon en Pisa una corriente distinta que llamaron *liberal-socialismo*. El ligero matiz de su nombre indicaba una posición intermedia entre las de Rosselli y Gobetti. Capitini, en particular, a la vez más religioso y más simpatizante de la experiencia soviética, proponía un orden social futuro que sería tanto "poscristiano" como "poscomunista", y que combinaría la máxima libertad legal y cultural con la máxima socialización económica. Calogero estaba más próximo a Rosselli, con una jerga más filosófica; rechazaba a Rusia como un Estado "totalitario", y se oponía a cualquier socialización general de los medios de producción. Cuando los dos movimientos confluyeron en el *Partito d'Azione*, en 1942, su defensa de la economía mixta como el medio adecuado para reconciliar la libertad y la justicia se mantuvo y pasó a formar parte del programa formal del partido. Pero fue impugnada dentro de él por otra corriente, que tenía por objetivo —tales cosas eran posibles en la época y el país— el Comunismo Liberal. Sus principales teóricos, Augusto Monti y Silvio Trentin, eran los descendientes más directos de Gobetti. Desde dentro de *Giustizia e Libertà*, Trentin había rechazado en los años treinta la idea de una economía de dos sectores, y había insistido en la necesidad de una socialización revolucionaria de las relaciones de propiedad, mientras al mismo tiempo proponía un Estado federal descentralizado —de corte proudhoniano— para salvaguardar la libertad frente a los peligros del despotismo político, una vez depuesto el capitalismo. Para estos pensadores, una revolución comunista era de todas maneras probable en Italia de posguerra, y la tarea consistía en idear las formas de la revolución democrática que vendría *después*, la cual la "enderezaría" históricamente.³⁷

después de la guerra que sobreestime el valor del liberalismo alemán en general, y que exalte acriticamente la contribución de Hegel en particular, mientras, como Croce, subestima los logros del liberalismo inglés: "Lo que [los idealistas italianos] no podían percibir en la patria de Milton y Mill, creían encontrarlo en el país de Fichte y Bismarck": *Política e Cultura*, cit., pp. 253-56. A pesar de estas objeciones, De Ruggero anticipa varios de los temas del propio Bobbio, y durante la Resistencia participó activamente en la formación y dirección del *Partito d'Azione*.

³⁷ Sobre esta intrincada historia, ver los diversos relatos de Bobbio en *Italia Fedele*, cit., pp. 9-31; *Italia Civile*, cit., pp. 45-48, 249-66; *Maestri e Compagni*, cit., pp. 239-99; *Profilo Ideologico*, cit., pp. 151-63.

Revolución liberal, liberalismo socialista, socialismo liberal, comunismo liberal: ¿ha producido alguna otra nación semejante gama de híbridos? Esto fue posible en Italia porque no hubo tiempo para que ni la democracia burguesa ni la socialdemocracia se instalaran tras la primera guerra mundial, y establecieran un marco estable de demarcaciones para la política en el capitalismo. Una década de fascismo significaba que el liberalismo era todavía una fuerza peculiarmente no consumada, mientras el socialismo se convertía en una fuerza relativamente homogénea o unida, y que juntos se enfrentaban a un enemigo contra el cual la resistencia sólo podía en última instancia ser insurreccional. En estas condiciones, la Resistencia italiana podía desplegar cualquier tipo de generosos sincretismos. Bobbio es un heredero de ese momento excepcional, que fue —como a menudo se explicó— la principal experiencia política en su formación.

Más cercano personal y moralmente a Capitini, sus preferencias prácticas eran las de Calogero, aunque en su caso se combinaban con una lúcida noción de la probable fuerza del PCI después de la Liberación, que lo llevaría —de un modo más o menos ineluctable— a un compromiso mucho más profundo con la cultura marxista. Siendo antes un liberal, Bobbio se convirtió en esos años en socialista. Pero, como sus predecesores anglosajones, no fue sólo liberal antes de ser socialista, sino que básicamente siguió siéndolo después. Ese liberalismo derivaba de un profundo compromiso con el Estado constitucional, más que cualquier vínculo particular con el libre mercado. Era político, no económico; diferencia más claramente formulable en italiano que en otras lenguas, mediante la distinción (llevada a la fama por Croce) entre *liberalismo* y *liberismo*.³⁸ Por tanto, podía permitir un paso igualitario hacia el socialismo. Al explicar su propia concepción de la relación entre uno y otro, Bobbio escribiría mucho más tarde: "Personalmente tengo una opinión más alta del ideal socialista que del liberal". Porque, sostenía, el primero comprende al segundo pero no al revés. "Mientras la igualdad no se puede definir en términos de libertad, hay por lo menos un caso en que la libertad puede definirse en términos de igualdad"; a saber, "aquella condición en que todos los miembros de una sociedad se consideran *libres* porque son *iguales* en su poder".³⁹ Así pues, socialismo es el término más inclusivo de los dos.

El contraste con Russell y Dewey

La lógica de estas convicciones recuerda a Mill o Russell, Hobson o Dewey. Lo que distingue la versión de Bobbio de la de ellos es la experiencia histórica de la cual surge. A diferencia de aquellos especímenes anteriores, el puente que tendió Bobbio del liberalismo al socialismo no fue un episodio intelectual relativamente aislado: pertenecía a un movimiento colectivo que desempeñaba un papel político central en una época de guerra civil y nacional. Las luchas, las pasiones, los recuerdos que están detrás de él son mucho más densos. Pero

³⁸ El ensayo de Croce, *Liberalismo e Liberismo*, escrito en 1928 y dirigido contra Einaudi, sostenía que la libertad era un ideal moral compatible con diversos regímenes económicos, y que por tanto no había que identificarla con la mera competencia y el libre comercio; una década más tarde utilizó los mismos argumentos contra Calogero para rechazar la noción de cualquier posible síntesis entre liberalismo y socialismo: "la libertad no soporta ningún adjetivo". En 1941, se negó a incorporarse al *Partito d'Azione* porque éste defendía la distribución de la tierra entre los campesinos del Sur. Ver Giovanni Di Luna, *Storia del Partito d'Azione*, Milán, 1982, p. 25.

³⁹ *Le Ideologie e il Potere in Crisi*, Florencia, 1981, pp. 20-30. Este volumen es en esencia una colección de los artículos de Bobbio publicados en *La Stampa* entre 1976 y 1980, textos en los que dice —con justicia— que "casi siempre trataba de vincular problemas del día con temas generales de filosofía política o ciencia política". Constituyen un ejemplo notable de un tipo de prosa pública que casi ha desaparecido del mundo de los diarios europeos.

precisamente porque estaban mucho más prácticamente encarnados, estaban también más sujetos al veredicto de los resultados. Para Bobbio sólo había una nueva ideología verdadera de la Resistencia italiana: la del *Partito d'Azione*, que él llama "el partido de los socialistas liberales".⁴⁰ La nostalgia por el tiempo de esperanza que representó reaparece una y otra vez en sus textos. Pero siempre va acompañada por la ironía que ya hemos visto. El socialismo liberal era una "fórmula de élite", cuyas "posiciones doctrinales filosóficas" estaban "condenadas a ser derrotadas por las grandes fuerzas políticas reales, movilizadas por intereses muy concretos y poderosos impulsos, más que por silogismos perfectos".⁴¹

Las dos principales entre esas fuerzas eran, desde luego, la Democracia Cristiana y el Comunismo. Bobbio nunca tuvo mucho que decir sobre la DC. Era el PCI el que dominaba su horizonte de posguerra, en el diálogo o la polémica. Ya hemos señalado el insólito tenor de sus diálogos con él, en los años de la guerra fría. Estos debates marcan una división histórica que separa, de una manera fundamental, su manera de conjugar el liberalismo y el socialismo de la de sus predecesores. Estos se habían formado típicamente en un liberalismo cómodamente establecido y luego reaccionaron contra sus atropellos o sus fallas —la represión vengativa, la guerra imperialista, el desempleo masivo— buscando un socialismo que lo superase. Bobbio, en cambio, se hizo liberal y socialista en una especie de impulso único, en la lucha contra el fascismo, y luego reaccionó contra los crímenes del socialismo establecido por el sistema de la tiranía de Stalin. El hecho de registrar esta diferencia no implica minimizar la seriedad del compromiso que sostuvieron, en su momento, sus dos predecesores más cercanos, con las experiencias revolucionarias del siglo xx. Después de su visita a la URSS en 1920, Russell hizo el estudio más penetrante escrito por ningún observador extranjero —y a menudo sobrenaturalmente profético— sobre el régimen bolchevique de la época de la guerra civil.⁴² Dewey llegó a trabajar en China pocos días antes del Movimiento del 4 de Mayo, donde defendió la causa del gobierno de Cantón, criticando el papel del imperialismo británico y japonés en el país. Después viajó a Turquía a invitación de Kemal, a México en tiempos de Calles, donde vio las realidades del imperialismo norteamericano, que también existían en la Nicaragua de Sandino, y a Rusia antes del establecimiento de la colectivización. Escribió con simpatía sobre todo ello.⁴³ A fines de los años treinta, famosa y valientemente ayudó a hacer públicos los procesos de Moscú.

⁴⁰ Italia Fedele, cit., pp. 248. Hay una elipsis histórica en la descripción que sugiere cuán importante era para él esa síntesis, hasta el punto de producir cierta ilusión óptica. Porque el *Partito d'Azione* también contenía una fuerza importante que poco tenía que ver con el socialismo, surgida de los círculos bancarios y empresarios encabezada por Ugo La Malfa, el arquitecto en la posguerra del Partido Republicano que estaría políticamente cerca del capital industrial ilustrado. El recuerdo que tiene Bobbio de *Partito d'Azione* lo omite una y otra vez. En realidad el grupo de La Malfa, centrado en la Banca Commerciale, tomó de hecho la iniciativa en la creación del *Partito d'Azione*, aceptando los ideales programáticos de los socialistas liberales sólo a regañadientes y tácticamente. También sobrevivió muy eficazmente a la desintegración final del Partido. Ver la excelente historia reciente de Giovanni De Luna, *Storia del Partito d'Azione*, cit., pp. 35-42, 347-65.

⁴¹ Italia Fedele, cit., p. 248.

⁴² *The Practice and Theory of Bolshevism* (Londres, 1920) es un texto asombroso por el número y la agudeza de sus premoniciones. Russell previó la probabilidad de una involución nacionalista y burocrática del Estado bolchevique, la escala futura de su industrialización y los probables límites de sus estrategias de la Tercera Internacional basadas en la experiencia rusa en Europa occidental; incluso entrevió algo como un distante equilibrio del terror nuclear. Su veredicto sobre la experiencia soviética no es nunca coherente del todo, y no tenía ninguna alternativa realmente creíble para el movimiento obrero de Occidente. Pero estas fallas apenas pesan frente a la excelencia del conjunto. (Traducción castellana: Barcelona, Ariel, 1969.)

⁴³ Dewey describía a su regreso la época que pasó en China, como la etapa intelectualmente más redituable de su vida: se puede considerar como una especie de parteaguas en su desarrollo. Sobre sus

Sin embargo, esos compromisos seguían constituyendo en cierto sentido episodios honorables más que preocupaciones centrales de hombres para los que, por su origen y su contexto nativo, los movimientos revolucionarios modernos seguían siendo inevitablemente más bien remotos. Bobbio, recién salido de un movimiento de Resistencia cuya fuerza principal era el PCI, sólo separado por una frontera de la Revolución yugoslava y apenas un poco más de las recién creadas democracias populares, en un país cuya política interna estaba directamente en juego en el conflicto entre Occidente y Oriente, se hallaba en una situación histórica del todo diferente. Su compromiso con el socialismo era necesariamente de otro orden: a la vez mucho más tenso y más íntimo.

Una preferencia realista

Pero también hay otro elemento de la visión característica de Bobbio que lo separa de sus predecesores. Uno de los rasgos comunes más notables de la concepción de Mill, Russell y Dewey era su fe en el poder social de la educación. Las posibilidades del socialismo dependían fundamentalmente, para Mill, de la elevación cultural gradual de las clases trabajadoras, que sólo los procesos de educación a largo plazo podían lograr; hasta entonces siempre sería prematuro. La gran influencia de Dewey en Estados Unidos derivaba, desde luego, de la Escuela Laboratorio que fundó en Chicago, en la que desarrolló una variante racional-instrumental (por oposición de la variante romántico-expresiva) de la educación progresista; su libro más vendido en Estados Unidos siempre fue *Democracy and Education*. Russell combinaba la empresa pedagógica colectiva de Beacon Hill con la amplia defensa de sus principios en *Education and the Social Order* y otros escritos.⁴⁴ En los tres casos, la importancia soberana que se adjudicaba a la educación estaba vinculada a una concepción particular del intelectual como educador potencialmente ejemplar.

Bobbio, por otra parte, ha rechazado expresamente cualquier papel de este tipo para los intelectuales, considerándolo, de hecho, como el característico espejismo de los pensadores de la preguerra italiana que une a figuras tan diversas como Croce, Salvemini, Gentile, Gobetti, Prezzolini y el propio Gramsci en la ilusión común de que su tarea consistía en "educar a la nación".⁴⁵ Su escéptica reserva frente a programas de "reforma intelectual y moral" o las esperanzas demasiado ingenuas en el *Bildung* se ve inversamente acompañada por un marcado respeto por aquella tradición de "realismo político" que se ha preocupado especialmente del papel del poder y la violencia en la historia. Su influencia sobre Bobbio ha sido profunda. Esta tradición, observa, casi siempre ha sido una tradición conservadora.⁴⁶ En Europa, sus exponentes filosóficos supremos fueron Hobbes, teórico *par excellence* del absolutismo, para quien la ley sin espada no es más que papel, y Hegel, para quien la soberanía se pone a prueba no tanto por la imposición de la paz interna como en la guerra externa, medio perpetuo de la vida de las naciones. En Italia este realismo tomó la forma no de una racionalización espe-

respuestas a los levantamientos de los años veinte, ver sus *Impressions of Soviet Russia and the Revolutionary World: Mexico-China-Turkey*, Nueva York, 1929, especialmente el capítulo "Imperialism Is Easy", pp. 181 y ss. Russell se cruzó con Dewey en Hunan y Pekín en 1921: véase su obra respectiva, *The Problem of China*, Londres, 1922, p. 224.

⁴⁴ El libro de Russell apareció en 1932; Dewey publicó un texto con el mismo título en 1936.

⁴⁵ "Le Colpe dei Padri", *Il Ponte*, XXX, n. 6, junio de 1974, pp. 664-67; *Profilo Ideologico del Novecento Italiano*, pp. 3-4. Bobbio rastrea la versión específicamente italiana de su idea hasta el legado de Gioberti al Risorgimento.

⁴⁶ Bobbio desarrolla este tema en muchos textos. Ver, entre otros, *Saggi sulla Scienza Politica in Italia*, Bari, 1969, pp. 9, 197, 217; *Profilo Ideologico del Novecento Italiano*, cit., p. 17.

culativa sino de una exploración terrena de la mecánica del dominio, desde Maquiavelo hasta Mosca y Pareto. Bobbio ha sido un comentarista cuidadoso y sensible de los teóricos de la élite de su país, a los que debe ciertos elementos significativos de su concepción sociológica.⁴⁷ Pero en un sentido su apropiación del legado realista ha tomado distancia de, o más bien modificado, la tradición específicamente italiana. Esta última ha tendido característicamente a resolverse en una obsesiva cultura de la política pura, es decir, de la política concebida como una mera lucha subjetiva por el poder *per se*, como Maquiavelo mismo la veía en esencia. Lo que no poseía esa tradición, en cambio, es un verdadero sentido del Estado, como un complejo impersonal y objetivo de instituciones. Las razones de esa carencia son bastante evidentes: la larga ausencia, y la posterior debilidad persistente, de un Estado nacional italiano. La originalidad de la forma en que Bobbio recibe la tradición realista italiana reside en su firme reorientación de la misma lejos de la política como tal —los intrincados mecanismos para ganar o perder el poder que tanto fascinaban a Maquiavelo o a Mosca, e incluso a Gramsci (y en un menudeo cotidiano y degradado al parlamento y a la prensa del país hasta el día de hoy)— y hacia las cuestiones del Estado que preocupaban mucho más a Madison, Hegel o De Tocqueville.

Hay dos puntos fijos en las siguientes reflexiones sobre el Estado. El primero es la incesante insistencia de Bobbio en que todos los Estados descansan, en última instancia, en la fuerza.⁴⁸ Para él, ésa es la gran lección pesimista del realismo conservador. Lección que compartían, señala, Marx y Lenin. Pero ellos combinaban una visión pesimista del Estado con una visión optimista de la naturaleza humana, que admitía la posibilidad de la eliminación final del uno mediante la emancipación de la otra, mientras que, para la corriente principal de la tradición realista, la incorregibilidad de las pasiones requería la permanente dureza del poder organizado para contenerlos.⁴⁹ Bobbio, sin pronunciarse directamente sobre esta cuestión, señala que en general “los estudios políticos le deben más a la visión a veces cruel de los conservadores que a las construcciones rigurosas pero frágiles de los reformadores”.⁵⁰ El segundo es que, implícitamente, apoya a la tradición conservadora contra la marxista; el potencial irreductiblemente violento de las relaciones interestatales, más allá de toda reglamentación interna, es parte constitutiva de la naturaleza de la soberanía política como tal. Precisamente, en la medida en que la lógica de la guerra resulta así independiente de las relaciones de clase internas, ha sido abandonada a su suerte por el marxismo, para su propia desventaja. La historia y la teoría del conflicto militar son para Bobbio —tanto como para Hegel o Treitschke— parte necesariamente integral de cualquier reflexión realista acerca del Estado. Paradójicamente, justamente esta idea del papel central de la guerra en el destino de la política es lo que también ha convertido a Bobbio —muy excepcionalmente en su país— en un firme oponente a la carrera armamentista nuclear, que sin embargo defiende una fórmula hobbesiana para lograr la paz internacional.⁵¹ Frente a las tradiciones que descienden de Spencer o de Marx, Bobbio

⁴⁷ Ver en particular sus revaloraciones de Pareto y Mosca en *Saggi sulla Scienza Politica*, cit., publicados en el momento álgido de los levantamientos estudiantiles, contra cuyas ilusiones Bobbio apuntaba que debían servir como saludable antídoto; p. 252.

⁴⁸ *Le Ideologie e il Potere in Crisi*, cit., p. 165.

⁴⁹ *Stato, Governo, Società*, Turín, 1958, pp. 19-25; *Quale Socialismo?*, cit., pp. 39-40; *WS*, pp. 62-63, 187-90.

⁵⁰ *Saggi sulla Scienza Politica*, cit., p. 217.

⁵¹ Es decir, la concentración de un monopolio de la fuerza armada en un solo super-Estado con jurisdicción global. Bobbio contrasta esta solución “jurídica” con lo que llama la solución “social”, clásicamente prevista por el marxismo, en la que la paz internacional se logra mediante la desaparición del Estado. No sostiene que la primera implicaría una pacificación general de las relaciones sociales, ya que el

rechaza expresamente cualquier creencia en la necesidad del progreso, en este campo menos que en cualquier otro. En conjunto, la historia revela no tanto la astucia de la razón —un bien involuntario producido por un mal intencional— como la malignidad de la sinrazón: el mal involuntario que desata el bien intencional. Reconociéndole su lugar incluso a las pretensiones de un pensador como De Maistre, el pensamiento de Bobbio es un liberalismo simultáneamente abierto a los discursos socialista y conservador, revolucionario y contrarrevolucionario.

III. La democracia realmente existente: dos críticas

¿Qué patrón han seguido, pues, las intervenciones teóricas de Bobbio durante los últimos treinta años? El hilo conductor de sus escritos en este período ha sido una defensa y una ilustración de la democracia como tal. Esta democracia la define por los procedimientos más que sustantivamente. ¿Según qué criterios se define la democracia de Bobbio? En esencia, son cuatro. Primero, sufragio igual y universal de los adultos; segundo, derechos civiles que aseguran la libre expresión de las opiniones y la libre organización de las corrientes de opinión; tercero, toma de decisiones por una mayoría numérica; y cuarto, garantías a los derechos de las minorías contra cualquier abuso por parte de las mayorías. Así definida, insiste Bobbio incansablemente, la democracia es un método, la forma de una comunidad política, no su sustancia. Pero no por ello es un valor histórico menos trascendente. El marxismo, afirma, siempre ha cometido el error fundamental de subestimarla, en la medida en que el materialismo histórico se ha concentrado en otra cuestión enteramente distinta: la cuestión de quién gobierna en una sociedad dada, no la de cómo gobierna. Para Marx y Lenin, esta segunda problemática —que Bobbio llama el problema de los sujetos, más que el de las instituciones, del poder— opacó a la primera completamente, hasta el punto de generar una fatal confusión entre la dictadura entendida como cualquier dominación de una parte o clase de la sociedad sobre otra, y la dictadura entendida como el ejercicio de la fuerza política exenta de cualquier ley, en la famosa definición de Lenin; es decir, entre dos significados completamente diferentes del término: como orden social en un sentido genérico y como régimen político en un sentido más estrecho.⁵² Bobbio observa que ya había una tradición premarxista que aceptaba la necesidad de una dictadura revolucionaria para cambiar la sociedad: la que va de Babeuf a Buonarrotti pasando por Blanqui. Lo que había de nuevo en el marxismo era su transformación de esa noción clásica de dictadura —un gobierno a la vez excepcional y efímero, como la concebían los romanos— en la sustancia universal e inalterable de todos los gobiernos antes del advenimiento del comunismo, es decir, de la sociedad sin clases.

Contra esta fusión teórica, Bobbio subraya la irremplazable importancia del surgimiento de instituciones liberales —parlamentos y libertades civiles— dentro de la que es ciertamente una sociedad de clases, dominada por un estrato capitalista, pero que ejerce su dominio dentro de un marco regulador que garantiza ciertas libertades básicas a todos los individuos, de cualquier clase que sean. Esta democracia política representa, histórica y jurídicamente, una protección indispensable contra los abusos de poder. Liberal en sus orígenes en el siglo precedente, sigue siendo liberal en su formato institucional en este siglo. “Cuando utilizo el término

Estado sigue siendo una “institucionalización de la violencia”; pero sí que proporcionaría las condiciones para la eliminación de las armas nucleares, que hoy día exigen una objeción de conciencia incondicional, junto con un rechazo de la teoría de la disuasión que las justifica. Ver *Il Problema della Guerra e le Vie della Pace*, Boloña, 1979, esp. pp. 8-10, 21-50, 79-82, 114-16, 202-06.

⁵² *Quale Socialismo?*, cit., p. 102; *WS*, pp. 15, 209-12.

⁵³ *Politica e Cultura*, cit., pp. 150-62.

democracia liberal –escribe–, no lo hago en un sentido limitativo” –ya que no podría haber una democracia no-liberal– sino para denotar “la única forma posible de democracia efectiva”.⁵⁴ La función esencial de una democracia de ese tipo es asegurar la libertad negativa de los ciudadanos frente a la prepotencia –real o posible– del Estado: su capacidad de hacer lo que quieran sin un impedimento legal externo. Los mecanismos de esta garantía son duales, y estructuralmente indisociables: por una parte, derechos civiles en el nivel del individuo; por la otra, una asamblea representativa a nivel de la nación. El nexo entre unos y otra constituye lo que Bobbio llama el núcleo irreductible del Estado constitucional, cualquiera que sea la base electoral que haya tenido en sus diferentes épocas de existencia. Como tal, constituye un legado que puede ser utilizado por cualquier clase social. Su origen histórico, sostiene Bobbio, es tan irrelevante para su uso contemporáneo como el de cualquier instrumento tecnológico, ya sea el ferrocarril o el teléfono. No hay motivo por el que la clase trabajadora no pueda apropiarse del mismo en su propia construcción del socialismo, y tiene la mejor de las razones para hacerlo. Desde el punto de vista de Bobbio, tal como lo plantea haciéndose deliberadamente eco de los principios del materialismo histórico, “las instituciones liberales forman parte de aquella cultura material cuyas técnicas es esencial transmitir de una civilización a otra”.⁵⁵

Democracia representativa versus democracia directa

En sus discusiones con Della Volpe y Togliatti, Bobbio no tuvo naturalmente dificultad alguna para demostrar el contraste entre este nexo institucional liberal y el estado de cosas reinante en la Unión Soviética, donde se había proclamado la dictadura del proletariado: según él, una dictadura *tout court*, completada con la “fenomenología del despotismo de todos los tiempos”, lo contrario de cualquier tipo de democracia.⁵⁶ Pero este contraste inicial sólo abarca la mitad de sus pretensiones polémicas. Porque la democracia liberal también se tiene que distinguir y defender en el curso del tiempo contra otro enemigo, o por lo menos otro modelo. ¿Cuál es? La democracia liberal, siempre ha insistido Bobbio, es necesariamente representativa o indirecta. La única alternativa formalmente concebible frente a ella sería, por tanto, una democracia delegada o más directa. Para los años setenta, quedaban pocos defensores de la dictadura –supuestamente proletaria o no– en Italia. Pero no eran tan pocos los que pensaban que era posible y deseable una forma más directa de democracia que el orden parlamentario prevaleciente. Contemplaban la posibilidad de una democracia conciliar que sería tan estructuralmente adecuada al socialismo avanzado como la democracia representativa es adecuada para el capitalismo avanzado. Ellos eran el verdadero objetivo de las intervenciones teóricas de Bobbio entre 1975 y 1978, su ataque central estaba dirigido contra lo que él llamaba el “fetichismo” de la democracia directa. No negaba el extenso *pedigree* de esta idea desde la Antigüedad hasta Rousseau, antes de quedar integrada en la tradición del materialismo histórico. Pero sí negaba su validez o aplicabilidad a las sociedades industriales de hoy.

¿Cuáles son sus argumentos contra ella? Se trata de argumentos dobles: estructurales e institucionales. Sobre bases históricas generales, Bobbio reitera el conocido argumento de que la mera escala y complejidad de los Estados modernos impide *ab initio*, y como posibilidad

⁵⁴ *Ibid.*, p. 178.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 153-54, 142.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 157.

técnica, la participación popular directa en la toma de decisiones a nivel nacional. Esto no significa, continúa Bobbio, que en consecuencia él considere al Estado representativo existente como el *non plus ultra* de la evolución democrática. La democracia representativa y la democracia directa no son antitéticas, sino que componen un continuum de formas. En ese continuum, “ninguna forma es buena o mala en sentido absoluto, sino que cada una es buena o mala según el tiempo, el lugar, las cuestiones, los agentes”.⁵⁷ Esa contextualización parece calificar la desnudez del contraste inicial que establece Bobbio entre la democracia directa y la representativa. Pero en la práctica, Bobbio critica o rechaza toda forma institucional específica de democracia directa a la que hace referencia. En primer lugar, los referéndum –principal elemento de ese tipo de democracia en la Constitución italiana de posguerra, que la distingue de sus contrapartidas más conservadoras en el resto de Europa occidental– pueden ser tolerables para ocasionales consultas a la opinión pública cuando esta última está dividida en partes más o menos iguales en torno a un problema grande y simple. Pero son totalmente inadecuados para el grueso del trabajo legislativo, que excede con mucho la capacidad del ciudadano ordinario para mantener su interés por los asuntos públicos, ya que los votantes no pueden decidir sobre una nueva ley todos los días, como debe hacerlo la Cámara de Diputados italiana. Además, en los referéndums –asevera Bobbio– el electorado resulta atomizado, privado de sus guías o mediadores normales bajo la forma de los partidos políticos. Por esta razón, Bobbio deplora su multiplicación en los años recientes.⁵⁸

Tampoco las asambleas populares –tal como las concibiera Rousseau– son viables como mecanismos de una democracia directa en las sociedades modernas. Practicables apenas en las pequeñas ciudades-Estado de la Antigüedad, tales cuerpos son físicamente imposibles en las naciones-Estado contemporáneas, con sus millones de miembros. Además, incluso cuando han funcionado brevemente a nivel local, en pequeñas circunscripciones, han resultado demasiado a menudo fácilmente distorsionables por la demagogia o el carisma, como lo demostró la triste experiencia del movimiento estudiantil. Los mandatos revocables, por su parte –elemento central de la concepción de una democracia más directa para Marx o Lenin– son activamente nefastos, porque son históricamente típicos, según Bobbio, de las autocracias en las que el tirano puede despedir a sus funcionarios en cualquier momento. Su complemento positivo, el mandato imperativo, por otra parte, existe de facto en el moderno parlamentarismo europeo, bajo la forma de la férrea disciplina de los partidos sobre sus diputados, y como tal es un punto débil, que hay que lamentar, de la democracia ya existente, más que un punto fuerte de cualquier democracia futura. La noción misma de un mandato vinculante es, para Bobbio, incompatible con el principio de que los diputados representan intereses más generales que sectoriales, que él considera esencial de la democracia parlamentaria.⁵⁹ Así, en realidad, la forma en que Bobbio acepta que algunos elementos de la democracia directa podrían integrarla como complementos en las instituciones representativas, es en buena medida nominal. El único ejemplo que menciona con verdadera aprobación son las reuniones de profesores de facultad. El sentido de su postura se expresa en el rechazo de la idea misma de la democracia directa, formulado por Bernstein y Kautsky, que él cita como inspiración de su propia visión del problema.⁶⁰

⁵⁷ *Quale Socialismo?*, cit., p. 98; WS, p. 112.

⁵⁸ *Quale Socialismo?*, cit., p. 59; WS, p. 79; *La Crise Permanente*, pp. 10-11, donde Bobbio describe el “estallido” de referéndums de los años setenta como culpable de “lesa democracia”.

⁵⁹ *Quale Socialismo?*, cit., pp. 59-62; WS, pp. 80-82.

⁶⁰ *Il Futuro della Democrazia*, cit., pp. 34-41; FD, pp. 47-52; *Quale Socialismo?*, cit., pp. 94-95; WS, pp. 109-10.

Las promesas incumplidas y el aislamiento de la democracia

Defensa de la democracia representativa; crítica de la democracia directa; rechazo a la dictadura revolucionaria. En líneas generales, los temas de Bobbio hasta aquí se podrían comparar con la doctrina de cualquier liberal lúcido, o leerse como una adhesión más o menos incondicional al status quo occidental. ¿Dónde empieza su anticonformismo, para no hablar de su socialismo? Hay que buscarlo en su crítica a la democracia representativa que tenemos, y que él por lo demás elogia. Aquí reside el punto verdaderamente neurálgico del pensamiento de Bobbio, donde las tensiones intelectuales que lo permean y le confieren todo su interés político y teórico se pueden ver más claramente. Porque, por una parte, Bobbio enumera una serie de procesos objetivos que, según él, tienden a disminuir y minar la democracia representativa tal como él la valora: es decir, como el esquema clásico de un Estado liberal-constitucional basado en el sufragio universal de los adultos, cuyo modelo se generalizó en toda la zona del capitalismo avanzado después de la segunda guerra mundial. ¿Cuáles son estos obstáculos que se oponen cada vez más al funcionamiento de la democracia representativa? Se pueden resumir aproximadamente como sigue.

En primer lugar, la autonomía del ciudadano individual ha quedado completamente eclipsada por el predominio de la organización a gran escala. El tamaño y la complejidad de las modernas sociedades industriales necesariamente hacen impracticable el tipo de articulación de las voluntades individuales en una voluntad colectiva postulada por el pensamiento liberal-democrático clásico. En su lugar surge un conflicto de agrupamientos consolidados y jerárquicos cuya acción recíproca —ya sea en el nivel político-partidario o en el socioeconómico— adopta típicamente la forma de una negociación corporativa que socava el principio mismo de la libre representación tal como lo entendían Burke o Mill. La entrada de las masas en el sistema político, con el advenimiento del sufragio universal, no ha contrarrestado estas tendencias. Más bien, ha generado ella misma, fatalmente, una burocracia hipertrofiada en el Estado, que es el resultado de las justificadas presiones populares en favor de la creación de agencias de bienestar y seguridad social, que luego, paradójicamente, se hacen cada vez más molestas e impermeables a cualquier control democrático. Entre tanto, los avances tecnológicos de las economías hacen que su coordinación y dirección gubernamental sea una función cada vez más compleja y especializada. El resultado es que se abre una brecha insalvable entre la competencia —o más bien incompetencia— de la aplastante mayoría de los ciudadanos en ese campo, y la calificación de aquellos pocos que, de manera exclusiva, conocen algo del asunto: así pues, es inevitable que se constituya una tecnocracia. Por su parte, además, los ciudadanos de las democracias occidentales tienden a hundirse cada vez más profundamente en la ignorancia y la apatía cívicas; ignorancia y apatía cuidadosamente mantenidas por los medios dominantes de distracción comercial y manipulación política. La consecuencia es que los verdaderos electores evolucionan exactamente hacia el opuesto de los sujetos bien informados y políticamente activos que debían constituir la base humana de una democracia operativa, a los ojos de los teóricos clásicos del liberalismo. Finalmente —y aquí Bobbio se suma a un estribillo generalizado en los años setenta— la combinación de múltiples presiones corporativas, peso inmanejable de la burocracia, aislamiento de los tecnócratas, masificación de la ciudadanía, constituye una "sobrecarga" de demandas cruzadas sobre el sistema político, que sabotea su capacidad de tomar decisiones eficaces y lo lleva a una parálisis y un descrédito cada vez mayores.⁶¹

⁶¹ Ver *Il Futuro della Democrazia*, cit., pp. 10-24; FD, pp. 28-39; aquí la argumentación de Bobbio está en cierta forma menos articulada que de costumbre. No hay en realidad, analíticamente, mucha distinción entre sus "promesas incumplidas" y sus "obstáculos imprevistos".

Tal es la primera línea de críticas que lanza Bobbio contra nuestro actual orden político. Resume el gravamen total de sus cargos al hablar de las "promesas incumplidas" de la democracia representativa: las expectativas de libertad a las que no ha podido hacer honor. Pero al mismo tiempo insiste en que tales promesas nunca se habrían podido satisfacer. Porque los obstáculos históricos contra los cuales se han estrellado no eran contingentes. Para Bobbio todos los procesos que enumera tan sin contemplaciones, y que han marchitado las esperanzas de los teóricos clásicos de la democracia liberal, son implacables: otras tantas transformaciones objetivas de nuestras condiciones de coexistencia social de las que nadie puede escapar. Son, por así decirlo, deficiencia necesaria de la democracia representativa establecida.

Pero al mismo tiempo, a veces en los mismos textos, Bobbio presenta una serie de críticas a esta democracia cuyo efecto es diametralmente opuesto. Aquí, su objeción a la democracia parlamentaria contemporánea no se refiere a las promesas que ésta no ha cumplido, sino a las que nunca formuló. Porque lo que Bobbio anota en su registro es la ausencia general de cualquier democracia en las sociedades occidentales fuera del recinto de las instituciones legislativas. Se sujeta a los parlamentos a uno u otro lado de un yugo estructural rígido. Por una parte, el Estado mismo comprende aparatos administrativos de carácter profundamente autoritario que, como él dice, típicamente preexistían a la llegada de la democracia representativa y siguen siendo en gran medida recalcitrantes a aceptarla. "Lo que en bien de la brevedad llamamos 'Estado representativo' siempre ha tenido que partir del supuesto de la existencia de un Estado administrativo que obedece una lógica de poder enteramente distinta, que desciende de arriba más que ascender desde abajo, que es secreta, más que pública, y que se basa en la jerarquía más que en la autonomía", y "el primero nunca ha logrado someter enteramente al segundo".⁶² El ejército, la burocracia y los servicios secretos constituyen la cara oculta de la democracia parlamentaria. "Incluso la mejor constitución muestra sólo la fachada del enorme y complicado edificio del Estado contemporáneo. Revela poco o nada de lo que está detrás o dentro de él. Para no hablar de los sótanos que se hallan debajo".⁶³

Además, fuera del Estado, las instituciones características de la sociedad civil exhiben una falta virtualmente uniforme de democracia. Los principios representativos ocupan un espacio relativamente pequeño en la vida social en su conjunto. En las fábricas, escuelas, iglesias o familias, la autocracia de uno u otro tipo continúa siendo la regla. Bobbio no trata la ausencia de democracia en tales instancias como si tuviera una significación intercambiable. Pone el énfasis allí donde lo ponía el marxismo clásico. Al señalar que "las instituciones que el ciudadano logra controlar son cada vez más ficticias como centros de poder", escribe que "los diversos centros de poder de un Estado moderno, como la gran empresa, o los principales instrumentos de poder real, como el ejército y la burocracia, no están sujetos a ningún control democrático",⁶⁴ "el proceso de democratización no ha empezado siquiera a arañar la superficie de los dos grandes bloques de poder descendente y jerárquico de toda sociedad compleja: las grandes corporaciones y la administración pública".⁶⁵ Su veredicto general sobre el equilibrio de poderes dentro del orden occidental es inequívoco: "Incluso en una sociedad democrática, el poder autocrático está mucho más difundido que el poder democrático".⁶⁶

Para remediar tales patrones autocráticos, Bobbio defiende una democratización de la vida social en general. Con esto quiere decir principalmente la difusión de los principios de

⁶² *Quale Socialismo?*, cit., p. 63; WS, pp. 82-83.

⁶³ *La Ideologie e il Potere in Crisi*, cit. p. 170.

⁶⁴ *Quale Socialismo?*, cit.; WS, p. 43.

⁶⁵ *Il Futuro della Democrazia*, cit., p. 47; FD, p. 57.

⁶⁶ *Quale Socialismo?*, cit., p. 100; WS, p. 113.

una democracia representativa más que de la democracia directa: es decir, la extensión de los derechos de libre organización y decisión de la ciudadanía, ahora confinados a las urnas políticas, a las células básicas de la existencia cotidiana —el trabajo, la educación, el ocio, el hogar— siempre que dicha extensión sea practicable. “El problema actual de la democracia —escribe—, ya no se refiere a ‘quién’ vota, sino a ‘dónde’ votamos”.⁶⁷ Plantear esta segunda cuestión no es utópico hoy día, ya que Bobbio sostiene que el desarrollo social mismo tiende hacia esta solución. Así, escribe que “somos testigos de la extensión del proceso de democratización”, proceso en el que “formas muy tradicionales de democracia, como la democracia representativa, están infiltrando nuevos espacios, ocupados hasta ahora por organizaciones jerárquicas o burocráticas”. En estas circunstancias, señala, “considero justificado hablar de una genuina encrucijada en la evolución de las instituciones democráticas”.⁶⁸

La antinomia irresuelta

Ahora bien, la contradicción —la incompatibilidad fundamental— entre este registro del pensamiento de Bobbio y el anterior es patente. Aquí insiste en las innecesarias deficiencias o límites de la democracia representativa. Es decir, se refiere a unas deficiencias que presenta como potencialmente superables mediante una extensión de los propios principios democráticos, más allá de sus límites existentes: más profundamente hacia el interior del Estado y a lo largo y ancho de la sociedad civil. No puede haber duda de la sinceridad de estas propuestas. ¿Pero cómo puede semejante crítica ser relevante para un orden político que no puede siquiera realizar sus propios principios dentro de sus límites actuales, y no por falta de voluntad subjetiva, sino bajo el peso de irresistibles presiones objetivas? O bien la democracia representativa está fatalmente condenada a una contracción de su sustancia, o es potencialmente susceptible de una amplificación de esa sustancia. Ambas cosas no pueden ser simultáneamente ciertas. A veces Bobbio parece darse cuenta de esto y trata de suavizar la dificultad con fórmulas como: “buscamos cada vez más democracia en condiciones cada vez peores para obtenerla”.⁶⁹ Pero esa conciencia es pasajera. En general, Bobbio no parece realmente consciente de cuán radical y central es esa contradicción para su discurso en conjunto. La antinomia básica de su teoría de la democracia nunca se convierte en objeto directo de una reflexión sobre su significado.

¿Cómo se explica esto? La respuesta parece ser que la contradicción es precisamente el resultado involuntario de la peculiar posición de Bobbio en la confluencia de las tres diversas corrientes de pensamiento anteriormente discutidas. En efecto, lo que ocurre es que somete su ideal favorito —la democracia liberal— a dos tipos opuestos y antagónicos de crítica. La primera de ellas es conservadora: en nombre de un realismo sociológico que mucho debe a Pareto y Weber señala todos aquellos factores que despiadadamente tienden a despojar al Estado representativo de su vitalidad y valía, convirtiéndolo cada vez más en una decepcionante sombra de sí mismo. La segunda es socialista: en nombre de una concepción de la emancipación humana (y no sólo política) derivada de Marx, señala todas las áreas de poder autocrático de las sociedades capitalistas que el Estado representativo deja completamente intocadas, con lo cual se priva a sí mismo de las únicas bases sociales que lo convertirían en una verdadera soberanía popular. Bobbio acumula las dos concepciones, sin poder hacer su síntesis. En realidad, son irreconciliables.

⁶⁷ *Quale Socialismo?*, cit., p. 100; WS, p. 114.

⁶⁸ *Il Futuro della Democrazia*, cit., pp. 43-45. FD, pp. 54-56.

⁶⁹ *Quale Socialismo?*, cit., p. 46; WS, p. 69.

Si ello es así, podemos suponer que el propio Bobbio no podría mantener un equilibrio entre ambas: la tentación de un realismo conservador y la experiencia de un radicalismo socialista. Para ver el remate de su pensamiento aquí, es necesario plantearle la pregunta que sirve de título a uno de sus ensayos más importantes. ¿Qué socialismo, finalmente, defiende Norberto Bobbio? A primera vista, la respuesta parece suficientemente obvia: una socialdemocracia moderada. Bobbio mismo propone virtualmente esa definición. Un tema recurrente de sus escritos ha sido acerca de los beneficios que ha disfrutado Europa del Norte gracias a gobiernos socialdemócratas efectivamente reformistas, en contraste con los males que ha sufrido Italia como resultado de las divisiones de un movimiento obrero incapaz de desafiar la arrogancia y la corrupción de la hegemonía demócrata-cristiana. En los años cincuenta Bobbio invocaba la experiencia positiva de la administración Attlee en Inglaterra, indirectamente, contra el PCI.⁷⁰ En los años sesenta describía el período formativo de la política italiana después de la primera guerra mundial como una época de trágico extremismo en que las fuerzas opuestas pero relacionadas de la izquierda subversiva y la derecha subversiva aplastaron los mejores impulsos del conservadurismo moderado y el reformismo moderado, con desastrosas consecuencias para la democracia italiana.⁷¹ En los años setenta criticaba la formal defensa que hacía el PCI de una “Tercera Vía” entre el stalinismo y la socialdemocracia como una retórica estratégicamente vacía, que sólo servía para ocultar la necesidad de una elección nítida entre las únicas dos opciones posibles: los métodos dictatoriales y los métodos democráticos para lograr el cambio social. Las declaraciones sobre la particularidad de Italia como base para una Tercera Vía superior eran una presunción intelectual, como si este país atrasado —cuyas peculiaridades relevantes eran sólo la mafia, la corrupción oficial, la evasión de impuestos, la ineptitud burocrática y el clientelismo, la economía negra y el terrorismo— pudiera dar lecciones a las sociedades más modernas de Europa.⁷² En realidad, comentaba Bobbio, discursos ceremoniales aparte, “¿cómo se puede describir la práctica hasta la fecha de los dos principales partidos de la izquierda italiana si no como, en la hipótesis más benevolente, socialdemocrática?”: “digo benevolente porque para decir la verdad, en comparación con la práctica de los partidos socialdemócratas más avanzados, el Centro Izquierda ya experimentado y el Compromiso Histórico apenas propuesto sólo se pueden describir, el primero, como una improvisación y el segundo, como una retirada”. Concluía su veredicto sobre la Tercera Vía de los años de Berlinguer con estas palabras.

Una vez que se excluye al leninismo como inaplicable en las sociedades avanzadas, que son de cualquier manera tan distintas de Rusia o China como para resultar incomparables, francamente no veo cómo el movimiento obrero italiano puede evitar afluir hacia el gran río de la socialdemocracia, abandonando el fascinante pero inescrutables proyecto de cavar un cauce propio, en el que la corriente con toda probabilidad sería débil en su ímpetu y corta en su curso.⁷³

La forma en que Bobbio refrenda la socialdemocracia, aunque aparentemente nada ambigua en su juicio, expresamente se refiere más a los métodos que a los fines. No suscribe el tipo de sociedad sobre la que ha presidido hasta ahora la socialdemocracia en Occidente, y no excluye la posibilidad de un tercero —y en tal caso, señala, un cuarto o un quinto— modelo de sociedad, alternativo y preferible a los dos modelos antagónicos ahora existentes, como al-

⁷⁰ *Politica e Cultura*, cit., p. 150.

⁷¹ *Profilo Ideologico*, cit., pp. 114-15.

⁷² *Le Ideologie e il Potere*, cit., pp. 124-25.

⁷³ *Ibid.*, pp. 126-27.

go distinto de una tercera vía hacia uno de ellos. El punto esencial es que cualquier avance hacia el socialismo en países con instituciones liberales debe preservarlas y proceder a través de ellas. El realismo histórico de Bobbio le impide negar que han habido otras vías hacia la superación del capitalismo en otras épocas u otras zonas. La democracia no es un valor supra-histórico. "El método democrático es una posesión preciosa, pero no es adecuado para cualquier lugar y cualquier tiempo". En particular, puede haber situaciones de emergencia o de levantamiento revolucionario, "transiciones violentas de un orden a otro", en las que resulta inaplicable.⁷⁴ Bobbio no se encuentra bajo la ilusión de que el orden liberal mismo haya cobrado existencia liberalmente. Se forjó en "una dura lucha" contra los antiguos regímenes, librada por una "minoría de intelectuales y revolucionarios": su episodio fundador fue el "sangriento resultado" de la "pululación de sectas religiosas y movimientos políticos" en la guerra civil inglesa.⁷⁵ De igual manera, la base del orden democrático que finalmente le sucedió, la regla de la mayoría atisbada por primera vez por los *levellers*,* "no tuvo en general su origen en la decisión de una mayoría".⁷⁶ La capacidad de Bobbio para registrar los orígenes insurgentes del Rechtsstaat, o la matriz coercitiva de una democracia consensual, no es sólo un botón de muestra de su libertad frente a la piedad bienpensante de tipo convencional. Refleja esa estirpe de su realismo que deriva de la tradición de los teóricos italianos de la élite. Aunque esta tradición se inició bajo la saturnina apariencia del conservadurismo de Mosca y Pareto, en la siguiente generación pasó a manos de demócratas moderados: hombres como Burzio y Salvemini, de los que Bobbio la asimiló sin ningún escrúpulo. "¿Qué régimen no es fruto de vanguardias conscientes y organizadas?", preguntó una vez a un interlocutor comunista.⁷⁷ "Los cambios cualitativos en la historia, o los procesos revolucionarios, son obra de minorías".⁷⁸

La vía hacia el socialismo

Pero una vez establecido un orden político democrático, Bobbio excluye —taxativamente— su transformación mediante cualquier desarrollo de ese tipo. El pasado de la democracia liberal se contempla con un frío historicismo; su presente, con un absolutismo categórico. La influencia de Croce —famoso por la *sang froid* de su historia de la libertad, a la que sirven incluso los crímenes cometidos contra ella— subyace en la primera de las dos actitudes; el recurso a la teoría del derecho natural, de la que Croce aborrecía, subyace a la segunda. Al pulsar tácitamente los dos registros, el idealismo germano-italiano y el empirismo anglo-francés, Bobbio resulta indudablemente inconsistente. Pero no contraviene al liberalismo común que virtualmente exige alguna amalgama de este tipo.⁷⁹ La dificultad para él surge en el paso si-

⁷⁴ *Quale Socialismo?*, cit., p. 74; WS, p. 91.

⁷⁵ *Politica e Cultura*, cit., p. 55; *Liberalism e Democrazia*, cit., Milán, 1985, p. 35. Este último texto contiene el más largo examen de Bobbio sobre las variantes históricas y las vicisitudes del liberalismo del siglo XIX, incluida una aguda revalorización de Mill.

* Partido republicano y democrático que surgió en Inglaterra en la época de la guerra civil y el Commonwealth (1645-1660); primer partido político en la Europa moderna. [T.]

⁷⁶ *Liberalismo e Democrazia*, cit., p. 36; "Democrazia e maggioranza", *Revue Européenne des Sciences Sociales*, XIX, 1981, ns. 54-55, p. 378.

⁷⁷ *Politica e Cultura*, cit., p. 55.

⁷⁸ *La regola di maggioranza e i suoi limiti*, en V. Dini (comp.), *Soggetti e Potere*, Nápoles, 1983, p. 20.

⁷⁹ La filosofía del derecho de Bobbio revela la misma tensión. Por una parte, ha sido un exponente más resuelto del positivismo legal que el propio Kelsen, y señala el carácter históricamente contingente de la "norma fundamental" de este último, norma que sólo se puede ver como una expresión de la "ideología liberal". Por otra parte, comparte los valores del Rechtsstaat tal como fueron en esencia concebidos por Kelsen, y por tanto se ve llevado hacia una posición de derecho natural del mismo tipo que fue objeto de

guiente. Porque todos los países en los que prevalece la democracia liberal son capitalistas. ¿Cómo entonces, dentro de ese marco, se puede alcanzar el socialismo? La honestidad y la lucidez de Bobbio no le permiten evadir u ocultar el problema. Tampoco le da ninguna respuesta definitiva, y aquí las vacilaciones de su pensamiento son evidentes. Pero al final de la jornada, la conclusión hacia la cual se inclina es inequívoca. Porque examina las únicas dos estrategias coherentes y aceptables para Bobbio, para alcanzar un socialismo digno de esa mente. Según sus términos, se trata de: reformas estructurales desde arriba, o bien ampliación de la participación democrática desde abajo. ¿Cuál es su veredicto sobre una y otra? Expresa un escepticismo letal respecto a ambas. Al escribir sobre las reformas estructurales, pregunta:

Supongamos que se puede lograr una transformación total mediante una serie de reformas parciales: ¿hasta qué punto está el sistema dispuesto a aceptarlo? ¿Quién puede excluir la posibilidad de que la tolerancia del sistema tenga un límite, más allá del cual se quebrará en vez de doblarse? Si aquellos cuyos intereses se ven amenazados reaccionan con violencia, ¿qué hay que hacer excepto responder con violencia?⁸⁰

En otras palabras, los mecanismos centrales de la acumulación y reproducción capitalistas pueden ser inherentemente resistentes al cambio constitucional, e imponer una elección básica que elimine la noción misma de reforma estructural: o respetar las estructuras o transgredir las reformas. El propio Bobbio nunca ha mostrado mucho interés por la estrategia de las reformas estructurales, cuya historia se extiende hasta los debates belgas y franceses de los treinta. Pero, como hemos visto, a menudo se ha referido a la posibilidad de una progresiva democratización de la sociedad civil. Cabría esperar, por tanto, que mostrara una fe más ardiente en el potencial de esta estrategia. Pero en realidad su conclusión es igualmente fría.

Hay buenas razones para sospechar que una extensión progresiva de la base democrática de nuestra sociedad encontrará una barrera insuperable —digo insuperable dentro del sistema— en las puertas de la fábrica.⁸¹

El espacio para la reforma radical está cerrado por las propiedades mismas del orden económico que la exige. Tales dudas, concurrentes en su lógica, reducen eficazmente el terreno de la vía parlamentaria-democrática al socialismo, con la que Bobbio se compromete formalmente.

Además, se ven reforzadas por dudas todavía más radicales sobre cuál sería el destino

la crítica positivista original, aunque ahora traspuesta a lo que Bobbio califica de "plano metajurídico". Para un delicado desenmarañamiento de las contradicciones subsecuentes, ver Sergio Cotta, "Bobbio: un Positivista Inquieto", en Uberto ScarPELLI (comp.), *La Teoria Generale del Diritto-Problemi e Tendenze attuali*, Milán, 1983, pp. 41-55. El mismo conflicto entre un rechazo intelectual y un compromiso político con los fundamentos del derecho natural se puede observar en el tratamiento que hace Bobbio de los derechos humanos. Estos, insiste vigorosamente, constituyen un cúmulo de demandas mal definidas, cambiantes, a menudo mutuamente incompatibles, ninguna de las cuales se puede considerar "básica", dado que lo que parece fundamental es siempre particular de una época o civilización dada. Por otra parte, ahora que todos los gobiernos reconocen su codificación en la Carta de las Naciones Unidas, los problemas de su fundamentación teórica se han resuelto mediante el advenimiento de su "universalidad fáctica". Por tanto, no hay necesidad de justificarlos filosóficamente, sino sólo de protegerlos políticamente. Para este corte del nudo gordiano, ver "Sul fondamento dei diritti dell'uomo" y "Presente e avvenire dei diritti dell'uomo" en *Il Problema della Guerra e le Vie della Pace* (primera edición), Boloña, 1970, pp. 119-57.

⁸⁰ *Quale Socialismo?*, cit., p. 85; WS, p. 100-01.

⁸¹ *Quale Socialismo?*, cit., p. 85; WS, p. 101. De hecho, recientemente el alcance del escepticismo de Bobbio se ha ampliado de la fábrica a la sociedad civil en su conjunto. "La extensión de instancias democráticas a la sociedad civil parece ahora más una ilusión que una solución": "Introduzione", *Il Sistema Politico Italiano tra Crisi e Innovazione*, cit., p. 20. Compárese esta sentencia con la afirmación citada en la nota 68, supra.

de la democracia bajo el socialismo, una vez alcanzada una sociedad sin clases. Se ha visto que el liberalismo de Bobbio no es de tipo económico: nunca ha mostrado especial apego por el mercado. Pero, por la misma razón, tampoco ha mostrado mucho interés por las alternativas económicas al mercado. El capitalismo como sistema de producción, distinguible de un conjunto de injusticias en la distribución, es en cierta forma apenas algo más que un marco de referencia tibiamente censurable para Bobbio: rechazado en conjunto pero nunca analizado. En consecuencia, cuando piensa en el socialismo, el cambio en la propiedad de los medios de producción no contiene para él ningún valor positivo por sí mismo. Por el contrario, la socialización, más allá de los límites de la economía mixta, sólo tiende a conjurar el espectro de un Estado todopoderoso, ahora amo y señor de la economía así como de la vida política: un viejo temor liberal, por supuesto. El resultado es que Bobbio termina por predecir que no sólo existirán bajo el socialismo los mismos obstáculos a la democracia que bajo el capitalismo, sino que los peligros para ella serán en realidad mayores: "Estoy convencido de que en una sociedad socialista la democracia será todavía más difícil".⁸² Una conclusión paradójica para un socialista demócrata, por decir lo menos.

Pero estas dos reflexiones —la probable inviabilidad de una vía democrática al socialismo, los mayores riesgos que el socialismo acarrearía para la democracia— ponen en involuntario relieve la elección histórica última de Bobbio. Entre el liberalismo y el socialismo, en la práctica opta por el primero. A veces justifica su preferencia alegando que en realidad ésa es la opción más radical. En cierto sentido, escribe, la democracia es "una idea mucho más subversiva que el socialismo mismo".⁸³ Tal pretensión no es hoy día de ninguna manera exclusiva de Bobbio. Su manera de redimirla también es frecuente: redefinir el socialismo como una instancia sectorial de la democracia o como una instancia local de un concepto de orden superior. Así, declara su inclinación por una concepción del socialismo que "enfátice el control del poder económico mediante una extensión de las reglas del juego democrático a la fábrica, o a la empresa en general, más que la transición de un modo de producción a otro" que implicaría una "colectivización general de los medios de producción".⁸⁴ El significado de esta operación —que se ha convertido virtualmente en un topos de las discusiones recientes— está en la sustitución que realiza. La reconceptualización del socialismo como, en esencia, una democracia económica responde a un doble propósito. Sirve a la vez para apropiarse de la legitimación central del orden político existente para la causa del cambio social, y para evitar el obstáculo ideológico central que se opone a la implementación de ese cambio: a saber, la institución de la propiedad privada. Su lógica es la de un circunloquio: la palabra que no se quiere pronunciar es expropiación. Como tal, tiene tras de sí una larga tradición. De hecho fue probablemente el propio Mill el primer teórico explícito de tal concepción, al considerar el socialismo como el crecimiento gradual de una democracia industrial que podía permitirse dejar la propiedad capitalista de los medios de producción formalmente intacta, si elevaba a los trabajadores a los poderes gerenciales situados por encima de ellos "sin violencia o despojos".⁸⁵ La misma operación intelectual, realizada por los mismos motivos, se puede encontrar en Russell, para quien el "autogobierno en la industria" era "el camino mediante el cual Inglaterra puede mejor aproximarse al comunismo".⁸⁶ Dewey tenía su propia versión, al buscar superar "los métodos autocráticos de gestión" en las empresas, que eran "dañinos para la democracia" porque militaban contra "una verdadera comunicación en que se da y se to-

⁸² *Quale Socialismo?*, cit., p. 83; WS, p. 99.

⁸³ *Quale Socialismo?*, cit., p. 53; WS, p. 74.

⁸⁴ "La filosofía política", entrevista, *Mondoperaio*, enero de 1986, p. 115.

ma" o la "libre conversación".⁸⁷ La reaparición de esta situación en Bobbio atestigua su persistencia como *leitmotiv* de los sucesivos intentos por casar al liberalismo con el socialismo. Si sus frutos prácticos hasta la fecha han sido relativamente pequeños, ello se debe en parte a que las principales instituciones sociales no se dejan sobrepasar sin dolor. Las prerrogativas de la propiedad privada constituyen un bastión inmensamente robusto de la ideología dominante bajo el capitalismo, cuyo poder positivo se ve fortalecido aún más por el mensaje negativo que inculca la división del trabajo: que la jerarquía organizativa es condición de la eficiencia industrial. Juntas, ambas cosas han representado hasta ahora un rival más que difícil para los llamados a la democracia económica, que muy rápidamente quedan convertidos en *ultra vires*. ¿Será fortuito que, contrariamente a las ampliaciones del sufragio sobre las cuales fueron optimistamente modelados, los derechos de codeterminación en la industria hayan resultado tan raras veces, si alguna, acumulativos; que hayan sido tan fácilmente diluidos o invertidos?

La permanencia del capitalismo

Bobbio es demasiado realista para no darse cuenta de estas dificultades. Su invocación de la democracia como más subversiva que el socialismo es más táctica que sistemática. No es allí donde se encuentra su verdadero pensamiento. Su verdadera convicción es precisamente la opuesta. "La aceptación de un régimen democrático presupone la aceptación de una ideología moderada", declara.⁸⁸ Porque "las decisiones mayoritarias en un orden político basado en el sufragio universal permiten cambios en el sistema, pero no permiten cambios de sistema".⁸⁹ La permanencia del capitalismo como orden social se convierte, en otras palabras, en

⁸⁷ Mill tenía la esperanza de que las sociedades cooperativas resultarían tan exitosas que los trabajadores se resistirían cada vez más a seguir trabajando sólo por el salario. En estas circunstancias "tanto los capitalistas privados como las asociaciones gradualmente encontrarían necesario que todo el cuerpo de trabajadores participara de los beneficios". A través de este proceso, pensaba, podría finalmente producirse "un cambio en la sociedad" que "sin violencia o expropiación, sin siquiera ninguna perturbación súbita de los hábitos o expectativas existentes, realizaría, por lo menos en el departamento industrial, las mejores aspiraciones del espíritu democrático", llevando en última instancia a los capitalistas a prestar su capital a los obreros "a una tasa descendente de interés, y por fin, tal vez, incluso a trocar su capital por anualidades limitables". Mill desarrolló estas nociones en las ediciones de 1852 y 1865 de sus *Principles of Political Economy*: ver *Collected Works*, vol. III, Toronto, 1965, p. 793. De los escritores modernos, Dahl es aquel cuya inspiración más cerca está de Mill en este punto. Ver sus argumentos en favor de la propiedad cooperativa y su concepción de los avances experimentales hacia ella en *A Preface to Economic Democracy*, cit., pp. 148-60.

⁸⁸ "Los capitalistas valoran dos cosas, su poder y su dinero; muchos individuos entre ellos valoran sólo el dinero. Es más sabio concentrarse primero en el poder, como se hace al buscar el autogobierno en la industria, sin confiscar los ingresos capitalistas. Por este medio, los capitalistas se convierten gradualmente en zánganos evidentes, sus funciones activas en la industria se vuelven nulas, y pueden ser en último término desposeídos sin que se produzca una dislocación y sin la posibilidad de ninguna lucha eficaz por su parte": *The Practice and Theory of Bolshevism*, Londres, 1920, p. 183. Hay que decir que en otros lugares Russell no dio tantos motivos para pensar que los capitalistas defenderían tan poco su poder, como algo separado de sus ingresos —el tema de *Power; a Social Analysis* sería más bien lo contrario— o para asumir que un resultado evidente para sus posibles desposeedores no lo sería también para ellos.

⁸⁹ *German Philosophy and Politics*, Nueva York, 1942 (reedición), p. 46. Aquí como en otros lugares Dewey anticipaba temas centrales de los escritos de Habermas. Al sostener que Estados Unidos necesitaba una filosofía que "articulara los métodos y los fines del modo de vida democrático", afirmaba que "la filosofía que formule ese método será una filosofía que reconozca la primacía de la comunicación", dado que "los prejuicios relativos al estatus económico, la raza y la religión ponen en peligro la democracia porque levantan barreras a la comunicación, o desvían y distorsionan su funcionamiento": pp. 46-47.

⁸⁷ "La filosofía política", cit., p. 114.

premisa de cualquier participación efectiva dentro del Estado representativo. Paradójicamente, como el propio Bobbio señala cándidamente, esto no significa que si el capitalismo es intocable, la democracia será en consecuencia inviolable. La historia ha demostrado lo contrario: "no se puede dar un salto cualitativo mediante la democracia, pero se puede morir mediante la democracia".⁹⁰ Si una vía parlamentaria al socialismo aún está por verse, la experiencia italiana y alemana entre guerras es un recordatorio de que existe una vía parlamentaria al fascismo. Hay que encarar esta incómoda realidad. Para Bobbio, ello no atenúa el valor de la democracia liberal, sino que resalta la necesidad de salvaguardas constitucionales para protegerla.

Estas son, al final, sus principales preocupaciones. De los dos problemas —¿quién gobierna? y ¿cómo gobierna?— Bobbio declaró sin dificultad en 1975: "no puede haber duda de que el segundo ha sido siempre más importante que el primero".⁹¹ Siempre: en otras palabras, lo que importa no es qué clase domina, sino la forma en que domina. Aquí se hace manifiesta la opción de Bobbio, en el nivel más profundo, a favor del polo liberal de su pensamiento. Por la misma razón, de las dos críticas de la democracia representativa que encontramos en sus escritos, es la crítica conservadora y no la socialista la que tiene peso final. En sus escritos más recientes, esa crítica incluso tiende —según una figura familiar— a convertirse en una apología perversa. Así, haciendo de la necesidad virtud, Bobbio puede escribir: "La apatía política no es en modo alguno un síntoma de crisis en un sistema democrático, sino que generalmente es signo de buena salud".⁹² Significa una "benevolente indiferencia" a la política como tal, que se funda en el buen sentido. Porque en las sociedades democráticas los grandes cambios sociales generalmente no son en absoluto resultado de la acción política, sino del progreso de las capacidades tecnológicas y de la evolución de las actitudes culturales: procesos moleculares involuntarios, más que intervención legislativa deliberada. Tal "transformación continua" a través de la corriente de las invenciones y la adaptación de las *mores* reduce gradualmente la significación del "reformismo tradicional", importancia que la socialdemocracia —a pesar de toda su moderación— ha típicamente sobreestimado.⁹³ En estas condiciones, es mejor aceptar la agenda política de una competencia limitada entre élites que arriesgar la estabilidad del marco constitucional planteándole demandas demasiado ambiciosas. Bobbio expresa esto con su habitual vivacidad de expresión: "Nada corre un riesgo mayor de matar a la democracia que un exceso de la misma".⁹⁴ Una bella fórmula elitista.

IV. Conclusiones, preguntas

¿Cómo habría de juzgar esas cadencias finales? Se puede buscar su significado en dos niveles. En uno de ellos, reflejan sin duda una cierta experiencia biográfica que ha conformado profundamente a Bobbio, y de la cual está completamente consciente: a saber, un desengaño específicamente italiano. En ningún país de Europa occidental podríamos decir, tuvo la izquierda esperanzas políticas tan altas al terminar la guerra como en Italia, que había producido la mayor Resistencia popular, el fermento intelectual más vital, el movimiento obrero radical más amplio: es un momento cuyo recuerdo no se ha extinguido enteramente ni siquiera hoy día, y algo del cual pervive en el aura internacional del PCI. Pero en ningún país, tam-

⁹⁰ "La regola della maggioranza e i suoi limiti", cit., p. 20.

⁹¹ *Ibid.*, p. 21.

⁹² *Il Futuro della Democrazia*, cit., p. FD, p. 67.

⁹³ "Riformismo, socialismo, eguaglianza", *Mondoperaio*, mayo de 1968, pp. 67-68.

⁹⁴ *Il Futuro della Democrazia*, cit., p. 13; FD, p. 31. La idea es tan vital como la oligarquía romana. Cf. Cicerón, "Un exceso de libertad por sí mismo reduciría a un pueblo a la servidumbre": *Republic*, I, 68,.

co, se destruyeron tan radicalmente esas esperanzas durante las décadas siguientes. Los textos de Bobbio constituyen un prisma cristalino de esta historia. En 1947 declaraba que "el expediente del sufragio universal cierra el experimento democrático bajo la forma de la democracia indirecta", y en nombre de las ideas federales de Cattaneo, defendía ardientemente el avance hacia la "democracia directa" mediante una "multiplicación de las instituciones de autogobierno".⁹⁵ Veinticinco años más tarde al reeditar ese ensayo junto con otros, lo presentaba con las siguientes palabras:

No escondo el hecho de que el balance de nuestra generación ha sido desastrosa. Perseguimos las "seducciones alcinescas" de la Justicia y la Liberación, hemos logrado muy escasa justicia y estamos tal vez perdiendo la libertad.⁹⁶

Estas líneas fueron escritas en el año —para Bobbio— amargo de 1970. Su temor de que la libertad obtenida con la Liberación resultara "fútil", dilapidada por el orden establecido y luego destruida por la subversión terrorista contra él, llegó a su paroxismo en la época siguiente. Para mediados de los ochenta, consideraba que el peor peligro había pasado y podía observar con alivio la relativa estabilización de la democracia italiana. Los términos que utilizaba apenas podían considerarse, sin embargo, como un tributo al espíritu cívico de la nación.

Se puede ser libre por convicción o por mero hábito. No sé cuántos italianos son verdaderamente amantes de la libertad. Tal vez haya unos cuantos. Pero hay muchos que, habiendo respirado la libertad durante muchos años, no podrían vivir sin ella, aunque no lo sepan. Para emplear en otro contexto una famosa frase de Rousseau, los italianos viven en una sociedad en la que —por razones que muchos ignoran o les son indiferentes— están "obligados a ser libres" por fuerzas mayores que ellos mismos.⁹⁷

Pero esta conclusión, que corrige las predicciones más apocalípticas que Bobbio formulara en la década anterior, no ha suavizado sustancialmente su balance histórico de la República que luchó por crear. Al reivindicar los valores de la Resistencia, una batalla en la cual "no estábamos equivocados", ha recordado recientemente una vez más la brecha existente entre los "ideales de ayer" y la "realidad de hoy", y escribe:

Hemos aprendido a encarar la sociedad democrática sin ilusiones. No estamos más satisfechos. Nos hemos vuelto menos exigentes. La diferencia entre nuestras preocupaciones de entonces y las de ahora sólo reside en eso. La calidad de nuestra vida común en general no ha mejorado, de hecho en algunos aspectos ha empeorado. Somos nosotros quienes hemos cambiado, volviéndonos más realistas y menos ingenuos.⁹⁸

Esta franca confesión explica en gran medida la aparente adaptación de Bobbio al descolorido minimalismo del orden representativo en Italia, su disposición para encontrar razo-

⁹⁵ "Stati Uniti d'Italia", reeditado en *Una Filosofia Militante*. Studio de Carlos Cattaneo, Turín, 1979, p. 55. En 1946, Bobbio recuerda que, cuando el *Partito d'Azione* atravesaba la agonía de su crisis interna, "Yo tronaba contra la idea de dar nacimiento a un partido de clase media que meramente restauraría la vieja democracia parlamentaria que había matado el fascismo". Véase su reciente contribución al número especial de *Il Ponte* sobre el liberalsocialismo: XLII, n. 1, enero-febrero de 1986, p. 145 (texto que también contiene algunos agudos comentarios sobre el destino del PSI).

⁹⁶ *Una Filosofia Militante*, cit., p. xi.

⁹⁷ *Perfil Ideológico del Novecento Italiano*, cit., p. 183.

nes —o consuelos— para la mortificación del interés popular por la política, bajo élites cuya dieta durante tanto tiempo ha consistido en apenas algo más que pan y escándalos. Ha explicado su propia visión de esa escena con su característica franqueza autocrítica. Tras desarrollar la casuística del conformismo antes citada —el carácter benévolo de la indiferencia política, las necesarias limitaciones de las alternativas políticas— señalaba:

No sé si las reflexiones que acabo de formular se pueden considerar en general razonables y realistas. Pero sé que serán consideradas desilusionantes y desalentadoras por quienes, enfrentados a la degradación de la vida pública en Italia, el vergonzoso espectáculo de la corrupción, la ignorancia pura y simple, el carrerismo y el cinismo con los que la mayoría de nuestros políticos profesionales nos obsequian todos los días, piensan que los canales que el sistema permite son insuficientes para producir reformas y más aún para transformarlo radicalmente.

Dirigiéndose a ellos, Bobbio continuaba:

Quien escribe pertenece a una generación de personas que perdieron sus esperanzas hace más de treinta años, apenas finalizada la guerra, y que nunca las recobraron excepto en momentos ocasionales, tan raros como fugaces y que no condujeron a nada. Tales momentos llegaban a razón de uno por década: la renovación de las *Legge Truffa* (1953), la formación del Centro-Izquierda (1964), el gran resurgimiento del PCI (1975). Como alguien que ha pasado por muchos años de esperanzas frustradas, he aprendido a resignarme a mi propia impotencia... Pero acepto plenamente que estos argumentos no tengan peso alguno para los jóvenes de Italia, que no han conocido el fascismo y que sólo conocen esta democracia nuestra, que es menos que mediocre, y que por tanto no están igualmente dispuestos a aceptar el argumento del mal menor.⁹⁹

Tales sentimientos, y la experiencia que está tras ellos, distinguen a Bobbio de sus grandes predecesores. No hay razón para dudar de su sinceridad. Pero en un aspecto no le hacen justicia. Hay una diferencia entre ideal e influencia. El desengaño no es necesariamente impotencia. Las primeras esperanzas de Bobbio no se realizaron, pero resulta notable cuántas veces sus admoniciones más recientes han sido atendidas. Si comparamos su récord con el de Mill o Russell o Dewey, resulta claro que Bobbio nunca ha sido un pensador original en el mismo sentido. El es el primero en subrayar el carácter derivativo de sus principales ideas, carácter que para él es un rasgo común de la cultura italiana de la posguerra que la distingue de la de los primeros años del siglo.¹⁰⁰ Pero su impacto político sobre su propia época ciertamente ha sido mayor que el de sus predecesores. Bobbio en efecto aconsejó el eurocomunismo al PCI, y previó su adopción, veinte años antes del hecho. Desempeñó un importante papel en el abandono de su pasado marxista por parte del PSI. Colaboró a desechar el reto de la Extrema Izquierda en esa misma época. Anticipó que los dos grandes partidos del movimiento obrero italiano repudiarían la noción de una Tercera Vía. Resulta difícil pensar en otro intelectual que haya tenido un efecto tan real y visible sobre el clima de su país desde la guerra.¹⁰¹ En sucesivos debates, Bobbio se ganó su influencia no sólo mediante una infrecuente combinación de dotes de expresión y erudición, sino mediante una singular transparencia y probidad personal. Incluso al defender posiciones cada vez más neomodernas contra las críticas más que justificadas de los opositores radicales, su superioridad moral e intelectual siempre ha brillado sobre ellos.

⁹⁹ *Italia Civile*, cit., p. 6.

¹⁰⁰ *Il Futuro della Democrazia*, cit., pp. 64-65; *FD*, pp. 70-71.

¹⁰¹ "Todo lo que entonces se hizo revela prisa e improvisación y carece de originalidad. Eramos, en el mejor de los casos, popularizadores." *Maestri e Compagni*, cit., p. 26.

¹⁰² La única gran excepción a este expediente sólo le hace honor: su oposición a las armas nucleares. Ver sus amargos comentarios sobre la total indiferencia al tema de la política y la cultura oficiales italianas, en la segunda edición de *Il Problema della Guerra e le Vie della Pace*, Milán, 1984, pp. 5-7: "quienes tocan la alarma son como perros que aúllan a la luna".

Sin embargo, esa medida ha terminado, como hemos visto, por poner en duda todo el proyecto de casar al liberalismo con el socialismo. Mill calificaba los esquemas socialistas de "quiméricos", antes del cambio de postura con que inició la historia de los intentos teóricos por unirlos con los principios liberales. Bobbio, tras participar en el movimiento práctico del Partido d'Azione para lograr ese socialismo liberal, ha llegado a calificar a éste de "quimérico": "nada más que una altiva veleidad".¹⁰² Más allá de los motivos históricos de esta ironía, inscriptos en la propia experiencia política de Bobbio, también había un motivo intelectual. Desde el principio, su formación teórica incluía no sólo un filón socialista y un filón liberal, sino también un filón conservador. Bobbio siempre ha sido sincera y admirablemente progresista en sus simpatías e intenciones personales: según cualquier criterio, un pensador iluminista de la nobleza. Pero lo que sus escritos parecen mostrar es un patrón de afinidades electivas en funcionamiento, a pesar de esas intenciones. En los textos de Bobbio, el socialismo liberal se revela como un compuesto inestable: los dos elementos —liberalismo y socialismo—, tras atraerse en apariencia, terminan por apartarse y, en el mismo proceso químico, el liberalismo se mueve hacia el conservadurismo.

¿Qué tan representativa es dicha recombinación? Más allá de todas las circunstancias italianas, ¿hasta qué punto son esas afinidades electivas operativas de un modo más amplio —independientemente de la voluntad de los pensadores individuales— en el pensamiento político moderno? El liberalismo apareció por primera vez en el mundo como estandarte del 18 Brumario del año VIII, cuando Napoleón puso fin a la Revolución Francesa, declarando que tomaba el poder para "proteger a los hombres de ideas liberales".¹⁰³ Durante todas sus vicisitudes subsecuentes, ese motivo original tal vez nunca ha desaparecido del todo. Pero también es cierto que el Primer Imperio generó en otros lugares una recepción más radical de la idea (el mismo término inspiró en España la primera revolución europea contra la Restauración). Cuando el Viejo Orden se vio desafiado a escala continental, en 1848, empezó el recurrente intento por ampliar el liberalismo más allá de sí mismo, para abarcar a nuevas clases sociales y nuevos valores. Hasta la fecha, lo sorprendente es la desproporción entre las credenciales intelectuales y los resultados políticos de los sucesivos proyectos que vinieron después. A pesar de toda la buena voluntad y el talento invertidos en ella, la síntesis del liberalismo y socialismo hasta ahora no ha llegado a prender. Esto no significa que así tenga que ser siempre. Las energías renovadas que esa concepción atrae actualmente —ya que ¿quién podría desear un socialismo no liberal?— tal vez apunten en la otra dirección. Es demasiado pronto para decirlo. Pero cierta noción de la historia de esa empresa probablemente será una condición para reemprenderla con éxito.

(Tomado de *New Left Review*, Nº 170, Londres, 1988.

Traducción de Paloma Villegas para
Cuadernos Políticos, Nº 56, México, 1989.

Revisión técnica de Atilio Borón.)

¹⁰² *Una Filosofía Militante*, cit., p. 201; *Liberalismo e Democrazia*, cit., p. 62: "Mientras la conjugación del liberalismo y el socialismo ha seguido siendo hasta ahora una altiva veleidad, la creciente identificación del liberalismo con las fuerzas del mercado es una realidad incontestable".

¹⁰³ Otto Brunner, Werner Conze, Reinhardt Koselleck (comps.), *Geschichtliche Grundbegriffe*, T. II, Stuttgart, 1982, pp. 749-51.

Norberto Bobbio
Perry Anderson

Epistolario

3 de noviembre de 1988

Estimado profesor Anderson:

Leyendo las páginas que usted me dedicó en el último número de la **New Left Review** me asombró por el conocimiento verdaderamente excepcional que usted muestra de mi vida y obra. Considero que nadie de los que hasta ahora se han ocupado de mí, sobre todo si se trata de extranjeros, ha realizado un esfuerzo de comprensión semejante al suyo. Veo que incluso conoce mis libros más recientes, como **Italia fiel** y el **Perfil ideológico del siglo xx**. También conoce obras menores, como **Las ideologías y el poder en crisis**, que en Italia pasó casi completamente inadvertida. Incluso en una nota hay una referencia pertinente a mis obras jurídicas. La atención con que usted leyó mis escritos también se manifiesta en la capacidad con la que casi siempre supo extraer del contexto, y de cientos y cientos de páginas, algunas frases sobresalientes y particularmente incisivas. Raro, en un extranjero y especialmente en un lector de lengua inglesa, es el conocimiento que usted tiene del contexto histórico en el que se mueven mis ideas: me refiero, para dar algún ejemplo, a lo que escribe sobre el Partido de Acción que no fue solamente un partido de orientación liberalsocialista, o al juicio implacable sobre el actual grupo dirigente del Partido Socialista Italiano.

Por lo que hace a sus observaciones críticas (ya había leído su artículo en **Nexos**, que los amigos mexicanos me habían enviado, pero el de la **New Left Review** es mucho más amplio y preciso), quizás es demasiado pronto para una respuesta adecuada, incluso porque desde hace meses no estoy bien, he debido renunciar a un trabajo metódico y preocuparme más por mi salud. Además, a mi edad (hace pocos días cumplí setenta y nueve años) es prueba de sabiduría tener siempre listas las maletas para el gran viaje.

Me limito por ahora a hacer un breve comentario. Uno de los puntos más interesantes (e ilustrativos también para mí) de su análisis es el que se refiere a la relevancia dada a mi "realismo" que chocaría, hasta hacer incoherente el conjunto de mi pensamiento, con los ideales liberales y socialistas. Pero para usted "realismo" es sinónimo de "conservadurismo". He tenido oportunidad de decir en repetidas ocasiones que Marx tuvo el gran mérito de ser al mismo tiempo un revolucionario y un realista, tanto así que es llamado el Maquiavelo del proletariado. Y Lenin ¿no era un realista?, ¿y Trotsky? Además una posición realista es indispensable para quien quiera hacer un análisis sin prejuicios, sin velos ideológicos deformantes, de la sociedad. Lo que yo escribí sobre las paradojas de la democracia "real" en **¿Qué socialismo?** y sobre las promesas incumplidas en el **Futuro de la democracia**, pretende ser, ni más ni menos,

una descripción realista de lo que sucedió en el proceso de democratización en el último siglo, una ilustración desapasionada, desencantada, amarga si se quiere, pero obligatoria (obligatoria para quien desea permanecer fiel a la ética de la ciencia, es decir, a la investigación desinteresada), de las dificultades en que se mueve la democracia en el paso de lo que fue concebido como "noble y alto" a la "cruda realidad". Puede ser que mis análisis sean erróneos; pero deberían ser juzgados por lo que son, o sea, bajo el único criterio con el que debe ser evaluado un análisis científico, o que de cualquier manera pretenda serlo, que es el de lo verdadero y lo falso. Lo mismo vale, y lo he repetido muchas veces, para la teoría de las élites. Antes de juzgarla como lógicamente conservadora ¿no sería conveniente preguntarse si es verdadera o falsa? ¿Acaso la teoría revolucionaria más acreditada en Occidente no solamente ha sostenido sino también practicado la idea de las "minorías organizadas"?

Ahora bien, me parece que frente a mis análisis realistas, usted jamás se plantea la pregunta de si son correctos o erróneos, sino solamente de si son o no compatibles con mi proyecto liberal-socialista. Su acusación de incoherencia casi permite pensar (lo digo un poco como una paradoja) que usted hubiera preferido que yo afirmara que en Italia (¿pero lo que sucede en Italia no sucede si bien de manera menos farsesca un poco en todas partes?) vivimos en el mejor de los mundos democráticos posibles. No, no vivimos en el mejor de los mundos posibles, pero ¿esto nos debe bloquear la comprensión de hacia dónde va el mundo?, ¿o de indicar hacia dónde sería mejor que se moviera? El realismo del científico (que usted identifica sin más trámite con la ideología de los conservadores) y el idealismo del ideólogo están en dos planos diferentes. Me parece que es lícito hablar de contradicción entre un análisis científico que diga "blanco" y otro que diga "negro", o entre una ideología que aprecie la igualdad y otra que exalte la desigualdad; me parece menos lícito denunciar una contradicción entre un análisis científico (la democracia se ha detenido hasta ahora en las rejas de las fábricas) y una propuesta política e ideológica (sería bueno que la democracia también conquistara la fábrica). Que los dos planos no deben ser confundidos se puede demostrar constando que del mismo análisis realista: "La democracia no ha cumplido todas sus promesas", se pueden derivar dos posiciones ideológicas, o si se quiere positivas, programáticas, opuestas: "está bien que las promesas no hayan sido cumplidas, al diablo con la democracia" o "es necesario hacer cualquier esfuerzo para que se cumplan las promesas". Usted me puede contestar que al lado de las promesas incumplidas yo puse los obstáculos no previstos; pero también en este caso las soluciones posibles en el plano del deber ser son por lo menos dos: la resignación (los obstáculos no son superables), y la confianza (los obstáculos pueden ser superados).

Admito que mi diagnóstico de los males de la democracia italiana frecuentemente ha sido tan severo (pero desafortunadamente la mayor parte de mis artículos políticos están sugeridos por las circunstancias y resienten la polémica contingente) que se presta más para sugerir una línea de resignación que una de confianza, y en esto reconozco que sus recriminaciones dan en el blanco. Pero cuando en términos prácticos me he comprometido en una batalla política (y eso ha acontecido pocas veces en mi vida, contrariamente a lo que usted cree atribuyéndome méritos que no tengo), creo haberlo hecho siempre para defender los dos ideales de la justicia y de la libertad contra las degeneraciones, realísticamente analizadas, de nuestra vida democrática. Que luego estos ideales de la libertad (provenientes de la doctrina liberal) y los de la justicia (provenientes de la doctrina socialista), y para mí convergentes en el proyecto de una democracia social como ideal para alcanzar, sean para usted signos de un proyecto político moderado, puedo entenderlo y no tengo absolutamente nada que objetar. Pero una cosa es la crítica ideológica perfectamente legítima, y con base en la cual no tengo nada en contra de reconocer que estamos en dos campos diferentes, y otra cosa es la acusación de incoherencia entre lo que he escrito como estudioso de la política y aquello a lo que aspiro como militante político, sin que jamás se haya planteado en sus páginas la veracidad o falsedad de mi diagnóstico sobre la democracia actual y que no solamente vale para Italia.

Desde el punto de vista ideológico creo que la principal razón de discrepancia entre nosotros es mi inicial y jamás abandonado liberalismo, entendido, como lo entiendo, lo digo de una vez por todas, como la teoría que sostiene que los derechos a la libertad son la condición necesaria (aunque no suficiente) de toda posible democracia, incluso de la socialista (si alguna vez será posible). Puede ser que esta idea fija dependa del hecho de que pertenezco a una generación que llegó a la política combatiendo a una dictadura y que continúa viviendo en una sociedad en la que las tentaciones autoritarias jamás han cesado. Usted me puede objetar que manteniéndonos en la democracia liberal jamás llegaremos al socialismo; yo replíco, como siempre he replicado a los comunistas en estos años, que transitando la senda del socialismo jamás hemos regresado a los derechos a la libertad.

Permítame decir que este es "realmente" el problema de la izquierda hoy. Un problema que la izquierda tradicionalmente marxista no ha resuelto, y que partiendo sólo de los análisis marxianos no está en posibilidad de resolver. El liberalsocialismo solamente es una fórmula, soy el primero en reconocerlo, pero indica una dirección. Me ha dado mucho gusto que usted le descubra ilustres antecedentes en la tradición del pensamiento anglosajón. Entre estos antecedentes Guido Calogero solía citar el liberalismo de L. T. Hobhouse retomando una cita de Croce que lo había definido como un "socialista liberal" (*Ética e política*, p. 320). En estos días leí, apreciándola, la obra de S. Bowles y H. Gintis, *Democracy and Capitalism*, que usted cita, porque en ella observé un intento original de ir más allá de las dos tradiciones de pensamiento siempre en contraste, el marxismo y el liberalismo. Por lo demás, usted mismo al final no rechaza del todo las "energías" que el liberalsocialismo ha captado, aunque considera que deben ir en otra dirección. ¿Qué dirección? Su última respuesta: "It is too soon to say" (es muy pronto para decirlo) es un poco sibilina. Acepto sus repetidas observaciones sobre mis "hesitaciones" y "oscilaciones". Estoy perfectamente consciente de haber planteado más preguntas que respuestas. Sin embargo su frase final tampoco me parece muy esclarecedora. Estoy convencido de que es necesario tener el coraje de redefinir el socialismo, porque permaneciendo anclados en su definición histórica —la eliminación de la propiedad privada y la sustitución de la propiedad privada por la propiedad colectiva—, una reforma integralmente socialista no sólo aparece como democráticamente impracticable sino también, considerando "realísticamente" los resultados en los países en los que el socialismo ha sido realizado, indeseable. Pero tampoco deseo ir más allá. Sería presuntuoso: "It is too soon to say". Así y todo, entre usted y yo hay una diferencia: si para usted es "demasiado pronto", para mí es ¡demasiado tarde! La parte superior de mi clepsidra ya está casi vacía y no se me concederá (y tampoco lo deseo) darla vuelta.

Antes de terminar esta carta, demasiado larga, quisiera que me aclarara cuáles son, según usted, mis errores de interpretación de Gramsci. En su libro sobre *Las antinomias de Antonio Gramsci*, en la p. 22 de la traducción italiana, dice que yo habría atribuido a Gramsci la originalidad del uso de hegemonía. Más allá del hecho de que la palabra "hegemonía" se usa comúnmente en el lenguaje político italiano (en cualquier texto escolástico sobre la historia del Risorgimento se habla comúnmente de "hegemonía piemontesa"), en el ensayo gramsciano hay una nota (en la p. 37 de la edición Feltrinelli) sobre el uso de hegemonía en Lenin y Stalin que me fue sugerida por el conocido eslavista Vittorio Strada. Pero evidentemente la razón de su crítica es otra.

En cambio, donde usted ciertamente exageró en sentido opuesto, es en el de considerar que yo haya tenido mucha influencia en la política italiana. Aunque esta afirmación me pueda regocijar, le aseguro que no corresponde a la verdad. Siempre me he considerado, especialmente en estos años, un patético predicador en el desierto, al que no escuchan pero que es benévolamente tolerado. Le agradezco el generoso reconocimiento pero me veo obligado a no tomarlo demasiado en serio.

Le mando, aparte, mi bibliografía completa, publicada en Turín en 1984 por iniciativa

de la Universidad, y un libro que me dedicaron en ocasión de mi jubilación. La introducción de la primera y la conclusión de la segunda son páginas autobiográficas, a manera de "confesiones", humanísticas y melancólicas a la vez.

Reciba esta carta como signo de interés por lo que ha escrito sobre mí y por mí. Su propósito de interpretar mi obra, hecho con tanta seriedad, no podía quedar en el silencio.

Cordialmente,

Norberto Bobbio

12 de diciembre de 1988

Estimado profesor Bobbio:

Le agradezco su larga carta del 3 de noviembre. Su respuesta a mi ensayo me ha conmovido. Ciertamente usted es muy generoso conmigo, pero sin lugar a dudas una afirmación suya es verdad: que he buscado escribir no simplemente sobre usted sino por usted. Pienso haber demostrado este deseo de manera particularmente intensa, y estoy feliz de que esto aparezca en los resultados, precisamente porque es diferente mi *background* nacional, generacional y político. Al mismo tiempo creo que las divergencias entre nosotros efectivamente son menores de lo que podrían aparecer en mi artículo, o por lo menos de su interpretación de algunas partes de él.

En su respuesta usted observa ante todo que me limité a identificar la tradición realista con el conservadorismo y, después, que descuidé el preguntarme si su realismo encuentra o no una correspondencia adecuada con la experiencia democrática actual. La primera de estas objeciones inicialmente me sorprendió, pero revisando con atención mi escrito, me di cuenta de que en efecto yo habría podido dar esta impresión, no teniendo ciertamente ese propósito. De hecho al afirmar (p. 19) que para usted la tradición realista fue "casi siempre" (pero quizás hubiera sido más correcto decir "preponderantemente") conservadora, lo que lógicamente presupone la existencia de un realismo no conservador, y se continúa con la cita de la comparación trazada por usted entre Hobbes por un lado y Marx y Lenin por otro, yo no agregaba explícitamente —como sin duda debería de haberlo hecho— que para usted estos últimos también deben contarse entre los grandes realistas. Pensaba que todo eso podía deducirse del contexto, pero quizá no era tan evidente. Cuando más adelante afrontaba nuevamente el argumento (pp. 26, 27), hablaba de "un" —no "del"— realismo sociológico de descendencia paretiana y weberiana, pero también en este caso sin ubicar ninguna tradición realista alternativa. Por ello considero, en este caso, merecer de alguna manera su crítica. Por otra parte, también es verdad que de mis repetidos elogios (pp. 28, 31) en referencia a su "realismo histórico" los lectores habrían debido derivar la impresión de que no nutro ninguna hostilidad de principio en relación a la perspectiva realista en cuanto tal. Por lo demás, ¿cómo podría? Sobre todo en vista de que, como usted recuerda nuevamente y con razón, Marx, Lenin y Trotsky deben ser incluidos entre los pensadores realistas de primer nivel.

Por lo que hace a su segunda objeción, la respuesta se presenta más compleja. Ciertamente usted tiene razón cuando revela que en mi artículo no enfrenté el problema de la real veracidad o falsedad de sus diagnósticos sobre la democracia contemporánea. *Touché*. Esto constituye sin duda un punto débil del trabajo. Por otra parte creo que usted subestima hasta qué punto la "incoherencia" que percibí en sus juicios sobre aquella democracia es de carácter estrictamente científico, y no por tanto referente a la compatibilidad entre análisis científicos y desideratum político, como usted sugiere. Porque a fin de cuentas usted sostiene que o

bien "asistimos a la ampliación del proceso de democratización" en "espacios nuevos, ocupados hasta hoy por organizaciones jerárquicas y burocráticas", lo que quizá representa "un auténtico viraje en la evolución de las instituciones democráticas", o bien que "la ampliación de las instancias democráticas dentro de la sociedad civil ahora parece ser más una ilusión que una solución". Tal vez esta contradicción puede explicarse en términos cronológicos, o sea, usted había cambiado posteriormente de parecer sobre este aspecto particular. Pero creo que puede ser más fiel a su pensamiento considerarla una auténtica oscilación o incertidumbre de juicio. Usted podría replicar de buena ley: ¡mejor mis hesitaciones que su silencio! Permítame entonces que le confiese mis opiniones hasta ahora apenas esbozadas sobre este asunto.

La descripción general, que usted sugiere, del funcionamiento de lo que yo continuaría llamando "la democracia real" en Occidente (¡en honor a las hipocresías bien consolidadas del Este!) me parece en verdad bien fundada. Mi principal reserva es de naturaleza comparativa: yo creo que usted subestima en qué medida esa democracia, en los Estados Unidos, ha sido vaciada de significado a partir de fines del siglo XIX, hasta hacer de ella —con la colosal monetarización y la mínima participación en el proceso electoral— una cosa diferente de los modelos de Europa Occidental. El autorizado politicólogo americano, Walter Dean Burnham, se ha manifestado de manera elocuente y detallada sobre este argumento. Yo sería asimismo, irónicamente, menos severo que usted sobre la variante italiana, si considera que la Constitución de ustedes protege los derechos de las minorías de modo mucho más eficaz que la nuestra, en Gran Bretaña, donde el sistema electoral favorece la discriminación y el ejecutivo resulta arrogantemente desprendido de obligaciones.

Dicho esto, ¿cómo deberíamos evaluar la posibilidad de un progreso que supere los límites del orden liberal capitalista? Es sobre este punto que pienso que usted ha abandonado muy apresuradamente por lo menos una parte de su crítica originaria, sustituyendo a las "promesas incumplidas" de la democracia por las "promesas inatendibles", y sugiriendo de esta manera que ha sido alcanzada una especie de frontera institucional última de la libertad —aunque todo esto pudiera resultar desilusionante. Es verdad que ninguna de las democracias que en este siglo se propuso ir más allá del criterio de la representación demostró poseer un ordenamiento durable y vital (la Cataluña republicana es quizá la que más se acercó a este caso). Y también es verdad que por el momento es muy difícil imaginar de qué manera las sociedades occidentales podrán salir finalmente —moviéndose en una dirección positiva— de las vías exclusivamente parlamentarias en las cuales se encaminaron. Pero tampoco creo —y de esto estoy profundamente convencido— que las semi-libertades de hoy, desgastadas y manipulables, constituyan la última palabra de la humanidad. ¿Realmente, quién puede imaginar que el ordenamiento de hoy simplemente será reproducido, manteniendo intacta su naturaleza, hasta el fin de los tiempos? Las cosas podrán empeorar o mejorar mucho. Todo lo que se puede prever con alguna certeza es que no permanecerán como están. Naturalmente estamos hablando de mucho más que una década —definitivamente "demasiado tarde" para ambos—; pero con base en la vía transitada hasta ahora, pienso que es racionalmente admisible un cauto optimismo sobre las perspectivas de este lejano futuro, por lo menos mientras que la guerra nuclear no intervenga para negar cualquier futuro a cada uno de nosotros.

Usted concluye subrayando que nuestra discrepancia de naturaleza ideológica está determinada por su originario y perdurable liberalismo, cuyo verdadero punto nodal está representado por el valor que le atribuye a los derechos políticos individuales. No estoy seguro de que las cosas estén exactamente en estos términos, aunque pueda comprender por qué usted piensa así. En realidad, en referencia al ideal del liberalsocialismo albergo más simpatías de las que usted se imagina. El hecho de que hasta ahora no se haya demostrado políticamente realizable en Occidente no significa, como subrayé en la conclusión, su condena definitiva. Además, en mi análisis de ese problema hay una evidente laguna en referencia a las perspectivas de un socialismo liberal en el Este. Porque ¿qué otra cosa es, concretamente, el espíritu

más positivo que anima el proceso de la perestroika en la Unión Soviética? El Estado de derecho, la garantía de los derechos individuales, la separación de poderes, todo eso forma parte de los objetivos declarados de Gorbachov. Precisamente usted había previsto, hace treinta y cinco años, que un día el gobierno soviético se dirigiría hacia la institucionalización de las libertades que los liberales reivindicaban contra el absolutismo, y que los libros de texto soviéticos redescubrirían el *Rechtsstaat* (Estado de derecho). Los hechos le han dado razón: aquel día finalmente llegó. Usted es demasiado modesto para citarse, pero tiene todo el derecho de sentirse profundamente satisfecho por este gran cambio. Naturalmente cualquier juicio sobre el proceso en curso no puede ser más que prudente y provisional; su resultado no podría ser más incierto. A la perestroika le podría faltar el objetivo de un liberalsocialismo por ambos extremos, por decirlo así, y recaer en algo semejante a la anterior dictadura burocrática, o escapar hacia un recomposición de facto del capitalismo; o tal vez, combinar ambos males. Pero entre estos dos peligros, cada uno demasiado evidente, se entrevé la posibilidad de que se realice a largo plazo lo que podríamos legítimamente definir como un socialismo liberal. Y no veo cómo ningún marxista contemporáneo podría dejar de saludarla con beneplácito, en la medida en que reconozca lo inadecuado de la herencia jurídica del propio marxismo.

Pero si así estuvieran las cosas, la distancia entre nuestras posiciones se reduciría mucho. Si usted está de acuerdo podría concederle que el liberalsocialismo constituye nuestro fin común, a condición de que usted me conceda alcanzarlo mediante un proceso histórico de rasgos no-liberales. Le hago notar que usted admite la existencia de esta paradoja en el advenimiento del capitalismo liberal. ¿Por qué entonces debería ser impensable para el socialismo? Entre sus mismos maestros y compañeros de *Giustizia e libertà* había algunos que imaginaban algo muy semejante. ¿Si le diéramos a su "materialización" el nombre, entonces desconocido, de "perestroika", Monti y Trentin no se revalorarían acaso como visionarios? Pregunta a la cual tal vez usted respondería: puede ser, pero yo me refería a las democracias ya existentes en Occidente y no a las hipotéticas del Este, y en el Occidente semejante paradoja por el momento es imposible, además de indeseable. Pienso que éste es probablemente el real y limitado punto de desacuerdo. Un amigo mío, Norman Geras, terminó recientemente un ensayo, que le envió por separado y que se refiere precisamente a este problema. El tema central del trabajo hace alusión a la tradición del pensamiento sobre la "guerra justa" que usted mismo ha discutido en más de una ocasión; pienso que constituye la más aguda reflexión general sobre el tema de la ética revolucionaria a nuestra disposición. Pero también aborda, de manera lúcida y moderada, nuestro problema "residual", vale decir, si la búsqueda de una sociedad justa en el ámbito del ordenamiento parlamentario debe siempre respetar las reglas constitucionales vigentes. Sus reflexiones sobre este trabajo serían ciertamente interesantes.

Gracias infinitas por los tres textos que me envió. Hubiese deseado conocerlos mientras estaba escribiendo mi ensayo, en particular lo que usted dice de los autores que le son más cercanos y de su relación con los clásicos; y también —un argumento completamente diferente— sobre democracia y mercado. Entre otras cosas, no habría sostenido lo que escribí en la página treinta de mi ensayo si hubiera tenido esta última y vigorosa exposición frente a los ojos. Por añadidura, mi observación sobre Gramsci era demasiado incidental. Usted se pregunta qué cosa quise decir: de hecho sólo esto, que si bien el término "hegemonía" es más bien de uso común en las diferentes acepciones italianas, en Gramsci este término adquiere connotaciones específicas derivadas directamente de una cierta literatura rusa, cosa que su ensayo de Cagliari parece ignorar, y en particular de dos términos opuestos en el significado que les atribuyen Axelrod, Plejanov, Trostky y también Lenin: de una parte, "corporativismo" y de otra "dictadura". Gramsci desarrolla estas contraposiciones de manera original, pero él no las creó.

No corrijo una afirmación mía, aunque usted la niegue, responde a la influencia que usted ha ejercido sobre la vida política italiana, tal vez percibida con retraso, pero jamás inad-

vertida. Espero que algún eco de esa influencia pueda alcanzar la cultura de un país tradicionalmente refractario como el mío. Ha sido un honor recibir su carta.

Con mis más cordiales saludos.

Perry Anderson.

15 de marzo de 1989

Estimado profesor Anderson:

Ante todo me disculpo por el gran retraso con el que respondo a su carta de diciembre pasado. La verdad es que no tengo mucho que agregar a sus observaciones, aclaraciones y precisiones.

Aunque yo considero que no hay contradicción entre una posición realista en el análisis de lo que acontece o aconteció, y una posición idealista proyectada hacia el futuro con el propósito de delinear lo que debería acontecer, soy el primero en reconocer que en mis escritos políticos que se sucedieron en un arco de tiempo de cerca de medio siglo existe una acentuación de una u otra posición según el cambio de las circunstancias. Como le dije, la mayor parte de estos escritos, a diferencia de los de la teoría del derecho, fueron ocasionales y por tanto respondieron a las situaciones que los provocaron, algunas más favorables que otras para inspirar confianza en el "futuro de la democracia". Si tuviera que decirle, por ejemplo, cuál es mi estado de ánimo en estos últimos tiempos, quisiera confesarle que es el idealista; que a pesar de todo jamás se hizo muchas ilusiones y ha debido ceder el terreno al realista desilusionado, a juzgar por la manera en que se desenvuelve la lucha política en Italia —y no sólo en Italia, en todas las democracias consolidadas—, no sólo sin ideales sino también sin proyectos a largo plazo que vayan más allá de las elecciones más cercanas (proyectos que, aunque modestos, no son normalmente realizados).

A pesar de estas oscilaciones y de un pesimismo de fondo, del cual quienes pertenecen a mi generación quedaron marcados para siempre, jamás me resigné del todo a la derrota de los grandes ideales de la justicia y de la libertad, que habían animado el movimiento liberalsocialista en los años de la lucha antifascista, a pesar del revés histórico —sobre el que creo que ya no tiene caso extender velos piadosos— de la revolución comunista y, para nuestra mayor mortificación, la marcha triunfal del capitalismo, de ese capitalismo del que la izquierda europea había previsto, ya a finales del siglo pasado, su inevitable caída. No sólo jamás me resigné sino que incluso recientemente me tocó mostrar mi enfado ante la manera demasiado apresurada en la que hombres y partidos de la izquierda italiana se inclinaron reverentes ante la realidad del mercado.

Al reseñar el libro de Giovanni Sartori, *The Theory of Democracy Revisited*, allí donde el autor escribe que la crisis actual de la democracia "is very much a crisis of ethical foundations" (es mucho más una crisis de los fundamentos éticos), antepuse la duda de que "la razón de la crisis moral de la democracia podría también buscarse en el hecho de que hasta ahora la democracia política ha convivido, o ha estado obligada a convivir, con el sistema económico capitalista", un sistema que no conoce otra ley más que la del mercado, que reduce cualquier cosa a mercancía, sea la dignidad, la conciencia o el propio cuerpo, y por qué no, también el voto. Más recientemente, en una entrevista sobre la actualidad de la Revolución francesa, en respuesta a dos entrevistas previas sobre el mismo argumento, de Achille Occhetto y de Bettino Craxi, secretarios respectivamente del Partido Comunista y del Partido Socialista italianos, que reivindicaban para sus partidos el derecho de identificarse con los principios del 89, dije: "Sé que ahora me arriesgo a parecer más comunista que los comunistas [...]"

ro están verdaderamente seguros el PSI y el PCI que el gran fracaso histórico del socialismo y el hecho de que hoy vivamos en sociedades donde el capitalismo ha triunfado, signifique efectivamente que es necesario renunciar a la idea de superar el individualismo de la sociedad liberal?" Y agregué: "¿el fracaso de la idea colectivista es un descalabro histórico irreversible o es un fracaso momentáneo? Es verdad que el hombre nuevo jamás apareció, pero también es verdad que el capitalismo agresivo de hoy pone en crisis la misma idea de hombre".

Como ve, también a mí me ha tocado plantear la misma pregunta que usted me hace en su carta: "Who can really imagine the present order will be produced more or less intact, till the end of time?" (¿Realmente, quién puede imaginar que el ordenamiento de hoy simplemente será reproducido, hasta el fin de los tiempos?). Con respecto a usted, en todo caso, tengo mucho más dudas sobre la posibilidad de una transformación radical a través de la revolución. Aunque esté "realmente" convencido de que en los países económicamente desarrollados —en los cuales usted y yo nos ubicamos, aunque Italia llegó en último lugar dejando sobrevivir enormes injusticias— la vía democrática no permite el advenimiento de una sociedad socialista como la imaginaba el movimiento obrero del siglo pasado, tengo muchas dudas de que la vía alternativa sea transitable. A juzgar por la invitación que me hace para leer el ensayo de Norman Geras, **Our Morals**, debo pensar que usted considera no sólo posible sino también justificable (y también, supongo, eficaz) el recurso a la violencia, si bien en determinadas circunstancias, en una condición de grave y persistente injusticia, y en los límites de reglas preestablecidas.

La tesis principal de Norman Geras es que, por analogía, como diría un jurista, los principios del *ius ad bellum* y las reglas del *ius in bello* se pueden extender a la revolución. Dicho de otro modo: que del derecho internacional referente a la guerra se puedan recabar buenos argumentos para elaborar una teoría, ya sea de la legitimidad o de la legalidad de la revolución; en suma, para dar vida a la teoría jurídica de la revolución construida a imagen y semejanza de la tradicional teoría jurídica de la guerra.

Aun prescindiendo de la consideración, por lo demás obvia, de que la teoría de la guerra justa (o del *ius ad bellum*) o el llamado derecho de guerra (*ius in bello*) desde hace tiempo están atravesando una crisis gravísima, luego del demesurado aumento de la potencia destructiva de las armas que hace cada vez más incierto el límite entre guerra justa y guerra injusta —y cada vez más inaplicables algunas reglas tradicionales del derecho de guerra, como aquella en la cual el autor insiste de manera particular y que se refiere a la distinción entre combatientes y no combatientes— no estoy muy convencido de lo correcto de la analogía entre guerra y revolución, y por tanto de las consecuencias que el autor deriva de ella en cuanto a la legalidad de la revolución. En el derecho internacional, que todavía se basa en última instancia en el principio de la autotutela, la guerra siempre ha sido considerada como un acto lícito, en cuanto es equiparada a la sanción en el derecho interno. En contraste, ningún Estado admite en su interior el derecho a la revolución, y no puede admitirlo porque al interior del Estado, en cuanto único detentador de la fuerza legítima, rige el principio opuesto de la heterotutela. Cuando dentro de un Estado sobreviene una revuelta, y ésta se transforma en un verdadero y propio evento revolucionario, tal evento es, en referencia al ordenamiento interno del Estado, un hecho, un mero hecho cuya transformación en derecho depende únicamente del éxito, con base en el principio fundamental del derecho internacional: la efectividad. Los revolucionarios vencedores serán quienes impongan el derecho de mañana; los revolucionarios perdedores serán solamente bandidos (en un tiempo los llamaba "ladrones"). En todo caso, al perdurar la situación de ruptura violenta del orden interno, el evento revolucionario puede dar lugar a un estado de guerra civil, al que es lícito aplicar reglas del derecho de guerra, pero en cuanto es una guerra, independientemente del hecho de que sea revolucionaria o contrarrevolucionaria.

Estas dudas valen con mayor razón en el caso de la otra tesis sostenida por el autor, que

señala que con respecto al derecho a la revolución no habría diferencia entre un gobierno despótico y un gobierno democrático representativo en el cual la situación de injusticia no fuera incidental sino grave y permanente debido al condicionamiento ejercido por el sistema económico capitalista sobre el sistema político, un condicionamiento que impediría a las reglas del juego democrático ser libre y eficazmente observadas. Con mayor razón, porque lo que distingue un gobierno democrático de un gobierno despótico es la constitucionalización y la neutralización del derecho de resistencia mediante el reconocimiento de la libertad de oposición, lo que agrega un argumento ulterior para sostener la reducción de la ruptura violenta del orden constituido a un mero hecho. Además, la experiencia muestra que los cambios violentos que han sufrido los gobiernos democráticos casi siempre han venido de movimientos de derecha, y que la violencia que derroca a la democracia no es revolucionaria sino generalmente contrarrevolucionaria, lo que debería hacer reflexionar a quienes creen justificar en abstracto, sin tener en cuenta las lecciones de la historia, el cambio violento de un sistema democrático-parlamentario en nombre de los ideales revolucionarios.

En realidad la cuestión de si la revolución es moral y jurídicamente justificable, y de si el comportamiento del revolucionario debe obedecer a reglas morales, me parece una cuestión puramente doctrinaria que poco incide en la práctica. Una revolución no se vuelve ni más factible ni más probable por el hecho de que se haya demostrado su legitimidad, ni se vuelve menos despiadada cuando se han dictado las reglas de conducta del buen revolucionario. Un análisis desprejuiciado de la realidad, un análisis una vez más "realista", muestra que en los países económica y políticamente desarrollados actualmente no hay movimientos revolucionarios tan fuertes que puedan hacer prever una explosión de movimientos revolucionarios capaces de cambiar las relaciones de poder existentes. Gracias a la libertad de reunión y de asociación, en estas sociedades son posibles vastas movilizaciones del descontento, pero se trata de manifestaciones que se ubican en el ámbito de la desobediencia civil o de la resistencia pasiva no violenta, y no en el ámbito de la resistencia activa violenta y de la revolución. En todo caso, se trata de una eficacia parcial y limitada, que puede tener como efecto la modificación de una disposición injusta, no el cambio de todo el sistema. Estaría tentado de decir que también hoy los movimientos populares son reformistas y no revolucionarios, tanto en los países capitalistas —piénsese en las manifestaciones en favor de los derechos civiles en los Estados Unidos— como en los países socialistas —piénsese en el ejemplo de Solidaridad en Polonia.

Entiéndase bien, es diferente el discurso que se debe hacer para los países del Tercer Mundo, donde el estado de cosas es objetivamente revolucionario, vale decir, es tal que deja pocas esperanzas de que pueda ser modificado democráticamente. En muchos de estos países efectivamente hay situaciones de violencia endémica, que por lo demás deben ser consideradas más como pequeñas guerras ("guerrillas") que como revoluciones. De cualquier manera son situaciones que no se pueden comparar con las de nuestros países donde, si hubo manifestaciones de violencia, como en Italia, permanecieron en los límites restringidos del terrorismo individual o de pequeños grupos, siempre destinados a un fracaso seguro. Pero también es un discurso diferente el de las relaciones entre el Tercer Mundo y los países desarrollados: es el discurso que se refiere al problema de la justicia internacional. Con todo, también en este caso me parece que la izquierda europea tiene algo mejor que hacer que predicar y justificar la revolución, una revolución que para tener alguna posibilidad de éxito no podría ser más que planetaria. La ética de la responsabilidad nos debería llevar a actuar en la única dirección que puede producir algún resultado, aunque lento y parcial: la del reforzamiento de las organizaciones democráticas internacionales, y en el ámbito de éstas, promover políticas de justicia distributiva, las mismas políticas que desde hace más de un siglo los partidos socialdemócratas han promovido con éxito dentro de sus propios Estados. Con frecuencia se ha sostenido que es necesario transitar la vía de las reformas para hacer imposible la revolución. Por el

contrario, hoy es preciso seguir la vía de las reformas también en el plano internacional, porque la revolución, una revolución que debería ser universal, se ha vuelto imposible.

En ese punto me doy cuenta que nuestro desacuerdo toca valores últimos y que difícilmente es superable. Contra un desacuerdo de esta naturaleza chocan los buenos argumentos, y créame cuando le digo que soy el primero en no estar siempre seguro de la bondad de los míos.

Sin embargo, deseo asegurarle que este encuentro entre nosotros ha sido, al menos para mí, estimulante y útil.

Cordiales saludos.

Norberto Bobbio

17 de mayo de 1989

Estimado profesor Bobbio:

Le agradezco su carta del 28 de marzo. Aprecio mucho el hecho de que usted se haya tomado la molestia de responderme y darme a conocer su reacción al ensayo de mi amigo Norman Geras. Si hoy le escribo es porque me siento molesto por la manera en que introduje la cuestión en nuestro intercambio de opiniones. Mi referencia a este trabajo era demasiado breve para indicar de manera satisfactoria el significado que pretendía atribuirle con respecto a nuestra discusión; quizás esto provocó alguna incompreensión en el modo en el cual el argumento fue consecuentemente tratado por aquella persona. Permítame que le explique.

No creo que la intención de Geras fuera absolutamente la de proporcionar una justificación doctrinaria de la violencia revolucionaria sino, por el contrario, la de hacer una crítica —y muy dura— a la tradicional posición revolucionaria con respecto a la violencia. Tampoco creo que desde el punto de vista histórico se pueda afirmar que la reflexión moral e intelectual sobre este problema sea simplemente irrelevante, como la interpretación de sus observaciones aparecidas en su última carta (“que poco incide en la práctica”, “ni se vuelve menos despiadada”, etc.) podría sugerir, aunque no creo que usted entienda precisamente esto. Si razonamientos como el de Geras hubieran sido comunes en los debates del período de la guerra civil rusa, por ejemplo, habría sido difícil imaginar la dirección que de hecho tomó aquél entre Kautsky y Trotsky. ¿Y quién podría afirmar que debates de este tipo no tuvieron alguna influencia en las acciones de los participantes? Y tampoco se puede sostener que éste sea ahora un discurso puramente académico, cualquiera que haya sido su relevancia pasada. El ensayo de Geras evidencia de manera inequívoca la centralidad que esta temática reviste todavía hoy en una sociedad industrial moderna, como Sudáfrica. Es evidente que la temática ético-política de la violencia revolucionaria todavía no está superada. Sus propias observaciones posteriores sobre el Tercer Mundo (p. 9) —una zona cuyas fronteras hoy están menos claramente delineadas que lo que estuvieron hace tiempo— efectivamente se mueven en esta misma dirección. La importancia de limitar comportamientos crueles e inhumanos, donde quiera que la violencia se muestre socialmente inevitable, en verdad está fuera de discusión. Pero la izquierda ha reflexionado muy poco sobre cuáles son los principios en juego. Este es, sobre todo, el objetivo que Geras se ha planteado en su ensayo.

Al hacerlo, él toma de la tradición del derecho internacional, que distinguió y posteriormente desarrolló, las doctrinas del *ius ad bellum* y del *ius in bello*. Usted critica los resultados con base en la constatación de que guerra y revolución son realidades inconmensurables, desde el momento en que los Estados, en cuanto entes soberanos, siempre están legitimados para hacer la guerra, mientras que ningún Estado autoriza a sus propios súbditos a cambiarlo.

Pienso que esta objeción está demasiado estrechamente ligada a la esfera jurídica, que sería la más apropiada si Geras propusiera una verdadera y propia analogía, pero me parece que su argumentación se ubica en el nivel, más simbólico, de un equivalente moral más que en el de un equivalente jurídico. De cualquier modo esto no significa que el paralelismo esté exento de dificultades. En la realidad existe una simetría particularmente significativa entre guerra y revolución que no debe pasar desapercibida. En la época moderna los conflictos militares entre estados raramente han puesto en peligro la existencia de los adversarios; la consecuencia normal de una derrota en el campo de batalla ha estado constituida más bien por el redimensionamiento más que por el aniquilamiento del enemigo. En cambio, en los conflictos revolucionarios, la victoria de las clases subalternas ha coincidido, por su misma naturaleza, con la abolición de las clases dominantes, suprimidas en cuanto clase (y no como individuos) del nuevo orden posrevolucionario. En otros términos, la estructura de los dos tipos de conflicto se ha ido diferenciando de manera sustancial: la primera implicando una lógica de redimensionamiento, la segunda una lógica de transformación. Probablemente ha sido esta diferencia, junto con otros factores, lo que ha impedido cualquier asimilación entre sus respectivas reglas en la obra de los clásicos del socialismo revolucionario. De esto es una prueba la ausencia de cualquier referencia en dicha asimilación a Rosa Luxemburg, que es entre los pensadores de origen marxista la más sensible al discurso ético. El sentido de repugnancia frente a la guerra misma puede indudablemente haber tenido un papel significativo; pero es probable que el otro obstáculo se haya constituido precisamente por lo que de hecho ha permitido la codificación de la conducta entre los Estados en tiempo de guerra, es decir, la presuposición de la sobrevivencia común al terminar las hostilidades. En todo caso, esta consideración de carácter histórico no invalida las conclusiones políticas a las que llega Geras, a lo más, contribuye a explicar por qué el canon al cual se refiere ha sido —como él mismo sostiene— descuidado entre los socialistas.

Me parece que al negar cualquier validez a una reflexión comparativa entre estas dos formas principales de violencia moderna, usted deja vía libre a la conclusión, totalmente inaceptable, de que obligaciones de naturaleza ética pueden ejercer un papel en las guerras —a las que le disminuiría su ferocidad, aunque hoy haya caído en desuso— pero no sí en las revoluciones, donde lo que cuenta es sobre todo una despiadada factualidad. ¿Es posible que esta sea su verdadera convicción? Más bien mi impresión es que usted tampoco desea detenerse en el problema por miedo a ser arrastrado a alguna interminable, irresponsable casuística de las formas de coerción. La historia reciente de su país, marcada por el terrorismo, haría todo esto comprensible. Sin embargo, pienso que esto lo ha inducido a no entender a Geras, quien no quiere sostener que condiciones de grave injusticia social legitiman de por sí el recurso a la revolución, independientemente del carácter despótico o representativo del gobierno en funciones; en todo caso él afirma lo contrario. Y tampoco identifica revolución con violencia (una huelga general prolongada no implica el uso de la fuerza armada pero sí puede cambiar un régimen). Su ensayo no termina con una invitación al derrocamiento indiscriminado de las instituciones parlamentarias, sino con una mesurada reseña de las diferencias que determinan la plausibilidad histórica de las diferentes y posibles transiciones de un gobierno constitucional al socialismo.

Me parece que esta es la última nota dolorosa entre nosotros. Usted prefiere excluir cualquier posibilidad de que, en las democracias capitalistas contemporáneas, los mayores movimientos políticos y sociales de la izquierda infrinjan el orden constitucional vigente. En efecto, usted sostiene que cualquier perspectiva de este tipo es al mismo tiempo inimaginable e indeseable en la situación actual, y que el término revolución puede ser eliminado, sin más dramas, del léxico del cambio. Un juicio de este tipo refleja ciertamente el consenso intuitivo del momento. ¿Pero cuándo se demostrará históricamente plausible en una perspectiva de largo plazo? ¿Los regímenes constitucionales actuales pueden ser considerados como la expre-

sión última de la soberanía popular, estructuras permanente y definitivamente determinadas que sólo puedan preveer modificaciones en su interior, o sea, introducidas mediante procedimientos previstos por sus mismas reglas electorales? Si así fuera nos encontraríamos frente a la versión liberal del *Sprung in der Freiheit* (el salto en la libertad). Precisamente el realismo que usted evoca declina en desventaja frente a una ruptura muy claramente utopista referida al pasado.

Pero este pasado no es tan distante como se podría imaginar. Sólo han transcurrido treinta años desde que el país que se encuentra entre el mío y el suyo adquirió su constitución actual. ¿En qué circunstancias? La Cuarta república cedió ante la Quinta, bajo las puntas de las bayonetas de su ejército. Nacido de un golpe militar, el nuevo orden institucional fue denunciado como "un golpe de Estado permanente" por un ilustre adversario político quien, diez años después, no dudó en pedir un gobierno irregular para cambiar el régimen en crisis. Así y todo, se trata de aquel que hoy preside imperturbable la misma estructura como forma acabada de la democracia francesa. ¿Francia constituye tal excepción? En Japón la constitución fue dictada por un conquistador extranjero. En Alemania occidental fue subordinada, por las autoridades de ocupación, a la necesidad de división del país. ¿En Italia, su constitución hubiera sido la misma sin la lección impartida a su vecino del otro lado del Adriático? En España la monarquía es la herencia de una dictadura militar. En Inglaterra jamás se ha fijado por escrito alguna constitución. Y hasta en los Estados Unidos la constitución federal no estuvo exenta de fraudes y de intimidaciones durante el proceso de ratificación. Nadie duda de la realidad de la democracia capitalista en cada uno de estos países; pero en cada uno de ellos el ordenamiento jurídico representa el resultado de una relación entre fuerzas sociales que ha implicado diferentes combinaciones de fuerza predominante y de un consenso electoral concomitante o sucesivo. ¿Es posible que esta combinación haya sido ahora definitivamente proscribida de la escena política? Me parece una previsión demasiado optimista.

Ninguna de estas experiencias ha determinado un cambio económico radical, a pesar de disponer de un potencial mucho mayor para alterar reglas consuetudinarias y expectativas. Las observaciones finales de Geras se orientan simplemente a demostrar qué tan incauto es, en una situación de este tipo, dar por supuesta de antemano la continuidad constitucional.

Por el momento, las preocupaciones de la izquierda europea permanecen encerradas en un horizonte mucho más modesto. Aunque de maneras diferentes, tanto su tradición revolucionaria como la reformista —movimientos comunistas y socialdemócratas— se encuentran profundamente desorientados, como usted mismo cáusticamente ha tenido oportunidad de observar. Encontrar refugio en Adam Smith o en el Abate Sieyès no le ayudará a salir de este *impasse* común. Más bien el problema que tenemos enfrente es el de intentar trazar —desde el punto de vista intelectual o desde el punto de vista práctico— los fundamentos de una democracia socialista, más allá de los límites de ambos, en las dos direcciones que usted mismo indicó hace poco; es decir, la capacidad de impugnar de manera creíble la autocracia del capital en la esfera de la producción, y la de impugnar el control absolutista del Estado nacional sobre los medios de destrucción. La inmensidad de la tarea, considerando que apenas comenzamos, pone en la sombra cualquier otro elemento. Es difícil concebir una fuerte divergencia de valores frente a esa tarea.

Con mis más cordiales saludos.

Perry Anderson

[Aparecido en la revista italiana *Teoría Política*, nº 2/3, 1989, y traducido por José F. Fernández Santillán para *Nexos*, nº 154, México, octubre de 1990. Revisión técnica de Atilio Borón.]

Antonio Negri

John M. Keynes y la teoría capitalista del Estado en el '29

1. 1929 como momento fundamental en la periodización del Estado contemporáneo

Han pasado cincuenta años desde el Octubre rojo de 1917. Era la coronación de un movimiento que se había iniciado en junio de 1848, cuando —en las plazas de París— el proletariado industrial moderno había descubierto su autonomía de clase; que había tenido un giro decisivo en 1870, también en París, cuando en la época de la Comuna y de la derrota surge la palabra de orden del partido, se afirma la conciencia de la necesaria organización política de la autonomía de clase.

1848-1870; 1870-1917: éstos parecen ser los grandes períodos en los cuales puede encontrarse la única base adecuada para un primer trabajo de conceptualización en la teoría del Estado contemporáneo. Porque una definición del Estado contemporáneo que no tenga presente la modificación total de las relaciones de fuerzas reveladas por la crisis revolucionaria de la segunda mitad del siglo XIX; que no quiera por tanto echarse a cuestras los temas de la tradición política, humanista y burguesa, de la modernidad entera; que no sepa leer en la temática que con el '48 se impone a la acción y al pensamiento político el conocimiento —más o menos mistificado— del papel central y complejo asumido por la clase obrera, que no quiera remontarse desde la banal observación del proceso de industrialización a la identificación de una fase de desarrollo en la cual la dialéctica total de la explotación capitalista, la necesaria inherencia de subordinación y de antagonismo que ésta impone al trabajo obrero, socializándose, se vuelca completamente sobre el nudo de las relaciones políticas e institucionales del Estado contemporáneo: bien, tal definición vive, por bien que vaya, la noche en que todos los gatos son pardos.

Ahora, con el '17, la contemporaneidad se hace presente, un nuevo período se abre. La verdad del '48, la posibilidad de que la clase obrera aparezca como variable independiente del desarrollo capitalista, reconociéndose al límite en la propia autonomía política, cumple su *Durchbruch ins Freie*: irrumpe abiertamente. La Unión Soviética es la indicadora del antagonismo obrero alcanzado a estructurarse autónomamente como Estado; y por esto mismo deviene el punto de la identificación política interna para la clase obrera internacional —y por ello indicadora de una posibilidad objetiva, presente. Aquí el socialismo pasa verdaderamente de la utopía a la realidad. De ahora en adelante la teoría del Estado deberá hacer cuentas no sólo con el problema inherente al mecanismo de socialización de la explotación, sino con

una clase obrera políticamente identificada, devenida sujeto —con una serie de movimientos materiales que dentro de su materialidad ya portan una total connotación política revolucionaria. Porque así aparece el primer momento alcanzado por la revolución obrera mundial: interiorización del elemento político dentro de la composición de clase y profundización de la presencia contradictoria de una clase obrera autónoma, políticamente consistente, en todos los niveles de la organización capitalista. Desde este punto de vista, la originalidad irreductible del '17, también respecto de los ciclos de luchas obreras precedentes, resulta total: la verdadera piedra angular a partir de la cual cada problema recibe nuevas perspectivas y nuevas dimensiones, y el punto de vista de una clase obrera liberada.

Ciertamente, el conocimiento de la incidencia del Octubre rojo penetra lentamente la conciencia del capital: inicialmente el impacto del '17 le parece provenir del exterior y su primera respuesta consiste en el intento —en buena medida intentado y recusado— del aislamiento militar, diplomático y político de la experiencia rusa. En cuanto a los problemas levantados por la gran ola de luchas de la clase obrera que se difunde internacionalmente en los años inmediatamente sucesivos, se organiza en potentes movimiento sindicales y explota en la experiencia de los Consejos,¹ si bien es cierto que sólo inmaduros grupos dirigentes escogen la vía de la represión fascista, es también cierto que la respuesta capitalista más general y la reproducción de los modelos reformistas de apaciguamiento tan sólo rozan la nueva realidad política. Batir a la vanguardia obrera y en particular golpear aquella que, en esa fase, constituía la fuerza: el grado relativamente alto de profesionalización y la ideología gestiona-ria que derivaba; destruir la posibilidad misma de alianza ente vanguardia obrera y masa proletaria en la cual se fundaba el partido bolchevique; cortar el partido de la clase: este es el primer objetivo. Taylorismo y fordismo tienen esta función inmediata: separar el partido bolchevique de la clase, a través de la masificación del modo de producir y de la descalificación de la fuerza de trabajo, introducir por esa vía en el proceso productivo nuevas fuerzas proletarias, destruyendo la fuerza de choque de las viejas aristocracias e impidiendo que se reconstruyan. En la misma forma que, después de 1870, la respuesta política del capital había recorrido la vía de la ruptura del frente proletario a través de la creación tecnológica de aristocracias obreras, así ahora, después del '17, después de la recomposición política obrera sobre la base de aquella ruptura cíclica, el capital intenta de nuevo la vía tecnológica de la represión.

Pero aquí está el salto que impone el '17. Si esta vieja vía que las oportunidades de la reconversión productiva postbélica y las nuevas técnicas de racionalización del trabajo apremiaron a invocar puede quizá ser recorrida por un brevísimo plazo, en realidad muy pronto se advierte como ahora el progreso de la organización capitalista no es más solamente reproducción ampliada de la clase obrera, sino su directa recomposición política. Después que el Octubre rojo había, de una vez por todas, introducido la calificación política en la materialidad misma de la clase obrera, la respuesta tecnológica no hacía sino relanzar a un nivel más alto la recomposición política de clase, mientras eludía el verdadero problema capitalista: el reconocimiento de la emergencia política de la clase obrera, y con esto la exigencia, no sólo

¹ El movimiento sindical y político que siguió, fuera de Rusia, a la Revolución de Octubre se asume aquí en sus caracteres sustanciales de homogeneidad: movimiento esencialmente "gestionario" expresado y dirigido por la aristocracia obrera, aunque por otra parte asume características de movimiento de masa. El trabajo de Sergio Bologna contenido en el volumen, *Operai e Stato*, pp. 13-46 ("Composizione di Classe e Teoria del partito alle origine del movimento consigliare"), está dedicado a la definición de esta homogeneidad del movimiento. Una introducción sencilla de este razonamiento puede verse también en: A. S. Ryder, *The German Revolution*, Cambridge University Press, 1966; A. Rosenberg, *Histoire du bolchevisme*, Grasset, París, 1967 (hay traducción española, Siglo XXI, Cuadernos de Pasado y Presente, Nº 70); B. Pribicevic, *The Shop-Steward Movement in England*, Oxford University Press, 1955; T. Draper, *American Communism and Soviet Russia*, Viking Press, New York, 1960; G. De Caro, "L'esperienza Torinese dei consigli Operai", en *Classe Operaia*, Año 1, Nº 1, enero, 1964.

o no tanto del ulterior perfeccionamiento del mecanismo social de extracción de plusvalía relativa sino de la completa restructuración de éste, en una situación en la cual el reconocimiento de la autonomía obrera se acompañase de la capacidad de su control político. Reconocer la originalidad del '17, el sacudimiento total de la estructura material misma del proceso capitalista debía devenir necesario para el propio capital.

De hecho la rendición de cuentas no se hace esperar. La iniciativa política del capital debía ser forzada a liberarse, como siempre. Y he aquí que, poco después de la derrota de la huelga general inglesa —último límite, parecía, de la expansión revolucionaria—, aquel '17 que se creía exorcizado, el capital se lo reencuentra más adelante, como clase obrera socialmente igualada por las técnicas represivas, que se habían puesto en acción, masificada al punto de ser reconocida, en su autonomía, de un lado, como destructor potencial, de otro —pero al mismo tiempo y atado a la misma suerte— como estructura portadora y motriz del desarrollo capitalista mismo. El '29 es esto: es el contragolpe de las técnicas represivas antiobreras que repercuten sobre la completa estructura del Estado capitalista, es el '17 devenido en momento interno de todo el sistema capitalista. La iniciativa política obrera del '17, puntual y ferozmente destructiva, se ve objetivada, se ve convertida en continua y potente acción de erosión: controlada después del '17 por un breve período se expresa ahora, en el '29, con toda la fuerza que el secreto desarrollo interno ha acumulado. La tentativa precedente de no reconocer la necesaria incidencia eficaz de la particularidad política obrera se revierte con fuerza destructiva contra quien la ha operado. Ahí donde el capital es más fuerte la crisis es más profunda.

En la evolución del Estado contemporáneo el '29 representa así un momento de excepcional importancia. Lo que resulta transformado es el fundamento material de la vida constitucional. El '29 barre también con la nostalgia de aquellos valores que el '17 había destruido. En el jueves negro de Wall Street, con la catastrófica caída del índice de la Bolsa, son arrastradas las mitologías estaduales y políticas de un siglo de renovado dominio burgués sobre la clase obrera. Se concluye el cambio del Estado de derecho, como la figura histórica de una máquina de poder estatal predispuesta a la tutela de los derechos individuales, de un contenido burgués del *due process*, en suma de un poder estatal establecido como garantía de la hegemonía social burguesa. Es el fin del *laissez faire*.

Pero no sólo es esto: la socialización del modo de producción y la generalización del intervencionismo del Estado capitalista ya habían sido presenciados en los años siguientes a 1870. Aquí el inicio de una nueva época en la historia del Estado contemporáneo es señalado por el hecho de que en ese mundo el reconocimiento de la emergencia de la clase obrera —y de la ineliminabilidad de este antagonismo— no puede, finalmente, negarse. La novedad de la concepción del Estado surgida de la gran crisis no nace por consiguiente, como muy a menudo, y no sólo *chez nous* con la limitada óptica que el fascismo permitía,² se ha dicho, de la definición de una figura totalitaria del Estado. Se trata sobre todo de una reconstrucción capitalista del Estado sobre la base del descubrimiento del antagonismo obrero radical. Ciertamente, las implicaciones de esta reconstrucción tienen una extensión totalitaria: pero sólo en el sentido de que en cada nivel de la vida estadual conllevan el conocimiento de la escisión y de la lucha.

Paradójicamente el capital se hace marxista, o al menos aprende a leer *Das Kapital*: naturalmente desde su punto de vista. Que, si es mistificado, no es por eso menos eficaz. Reconocido el antagonismo es necesario hacerlo funcionar, impidiendo al mismo tiempo la liberación destructiva o autónoma de un solo polo. La revolución política obrera puede ser evitada sólo reconociendo las nuevas relaciones de fuerza, sólo haciendo funcionar a la clase obrera

² Son claras, por ejemplo, las acusaciones de "totalitarismo fascista" que algunos estratos del *big business* reclaman contra la experiencia newdealista.

dentro de un mecanismo que sublime la continua lucha por el poder en un elemento dinámico del sistema, controlándola –de otra parte–, funcionalizándola en una serie de equilibrios ante los cuales de vez en vez se cierran y se estabilizan las varias fases de la revolución de los réditos. El Estado quiere penetrar en la sociedad, y desde allí, en la serie de equilibrios continuamente recreados parece buscar continuamente la fuente de su propia legitimidad. Pronto este mecanismo de innovaciones de los equilibrios de los réditos de las partes en juego se articula como plan: y esto –el modelo de equilibrio asumido para un período de planificación– el nuevo fundamento material de la vida constitucional, y lo es tan radicalmente que cada innovación en el equilibrio abre un verdadero proceso de revisión constitucional. La estabilidad parece pasar a través del conocimiento de una nueva precariedad de la vida del Estado: la “revolución permanente” parece conquistada, parece haber experimentado de súbito y paradójicamente una “*Aufhebung*” de parte del capital.

Hasta aquí la ciencia del Estado del capital, que –como siempre– por necesidad revela y mistifica. Revela la nueva situación de las relaciones de fuerza, la dolorosa interiorización de la clase obrera en la vida del Estado, su función dinámica para el desarrollo total, y mistifica, al mismo tiempo, al fingir ignorar no tanto el carácter antagónico de la emergencia de la clase obrera cuanto la generalidad de los efectos producidos por ella, encubriendo la violencia necesaria para mantener este equilibrio determinado y precario que ahora ha tomado lugar, exaltando al máximo esta sociedad, privada de violencia, como un bien común, como voluntad general en acción. Por eso, en este juego de revelaciones y mistificaciones, en el cual debe ejercitarse el conocimiento de la mutación radical en las relaciones de fuerza entre las clases, en todas partes se advierte dentro de la ciencia del capital la comprensión y el conflicto de los elementos contradictorios, necesariamente contradictorios y sintéticos. A este juego es que la ciencia del capital se ve constreñida a cumplir su fatigoso compromiso de análisis y de apología, apretujada entre el conocimiento de la precariedad del orden actual y la voluntad de estabilización, entre la urgencia diversa de organizar y de reprimir, en una situación que le pesa y por cuya salvación no puede más que confiarse de una suerte de prodigio político repetitivo: prodigio político para unificar de vez en vez los aspectos igualmente necesarios de la vida del capital. Socialización del modo de producción y socialización de la explotación, organización y violencia, organización social para la explotación obrera. No es la naturaleza del proceso lo que ha cambiado sino las dimensiones dentro de las cuales la explotación está constreñida a operar y el sujeto sobre el cual el capital debe afirmarse. Parece prodigio político porque a ese nivel –impuesto por la lucha, por la presencia misma de la clase obrera– cada fricción es una alarma, cada error es catástrofe, cada movimiento señal de la profundización de la modificación de las relaciones de fuerza entre las clases en lucha. Es la extraordinaria fuerza de una clase obrera que asimiló dentro de sí la experiencia de la revolución y a cada nivel del desarrollo expresa la objetividad del impacto, para imponer este equilibrio.

En todas partes se percibe en la ciencia del capital. Advertirlo, subrayarlo es, por así decir, la medida misma del conocimiento capitalista de la situación. Moverse dentro de este embrollo y desenmascararlo, discriminando ciencia e ideología, es por tanto tarea de la crítica obrera –sobre todo allí donde el máximo de definición explícita de la situación emerge de la reflexión capitalista. Y es por esto que a continuación seguiremos el pensamiento de aquellos que, con mayor perspicacia analítica y una más refinada intuición política, consideran la vicisitudes capitalistas entre el '17 y el '29, ofreciendo –con un diagnóstico desencantado– una indicación terapéutica para el orden capitalista internacional. John Maynard Keynes fue quizá el teórico más perspicaz de aquella reconstrucción, de aquella nueva forma capitalista de Estado que se opone al impacto revolucionario obrero de 1917.

2. Keynes entre 1917 y 1929:

la conciencia del impacto del Octubre rojo sobre la estructura del capital.

Preguntémosnos entonces: ¿Cómo se pudo rastrear el desarrollo de la conciencia capitalista? ¿En qué forma y en qué medida se apresta el '29, a sus radicales implicaciones? Y, sobre todo, ¿cuál es el conocimiento, en los años que nos interesan, el nexo entre 1917 y 1929?

Ahora, se señaló, el '17 se presenta al mismo tiempo bajo dos aspectos: como problema internacional y como problema interno de los diversos países capitalistas; como problema de la contrarrevolución, así como del aislamiento de la Unión Soviética, y como problema de la represión del potente movimiento de la clase obrera –sindical y político– que extiende la experiencia a todo el mundo capitalista. Y la extiende en términos homogéneos, allí donde –entre el '18 y el '26– se organiza bajo la forma del movimiento de los consejos, aunque también allí donde el movimiento es directamente sindical –siempre en términos de vanguardia a pesar de todo, de demanda de gestión.³ Es singular ver cómo los dos problemas han sido entendidos como separados de la situación política internacional del capital. Diversas técnicas se ponen en acción con el fin de responder a las dos formas de insurgencia revolucionaria. La conciencia capitalista no estaba convencida todavía de la presencia internacionalmente unitaria de la clase obrera: y es en esta separación donde se encuentra uno de los motivos de su catastrófica incompreensión de la realidad.

Tal es, al menos, el parecer de John M. Keynes. Sí, después de 1917, el momento central de la reconstrucción capitalista del orden político internacional es Versalles, es justo aquí –reconoce–, en este último acto de una tradición secular de relaciones de fuerza entre las naciones, que la comprensión de la nueva dimensión de la lucha de clases se expresa a través de la separación de los problemas. ¿Cómo explicar de otra manera la locura de Versalles? –prosigue Keynes. En el Tratado de Versalles, en vez de construirse un plan para salvar Europa del exterminio, se revierten las frustraciones, los resentimientos y las venganzas de siglos de política de prepotencia. Mientras la revolución apremia, el orden político del capital se deja llevar por una sistematización punitiva y no reconstructiva del concierto europeo. La hipocresía diplomática triunfa sobre los mismos empeños por el armisticio. Pero así no se crea la posibilidad de defensa y de reestructuración del sistema, si no que se produce la necesidad de profundización de la crisis. En particular la locura económica del sistema de reparación de daños impuesto a Alemania asegura que los efectos del tratado de paz se prolongarán desastrosamente, no sólo en Alemania sino acumulativamente a la totalidad íntegra del mercado capitalista. “Si nuestro propósito deliberado es el empobrecimiento de Europa central, me atrevo a predecir que la venganza no se hará esperar. Nada podrá retrasar entonces por mucho tiempo la guerra civil final entre las fuerzas de la reacción y las desesperadas convulsiones de la revolución ante las cuales los horrores de la reciente guerra alemana palidecerán, y destruirá, cualquiera sea el vencedor, la civilización y el progreso de nuestra generación.”⁴ ¿Pero qué otra vía se puede seguir? Una sola: consolidar la economía de Europa central como

³ Este es el caso de la lucha obrera en los Estados Unidos. Sobre la homogeneidad del comportamiento de la clase obrera norteamericana en lucha, durante los años inmediatamente posteriores a la primera guerra mundial, con la conducta de la clase obrera europea remitimos una vez más a los trabajos de Sergio Bologna y de George Rawick contenidos en el volumen *Operai e Stato*, pp. 13-46 y 47-53 y 135-146, respectivamente). Recuérdese en particular que entre 1914 y 1920 el número de afiliados a la AFL (American Federation of Labor) pasa de dos a cuatro millones, que es el nivel más alto de participación sindical antes de los años treinta. Para una serie de datos útiles, véase también I. Bernstein, *The Lean Years: A History of American Worker, 1920-1933*, Houghton Mifflin Company, Boston, 1960; y el ensayo de W. Galenson en *Mouvements Ouvriers et Dépression Economique*, Van Gorcum, Assen, 1966, pp. 124-143 (ensayos recopilados por D. Demarco, J. Dhondt y D. Fauvelt-Rouif).

⁴ J. M. Keynes, *The Economic Consequence of the Peace*, Pondon, 1919, p. 251.

una barrera contra los soviets rusos y como forma de control de los movimientos revolucionarios internos, reunificar los dos frentes de defensa del sistema capitalista. "Se dice que Lenin había declarado que el mejor modo de destruir el sistema capitalista consiste en arruinar la moneda... Ciertamente, Lenin tenía razón. No existe medio más sutil y más seguro de socavar las bases de la sociedad existente... Combinando el odio popular contra la clase empresarial y el golpe lanzado contra la confianza que produce la turbación violenta y arbitraria de los contratos y del equilibrio establecido por la riqueza, lo cual es el fruto inevitable de la inflación, estos gobiernos han vuelto prácticamente imposible la continuidad del orden social y económico del siglo diecinueve..."⁵

Así concluye John M. Keynes, ya en 1919. El seguimiento de su pensamiento desde aquella lejana polémica hasta la publicación de la *General Theory* nos permitirá, quizá, inspeccionar el modelo conjunto del complejo desarrollo de la política del capital. Keynes advertía acerca de las desastrosas consecuencias de la ruptura del Tratado, de la ilusión allí implícita de que las relaciones entre las clases no fuesen modificadas por la ruptura obrera del sistema prebélico. Es cierto que estamos todavía muy lejos de un preciso conocimiento teórico de esa capacidad de trastocar —como sucederá en la *General Theory*— la apreciación de la ruptura obrera con motivo del crecimiento económico del capital mismo: no obstante ya existe esa intuición política, tan primitiva como fundamental, que ilumina el problema central de los años venideros: cómo bloquear, cómo controlar el impacto de la revolución de Octubre sobre la estructura del capital. La "querelle" acerca de la continuidad o no, acerca de la coherencia o no del pensamiento keynesiano, en la medida en que sepa superar el significado literal de su discurso y disolverse en el descubrimiento que lo recorre, podrá conducir a la búsqueda de algún resultado de carácter general.⁶

Es intuición política, se dijo. Como tal, muy lejana todavía de convertirse en sistema científico. Por el contrario, en la prospectiva del sistema del futuro, Ohlin era probablemente más keynesiano que Keynes, cuando —contestando el análisis keynesiano de los efectos de la reparación de daños por parte de Alemania, sobre los réditos externos— definía la posibilidad de que dichos pagos contribuyesen dinámicamente a la definición de un nuevo nivel de equi-

⁵ J. M. Keynes, *The Economic Consequence of the Peace*. Se ha dicho que el objetivo político keynesiano, en esta fase, es reunificar los dos frentes de la defensa del sistema capitalista; y la organización de esta defensa no puede realizarse sino apuntando sobre Alemania: éste es el corolario. Esta perspectiva siempre estará dentro de los elementos fundamentales del discurso político de Keynes. En 1922 (en *The Revision of Treaty*, London; la siguiente cita procede de la traducción italiana, Roma, 1922) Keynes repite hasta el cansancio tales conceptos: "El porvenir de Alemania está ahora dirigido hacia Oriente; y todas sus esperanzas y sus ambiciones, al resucitar, seguramente se orientarán en aquella dirección" (p. 182). El así llamado "filogermanismo" de Keynes (tan reprochado hasta en la obra de E. Mantoux, *The Carthaginian Peace, or the Economic consequence of Mr. Keynes*, Londres, 1946) tiene por tanto una calificación de clase mucho más profunda de cuanto sus críticos habrían querido ver jamás. Y es un discurso que corresponde y retoma perfectamente el mejor filón del pensamiento político burgués de la Alemania weimariana: no es difícil, por ejemplo, encontrar en el Max Weber de estos mismos años la misma intuición (véase W. J. Mommsen, *Max Weber und die Deutsche Politik, 1890-1920*, Mohr, Tübingen, 1959, pp. 280 ss.). Por otra parte Keynes no ha ocultado jamás la profunda consonancia de sentimientos y propósitos que lo ligaban a aquellos grupos políticos e intelectuales weimarianos; y en el ensayo "El doctor Meichor: un vencido" (ahora en: *Politici ed Economisti*, Einaudi, Turín, 1951, pp. 39 ss.) ha dado un cuadro de aquel ambiente no muy lejano a los tonos apologeticos.

⁶ R. Lekachman ve bien el problema en la introducción al volumen a su cargo *Il sistema keynesiano: Trent'anni di discussioni*, traducción italiana, Franco Angeli, Milano 1966, pp. 15-25. También E. A. G. Robinson, *ibid.* pp. 70-81, y lógicamente de acuerdo con el hagiográfico R. F. Harrod, *La vita di J. M. Keynes*, Einaudi, Turín, 1965. En Paul A. Samuelson (*Il Sistema Keynesiano*, cit., p. 369) la vía que conduce a la *General Theory* es, dicho sea de paso, una "calle de Damasco".

libro económico internacional.⁷ De otra parte, ya en 1922 la posición de Keynes había cambiado: "La angustia y la rabia intolerables"⁸ que lo habían obligado a retirarse de la mesa de negociaciones en París se habían aplacado; la visión más superficialmente optimista: "Si me remito dos años atrás y releo lo que escribí entonces, veo que los peligros entonces inminentes fueron superados felizmente. La paciencia de las masas populares de Europa y la estabilidad de sus instituciones resistieron a sacudidas peores de las que podrán acaecer en el porvenir. Hace dos años el Tratado, que ultrajaba la piedad y la prudencia, representaba la voluntad del momento de los países victoriosos. ¿Habría cobrado sus víctimas la voluntad de ser paciente? ¿No obstante habrían sido empujadas por la desesperación y por las privaciones a sacudir los fundamentos de la sociedad? Tenemos ahora la respuesta: las víctimas han sido pacientes."⁹ Pese a ser una intuición política fundamental, implicaba una apreciación radicalmente nueva de las grandes dimensiones del desarrollo. Robertson lo reconocía con extraordinaria lucidez:¹⁰ "...la cuestión sorprendente de este análisis de la estructura económica de Europa consiste en que es, en ciertos aspectos, muy diferente de la filosofía prebélica, optimista, librecambista, pacifista, y de representar mucho más a esa filosofía que consciente o inconscientemente alimenta la construcción del proteccionismo, del militarismo y del imperialismo...": la concepción del *laissez faire* está implícitamente liquidada —prosigue Robertson—, los problemas de la política internacional son relacionados con los de la organización interna de las relaciones de fuerza.

Más allá de su gran éxito con el público, la admonición keynesiana parece aún caer en el vacío. La gran prensa lo refuta: "...una de las más sorprendentes características del libro del señor Keynes es la inexperiencia; por no decir la ingenuidad política que revela...". Y los políticos se burlan, los viejos tanto como los nuevos, y sustancialmente en los mismos términos Clémenceau: "Fort en thème d'économie, M. Keynes... combat, sans aucun ménagement, l'abus des exigences des Alliés (lisez: 'de la France')... Ces reproches et tant d'autres d'une violence brutale, dont je n'aurais rien dit, si l'auteur à tous risques, n'eut cru servir sa cause en les liurant, à la publicité, font assez clairement voir jusqu'ou certains esprits s'étaient montés"¹¹; Churchill: "...con un buen sentido inconfundible Keynes ilustró el carácter monstruoso de las cláusulas financieras y económicas. Sobre todos estos puntos su opinión es buena. Pero, arrastrado por su natural desdén por los términos económicos que se debían imponer solemnemente, envuelve en una condena común el edificio completo de los tratados de paz. No se puede poner en duda que estuviese calificado para hablar de los asuntos económicos; pero, sobre el otro y mucho más importante lado del problema, no podía juzgar mejor que muchos otros."¹² En cuanto al capital la respuesta es obsoleta incluso en la fuerza con

⁷ Véanse, sobre todo, B. Ohlin, "Mr. Keynes Views on the Transfer Problem", en *The Economic Journal*, vol. 39, septiembre 1925; "The Reparation Problem: a Discussion", *ibid.*, junio, 1925.

⁸ Es una afirmación de Keynes citada por E. A. G. Robinson, *Il Sistema keynesiano*, cit., p. 50.

⁹ J. M. Keynes, *The Revision of Treaty*, trad. italiana, cit., p. 164.

¹⁰ P. H. Robertson, Recensión a *The Economic Consequence of Peace* en *The Economic Journal*, marzo, 1920.

¹¹ Así *The Times*, 4 de diciembre de 1919 (cit. por E. A. G. Robinson, *Il Sistema keynesiano*, cit., p. 52).

¹² El juicio de Clémenceau es recordado por el mismo Keynes en *The Revision of Treaty*, trad. italiana, pp. 97-98.

¹³ W. Churchill, *The World Crisis*, Londres, 1929, vol. V, p. 155. Reseñando este mismo volumen (véase ahora la recensión en *Politici ed Economisti*, cit., pp. 99-104) Keynes da fe a Churchill de la justicia de su línea política en la Conferencia de Paz. Pero le reprocha al mismo tiempo —y no se trata de un reproche suave— porque no consigue captar la centralidad de la insurgencia revolucionaria soviética: "(Churchill) no logra ver en perspectiva la grandeza de los eventos en sus correlaciones necesarias, ni aislar lo esencial del episodio... Para él los bolcheviques, para afrenta del tributo rendido a la grandeza de Lenin, no son más que una locura imbecil".

que es propuesta, tan obsoleta como el '48, como el '70: el uso de la fuerza represiva para batir el movimiento político de la clase obrera; y —en segundo lugar— reabsorción de la fuerza de trabajo a través de un salto tecnológico, el perfeccionamiento del mecanismo de extracción de plusvalía relativa. El movimiento de los consejos, la imponente presión del sindicalismo revolucionario del inicio de los años veinte es derrotado —más aún, la posibilidad misma de la dialéctica revolucionaria que se organizaba entre la vanguardia de clase y las masas proletarias es abatida— por la inserción de nuevas técnicas de racionalización del trabajo, por la destrucción de la calificación, por la cadena de montaje. Como siempre, el primer efecto de la lucha obrera sobre la estructura del capital es reformista: aquí, a principios de los años veinte, determina una innovación tecnológica general, impone al capital una absorción del empuje obrero a través de una expansión determinada por la renovación radical en la combinación de los factores productivos.

¿Pero hasta dónde era posible recorrer esta vieja senda? ¿No había cambiado totalmente la situación? Keynes insistía genéricamente sobre la interiorización del elemento político en la economía. Desde el punto de vista del capital se olvidaba también esta "especificidad fundamental" y se refutaba el hecho, pletórico en consecuencias, de que la Rusia Soviética ofreciera a la clase obrera, de aquí en adelante, un imborrable punto de identificación política. Si quería funcionar, el mecanismo capitalista debía por consiguiente recuperar a la clase obrera en cuanto entidad política. La mecánica de la plusvalía relativa era insuficiente: aquí no hacía sino alargar las contradicciones del desarrollo capitalista, masificando ulteriormente a la clase obrera, poniendo las bases —con la acentuación de las causas de la crisis cíclica (ya que la expansión de la oferta no necesitaba efectivamente la presión de la demanda, no reconocía la demanda como sujeto efectivo)— para un enfrentamiento político a un nivel más alto.

Sin embargo, el punto de vista de Keynes todavía eminentemente político es insuficiente en varios términos. Era necesario que la intuición política se transformase en hábito científico: y la superioridad keynesiana estribaba en el hecho de que se establecieran las condiciones metodológicas, en que el problema fuera correctamente identificado. Seguir la actividad científica de Keynes entre 1920 y 1929 es entonces seguir una vox clamans in deserto, el conocimiento creciente y siempre más amargo del profeta desarmado. Al mismo tiempo sin embargo, es ver cómo la intuición política se transforma paulatinamente en discurso científico: y —nótese— siempre bajo el continuo impulso de la vicisitudes políticas, esto es, de la presión de la clase obrera y de las consiguientes necesidades políticas del capital.¹⁴ Lo habíamos registrado con Robertson: ya en las *Economic Consequences of the Peace* la filosofía del *laissez faire* parecía superada. Pero sólo implícitamente: era el sentimiento de precariedad del orden internacional posterior a la guerra destructiva y de la insurgencia revolucionaria soviética que la generaba. Ahora las vicisitudes internas inglesas interiorizan el problema de la crisis del viejo orden: la ley de Say no rige más porque no reconoce que el mantenimiento del orden capitalista es un problema, porque postula este orden como espontáneo, porque —podemos decirlo— se resiste a ver la negación potencial que representa la clase obrera. En efecto, en la medida en que va asumiendo una vestidura científica, el problema de la clase obrera tenderá, en la óptica de Keynes, a presentarse según la tradición de la ciencia económica, tenderá a definirse en los términos de la mistificación profesional como problema de la desocupación en un horizonte de denso objetivismo clásico.¹⁵ Pero en esta fase de aproximación política al

¹⁴ Sobre el desarrollo keynesiano en los años veinte, continuamente estimulado por las vicisitudes políticas inglesas, han insistido justamente los biógrafos: cfr. R. F. Harrod, op. cit., pp. 396 ss.; E. A. G. Robinson, op. cit., pp. 68 ss.

¹⁵ Sobre cómo se presentaba el problema a Keynes, cfr. E. A. G. Robinson, ibidem; C. Napoleoni, *Il Pensiero economico del Novecento*, Einaudi, Turín, 1963, pp. 79 ss. (Hay traducción española, *El Pensamiento Económico del Siglo XX*, Oikos-Tau, Barcelona, 1968).

problema las cosas marchan de manera diferente: porque la lucha de clases se encarga de historizar las categorías de la ciencia económica. La clase obrera inglesa se presenta de hecho en escena en toda su autónoma figura revolucionaria.¹⁶ Y a quien grita que la huelga general es ilegal, que se han transgredido los límites de la acción constitucional —a sus colegas universitarios, a sus amigos de militancia liberal—, Keynes responde: ¡Sea pues! ¿Pero qué significa esto? Los movimientos de clase pueden parecer ilegales porque el equilibrio de fuerzas que condicionaba el sistema, que determinaba la legalidad, ha venido a menos. Las relaciones de fuerza han cambiado: a la nueva situación va correlacionada la legalidad.¹⁷ La ley de Say no rige más porque las variables del equilibrio económico y político han cambiado: se ha alcanzado la autonomía de la clase obrera. "Los sindicatos de los trabajadores son suficientemente fuertes para interferir en el libre juego de las fuerzas de la oferta y la demanda, y la opinión pública, si bien con un murmullo de descontento y con muchas dudas de que los sindicatos se estén volviendo peligrosos, apoya sus tesis principales, según las cuales los trabajadores del carbón no deberían ser las víctimas de crueles fuerzas económicas que jamás hayan sido puestas en movimiento".¹⁸ Buscar el equilibrio político significa por consiguiente tener presente las nuevas condiciones, las nuevas fuerzas: sólo así será posible establecerlo. Si las ecuaciones de Say no funcionan es porque se han introducido nuevas incógnitas: He aquí que estas incógnitas son absorbidas por la ciencia. "La idea del partido de vieja hechura, según la cual es posible alterar el valor de la moneda y por lo tanto dejar a las fuerzas de la oferta y de la demanda la tarea de determinar los consecuentes ajustes, pertenece a cincuenta o cien años atrás, cuando los sindicatos no eran poderosos, y a la maléfica diosa Economía le era permitido sembrar desastres a lo largo de la senda maestra del Progreso, sin que le interpusieran obstáculos y sí por el contrario una aprobación general".¹⁹

Aquí no se está sobrevalorando de ninguna manera la importancia y la profundidad de la crítica keynesiana incluso desde el punto de vista científico. El ataque a la ley de Say implica la destrucción de una ideología secular, de una gesticulación mental tanto más sólida cuanto menos anclada en los hechos; implica la desmitificación de un valor fundamental, de la norma directiva de la ciencia política burguesa del Ochocientos. Es un ataque a "aquella conciencia burguesa que [mientras] celebra la división del trabajo del tipo manufacturero, la anexión vitalicia del obrero a una operación detallista y la subordinación incondicional del obrero parcial al capital, exaltándolas como una organización del trabajo que aumenta la fuerza productiva, denuncia con equivalente clamor cada control consciente y cada reglamento del proceso social de producción, llamándolo intromisión en los inviolables derechos de la propiedad, intromisión en la libertad y en las autodeterminadas 'generalidades' del capitalista individual. Es muy característico, "prosigue Marx",²⁰ que los entusiastas apologistas del sistema fabril, polemizando contra cualquier organización general del trabajo social, no sepan decir nada peor, excepto que tal organización transformaría en una fábrica toda la sociedad". La crítica de Keynes a la ley de Say comporta por tanto una operación de destrucción radical del objeto: en tanto la economía política se presentaba —estructuralmente— como teoría del equilibrio, como teoría del recambio orgánico y funcional, de la indefinida y libre posibilidad de acceso al mundo de la riqueza. Sobre la "naturalidad" de estos presupuestos se constituía

¹⁶ Además del citado Pribicevic, nos permitimos remitir al artículo de M. Gobbini sobre la huelga general inglesa de 1926. (Publicado en el mismo volumen del que procede el presente artículo de Negri).

¹⁷ Cfr. El testimonio de R. F. Harrod, op. cit., pp. 437 ss.

¹⁸ De la Conferencia: "¿Soy un liberal?" (1925), ahora en: *Ensayos Políticos*, trad. italiana, Sansoni, Firenze, 1966, p. 52.

¹⁹ Ibid., p. 52.

²⁰ K. Marx, *El Capital*, I, 2, p. 56 (Rinascita, Roma, 1956).

radicalmente la ciencia económica, adecuadamente articulada a su objeto. Al criticar estos presupuestos, se acepta el riesgo de que la sociedad se configure en su totalidad como fábrica.

En este punto sin embargo se detiene la antítesis keynesiana. La destrucción del objeto está al servicio de la reconstrucción del objeto. Más tarde Keynes afirmará abiertamente que los esquemas neoclásicos del equilibrio económico funcionarán una vez alcanzado el pleno empleo.²¹ Ahí se demuestra que la dialéctica burguesa no conoce el trastocamiento. En cuanto a Keynes, cada vez que la crítica llega al límite de la negación se acompaña de una filosofía paralizante que impide cualquier paso ulterior. Sólo el esquema formal, la reconstrucción del equilibrio le satisface, prisionero como está, una vez que había ya renunciado a las más vulgares mistificaciones, del arcano horizonte del fetichismo de la mercancía. Más allá del equilibrio, más allá de la reproposición de la forma mistificada del equivalente general, no existe otro objetivo por alcanzar: existe sólo el "partido de la catástrofe",²² existe la certeza desesperante de que la historia —es decir, lo demás—, está hecha por los imbéciles: "no por causas profundas, ni por el destino inevitable, ni por la espléndida maldad".²³ "El problema de la necesidad y de la pobreza de la lucha económica entre las clases y las naciones no es otra cosa que un espantoso embrollo, un embrollo transitorio e inútil".²⁴ He aquí, por tanto, ese equilibrio formal que el científico busca restaurar hasta el límite de la posibilidad burguesa de conciencia; "no es ni más ni menos que un sentimiento pleno y garantía segura, es ocultamiento consciente de un compromiso irracional, es un oscuro sustituto de cualquier contenido de racionalidad"...²⁵.

Del realzamiento inicial de cambio producido en las relaciones de fuerza entre las clases, de la oscura apreciación de la insurgencia autónoma de la clase obrera, Keynes quiere retroceder —después de atacar a la mitología ochocentista del *laissez faire*— hacia un nuevo modelo de equilibrio. Sólo hasta la *General Theory* de 1936 esto quedará definido. Por ahora, en los años veinte, la obra es predominantemente crítica: ataque a la restauración del Gold Standard,²⁶ identificación de la nueva fase de socialización en la cual ha entrado la producción capitalista,²⁷ insistencia —principalmente— sobre la necesidad de la intervención del Estado como mediación de los conflictos de clase y por tanto como garantía del equilibrio econó-

²¹ "... si nuestras autoridades centrales de control consiguieran establecer un volumen global de producción correspondiente al pleno empleo hasta donde sea posible, la teoría clásica se afirmaría de nuevo desde este punto en adelante"; J. M. Keynes, *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, trad. it., Utet, Turín, s/f., p. 336 (de aquí en adelante citaremos esta obra como: *Teoría General*). (Hay trad. española, Fondo de Cultura Económica, México, 1943).

²² *Ensayos Políticos*, cit., p. 39 y *passim*.

²³ *Politici ed Economisti*, cit., p. 80.

²⁴ J. M. Keynes, *Essays in Persuasion*. London, 1952, p. VII. (Hay trad. española: Barcelona, Crítica.)

²⁵ En el ensayo "*Newton el Hombre*" (ahora en *Politici ed Economisti*, cit., pp. 301-311) Keynes parece que desea fijar —a través de la identificación de un momento mágico y subterráneo y de la confrontación de este momento con el rostro iluminista y triunfante del pensamiento del gran físico-matemático cambridgeano— un modelo de conocimiento científico en el cual la convivencia de los dos aspectos no consigue ocultar la mayor autenticidad del primero. Más bien, en Newton existe ciencia sólo en cuanto el hombre y el mago se subliman, sólo en cuanto el genio creativo es sustentado por intereses irracionales. Este es el mérito de Newton: haber sabido tener presente el universo como enigma... ¿Hasta qué punto en esta imagen de Newton no se vierte el mismo conocimiento keynesiano del camino científico propio?

²⁶ R. F. Harrod sigue bien la larga polémica al respecto, op. cit., pp. 387 ss.

²⁷ Sobre el clima político y cultural en el cual Keynes arriba a estas conclusiones véase P. M. Sweezy, *El Sistema keynesiano*, cit., pp. 334 ss.; pero más largamente en el ensayo "*Il declino del gnachiere d'investimento*", ahora en *Il presente come storia*, trad. it., Einaudi, Turín, 1962, pp. 190 ss.

mico.²⁸ Obra esencialmente crítica, se dijo, ya que aquí los términos de la renovada relación entre las clases no aparecen todavía como tales en el discurso keynesiano, no han devenido aún elementos constitutivos del principio de la demanda efectiva, del principio del riesgo creciente, de la nueva teoría de la tasa de interés: aún no han devenido sistema. Asimismo, si se observa de hecho aquello que, en esta fase de aproximación, es el elemento más significativo de la elaboración, el intervencionismo, se nota que este es el correlato de la crítica del *laissez faire*, que implica por ello el registro de la masificación obrera, reconocidas las consiguientes dificultades para asegurar el equilibrio: falta, en cambio, la determinación de la forma de inserción de la clase obrera en el desarrollo del sistema. El tipo de intervencionismo, teorizado y sugerido aquí, es todavía sólo un hecho político que deriva de la necesidad de asegurar una plataforma más amplia para el desarrollo (a través de la alianza entre burguesía progresista y socialistas), no de la certeza de una evaluación científica de la nueva dinámica de las relaciones y de la nueva colocación de la clase obrera.²⁹

Y es, en esta diferencia, un elemento que se destaca también en la línea teórica general. El simple registro de la masificación social de la producción capitalista y la consiguiente temática del intervencionismo estatal no son sino características parciales de la nueva figura que el Estado va asumiendo, y corresponden históricamente a la primera concretización estatal de la lucha antiobrera: el Estado fascista, en el subdesarrollo italiano, o ciertas variantes del socialismo prusiano, en la fase de luchas que siguieron después de 1870 son ejemplos de esta especie. En cambio, lo que devendrá propio de la nueva figura de Estado es el tipo de dinámica de clase que entrará en acción en el seno del intervencionismo. Pero sólo la crisis del '29 permitirá, por un lado, a la ciencia del capital este ulterior paso hacia adelante en la definición de la figura del Estado y, por otro, permitirá al '17 triunfar históricamente sobre el aislamiento en que se quiso mantener.

3. Keynes: de la política a la ciencia. El '29, o sea la clase obrera en el capital

Asumir que el '17 no tiene incidencia inmediata sobre el '29 parece cosa obvia. Sin embargo, detrás de la obviedad de esta afirmación se encuentra una red de relaciones históricas cuya identificación, si no explicará, ciertamente dará un sentido político complejo a la interpretación de la gran crisis. Porque, si bien es cierto que la crisis del '29 surgirá directamente de la estructura económica norteamericana, también es al mismo tiempo fruto sea de la acumulación de las contradicciones del sistema hasta principios de siglo, sea sobre todo de su acentuamiento en la medida en que la masificación productiva de los años veinte fue necesaria por el impacto sindicalista y político de la clase al interior de los diversos países capitalistas. De otra parte, la inmediata difusión de la crisis a nivel internacional se desarrolla sobre la base de desequilibrios en las relaciones comerciales que la guerra y la paz, la revolución y la intervención contrarrevolucionaria habían determinado.³⁰ Por otra parte, se trata de la misma conciencia capitalista que asume esta cadena de causas políticamente: ya que el '17 se presenta al menos como causa en la medida que representa una alternativa potencial.³¹

²⁸ A propósito véase E. A. G. Robinson, op. cit., pp. 112 ss.

²⁹ En los ensayos del '26 ("*Liberalismo e laburismo*" y "*La fine del laissez-faire*", en *Saggi Politici*, cit., pp. 56-61 y 76-108, respectivamente) este punto de vista se acentúa singularmente, sobre todo en referencia a las necesidades políticas que emergen después de la huelga general.

³⁰ Para éste como para muchos otros aspectos relativos al análisis económico del decenio de los '30, nos atenemos a las investigaciones de H. W. Arndt, *Gli insegnamenti economici del decennio 1930-1940*, trad. it., Einaudi, Turín, 1949.

³¹ Lo subrayan vigorosamente para la sociedad norteamericana (y es el punto central de la crisis) A. M. Schlesinger jr., *L'estadi Roosevelt*, Vol. 1: *La Crisi del Vecchio Ordine*, Il Mulino, Bologna, 1959,

Dado que ésta es aún una explicación externa, hacerla funcionar dentro del análisis de la crisis, convertirla en elemento científico será el mérito de Keynes. La continuidad del problema encuentra finalmente una respuesta, bajo la áspera incitación de la crisis. "Si bien es cierto que Keynes hizo mucho por la 'Gran Depresión' no es menos cierto que la 'Gran Depresión' hizo mucho por Keynes. Ella proporcionó el reto, el drama y la prueba experimental. Keynes apareció como el hombre que habría abrazado la **Teoría General** como si le hubiese sido explicada. Con base al curriculum precedente no se puede decir nada más. Pero antes que la crisis terminara, Keynes salía con el premio en la mano, vale decir el sistema de pensamiento por el que será recordado".³² En efecto, la crisis muestra en función dialécticamente los elementos que el análisis había definido individualmente. ¿De qué es producto de hecho el '29? De la acumulación de una oferta excedente, que influye directamente —reduciéndolo— sobre el nivel de las inversiones netas y por consiguiente —disminuyéndolos— sobre los valores de la tabla de eficiencia marginal del capital. Vale decir que la excepcionalidad de la crisis del '29 no se entiende sino teniendo presentes las condiciones del desarrollo económico de los años veinte, cuando el alargamiento de la base de la oferta en la reconversión de la industria bélica, a través de las innovaciones tecnológicas y el extraordinario incremento de la productividad del trabajo, a través de la consiguiente expansión de la producción de bienes durables, no se acompañó de un cambio en la relación en la que se encontraba con la demanda. El orden político dominante, virtuosamente tenido como aquella "prudencia financiera" que no es sino vulgar máscara del más burdo conservadurismo, no había querido que sobre los movimientos masificados de la oferta pudiese influir una semejante masificación de la demanda: por el contrario, la garantía política de la independencia de la oferta fue valerosamente buscada y defendida. La socialización del capital fue llevada a la par de la ilusoria afirmación de su autonomía política. Y ahora he aquí el premio de nuestra inteligencia: concluye Keynes³³.

De aquí ese manifiesto político que es la **General Theory**. Manifiesto de un pensamiento político conservador en donde la percepción de la depresión presente y el ansia por el futuro en cuestión paradójicamente imponen el revolucionamiento sistemático de la ciencia del capital en su totalidad. Se ha dicho que "la visión del capital como sistema en constante e inminente peligro de caer en el estancamiento... permea y en cierto sentido también domina la **General Theory**":³⁴ y es cierto. A condición de ver esta posibilidad de crisis como un hecho político que Keynes registra y con la que se mide para trastocarla. La referencia a las teorías del estancamiento es, en la *General Theory*, una referencia polémica, alusión a un destino capitalista, ayer quizá inevitable, hoy inaceptable si se quiere salvar el sistema. Porque cuando se dice "demanda" se dice clase obrera, se dice movimiento de masa que ha encontrado una identificación política, se dice posibilidad de insurrección y de subversión del sistema. El conservador combate lo que su lúcida inteligencia prevé. Y es a partir de esta tensión desesperada que la voluntad política proporciona la fuerza de convertirse en propuesta ideológica completa y sistemática. En esto estriba la necesidad de la ideología keynesiana.

tr. it., pp. 169 ss., 189 ss.; M. Einaudi, *La Rivoluzione di Roosevelt*, Turín, 2ª ed., 1959, pp. 51-90. Son significativos además los datos suministrados por P. G. Filene, *American and the Soviet Experiment*, 1917-1933, Harvard University Press, 1967.

³² Así P. A. Samuelson, *El Sistema Keynesiano*, cit., 368.

³³ J. M. Keynes, *Teoría General*, cit., pp. 87-91, 194-195, 287-289, ss. Nótese que ya el 10 de mayo de 1930 Keynes había advertido la gravedad de la situación: aquel día escribía de hecho sobre la "Nación": "El hecho —un hecho que el grueso del público no ha reconocido aún— es que nos encontramos ahora en el fondo de una gravísima crisis internacional, destinada a pasar a la historia como una de las más serias que se hayan visto jamás. Para salir de una depresión de esta amplitud no bastarán los movimientos puramente pasivos de las tasas de descuento; será necesario una política más enérgica y activa" (citado por R. F. Harrod, op. cit., pp. 465).

³⁴ P. M. Sweezy, *El Sistema Keynesiano*, cit., p. 343.

Y he aquí que, desde las primeras páginas de la **General Theory**, la relación con el futuro se toma momento esencial del análisis interno del capital. Ya que es la expectativa que une presente y futuro: la expectativa que es directamente relevante acerca del nivel de la ocupación en la medida en que es momento directamente relevante para la determinación de la eficiencia marginal del capital.³⁵ Hasta aquí Keynes permanece con los clásicos. Pero hoy la situación es diferente: la expectativa de que para producir valores positivos debe basarse en la confiable actividad empresarial, ahora es desequilibrada por un frente de riesgo incontrolable. Y sobre todo en el momento en que la alta composición orgánica del capital no permite amplios márgenes de precariedad. La crisis ha destruido la certeza del futuro, el pacto fundamental —exacto para el capital— de la correspondencia de los efectos a las expectativas. Aquí está por tanto el primer imperativo: el miedo del futuro se debe eliminar, el futuro debe fijarse como presente. El pacto debe ser garantizado.³⁶

El intervencionismo requiere aquí una primera connotación precisa: no es más una oportunidad política sino una necesidad técnica, no un registro de la socialización del desarrollo económico sino punto de referencia sustancial de las formas y de los tiempos del desarrollo.³⁷ El riesgo de inversión debe ser eliminado y reducido al pacto, y el Estado debe asumir la función de garante del pacto económico fundamental. El Estado debe defender el presente del futuro. Y si la única manera de hacerlo es actualizar el futuro, prefigurándolo según la expectativa del presente, entonces el Estado debe desplegar su intervención hasta constituirlo en actividad planificadora, incorporando de esta manera lo económico en lo jurídico.³⁸ En su intervención el Estado actuará según normas, imponiendo lo que debe ser. Esto no garantizará la certeza del hecho, sino la certeza del pacto; traerá la certeza de la proyección futura del presente. Este es un primer paso, una primera forma de identificación de orden productivo y orden político del capital. Aún indirecta: ¡pero cuán necesaria! Ahora, de hecho, la vida del sistema no se rige por la actividad empresarial sino por la liberación del miedo al futuro. Y el derecho por definición, quisiera comprobarse en esto.

Defensa ante el futuro, ansia de estabilización del poder del capital contra el futuro: el carácter de clase de esta referencia keynesiana es del todo evidente. Es una forma diferente de decir aquello que la crítica a la ley de Say había dicho. Pero aquí la relación con las nuevas variables que la ciencia debe considerar está dramatizada ante la vigencia de la crisis. ¿Cuál es de hecho ese futuro con el que tan acremente quiere Keynes hacer cuentas, sino esa catástrofe para sí y para los suyos, aquel "partido de la catástrofe" que él ve ante sí como clase obrera? Desde este punto de vista la afirmación keynesiana, tantas veces superficialmente repetida: "en el largo plazo todos estaremos muertos", es casi un rabioso presagio de clase. Y la voluntad de llevar el análisis exclusivamente a sus parámetros estáticos —tantas veces reprochada a Keynes— es aún un intento de excluir un número de posibilidades catastróficas, de anular el futuro prolongando el presente.

Aunque sólo sea así, la lucha de la clase obrera se impone también al proyecto reconstitutivo keynesiano. Y he aquí que sobre este terreno el análisis se profundiza. Una segunda

³⁵ J. M. Keynes, *Teoría General*, cit. pp. 41-45, 119-128.

³⁶ *Ibid.*, pp. 129-143.

³⁷ Resulta óptimo, a este propósito, el análisis de W. B. Reddaway sobre la inclusión del Estado en el análisis keynesiano —óptimo sobre todo porque resalta el carácter "estructural", interno de la acción estatal (*El Sistema keynesiano*, cit., pp. 129-146). Es aquí, como más tarde veremos, que el análisis económico keynesiano comienza a devenir particularmente relevante por la definición de la nueva figura de Estado.

³⁸ George Burdeau, "La plan comme mythe", en *La Planification comme processus de decisión*, Colin, París, 1965, pp. 35 ss., ha ilustrado, quizá mejor que cualquier otro autor, esta asunción del futuro en el juicio, operada precisamente en la perspectiva de la planificación económica y ha aclarado cuáles consecuencias importantes se derivan para la concepción misma del derecho constitucional.

calificación deviene esencial al intervencionismo y es aquella que define al Estado en cuanto exclusivo representante colectivo del capital productivo.³⁹ Necesidades políticas específicas conducen a Keynes a esta conclusión. Ya en el análisis de la expectativa él había identificado, al lado de elementos patológicos como la especulación, elementos estructurales a través de los cuales el futuro puede revertirse sobre nosotros: fenómenos concurrenciales, errores prospectivos de expectativas... Ahora bien, poco importa que —de estos elementos— los primeros puedan ser excluidos por la vía del derecho: tanto los primeros como los segundos deben ser excluidos por la vía de los hechos. Como quiera que sea, por estos elementos el sistema no puede dejarse peligrosamente en manos del futuro. “Soy un tanto escéptico de la posibilidad de éxito de una política exclusivamente monetaria orientada a influir sobre la tasa de interés. Quisiera ver al Estado asumiendo siempre una mayor responsabilidad en la organización directa de la inversión...”⁴⁰ Por lo tanto, la garantía global del futuro debe profundizarse. La figura jurídica e indirecta del intervencionismo estatal no es suficiente. No es suficiente el hecho de que el Estado garantice el pacto económico fundamental que liga presente y futuro: es necesario algo más, que el Estado se haga estructura económica en sí mismo, y —en cuanto estructura económica— sujeto productivo. Es necesario que el Estado devenga el centro de imputación de la vida económica en su totalidad. ¡Qué formidable progreso! En verdad “en la medida en que el capital industrial se apodera de la producción social se subvierten la técnica y la organización del proceso de trabajo, y con esto el tipo económico-histórico de la sociedad”.⁴¹ Y del Estado. Al garantizar el pacto que liga el presente al futuro el Estado se encuentra aún al servicio de los capitalistas: al convertirse en sí mismo capital productivo el Estado quiere superar también las fricciones estructurales que la economía de mercado y una relación indirecta con los capitalistas individuales puedan determinar. Es un nuevo Estado: el Estado del capital social.⁴²

Dejamos de lado, por ahora, las más sencillas ejemplificaciones que se pueden dar de esta nueva cualidad del intervencionismo, mejor aún, de la nueva figura del Estado, por ejemplo, las relativas a su intervención con el fin de sostener la demanda efectiva; sobre esto regresaremos más tarde. Veamos en cambio el momento teórico fundamental en el que se reafirma y especifica este ulterior paso adelante del sistema keynesiano: el postulado de equivalencia entre ahorro e inversión. Sabemos que en el *Treatise* esta equivalencia no se acepta; la determinación de una relación entre ahorro e inversión era en todo momento un objetivo de política económica, con el fin de mantener un nivel estable de precios. Pero entre el *Treatise* (1930) y la *General Theory* (1936) Keynes cambia de parecer y asume en el sistema, como su postulado, el concepto de identidad contable entre ahorro e inversión.⁴³ La razón de este cambio tiene mayor relevancia al subrayarse el momento en el que se produce: entre 1930 y 1936, es decir, en la fase más aguda de la crisis. Ahora, es aquí que el imperativo político se radicaliza y se desplaza hacia la posición de un modelo radical: es necesario excluir cualquier posibilidad de existencia de un rédito no consumido y no invertido, de cualquier sobreproducción de capital, en suma de cualquier disfunción de la circulación: el modelo no indica más un comportamiento, sino que explica un presupuesto, lo prescribe. Y lo prescribe porque sólo la presuposición —garantizada por el Estado, en el Estado mismo— de esta condición

³⁹ W. B. Reddaway (op. cit.) hace notar justamente cómo la interiorización del Estado en la vida económica se da esencialmente en relación a la inversión. Su función es, al límite, directamente productiva.

⁴⁰ J. M. Keynes, *Teoría General*, cit., p. 143.

⁴¹ K. Marx, *El Capital*, II, 1, p. 60 (Rinascita, Roma, 1953).

⁴² Naturalmente la mejor descripción de esta situación, pese a todo el conocimiento que Keynes y su escuela desearían tener, es aún la previsión marxiana de la formación del “capital social” (p. ej. *El Capital*, ed. cit. II, 1, pp. 106 ss.).

⁴³ J. M. Keynes, *Teoría General*, cit., pp. 47-57, 67-76.

puede permitir no sólo afrontar, o mejor, prevenir y controlar los momentos depresivos de la marcha cíclica, sino que en general puede hacer posible una manipulación política del orden económico, de otro modo resulta impensable. La unidad contable —en cuanto acto de balance, en cuanto elemento constitucional que califica la acción del Estado— aparece así como forma estructural de la vida económica y el Estado, en tal modo, verdadero centro de imputación de la producción social.⁴⁴

Es claro que esta definición del Estado como figura de imputación del capital productivo social levanta más problemas de cuantos resuelve. En primer lugar, de hecho, si Keynes no ve que de estas premisas se siga la necesidad de un socialismo de Estado, se abre entonces inevitablemente el problema de la relación entre el ámbito económico del capital y el ámbito político estatal, del intercambio y de la articulación entre ambos, de las instituciones que deben garantizar y promover la relación. A este respecto, los insultos keynesianos contra los especuladores y los capitalistas privados son equilibrados por las declaraciones de lealtad en las confrontaciones del capitalismo privado: y el problema permanece sin solución. En segundo lugar, si es verdad que, a través de la ecuación, Keynes quiere registrar el pasaje tendencial de la fase de predominante mediación bancaria de la inversión a la nueva fase de determinación productiva directa de la inversión y, más en general, quiere “hacer retroceder la teoría monetaria hasta convertirla en una teoría de la producción en su conjunto”,⁴⁵ también es cierto que estos problemas son sólo indicados.⁴⁶ Y así se podría continuar identificando problemas propuestos y no resueltos. Pero esto no evita que, sea a través de alusiones, sea con una gran incertidumbre, la equivalencia propuesta por Keynes entre ahorro e inversión configure en una forma definitivamente nueva el Estado, no sólo como momento de apoyo y de avivamiento, de estabilización y de innovación, sino como sujeto totalizante de la vida económica. En verdad aquí se extraen las consecuencias extremas de la crítica del *laissez faire*: la sociedad misma se configura como fábrica total y la resistencia del capitalista individual, avergonzado de esto, se destruye.

Hasta aquí la relación con el futuro, en cuanto figura de una relación de lucha con la clase obrera, se ha estabilizado al interior de la estructura capitalista en sentido estricto. Hasta aquí Keynes se ha hecho intérprete de la exigencia de la reforma capitalista del Estado, con el objeto de atenuar, de romper, si es posible, la dramática tensión que pesa sobre el futuro. Hasta aquí la lucha obrera impone el reformismo “del” capital. ¿Pero cómo se sitúa ésta “en el” capital? ¿Cómo replantea su presencia contradictoria a ese altísimo nivel de reestructuración? La evolución en sentido intervencionista le ha sido impuesta al Estado capitalista hasta el momento de la respuesta al movimiento sindical y político de inicios de los años veinte, y ahora —después de la reestructuración y la crisis— en modo decisivo: ¿pero cuál es la cualidad, la naturaleza de la relación que “dentro” del capitalismo se establece con la clase obrera?

El formidable salto adelante que la ciencia del capital opera con Keynes consiste en el reconocimiento de la clase obrera como momento autónomo dentro del capital. Con la teoría de la demanda efectiva Keynes introduce en la economía política la afirmación política de la relación de fuerza entre las clases en lucha.⁴⁷ Ciertamente, el fin ideológico (sin embargo pertinente, necesario) del discurso keynesiano es la estabilización del sistema: para Keynes el problema consiste en fijar el punto de equilibrio de la demanda efectiva en la invariabilidad

⁴⁴ Sobre el capital como centro de imputación social véanse también los capítulos marxianos sobre “Las tres figuras del proceso cíclico” (*El Capital*), II, 1, Caps. 1-4).

⁴⁵ J. M. Keynes, *Teoría General*, cit. p. X.

⁴⁶ P. M. Sweezy lo ha subrayado oportunamente en los ensayos, ya citados, que aparecen en *II Sistema Keynesiano*.

⁴⁷ El concepto de demanda efectiva es definido y desarrollado en la *Teoría General*, en las pp. 21-28, 49, 79, 85-86, 217-224, 227-239, 249-259.

de las relaciones de fuerza que la constituyen. Pero este objetivo político, por el cual la autonomía de la clase obrera debe resultar siempre constreñida dentro de la estructura de poder dada, termina por constituir la paradoja del sistema keynesiano: tal es de hecho la apreciación –súbita, que les es impuesta– de la clase obrera como motor del desarrollo, de que el equilibrio keynesiano, definido estáticamente, no se dará jamás en términos estáticos. Cada ecuación de equilibrio estático es y será fatigosa búsqueda del equilibrio dentro del desarrollo. En efecto –parece reconocer Keynes– el sistema funciona no porque la clase obrera esté siempre dentro del capital, sino porque puede estar también fuera; porque siempre amenaza de nuevo con estar fuera. Recuperar la amenaza, la negación, absorberla siempre a nuevos niveles; éste es el objetivo político, éste es el problema científico. ¿Y entonces? Se tratará de garantizar que la multiplicación de los factores del desarrollo mantenga inalterada la relación de fuerzas. El problema no está resuelto, sólo ha sido postergado. Viéndolo bien, el dinamismo del capital es en este punto sólo la resultante de una lucha continua, en la cual se acepta el empuje obrero y se forjan instrumentos para evitar que éste se desarrolle fuera del capital, para hacerlo actuar en un cuadro configurado siempre de nuevo. ¿Hasta qué punto? En el concepto de demanda efectiva existen residuos de una experiencia decenal del impacto obrero sobre la estructura del capital, y este impacto no da señales de extinguirse. En Keynes existe sólo el conocimiento del dramatismo de la situación política que se convierte en el intento de hacer de la crisis, de la lucha, el motor del desarrollo. ¿Hasta qué punto? “¿En el largo plazo estaremos muertos!”

Pero veamos más detenidamente la situación. La gran crisis se produjo cuando un excedente de la oferta se verificó en una situación política de reducción de la demanda, de la propensión a consumir, hasta el punto de determinar un desequilibrio de gran amplitud que influyó sobre la inversión neta. El diagnóstico comporta inmediatamente una terapia: acrecentar la propensión al consumo, el volumen de la demanda. Pero ya que las variaciones de la propensión al consumo son esencialmente variaciones de rédito medidas en unidades de salario,⁴⁸ he aquí que el equilibrio correspondiente a un estadio de demanda efectivamente realizada será el valor por el cual el precio de la oferta total y la expectativa de beneficios empresariales estarán determinados por el nivel de la ocupación obrera. Hay que decir que, tomadas así las cosas, en la interdependencia casi circular de las partes internas del sistema Keynes se esfuerza por definir, el elemento político del discurso keynesiano parece difícil de captar.⁴⁹ Pero una observación un poco más atenta revela que el sistema completo de las interrelaciones reposa sobre un postulado: el de la rigidez de los salarios a la baja.⁵⁰ “La unidad de salario, que está determinada por las negociaciones concluidas entre empleadores y trabajadores” constituye de hecho la “variable independiente definitiva” fundamental.⁵¹ Y es aquí, en torno a este motivo, que la teoría keynesiana se descubre: registro y uso de la fuerza objetivada de la clase obrera considerada en su autonomía. Esta no puede ser reprimida, ni confiscada: la única posibilidad es la de confiscar el movimiento, de regular la revolución.

⁴⁸ J. M. Keynes, *Teoría General*, cit., pp. 81, 97.

⁴⁹ La interdependencia recíproca del sistema en su conjunto es puesta de relieve sobre todo por los intérpretes “ortodoxos” del pensamiento de Keynes: para ello véase el enfoque de R. F. Harrod en su contribución publicada en *El Sistema Keynesiano*, cit., p. 159.

⁵⁰ La contribución analítica de Keynes consiste en buena parte en la elaboración de las implicaciones del postulado (de la rigidez de los salarios). Al presente, este conocido casi generalmente que el sistema teórico keynesiano en sí y verdaderamente... depende del postulado de la rigidez de los salarios. Si no se establece este postulado, el sistema keynesiano se derrumba sin duda, o, para decirlo de manera diferente, pierde la cualidad distintiva y diferenciante que lo separa de aquello que muy libremente se llama el sistema clásico”. Haberler, C., *El Sistema keynesiano*, cit., p. 326.

⁵¹ J. M. Keynes, *Teoría General*, cit., p. 246.

En este punto, dialectizado por el principio de la demanda efectiva, la intervención keynesiana se hace completamente política: en la medida en la cual se transforma en capacidad de control consciente de los movimientos de clase, que sin embargo son datos, interlocutores necesarios. La figura de la relación de fuerza recorre todo el contexto conceptual.⁵² Y así tenemos entonces que la tarea de la política económica será la de imponer una continua revolución de los réditos como un sostén, con la propensión al consumo, de la producción en su conjunto, de las inversiones, y por tanto como una determinación del único equilibrio político posible, eficaz sólo si acepta en sí todo el riesgo y la precariedad de una relación de fuerzas abiertas. Asumir el enfrentamiento entre las clases, resolverlo todos los días de modo favorable al desarrollo del capital: este es por tanto el espíritu de la teoría de la demanda efectiva.

4. El Estado Social en la Reconstrucción Capitalista

Si ahora volvemos a puntualizar aquel problema de fondo que consiste en la modificación de la estructura del Estado a partir de la reflexión sobre el '29, advertimos cuánto había contribuido Keynes a enfatizar la radicalidad. El Estado capitalista se ha modificado no sólo en la extensión social de su capacidad de intervención, sino sobre todo por el modo en el cual ha debido registrar el impacto de clase sobre su estructura. Después del '29 el Estado asume una estructura organizativa general de la cual no tanto el intervencionismo cuanto el particular tipo de dinámica de clase resulta característico. Sólo el enfatizar el impacto de clase sobre la estructura capitalista agota así la tarea de revelar la especificidad de la actual forma de Estado.

Que –precisamente– en la medida que debe registrar el impacto obrero a nivel social, reproduce a ese mismo nivel –en la figura del Estado– el tipo de control del movimiento de clase. A causa de la primera oposición entre despotismo de fábrica y anarquía social, a causa de la primera organización de esta relación contradictoria en el Estado de derecho, el capital es constreñido a pasar a la difusión social de la organización para la explotación, a la organización social del despotismo, a la nueva forma de Estado planificado que directamente reproduce –en el particular modo de articulación social de organización y represión– la figura de la fábrica.

La contribución keynesiana a la nueva definición del Estado es por tanto decisiva. Hasta aquí hemos visto confluír varios elementos de su discurso hacia semejante imagen conclusiva: pero en Keynes no está ausente una definición global que supere los singulares y parciales elementos de definición. Y es a partir de la teoría de la tasa de interés que surge esta definición global, completa, fruto directo del sistema.

La teoría keynesiana parte de hecho, en polémica con los neoclásicos, del reconocimiento de que la tasa de interés, lejos de ser un elemento natural de equilibrio de la demanda y la oferta de bienes de capital y un premio a la abstinencia, depende de hechos anárquicos extraproductivos de una fase capitalista no socializada: de la preferencia por liquidez y de la cantidad de dinero presente en el mercado. Pero si esto es verdad, una vez más se introduce una precariedad insoportable en la sociedad capitalista. Al capitalista individual, al rentista le son confiadas funciones que no pueden confiarse. Sólo la catástrofe puede advenir en consecuencia. ¿Por qué soportar esta suerte? ¿Y por tanto dejar a las fuerzas objetivas del proceso productivo la inevitable disolución de aquel orden anárquico? Dichas funciones trastornarían

⁵² Baste, para simplificar, recordar esta definición: “La función de demanda total reúne diversas cantidades hipotéticas de ocupación correspondientes a los volúmenes esperados por las respectivas producciones; y la demanda efectiva es el punto en el cual la función de demanda total deviene efectiva porque, en conexión con las condiciones de la oferta, corresponde al nivel de ocupación que suministra la máxima expectativa de beneficio para el empresario” (*Teoría General*, cit., p. 49).

el sistema además de destruir al rentista. Y tal suerte es un destino próximo. Si queremos hacer algo para la salvación del sistema debemos entonces —concluye Keynes— auspiciar (y es moralmente legítimo además de políticamente urgente) “la eutanasia del rentista”. Surgirá la posibilidad —para el capitalista colectivo— de poner en acción una política de amplia manipulación hacia la baja de la tasa de interés, hacia “el punto, en relación a la tabla de la eficiencia marginal del capital, en el cual existe pleno empleo”,⁵³ de reunir en tal política, como en torno a una intención fundamental, el recetario terapéutico global keynesiano. Debería de este modo obtenerse la garantía definitiva, al nivel monetario decisivo de la circulación, de que los desequilibrios podrán ser controlados.⁵⁴

A primera vista, todo esto parece significar un ulterior perfeccionamiento del discurso keynesiano en el sentido de la integración de teoría monetaria y teoría de la producción a nivel del capital social. Pero, mirándolo bien, esta subordinación de la tasa de interés a la tabla de la eficiencia marginal del capital, relativa al pleno empleo, tiene otros efectos: y en particular el efecto paradójico de renganchar la teoría keynesiana a la doctrina clásica del valor-trabajo.⁵⁵ Y tan radicalmente que aquí la reactivación de la ley del valor acaba por constituir el nervio de la perspectiva keynesiana: eliminación de todos los elementos heterogéneos al pleno funcionamiento de la ley y su control directo. Y, sobre todo, convalidación del sistema —del nuevo sistema, del nuevo Estado— en la medida en que puede darse como producto de la realización de la ley del valor-trabajo. En verdad podemos decir que la ecuación “Estado social-Estado del Trabajo” comienza aquí a instalarse. ¡Definitiva y necesaria conclusión de la apología keynesiana del capital, de su utopía burguesa!⁵⁶

Considerando ahora críticamente esta tendencia teórica, veamos cómo se articula. Se diría que Keynes quiere verificar algunas intuiciones clásicas (preclásicas, en el lenguaje keynesiano) a nivel del capital social. He aquí que de hecho, afrontando nuevamente la temática relativa a la relación entre aspectos monetarios y aspectos productivos del capital social, él introduce dos leyes tendenciales: la del beneficio medio y la de la aproximación de la relación entre salarios monetarios y salarios reales.⁵⁷ Se adula aquí la pureza de la descripción clásica de la ley del valor. Se diría sin rodeos que, llegado al nivel social del desarrollo, el capital se

⁵³ J. M. Keynes, *Teoría General*, cit., p. 333.

⁵⁴ “...la importancia de la moneda deriva esencialmente del hecho de que es un eslabón entre el presente y el futuro” (ibid., p. 262).

⁵⁵ “Uno de los objetivos de los capítulos precedentes ha sido el de... reconducir en conjunto la teoría de los precios en estrecho contacto con la teoría del valor. Sostengo que la división de la economía entre la teoría del valor y de la distribución por un lado, y la teoría de la moneda de otro, es una teoría equivocada...” (ibid., pp. 261-262). “Estoy por tanto próximo a la teoría preclásica, que afirma que todas las cosas son producidas por el trabajo...” (ibid., p. 190). Contra toda hipótesis del tipo de aquella propuesta está, en cambio, Sweezy: él sostiene (en el ensayo reproducido en *El Sistema keynesiano*, p. 334) que “Keynes no pudo jamás salir de los límites de la impostación neoclásica, la cual concibe la vida económica haciendo abstracción del ambiente histórico y es, por tanto, íntimamente incapaz de ofrecer una guía científica a la acción social”.

⁵⁶ Las conclusiones de la *Teoría General* son ejemplares a este propósito. Representan un verdadero himno al sistema: “...no veo ninguna razón para suponer que el sistema existente emplee seriamente mal los factores de la producción que están en uso” (*Teoría General*, cit., p. 337). “Capitalismo e individualismo purificados”, “eutanasia del rentista”, “libertad y eficiencia, unidos y conservados”, “potenciamiento del trabajo y de la libertad”: éstos son los slogans que la recorren. En verdad no sería difícil ligar estos elementos en una imagen conjunta, cuyo grado de ideologización sería el máximo (y mal sobre-llevado, si se revela, por todos aquellos economistas ortodoxamente keynesianos que sostienen todavía... wertfrei su método).

⁵⁷ Los dos ensayos de D. F. Champenowne, reproducidos en *El Sistema keynesiano*, cit., pp. 117-230, son fundamentales para la exacta interpretación del discurso de Keynes, sobre todo en lo que respecta al problema de la relación entre salario monetario y real.

ha vuelto marxista. Ilusión óptica, indudablemente: pero con alguna razón de verosimilitud histórica. Puesto que, mientras la teoría de la empresa individual era afectada a poner entre paréntesis la teoría del valor, aquí la consideración impuesta de la identidad colectiva del capital la recupera; y reaparece (¿marxianamente? No por cierto: más bien a la manera de la reelaboración reformista y socialdemócrata del marxismo) no sólo como criterio de descripción del proceso —ley implícita y tendencial de su funcionamiento— sino también y sobre todo como norma política y objetivo estratégico de la ciencia económica. He aquí por qué la renovada utilización de la ley del valor introduce de súbito, en el pensamiento keynesiano, la mistificación del interés social, del bien común. A través de la reducción de la teoría monetaria a la teoría de la producción, a través del análisis de la necesidad política de esta reducción y de las formas controladas en las que debe realizarse, de hecho Keynes trata de representar una situación límite —asequible “sin revolución”— en la cual beneficio e interés reducidos a cero, en la cual la relación monetaria, constituyente de la esfera autónoma del poder capitalista, desaparece, siendo el dinero reducido a mera moneda de cuenta y por tanto mero símbolo de equivalencia general entre las mercancías producidas —viniendo a menos los motivos de preferencia del dinero—. El interés social, sin elementos subsidiarios ni intermediarios, y la ley del valor deberían por tanto gobernar el desarrollo total. El capital se hace comunista: es precisamente a esto que Marx llamaba el comunismo del capital.⁵⁸

Curioso procedimiento, este de Keynes, que en su curso olvida los presupuestos por los que se movía el análisis. Porque este fiarse a la plena realización de la ley del valor es en la práctica fiarse a la plena realización de la ley capitalista de extracción de plusvalía. Beneficio e interés, unificados y reducidos a cero, no son en realidad más que la figura en la que se expresa la tasa media de plusvalía de la producción social del capital.⁵⁹ No se suprime la explotación de tal modo, sino sólo su figura anárquica y concurrencial. No se suprime el beneficio ni el interés, sino sólo el excedente de sus niveles promedio. La oposición marxiana permanece intacta —aunque ello poco pueda importar a Keynes—. Importa más el hecho de que esta conclusión keynesiana está en abierta contradicción con otras partes significativas del sistema: en particular con la relativa a la teoría de la demanda efectiva. La afirmación de un interés social indemne a las contradicciones de clase, a la lucha, a las relaciones de fuerza entre las dos clases contrapuestas la niega sin duda. Mistificación, por consiguiente, de una realidad social

⁵⁸ La por lo menos extraña simpatía de Keynes por aquella figura de profeta y santón que fue Silvio Gesell (véanse las páginas que Keynes le dedica, *Teoría General*, cit., pp. 314-318) alcanza a expresarse no sólo en la adhesión a la hipótesis geselliana de la anulación del valor de la tasa monetaria de interés, sino francamente en una complaciente consideración de su hipótesis (o prescripción terapéutico-hechicera) de... papel estampillado en sustitución de la moneda. Es también en las pp. 195-196 de la *Teoría General*, que Keynes —fuera de tales reclamos extravagantes— expresa, con toda la carga científica e ideológica que le es posible, su hipótesis de la reducción a cero de la eficiencia marginal del capital.

⁵⁹ K. Marx, *Correspondencia*, trad., it., vol. V. Roma, 1951, p. 184. Pero también cfr. Marx, *El Capital*, trad., cit., III, 2, pp. 122 ss.

⁶⁰ K. Marx, *El Capital*, trad. cit., III, 1, pp. 199 ss.; III, 2, pp. 30 ss.

⁶¹ En la *Teoría General* la referencia a Marx aparece un par de veces (p. 29, pp. 315 ss.) en términos como para revelar, con una excesiva suficiencia de juicio, un quizá no adecuado conocimiento del autor. (Keynes por otra parte lo admite: “...no siendo un buen conocedor del marxismo...” —*Político ed economista*, cit., pp. 136-137). Muy superficiales y vulgares son por lo demás los juicios keynesianos sobre las transformaciones culturales de la revolución y del Estado proletario soviético (cf. *Político ed economista*, cit., 108-112; *Saggi Politici*, cit. 63-73, 109-114: diría que, en estos casos, más que el científico Keynes, es el jugador de bolsa quien habla. Desde este punto de vista, no menos esencial que otros en el hombre Keynes (en la biografía de Harrod se eleva un panegírico a su capacidad de especulador), es plausible —por ejemplo— una afirmación de este género: “Cómo puedo adoptar un credo (marxista o comunista) que, prefiriendo el hueso a la pulpa, exalta al tosco proletariado por sobre el burgués y el intelectual, los cuales, aunque puedan ser acusados de cualquier culpa, representan la cualidad en la vida y seguramente contienen las semillas de todo el progreso humano” (*Saggi politici*, p. 67).

ya descrita; contradicción científica, ya que sobre esa realidad —que ahora se niega— se había instaurado la ley del desarrollo; en fin, tentativa de acudir al terreno de la utopía, insólito en Keynes pero que quizá le fue inspirada por el moralismo tradicional cambridgeano.⁶²

Porque esta tentativa de un capital que consigue hacerse social al punto de rehusar no tanto a articularse en el mecanismo monetario,⁶³ cuanto a colocarse como potencia social de explotación, y por tanto de autonomizarse, de colocarse como esencia separada y poder hegemónico es una utopía. Y utopía de corto plazo, hasta que la estructura capitalista no haya abolido, a través del salto que las luchas y la crisis le hayan impuesto, las más evidentes dificultades del proceso mercantil de realización del beneficio; y después, cuando esto se haya realizado, será inmediata mistificación de una relación de dominio y de explotación que se ejerce a nivel social,⁶⁴ cuya necesidad es la reconstrucción de la hegemonía del capital sobre un horizonte de relaciones de fuerza que desde el '17 se modificaron a favor de la clase obrera.

Tal proyecto, por otra parte, está determinado completamente en el horizonte de la historia del capital, refleja necesidades no solamente teóricas sino inmediatamente prácticas: teóricas en cuanto políticamente urgentes y efectivas. Son las mismas necesidades provocadas por una reflexión análoga sobre la crisis que están en la base del New Deal, como de toda experiencia reconstructiva del capital maduro. Ciertamente, si quisiéramos indagar sobre la fidelidad keynesiana del New Deal, nos desengañaríamos mucho: la acción de Schacht obedeció en mucho a dictámenes cambridgeanos. El mismo Keynes notaba con amargura cuestiones de este tipo: "Parece políticamente imposible que una democracia capitalista organice el gasto en una escala necesaria para realizar el gran experimento que daría la prueba de mis tesis —salvo que se verifique una guerra—".⁶⁵ Igualmente revelador sería un análisis de las relaciones personales de Keynes con el ambiente político norteamericano de aquellos años, y en particular con Roosevelt.⁶⁶ Sin embargo, todos los elementos teóricos que hemos visto participar en la formación del sistema keynesiano están presentes —y encuentran una sistematización análoga, si no idéntica— en la síntesis newdealista: desde el conocimiento del impacto obrero sobre la estructura capitalista, a las técnicas políticas y económicas de sostén de la demanda efectiva a través del relanzamiento de las inversiones y su pública corroboración; desde el énfasis sobre la urgencia de una reconstrucción capitalista radical de la sociedad, a la imagen del Estado que lo consigue.⁶⁷ También, se podría decir que sólo la experiencia newdealista explicita lo que, a este último propósito, nos ha parecido la característica fundamental del keynesismo: el

⁶² En particular parece fuerte el influjo sobre Keynes de la tradición del radicalismo liberal y humanitario, cuya cabeza es Thomas Green y su enseñanza en el ambiente cambridgeano. Sobre las conclusiones a menudo utópicas del pensamiento político de Green y sobre el tono general de su teoría política véanse los recientes: *The political Theory of T. H. Green*, Appleton Century Crofts, New York, 1964, a cargo de John R. Rodman; J. Pucel, *La nature et l'esprit dans la philosophie de T. H. Green*, vol. II; *La politique, La religion, Green et la tradition*, Lovanio, Nauwelaerts, 1965.

⁶³ Que ni más ni menos esta socialidad del capital —que se expresa en la recusación de la moneda y con "su sustitución a través de diversas formas del crédito"— es posible, lo demuestra Marx, *El Capital*, ed. cit., III, 2, pp. 317-318.

⁶⁴ "Se ha visto que una intensificación de la acumulación implica una concentración creciente del capital. Aumenta en tal modo la potencia del capital, se acentúa la personificación en el capitalista de las condiciones sociales de producción en las confrontaciones del productor real. El capital se manifiesta siempre cada vez más como una potencia social —de la cual el capitalista es el agente— que después ha perdido toda relación proporcional con aquello que puede producir el trabajo de un individuo solo, pero como una potencia social, extraña, independiente, que se contrapone a la sociedad como una entidad material y como potencia de los capitalistas a través de esta entidad material" (K. Marx, *El Capital*, ed. cit., III, 1, p. 322).

⁶⁵ J. M. Keynes, "The United States and the Keynes plan", en *New Republic*, 29 de julio de 1940 (cit. por R. Hofstadter, *L'età delle riforme*, trad. it., Il Mulino, Bologna, 1962, p. 243).

⁶⁶ Schlesinger, Hofstadter, Einaudi (op. cit.) reconocen no tanto la fidelidad keynesiana del New

reconocimiento de la transformación de la relación entre las fuerzas económicas en juego y la reestructuración adecuada de la función hegemónica del capital en este nuevo contexto. La explícita a través de la radical modificación de las "reglas del juego", a través de la provocadora síntesis de entusiasmo reconstructivo del rango político del capital y antiguos hábitos renovados del "due process". He aquí, finalmente, este Estado capitalista que cumple el desdén del *Aufhebung* de la "revolución permanente" a su interior para su propia conservación. Y lo cumple sin arrepentimientos, exaltando la propia esencia de clase, de Estado capitalista, esquivando las contaminaciones con cualquier posición populista, o tradicionalmente progresista, imponiendo un reformismo capitalista tan lejano de todo plañido socialdemócrata sobre los desequilibrios del sistema, cuanto jactancioso de la seguridad de resolver los problemas apuntando hacia la reproducción propia.⁶⁸

¿Cómo podía Keynes no sentir la congenialidad de este radical experimento histórico con los móviles esenciales de su reflexión teórica y política? ¿Cómo podía no sostener como posible la utopía, la necesaria mistificación objetiva? Desemascaradas por un último carácter esencial que el Estado del capital maduro revela: la acentuación del uso de la violencia —directa o indirecta—, de cualquier modo siempre presente en el desarrollo de la acción conjunta de promoción y de regulación que el Estado contemporáneo considera su tarea. Y en Keynes se adula esta verdad. No sólo en la desesperada filosofía de la historia que acompaña la actividad científica:⁶⁹ sino dentro del propio sistema. Allí donde se proyecta la reconstrucción capitalista hasta el límite de la utopía: sin embargo, al llegar a ese límite, Keynes regresa sobre sus propios pasos, redescubre la cuestión de fondo en la debilidad capitalista al interior de la relación de clase que la define y, así, no olvida la realidad en la cual se ha desenvuelto ni se fía exclusivamente de los modelos de reconstrucción que ha propuesto. Para ilustrar esta situación, hay un punto decisivo en la *General Theory*: la proposición una vez más de la ley de la caída tendencial de la tasa de interés.

No interesa aquí suministrar un juicio sobre la validez científica de esta propuesta keynesiana. Basta decir que su actual formulación parece más convincente que la formulación clásica y marxiana: porque se basa no en la previsión de una sobreproducción de capital, sino en la previsión de "un descenso del rendimiento neto del capital adicional y de un aumento del precio de oferta del nuevo capital".⁷⁰ Ahora, con esta formulación, Keynes extrae las consecuencias de la situación de fondo en la que se desenvuelve, más acá del horizonte utópico en el que ha intentado fiarse y, para ello, usa el esquema que le ofrece la teoría de la demanda efectiva no sólo como índice de una política de estabilización, sino como instrumento de previsión. Y la previsión, consecuentemente a la aplicación de una política de demanda efectiva, es el predominio de la demanda sobre la oferta, la aparición del continuo peligro de inflación respecto a las tendencias deflacionistas del período anterior, en sustancia, la manifiesta-

Deal —que, al contrario, el juicio es a propósito sobre todo negativo—, cuanto la objetiva confluencia del diseño político que está en la base de las dos experiencias; y esto nos parece que debe subrayarse.

⁶⁸ La nueva componente, sindicalista, que Hofstadter (op. cit., pp. 241-243) considera propia y característica de esta nueva fase del reformismo americano, no suprime —más bien acentúa en su forma específica— el carácter de experimento radical capitalista que tiene el New Deal. El "tinte socialdemócrata" que Hofstadter reconocer al experimento no tiene nada que ver por consiguiente con el punto de vista de la clase obrera.

⁶⁹ Además de los pasajes de las obras menores ya recordadas, se considera el hecho de que la misma *Teoría General* está cruzada por consideraciones de filosofía de la historia adecuadas a una visión del todo irracionalista y pesimista (cfr. sobre todo las conclusiones). En Keynes, en particular y no paradójicamente, el ataque a la "irracionalidad" específica de la economía marginalista es denuncia de la racionalidad en general, es predisposición —como ya Robertson había notado en los años veinte— a la aceptación de los resultados irracionales de los "ismos" contemporáneos.

⁷⁰ Sobre la cuestión en su conjunto cfr. A. Emmanuel, "Le taux de profit et les incompatibilités Marx-Keynes", en *Annales, ESC*, 21, 1966, 6, pp. 1189-1211.

ción definitiva e irreversible de todos los efectos que la presión sólida y objetivada de la clase obrera producirá –en esta relación modificada entre las clases– sobre la nueva máquina capitalista. Esto es lo que el desarrollo de las relaciones de clase sobre el terreno inmediato de la actividad productiva, después de la reforma capitalista impuesta por el '29, nos ha mostrado, ilustrándose ya en la recesión de 1937 al interior del New Deal.⁷¹

Pero es en la combinación de la necesidad de reconstrucción del capital y del reconocimiento de la tendencial consolidación de las relaciones de fuerza a favor de la clase obrera, que se percibe en Keynes, una vez más como conclusión de una fatiga científica que debía ser libertadora, el temor del futuro, el temor de la catástrofe y de su partido. En el dinamismo de la relación entre las clases, no se puede suministrar seguridad a la tentativa de un nuevo equilibrio, ni punto de estabilidad definitiva al movimiento. En estas circunstancias, es necesario confiarse en el poder en su autónoma realidad. ¿Provedrá esto quizá de leer en estos términos la absolutización keynesiana del interés general? ¿De su emancipación del mismo esquema teórico de la demanda efectiva? ¿Se podrá ver, quizá, en el movimiento dual del pensamiento keynesiano –por un lado, abierto a la identificación de la estructura estatal y del proceso socioeconómico, y, por otro, tendiente a reconocer una generalidad del interés estatal separada de la particularidad de los movimientos sociales– una contradicción necesaria en la nueva vida del sistema? Es cierto que aquella sensación de precariedad no puede aplacarse; quizá sólo el carácter extremo de violencia del Estado contemporáneo representa la adecuada traducción institucional –Estado: de nuevo, en este aspecto, función del temor, de la represión necesaria, de la violencia–. De este modo, quizá la utopía y la mistificación keynesianas se resuelven. Las cuentas con el "partido de la catástrofe" se realizan todos los días. El comunismo del capital podrá absorber en su movimiento todos los valores, representar completamente la razón social del desarrollo: pero no podrá jamás hacer suyo lo particular del obrero que es el odio a la explotación, incontentible a cada nivel del equilibrio, porque es proyecto de destrucción del modo capitalista de producción.

[Traducido por Ignacio Perrotini H. y Guillermo Farfán de la antología *Operai e Stato*, a cargo de S. Bologna y A. Negri, Feltrinelli, Milán, 1972.]

⁷¹ Tal es la interpretación de H. W. Arndt, op cit., pp. 102-106, por cuanto respecta a la crisis americana del '37. En general, sobre el ritmo y la dirección inflacionista de las crisis económicas del capitalismo contemporáneo, cfr. M. Dobb, en *Tendenze del capitalismo europeo*, Roma, 1966, pp. 23 ss.

La segunda contradicción del Capitalismo: sus causas y consecuencias

1. Introducción

Mi charla hoy es "La segunda contradicción del Capitalismo: sus causas y sus consecuencias". Mi categoría clave, derivada de Karl Marx y Karl Polanyi es "las condiciones de producción". De acuerdo a Marx, existen tres de estas condiciones: La "condición personal", es decir, la fuerza del trabajo humana; las "condiciones generales y comunales", es decir, el espacio urbano, las comunicaciones y la infraestructura de transporte y las "condiciones externas", es decir, el medio ambiente, la naturaleza. De acuerdo a Polanyi existen la tierra y el trabajo, que consisten en más o menos lo mismo que las "condiciones de producción" de Marx.

Deben decirse algunas palabras más sobre Polanyi. Mi enfoque sobre la teoría del capitalismo y su "segunda contradicción" y la teoría de la crisis económica tiene una deuda con la reseña que hace Polanyi de los efectos de la mercantilización de la tierra y el trabajo en la estabilidad social y la tentativa de la sociedad para luchar contra esto, para preservar por lo menos algunos de los elementos de la "economía moral". Sin embargo, el enfoque de Polanyi no problematiza con suficiente fuerza a la sociedad. A la sociedad no se la considera una sociedad de clases. Tampoco hace una muy buena teoría del "capitalismo" o de la "crisis". De aquí que es necesario enmarcar el método de Polanyi dentro de la teoría de Marx de la explotación y la acumulación capitalista. Este enfoque puede ser etiquetado como polanyista-marxista.

¿Qué es una "condición de producción", hablando teóricamente? Consiste en todo lo que puede tratarse como si fuera una mercancía, aunque no haya sido producida como mercancía de acuerdo con la ley del valor, o con la ley de los mercados. Esta definición amplia nos permite analizar a la fuerza de trabajo, a la tierra, a la naturaleza y al espacio urbano bajo la misma categoría general. Nos permite hallar elementos comunes (así como diferencias) con respecto a la relación entre el capital y la clase trabajadora, la naturaleza y el espacio por un lado; y los movimientos obreros, los movimientos feministas, los movimientos ambientalistas y los movimientos sociales urbanos, por otro lado. Usando este método, podemos teorizar sobre nuevos movimientos sociales dentro de un esquema marxista amplio. Podemos encontrar la forma en la que las condiciones de producción y los nuevos movimientos sociales se articulan con los circuitos de capital, la acumulación capitalista, la crisis, la competencia y el mercado mundial.

Mi enfoque es polanyista-marxista, pero uno podría ser marxista-polanyista. Quiero decir que la teoría del capital de Marx puede ser usada como una especie de telón de fondo, o de condición de límite, o de subtexto. El énfasis teórico y práctico puede colocarse en la lu-

cha de la sociedad civil para impedir que la tierra y el trabajo sean completamente capitalizados. Este enfoque nos lleva a un "postmarxismo" y a diferentes interpretaciones de los nuevos movimientos sociales y la nueva teoría de la democracia radical.

2. Las Condiciones de producción, el Estado y los nuevos Movimientos Sociales

Ya que las "condiciones de producción" no se producen como mercancías, debe haber algún agente que trata de convertir estas condiciones para que estén disponibles al capital en las cantidades y calidades requeridas, en el tiempo correcto y en el lugar correcto. Esta agencia es el Estado. Todas las actividades del Estado democrático liberal que no se ocupan del dinero o de las fuerzas armadas, pueden ser categorizadas bajo el encabezamiento de "regulación o producción de las condiciones de producción". Existen ejemplos obvios: primero, el trabajo, la familia, la salud, la educación, el bienestar y su política; segundo, lo urbano, el transporte, las comunicaciones, el uso de la tierra y la política de zonificación; tercero, el agua, la tierra, la costa, el aire y los parques nacionales y sus políticas.

De esto surge que todos los nuevos movimientos sociales que se ocupan de las condiciones de producción son, por definición, políticos, en el sentido que la política del Estado y la burocracia del Estado están involucrados en todos los aspectos de la producción de estas condiciones y/o de la regulación del acceso por parte del capital a estas condiciones. Ya que las políticas del Estado y sus estructuras varían ampliamente en diferentes regiones y países, las oportunidades y los límites de los movimientos sociales varían ampliamente de lugar a lugar. De aquí la predominancia de las políticas locales y regionales en la izquierda de hoy. Una focalización en lo que es "local" está sobredeterminada por la especificidad de los "lugares" políticos y burocráticos, así como de aquellos que son "sociales" o "culturales" y "ecológicos". Los nuevos movimientos sociales son más políticos que los movimientos sindicales, pero también son más zonales o regionales, exceptuando aquellos sindicatos que se centralizan en temas tales como el lugar de trabajo, la salud y el bienestar comunitario, el cuidado de los niños, el traslado al lugar de trabajo y los problemas de vivienda.

3. La primera y la segunda contradicción

¿Cuál es la segunda contradicción del capitalismo? ¿Cuáles son sus causas? Finalmente ¿cuáles son sus consecuencias? El resto de mi conferencia se va a centrar en estas tres preguntas, no exhaustivamente sino dando sugerencias.

La primera contradicción del capitalismo puede simbolizarse por la tasa de explotación, P/V (relación plusvalor/capital variable, y por C/V –relación capital constante/variable– que no consideraré aquí). Este es el tema central en la teoría de Marx del capital y de la crisis capitalista. Es a la vez una categoría sociológica y económica. Expresa el poder social y político del capital sobre el trabajo y también la propensión del capitalismo a tener crisis de realización. Por ejemplo, si el capital ejercita mucho poder sobre el trabajo, la P/V va a ser alta, y el riesgo de una crisis de realización va a ser mayor. De aquí la necesidad de una amplia estructura de créditos, una comercialización agresiva, una constante innovación de productos, y una competencia intensificada. En suma, la primera contradicción del capitalismo es interna al sistema y no tiene nada que ver directamente con las condiciones de producción, sea que estas se interpreten económicamente o social y políticamente.

La segunda contradicción del capitalismo requiere una simbolización más compleja: P/V o el tamaño de la canasta de consumo, así como el valor de su contenido (V); el valor de contenido de C a la vez que su tamaño (medido por un número índice); los "costos de los elementos naturales que entran en el capital constante y variable", la renta de la tierra como una

deducción de la plusvalía; y las "externalidades negativas", por ejemplo, los costos de la congestión en las ciudades.

En la segunda contradicción ninguno de los términos es teóricamente central. Sin embargo, todos los términos mencionados existen como categorías sociológicas y políticas al igual que como categorías económicas. Por ejemplo, la renta absoluta de la tierra refleja el poder del capital terrateniente sobre el capital industrial. Los costos de la congestión reflejan las luchas sobre los sistemas comunitarios y regionales de transporte. El costo de las materias primas refleja no solamente la renta de la tierra y el poder monopólico sino también el poder del capital sobre el trabajo en el área de las materias primas. Un ejemplo final: el costo de la tierra, el agua, etc. refleja el poder del movimiento ecológico en relación al poder sistemático y social del capital (no digamos la relación entre el poder del ambientalismo con respecto a los sindicatos tradicionales). El objetivo general de mencionar estos ejemplos es sugerir que existe menos justificación para una teoría de tipo economicista de la segunda contradicción del capitalismo comparada con la teoría marxista tradicional de la primera contradicción.

La primera contradicción del capitalismo golpea al capital del lado de la demanda, expresa una sobreproducción de capital. La segunda contradicción golpea del lado de los costos, expresa la subproducción de capital. La primera se manifiesta, en su forma más pura, como una crisis de realización; la segunda, en su forma más pura, como una crisis de liquidez. En la primera no hay problema en producir plusvalor, y por esta razón, existe el problema de realizar el valor y el plusvalor. En la segunda, no hay problemas de realizar el valor y el plusvalor, y por esa razón, existe el problema de producir plusvalor. Dejando de lado las causas presentes y coyuntuales de la segunda contradicción hoy, es claro que así como un déficit de mercados lleva a un keynesianismo de Estado, a negociaciones entre productividad y salarios y al consumismo, de la misma manera un déficit de plusvalor y de beneficios reales lleva a una desvalorización del keynesianismo, a una ruptura de la negociación de salario por productividad y finalmente a un retroceso del consumismo.

4. Causas de la segunda contradicción

La causa básica de la segunda contradicción es la apropiación autodestructiva por parte del capitalismo, y su uso, de la fuerza de trabajo, del espacio y de la naturaleza exterior, o sea el medio ambiente. La crisis actual de la salud, la educación y la familia, la crisis urbana y la crisis ecológica son ejemplos de esta autodestrucción. Me gustaría hacer dos comentarios generales. El primero es que el desarrollo capitalista global desde la Segunda Guerra Mundial, hubiera sido imposible sin la deforestación, la contaminación del aire y el agua, la polución de la atmósfera, el calentamiento global y otros desastres ecológicos; sin la construcción de megaciudades que no tienen en cuenta a la congestión, el uso irracional de la tierra y los sistemas de transporte, la vivienda y los alquileres; y finalmente, sin el insensato desprecio que ha tenido por la salud comunitaria y familiar, la salud física y emocional, la educación y de otros "componentes" de la reproducción socializada de la fuerza de trabajo, no digamos del bienestar de las futuras generaciones. Si el capital global se hubiera preocupado en reproducir o restaurar las condiciones de producción como se presentaban al final de la reconstrucción de la segunda posguerra, el crecimiento del producto bruto mundial hubiera sido probablemente no mayor de la mitad de las cifras que se registraron, quizá una cuarta parte solamente de esas cifras. El segundo punto es que las causas de la segunda contradicción son a la vez económicas y sociales. Son "económicas" en el sentido de que la escasez de la fuerza de trabajo disciplinada, del espacio urbano y de las megaciudades, de los recursos medioambientales, elevan los costos a través de las fuerzas "normales" del mercado. Son "sociales" en el sentido de que las luchas laborales, las luchas feministas, los movimientos urbanos y los movi-

mientos ambientales, todos en un grado o en otro, están organizados para impedir la capitalización completa de las condiciones de producción o para luchar contra la reestructuración capitalista de esas condiciones y también han elevado los costos y han reducido la flexibilidad del capital en general, y la variabilidad de la fuerza de trabajo en particular.

En suma, tanto las escaseces "naturales" como las escaseces autocreadas de trabajo asalariado, de tierra, de aire, del espacio, etc., son también luchas sociales organizadas para proteger a la fuerza de trabajo, al espacio urbano y a la naturaleza. Elevan los costos del capital constante (tanto su cantidad como su contenido de valor), del capital variable (tanto la cantidad de consumo como su contenido de valor). También disminuyen la flexibilidad del capital, limitando las formas en que el capital puede usar el trabajo, el espacio, la tierra y otros recursos, así como desacelerando el ciclo de rotación del capital.

Cómo actúan estas causas económicas (incluyendo las causas económicas autoinducidas) y las causas sociales, cómo se articulan unas con otras no ha sido estudiado nunca. En el caso de Taiwan, por ejemplo, no sabemos cómo los factores económicos, sociales y políticos se han combinado de forma que han llevado al capital taiwanés a abandonar su propio país —la tierra, el agua, el aire y otras condiciones son tan malas y la fuerza de trabajo está tan inquieta y es tan militante...—. O cómo es que la destrucción de la tierra y la gente en América Central puede ser teorizada en términos de un dualismo funcional tipo De Janury y su modelo económico, o hasta qué punto va a ser necesario un enfoque al problema construido en términos de clase y luchas de campesinos. En un trabajo que va a ser leído en un panel organizado por **Capitalism, Nature, Socialism** en la Asociación Económica Norteamericana, en diciembre en Washington, Ben Wisner plantea el argumento de que el deterioro de la naturaleza y la vida urbana en África es el resultado de luchas de clase, de género y de raza, así de simple. En otro trabajo en el mismo panel, Brinda Rao expone que la capitalización del agua es la que crea la crisis de las aldeas en la India, con una crisis resultante de identidad de género y con la emergencia de un nuevo movimiento feminista rural. Y Dan Faber que también va a leer un trabajo en este panel, dice que son de menor importancia los factores puramente económicos que han llevado a un aumento de los costos del capital norteamericano y son de mayor importancia las luchas medioambientales para proteger la tierra, el agua, el espacio abierto y demás. Quizás deberíamos tener muy pocos prejuicios acerca de cómo las crisis autoinducidas de escasez de recursos del capitalismo y las luchas sociales y políticas se articulan de tal manera que producen una "segunda contradicción" del capitalismo.

5. Consecuencias de la segunda contradicción

La primera y la más obvia consecuencia de la segunda contradicción es que el capital se enfrenta contra límites, que muchas veces han sido creados por él: límites de espacio, límites de fuerza de trabajo disciplinada y socializada, de buenas tierras, de agua pura, etc. La versión burguesa de esta tesis es la de los "límites al crecimiento", argumentada por el Club de Roma y una hueste de imitadores. La versión marxista es que el capital nunca se encuentra con límites absolutos, más bien, las escaseces de material, de espacio y demás; y los déficit de flexibilidad se expresan bajo la forma de crisis económicas. La crisis está principalmente localizada debido a la especificidad espacial de las condiciones de producción —de ahí la desigual y fragmentada naturaleza de la prosperidad y la crisis (la crisis "posmoderna")

En un sentido general, con la erupción de tantas crisis locales (o puntos de flexión económicos y sociales), un resultado puede ser una recesión o depresión que alivia las escaseces, restaura la disciplina y crea nuevas flexibilidades (otro resultado puede ser la relocalización del capital). Brevemente, las barreras "externas" al capital se muestran en las formas de crisis económicas (así como por supuesto lo hacen las barreras "internas" o sea la primera contra-

dicción del capitalismo). De aquí, por ejemplo, que las escaseces de petróleo barato de los '70 no resultaron en una escasez absoluta de energía sino más bien en una redistribución de valores, del capital industrial al capital terrateniente (es decir, a las compañías petroleras y los Estados petroleros), lo cual a su vez bajó los beneficios en la industria. Esto causó problemas de liquidez para la industria, una desaceleración de las inversiones y la productividad, presiones inflacionarias y, finalmente, un acicate a la "eficiencia energética" o a la conservación, así como un aumento en la provisión y el desarrollo de tecnologías de energía alternativa.

Cuando el capital se amenaza a sí mismo, dañando o destruyendo sus propias condiciones de producción (una posibilidad sobre la cual Marx nunca elaboró una teoría) se amenaza a sí mismo con una crisis económica del tipo de las de "empuje de costos". El resultado es que el capital va a intentar **reestructurar** las condiciones de producción para reducir los costos. Esto típicamente implica más planificación estatal, es decir, más formas sociales de producción de las condiciones de producción. Existen numerosos ejemplos: en la agricultura de California hemos visto que las instituciones agrícolas establecidas hablan de una "agricultura mantenible", aumentando de esa forma su legitimidad para el desarrollo de enfoques biotecnológicos al control de plagas. Esto está apoyado por sectores de la agricultura que están siendo apretados por el rodillo, cada vez más caro, de los pesticidas. En Los Angeles, la industria y la infraestructura están siendo reestructuradas por las nuevas agencias del Estado que regulan la calidad del aire, que intentan ocuparse de la horrible contaminación aérea y los problemas de congestión (una reestructuración que no por casualidad implica eliminar el capital pequeño de las industrias contaminantes tales como mueblería, pinturas y barnices; es decir, consolidando el capital como forma de reestructurar el uso del aire de la región). Es importante insistir en que esta reestructuración está organizada por grupos de planificación estatal que están ya politizados. La renovación del espacio urbano, y del tránsito masivo reestructuran el espacio con el objetivo de reducir los costos de congestión. Uno puede citar hoy muchos más ejemplos, incluyendo las tentativas norteamericanas de reestructurar un sistema educativo y un sistema de salud que son cada vez más inviables.

Sin embargo, el capital y el Estado pocas veces tienen las manos libres en sus tentativas para reestructurar sus condiciones de producción. Estas condiciones son también los medios de vida, los modos de supervivencia y de consumo, y en el caso de la fuerza de trabajo son la vida misma. De aquí que encontramos hoy mucha resistencia a la reestructuración capitalista una lucha sobre el curso que va a tomar la reestructuración, que se expresa de una manera particularmente dramática en tiempo de "desastre natural"; por ejemplo, el terremoto de Santa Cruz, que tiró abajo el **shopping center** del centro de la ciudad, también creó luchas locales sobre la reestructuración del **shopping center**, lo cual, dicho en general, enfrenta el valor de cambio contra el valor de uso. Aquí de nuevo debemos hablar de la crisis que emerge de la segunda contradicción del capitalismo como una lucha social y política, un período en el cual nada puede darse por seguro, en el cual la movilización de los recursos, una buena estrategia política y un buen liderazgo van a decidir, en un sentido o en otro, si las condiciones de producción van a ser decididas como lo desea el capital o por cómo lo desean el trabajo, las comunidades y las poblaciones urbanas.

Ya que el Estado regula el acceso y la producción de las condiciones de producción, todas las luchas sobre la reestructuración de las condiciones de producción son luchas políticas. Los movimientos ambientales, urbanos, feministas y otros deben enfrentarse con agentes del Estado, las actuales legitimaciones del poder del Estado, los expertos del Estado, etc. Los objetivos de las agencias del Estado, sus áreas de competencia, sus líneas de autoridad, la naturaleza del conocimiento de los expertos, etc., son inevitablemente cuestionadas. Los funcionarios, las normas de impersonalidad y la reificación de la burocracia también van a ser cuestionados radicalmente. Esta confrontación eleva las apuestas en la lucha, y transforma las bata-

llas ambientales, sociales y económicas, en batallas políticas que tienen que ver con la forma en que opera la burocracia del Estado. Aquí podemos identificar la continuidad entre 1968 y los noventas. La unidad estratégica (a diferencia de la unidad táctica) entre los movimientos debe ser ahora orientada hacia el tema de democratizar el Estado. La demanda de una "democracia radical" que es común en los círculos posmarxistas, puede entonces ser explicada, por lo menos en parte, en los términos de una teoría ecomarxista (o una teoría eco-polanyista-marxista) del capital y sus condiciones de producción.

6. Conclusión

El posmarxismo se centra en los nuevos movimientos sociales y en la democracia radical, "celebrando las diferencias" y denunciando las "comparaciones irrelevantes" y los enfoques totalizadores hacia la teoría social y la práctica política. El movimiento obrero tradicional es considerado como irrelevante o que está muerto, pero no se ofrece ninguna teoría del surgimiento de los nuevos movimientos sociales (más allá de un inseguro enfoque de "políticas de identidad" basado en una especie de weberianismo de izquierda) o de la declinación de los movimientos obreros tradicionales. Por contraste, una teoría ecomarxista encuentra sus raíces en el concepto del trabajo social (que ahora se amplía para incluir el trabajo de producir las condiciones de producción) y cambios en la división internacional del trabajo. Se pueden plantear los siguientes puntos:

1. La nueva división internacional del trabajo y la hegemonía del capital trasnacional ha debilitado la lucha de los trabajadores y las luchas en el lugar de trabajo en todo el mundo, especialmente en el contexto de la tremenda movilización del poder político del capital de los '80.

2. A mediados de los '70 el capital comenzó a responder al crecimiento lento de la demanda del mercado mundial, aumentando la tasa de explotación del trabajo y permitiendo que las condiciones de producción se deterioren todavía más con el propósito evidente de reducir los costos de producción. La estrategia de crisis adoptada globalmente por el capital y por la mayoría de los países-Estados fue de explotar aún más el trabajo y también de explotar más otras condiciones de producción, las comunidades, y la naturaleza, de una manera más intensiva. Si consideramos la tasa de deterioro y contaminación de la naturaleza como dependiente de la tasa de acumulación y la tasa de ganancia, los aumentos en la tasa de explotación del trabajo van a aumentar las tasas de beneficio y de acumulación y por consiguiente, las tasas de deterioro, de explotación y de contaminación. Cuanto más el capital explota al trabajo, más explota a la naturaleza y viceversa. La nueva rivalidad del Sudoeste asiático hace que la situación sea peor en EE.UU., y en otras regiones que están perdiendo en la lucha competitiva.

3. La debilidad o irrelevancia del movimiento obrero tiene así una doble determinación: primero, por la nueva división internacional del trabajo; segundo, por el cambio de énfasis por parte del capital y los movimientos sociales, de la producción a las condiciones de la producción.

4. El surgimiento de nuevos movimientos sociales organizados alrededor de las tres condiciones de producción, mudó la lucha de clases del lugar de trabajo a las comunidades; de las huelgas a los boicots de consumidores; del capital a la burocracia del Estado como el primer objetivo de acción. Las luchas por la democracia en el lugar de trabajo estaban destinadas cada vez más a proteger a los trabajadores de los abusos del capital, por ejemplo los movimientos por la seguridad y la salud ocupacional; las luchas para la democracia en la comunidad tuvieron como objetivo proteger o reestructurar las "condiciones generales y comunales de producción" y el medio ambiente; y las luchas por la democracia política tuvieron como

objetivo tanto democratizar las burocracias como movilizar la población que no se había registrado como votante, atacar la financiación de campañas que favorecían a los candidatos que ya ocupaban puestos públicos, etc.

Resumiendo, de acuerdo con una teoría ecomarxista, el capital ha estado autodestruyéndose, aumentando los costos de la salud, de la educación y el bienestar; el costo del transporte urbano y los alquileres domésticos y comerciales; y el costo de extraer "los elementos del capital constante y variable" de la naturaleza. *Esta es, muy resumida, la segunda contradicción del capital –la política de los capitalistas individuales para bajar los costos ha resultado en mayores costos para el capital en su conjunto–* todo en un contexto de una estructura de crédito frágil, creciente e inflada. En esta reseña, el capital puede verse totalmente confundido sobre cuáles van a ser las nuevas normas de regulación que van a proveer un marco coherente para una nueva ronda de acumulación capitalista. Los capitales individuales van a seguir bajando sus costos de cualquier forma que se pueda imaginar; haciéndolo, sin darse cuenta, aumentan los costos para el capital en su conjunto. Los voceros del conjunto del capital, y los administradores del Estado que tienen una visión a largo plazo están tratando hoy de terminar con estas visiones de corto plazo de los capitales individuales y reconstruir y restaurar las muy abandonadas y semidestruídas condiciones de producción. Pero la trayectoria de esta visión de largo plazo está siendo cada vez más desafiada por los nuevos movimientos que se están ocupando de la educación, la atención médica, las condiciones urbanas y el medio ambiente con un énfasis en los valores de uso y no en los valores de cambio; con otro énfasis en las formas democráticas de toma de decisión y no en la condición de expertos de los burócratas y el poder desnudo del Estado. Pero estos nuevos movimientos sociales que se encuentran habitualmente fundamentados en su preocupación por las condiciones de producción están cada vez bajo más vigilancia, bajo una cada vez mayor "administración de la seguridad" del Estado, y en muchos países bajo una represión lisa y llana (por ejemplo, la opresión contra los movimientos negros urbanos y contra **Earth First!** en EE.UU.). Las apuestas en estas luchas aumentan cada vez más con el resultado de que se avecina una crisis general de la economía y de la sociedad, de la hegemonía ideológica y su legitimación. Los resultados de estas crisis son hoy totalmente desconocidos, son lugares de fractura, tiempos de decisiones, tiempos en los cuales los individuos y los grupos pueden hacer grandes diferencias históricas.

Esto es en el contexto, o el entorno, o la coyuntura de las nuevas configuraciones que se están formando de rojos, verdes y feministas y sus políticas a escala mundial. Todos los viejos temas que fueron alguna vez enfrontados por el socialismo clásico –la desigualdad social, la justicia social, etc.– han reaparecido; aparecen muchos temas nuevos a los que se dirigen los nuevos movimientos sociales y están en las agendas políticas. Qué mejor tiempo puede haber para que los trabajadores y la izquierda; los trabajadores y los movimientos sociales ambientales y feministas, los movimientos comunitarios y urbanos, y los movimientos ambientalistas, para diluirse en un nuevo ecosocialismo, ecofeminismo y un eourbanismo. En suma, un nuevo movimiento que puede cambiar la historia del mundo. Y esta vez, para mejor.

(Ponencia del autor en la Conferencia sobre el Nuevo Análisis Económico, organizada por "Iniciativa per Catalunya", Barcelona, 30 de noviembre a 2 de diciembre de 1990. Traducción del inglés de José Carlos Escudero.)

Marcelo Matellanes

Estados Unidos: decadencia económica y poderío militar

Los costos de la agonía imperialista

"...Hubieran sido amigos, pero se vieron una sola vez cara a cara, en unas islas demasiado famosas, y cada uno de los dos fue Caín, y cada uno, Abel. Los enterraron juntos. La nieve y la corrupción los conocen. El hecho que refiero pasó en un tiempo que no podemos entender."

Jorge Luis Borges

Notas preliminares

El momento actual no es particularmente propicio para la pretensión de componer un conjunto razonablemente coherente y mínimamente articulado de reflexiones acerca del estado de la economía mundial. Aún más arriesgada es la tarea de embarcarse en el diseño de los escenarios futuros que pueden derivarse de la actual situación. Dicha dificultad obedece esencialmente a dos órdenes distintos de restricciones: la fragilidad que evidencia en ciertos aspectos el marco teórico que nos parece no obstante el más adecuado para analizar la composición, estructura y dinámica de los procesos económicos mundiales y que es la llamada escuela francesa de la Regulación, por un lado, y el hecho de encontramos en la inmediata posguerra, sin contar aún con información sustantiva suficiente como para aventurarnos en la predicción de las modificaciones estructurales que de este nuevo escenario podrían derivarse, por el otro.

No obstante ello, creemos que estas dificultades no debieran inhibirnos a la hora de intentar abordar la problemática señalada. En efecto, a pesar del carácter reciente de los acontecimientos del Golfo, sostenemos la necesidad intelectual y política de no dejarnos ahogar en sus aspectos coyunturales. Nos negamos en consecuencia a renunciar a la impostergable tarea de oponer un discurso alternativo al de los profetas del "nuevo orden internacional", menos escrupulosos que nosotros a la hora de sostener con argumentaciones válidas sus loas a la inminencia, imperatividad y bondad del orden que anuncian.

Nos anima la voluntad de no regalar a los hacedores de la guerra el análisis de la posguerra y, sobre todo, la grata tarea de destacar que el futuro próximo está mucho menos determinado y es mucho menos monóptico que lo que quieren hacernos aceptar. Está aún abierto a la palabra política, a la fuerza de los movimientos sociales y al espíritu de libertad, pasiones inmunes a los misiles intelectuales del tipo "Nuevo Orden" y "Fin de la Historia".

La decadencia económica americana - Una perspectiva regulacionista

El dispositivo analítico de la escuela francesa de la Regulación se presenta como particularmente apto a los efectos de caracterizar las transformaciones operadas en la economía mundial desde la crisis de la década de los años setenta. En otros términos, esta escuela nos ofrece, en términos relativos, el instrumental analíticamente más potente para repasar los efectos desencadenantes de la última gran crisis del capitalismo mundial, las fragilidades internas del régimen fordista de acumulación que potenciaron la propagación de los impactos exógenos y, finalmente, la dinámica de salida de crisis desatada a partir de ellos.¹

La detección de los principales aciertos y desaciertos en términos de política económica como respuesta a la crisis será esencial para explicar la creciente pérdida de hegemonía de los Estados Unidos en la escena mundial y el surgimiento del poderío económico de Alemania y Japón. La nueva jerarquización en la estructura de las relaciones económicas internacionales, constatada a partir de la salida de crisis del inicio de la década de los ochenta, será fundamental a la hora de vincular la decadencia económica americana con el carácter bélico con que ese país encaró el conflicto del Golfo Pérsico y que constituye la tesis que el presente trabajo intentará abonar.

La tesis enunciada remite necesariamente a una teorización respecto de la manera en que potencial económico y militar se articulan entre sí para configurar un cuadro de hegemonía internacional. En este sentido coincidimos totalmente con la posición de Atilio Borón: "Todo lo anterior nos remite a una verdadera 'precondición' de la hegemonía: la superioridad en el terreno económico. (...) No se puede ser potencia hegemónica sin, al mismo tiempo, ser la potencia económica que integra el conjunto del mercado mundial. Al hablar de la 'hegemonía soviética' muchos autores dejan de lado estas precauciones, reduciendo la cuestión de la hegemonía a un asunto casi estrictamente militar, lo cual desnaturaliza el verdadero significado del concepto. (...) En la misma línea se ubican los análisis de Immanuel Wallerstein al señalar convincentemente que para que una nación sea hegemónica se requiere que sus empresas sean mejores, más eficientes y competitivas en el plano de la producción agroindustrial, en el comercio internacional y en las finanzas mundiales."²

A partir de estas bases, nuestro objetivo es avanzar la tesis de que la intervención bélica principalmente promovida y efectivizada por los Estados Unidos obedeció a un intento de retomar políticamente bajo la forma militar su anterior preeminencia económica en la escena mundial, pretendiendo así recomponer las muy comprometidas bases de su hegemonía. Este enfoque conducirá obligadamente al tratamiento de diversos aspectos prospectivos respecto de la economía americana y de la estabilidad dinámica de la economía mundial. En otros términos, deberá intentar responderse a la siguiente serie de interrogantes: ¿Hasta qué punto las consecuencias económicas de la Guerra del Golfo permitirán revertir los claros signos recesivos en el corto plazo y de pérdida de posicionamiento en el mediano y largo plazo de la economía estadounidense? ¿En qué medida los Estados Unidos estarán obligados a socializar

¹ Para quienes deseen conocer en detalle el cuerpo teórico regulacionista, se recomienda la lectura de las siguientes obras: Aglietta, M. *Regulación y crisis del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1979; Boyer, R. *La Teoría de la Regulación: Un análisis crítico*, Buenos Aires, Humanitas, 1989; Boyer, R. y Mistral, J. *Accumulation, Inflation, Crises*, París, PUF, 1983; Coriat, B. *El taller y el cronómetro*, Madrid, Siglo XXI, 1982; Lipietz, A. *Crise et inflation, pourquoi?*, París, Maspero, 1979 y Ominami, C. *Le tiers monde dans la crise*, París, La Découverte, 1986. En la obra citada de Robert Boyer podrá encontrarse una extensa bibliografía de esta escuela. Asimismo se recomienda el análisis crítico de Mario Luiz Possas publicado en *Novos Estudos CEBRAP*, N° 21, 1988.

² Borón, A. *América Latina, Europa y las nuevas formas de cooperación internacional*, en Contreras Q.C. (coord.), *Después de la Guerra Fría*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1990.

mundialmente los costos de su pretendida hegemonía planetaria, dado que es imposible que su propia economía financie ese gasto sin complicar aún más su ya crítica situación fiscal y externa? ¿Cuál sería el costo para los principales países de la OCDE y, sobre todo, para los países periféricos de semejante escenario? ¿Pueden los países centrales financiar tal situación, dada su aún muy comprometida salida de crisis?

Evidentemente, la pertinencia de estos interrogantes es sólo válida bajo la hipótesis de que los Estados Unidos consigan efectivamente plantearse como poder de policía mundial. Esto remite, a su vez, a una cierta configuración y dinámica en términos de las respuestas políticas de los otros países, tanto al nivel de sus respectivos gobiernos como al de sus movimientos sociales, cuestiones que están muy lejos aún de poder considerarse como definitivamente resueltas. Es necesario aquí tener presente que, en términos de cohesión social, la salida posfordista no encontró aún su modo de regulación mientras que, en lo que respecta a la periferia, es la socialización capitalista misma la que se presenta como problemática respecto del logro de un mínimo de legitimidad política que asegure una estabilidad.

En este sentido, debemos destacar la necesidad de oponer la importancia de los movimientos sociales y de la cristalización de sus reclamos al nivel de la representatividad política a toda mecánica de tipo determinista-económico. La pretensión reivindicativa de esta instancia reclama su lugar tanto respecto de las pulsiones centrífugas derivadas hacia la periferia desde el orden posfordista central, como de los posibles escenarios a partir del conflicto bélico del Golfo. La inclusión de tales factores y su caracterización como esenciales para el diseño del espectro de configuraciones que se abre a partir del momento actual no obedece en forma alguna a ningún voluntarismo ni a una simple petición de principios. Su justificación es de orden estrictamente científico, ya que mal podríamos sin esos elementos entender la historia del capitalismo mundial y aún menos la de su reciente etapa de regulación fordista. Para la escuela regulacionista en particular, la instancia analítica de la lucha de clases y el potencial transformador de los movimientos sociales constituyen momentos decisivos para la constitución, dinámica y estabilidad de un modo particular de regulación.

Crisis del fordismo y comienzo de la caída americana

Debe ante todo señalarse que los sucesivos *shocks* petroleros de la década del setenta, si bien concentraron gran parte de la atención de los medios y de los análisis políticos y económicos de esos años, fueron sólo impactos exógenos que sirvieron como catalizador de la crisis de un régimen de acumulación que acusaba ya importantes signos de agotamiento. Por supuesto no debe subestimarse la importancia que semejante encarecimiento de una materia prima básica tuvo para el sector energético del régimen fordista. Dicho régimen era esencialmente petróleo-intensivo y esa opción tecnológica estaba íntimamente ligada a la baratura relativa del petróleo, pero ello no es en forma alguna condición suficiente para imputarle la entrada en crisis y ulterior agotamiento de todo un período de la acumulación capitalista mundial.

La tipología regulacionista de las crisis distingue y caracteriza claramente sus diversos tipos y señala que aquéllas derivadas de factores exógenos son en efecto sumamente frecuentes. Lo que sucedió en el caso de los *shocks* petroleros fue la exacerbación de una crisis de carácter estructural que ya se había desplegado plenamente y que acabó produciendo una profunda crisis de todo el modo de regulación fordista. Para la descripción sintética del régimen fordista y de la génesis de su entrada en crisis, señalaba Benjamín Coriat: "...La dinámica de los treinta años gloriosos (1945-1975) se basaba en un modo de extracción y de difusión de las ganancias de productividad muy particular llamado 'fordismo'. Es una forma de mecanización y de división del trabajo que permite la producción a gran escala con grandes mejo-

ras de productividad que son parcialmente transferidas al sector obrero a partir de acuerdos de indexación de los salarios en base a la productividad, los que a su vez alimentan la demanda interna permitiendo así nuevas inversiones con perspectivas de rentabilidad, ya que la demanda es creciente. (...) La crisis del sistema se debió a varias razones. Es cierto que hubo *shocks* externos pero yo siempre he pensado que las causas externas actúan a través de las causas internas, es decir, si el impacto tuvo un efecto desestabilizador tan grande, ello se debió a que la base interna estaba frágil. Esta fragilidad se debía que el modelo tecnológico taylorista-fordista —basado en la estricta repetición de tareas, la estandarización y la mecanización rígidas— se volvió cada vez más consumidor de tiempos muertos y de capital fijo y, consecuentemente cada vez menos productivo en términos de ganancias de productividad. Sobre esto los *shocks* externos (dólar y petróleo) concluyeron con la desagregación del régimen fordista de acumulación.³

El desarrollo de la crisis desencadenada a partir de los hechos mencionados marcará el comienzo de una clara pérdida de hegemonía en la escena económica internacional por parte de los Estados Unidos. Un elemento clave para determinar las razones de este proceso radica en el gradiente de transformación hacia un nuevo régimen de acumulación, que podemos denominar posfordismo, y respecto del cual los Estados Unidos evidenciaron una gran morosidad. Debemos recordar también que el papel de los centros académicos americanos y de la traducción de sus recomendaciones en términos de política económica tuvo una gran relevancia respecto de la pérdida de competitividad internacional americana debido a un excesivo privilegio otorgado a los sectores terciarios en detrimento de sectores industriales estratégicos (Bell, Brookings, etc.).

La importancia y articulación recíproca de los factores intervinientes en este proceso merece sin duda una exposición de carácter sistémico, pero por razones de espacio nos veremos obligados a efectuar un mero inventario parcial y consecutivo. No debemos olvidar, sin embargo, que el propósito de esta revisión es el de sustentar nuestra tesis respecto de la íntima vinculación existente entre la decadencia económica americana y el carácter bélico que asumió su intervención en el conflicto del Golfo. Estas consideraciones ameritarían a su vez algunas reflexiones en materia de política exterior argentina en la actualidad, dado que se está desplegando una alianza de tipo cuasi-excluyente con un país que atraviesa un proceso de aparente pérdida de posición hegemónica. Idéntico reparo merecería la preeminencia del pensamiento económico estadounidense en las currículas de nuestras universidades, con una clara desventaja respecto del de otros centros académicos. Desafortunadamente estos interrogantes exceden los límites del presente trabajo por lo cual procedemos a la enumeración de las argumentaciones antes anunciadas:

- La marca flagrante de la decadencia americana está dada por la magnitud y continuidad del doble déficit fiscal y comercial. Si este hecho se refleja sólo parcialmente en términos de una devaluación de las paridades del dólar respecto de las principales monedas, ello se debe esencialmente a razones políticas de orden interno y a aspectos que hacen a la estabilidad dinámica de la economía mundial. Es básicamente por razones inerciales, políticas y económicas, que el dólar continúa aparentemente jugando el rol de una divisa clave. Una importante devaluación del dólar frente al yen, al marco alemán y al franco francés que llevara las paridades cambiarias a la estructura que debieran tener en función del estado de salud de sus respectivas economías, podría desestabilizar el sistema económico internacional. Una fuerte devaluación del dólar provocaría una seria caída en las exportaciones de los otros países que

³ Matellanes, M. "Reportaje a Benjamín Coriat: La hegemonía americana terminó", publicado en el suplemento CASH de Página/12, Nov. de 1990.

pondría en peligro sus economías internas. Es debido a estas razones que Japón está fortaleciendo su demanda interna para disminuir así su alta vulnerabilidad al comercio exterior, mientras que simultáneamente el intercambio intraeuropeo crece a mayor ritmo que el que la Comunidad mantiene con las otras dos grandes zonas (Estados Unidos-Canadá-México y los países del Sudeste Asiático).

- Los países ganadores de la nueva División Internacional del Trabajo son los que realizaron la revolución tecnológica y organizacional vinculadas al nuevo régimen de acumulación desde el comienzo mismo de la crisis.⁴ Esos países lograron además encontrar formas de regulación macroeconómicas que aseguraran que la prosperidad microeconómica sea tal que garantice la dinámica de la totalidad del sistema. Es en estos aspectos que Alemania y Japón lideraron la salida de crisis y es también en ellos que los Estados Unidos evidenciaron una gran morosidad.

- Con respecto a la traducción de estas carencias en términos de comercio internacional, citamos el siguiente fragmento del ya aludido reportaje a Coriat: "...Cuando observamos el comercio exterior americano de productos con nuevas tecnologías y alta composición de trabajo respecto del resto del mundo vemos que todavía son excedentarios, pero si miramos el intercambio con sus pares (Japón y Alemania), ya son deficitarios y lo serán cada vez más. (...) Con respecto a los grandes sectores de base, el problema de los Estados Unidos es que son atacados por arriba (Japón y Alemania) y por abajo (los países del sudeste asiático). La agricultura, por su parte, atavesará un período de serias dificultades debido a los grandes excedentes mundiales respecto de la demanda solvente."

- Una de las mayores fallas prospectivas de la política económica americana consistió en privilegiar las condiciones que favorecieran la llegada de la pretendida "sociedad de servicios", era del "capitalismo posindustrial" y del "sector terciario". Ello tuvo graves consecuencias respecto del sentido de los cambios tecnológicos, de los nuevos métodos de organización empresarial y de gestión de la fuerza de trabajo y, finalmente, en términos de la exacerbada promoción de algunas actividades de servicios, como el *fast-food*, los *soft-drinks*, banca, etc. Todo esto hizo que Estados Unidos descuidara sectores industriales estratégicos que son, por otra parte, la condición de posibilidad misma de una buena *performance* en el sector servicios. No se puede pretender controlar durablemente el sector terciario cuando se descuida o abandona la tecnología de producción de los equipos utilizados en la provisión de servicios; el caso de las telecomunicaciones es muy claro en este sentido. Así se explica la pérdida de competitividad en el comercio de determinados sectores o la absorción de empresas domésticas por inversores extranjeros, sobre todo y muy paradójicamente en el tan promovido sector terciario. En este sentido es oportuno recordar el análisis que efectuara María da Conceição Tavares: "...A pesar de haber perdido la competencia comercial para las demás economías avanzadas, e incluso algunas semindustrializadas, en los productos de tecnología de uso difundido, Estados Unidos está ahora invirtiendo fuertemente en el sector terciario y en las nuevas industrias de tecnología de punta, en la cual esperan tener ventajas comparativas. Estados Unidos no parece interesado en sustentar su antigua estructura productiva comercial. Sabe también que no tiene la capacidad de alcanzar un enorme auge a partir de reformas en los sectores industriales que lideraron el crecimiento económico mundial en la posguerra. (...) A partir de esa modernización espera poder retomar su posición como centro tecnológico dominante y reordenar de nuevo la economía mundial."⁵

⁴ Respecto de este tema puede consultarse el reciente estudio del caso japonés en Coriat, B. *Penser a l'envers*, París, Christian Bopurgois Editeur, 1991.

⁵ Tavares, M.C. *El retorno a la hegemonía americana*, en Luis Maira (comp.) *¿Una nueva era de hegemonía americana?*, Buenos Aires, GEL, 1986.

• Con respecto a los sectores de la economía americana que acusan un importante dinamismo, como el complejo militar-industrial, la aeronáutica, la informática y parte de la microelectrónica, hay que tener presente que no basta con que haya ganancias importantes de productividad en esas empresas. También se requieren mecanismos de transferencia de esa mayor eficiencia a los asalariados por una parte —para asegurar el sostenimiento de la demanda y mejoras en la calificación laboral— y al resto de la economía, por la otra, para preservar que la dinámica de crecimiento se difunda a la totalidad del sistema, alimentando a su vez el peso relativo local respecto de la escena mundial. Encontramos por el contrario en el caso americano islas de prosperidad en un marco caracterizado por las tendencias recesivas, las quiebras empresarias, la absorción de importantes firmas por parte de inversores extranjeros, todo ello unido a un sistema financiero que acusa una gran fragilidad.

• Respecto de las nuevas tecnologías que sustentan la actual División Internacional del Trabajo debe destacarse que un elemento esencial es el alto grado de calificación de la fuerza de trabajo, de manera que ésta sea multifuncional y polivalente. Estas características de la organización empresarial posfordista requieren, a nivel microeconómico, un importante gasto público en Ciencia y Técnica, y a nivel microeconómico, un importante despliegue en términos de programas de calificación, formación profesional, reconversión e implicación creciente de los colectivos de trabajo a los efectos de permitir la flexibilización interna, el control de calidad, el "just in time", la diferenciación de producto y demás innovaciones que caracterizan el nuevo modelo empresarial y en las que radican las nuevas ventajas comparativas. Nuevamente aquí el modelo americano no supo prever a tiempo y adaptarse en consecuencia a las nuevas trayectorias tecnológicas, descuidando el gasto público en educación y la inversión empresarial en calificación profesional y reconversión de la fuerza de trabajo, lo que comprometió seriamente su posicionamiento *vis-à-vis* Alemania y Japón.

Como ya la señaláramos, estas consideraciones distan de ser exhaustivas pero pensamos que a partir de ellas se puede abordar la relación existente entre el "estado de la nación" americana y su promoción del desenlace bélico del conflicto del Golfo así como los intereses que vehiculiza el discurso americano (sin olvidar sus sucursales locales) acerca del "nuevo orden".

La serie de consideraciones antes enumeradas nos parece razonablemente válida como para sostener la argumentación de que la Guerra del Golfo ha sido un intento por parte de los Estados Unidos para detener y, si fuera posible, neutralizar o revertir su proceso de decadencia económica. El hecho de que la intervención bélica americana haya sido "mundializada" a través de las Naciones Unidas merece un análisis aparte, pero la creciente fragilidad de la economía estadounidense así como su crítica situación fiscal aparecen como las principales razones de ese inédito procedimiento. El nombre mismo de "Guerra del Petróleo" es un indicador de hasta qué punto Estados Unidos ha querido imprimir a este conflicto un aura de pre-ocupación mundial.

Por supuesto que el precio internacional de una materia prima energética como el petróleo no es un dato banal para el sistema económico mundial, pero las cosas han cambiado mucho desde 1973. La reconversión energética ha acompañado la transición al nuevo régimen de acumulación, haciendo que los procesos productivos sean mucho menos petróleo-intensivos. Por otra parte, el hecho de que las potencias económicas más dependientes en términos de provisión externa de petróleo, como Alemania y Japón, hayan mantenido un perfil tan bajo en este conflicto es un indicador indirecto del carácter erróneo y nada neutro del título con el que se lo ha apodado.

A la debilidad relativa ya apuntada respecto de la economía americana debe agregarse el carácter diferencial que está asumiendo el proceso de regionalización mundial en tres gran-

des bloques (Estados Unidos, Canadá y México; la Comunidad Europea y el Sudeste Asiático). En efecto, el carácter de integración orgánica y funcional que se da tanto en la Comunidad Europea como en el bloque del Sudeste Asiático tampoco favorece el posicionamiento dinámico de la economía estadounidense. La integración europea resulta de un lento proceso de consenso político y coordinación progresiva de las políticas industriales, públicas, monetarias, externas y cambiarias de sus países miembros. El Sudeste Asiático, por su parte, aunque bajo un modelo diferente de implementación dinámica de su integración como bloque, ofrece un conjunto compacto, orgánico y sumamente funcional de agregados económicos y sociales nacionales. Frente a este panorama, el bloque EE.UU.-Canadá-México obedece más a aspectos declarativos en lo político que a una coordinación efectiva y eficiente de las políticas económicas de sus países miembros. Aparece asimismo como un proceso reciente comparado con la lentitud, espesor histórico y progresividad que acusan los procesos de integración de los otros dos grandes bloques.

Como puede observarse, la situación es lo suficientemente compleja como para que la fórmula "cambio gendarmería mundial por imperialismo perdido" se presente como altamente problemática. Como ha podido apreciarse, los problemas de la economía americana son serios y estructurales y trascienden el carácter meramente recesivo y coyuntural con que usualmente se los describe. Ello implica que la fabulosa destrucción material resultante de esta guerra, aún bajo el supuesto de que los Estados Unidos sean los que se lleven la mayoría de los contratos asociados a la reconstrucción, no resolverá los graves problemas económicos americanos. Sí en cambio sentará un precedente importante para la dinámica de su complejo militar-industrial y le permitirá, en el mejor de los casos, conservar el liderazgo en informática, aeronáutica y algunas filiales de la microelectrónica. Pero aún suponiendo que exista un importante consenso por parte de las principales potencias respecto de la gendarmería mundial americana, resta todavía el problema de la constitución de los fondos presupuestarios a tales fines.

Es obvio que la economía americana no podrá sostener su imperialismo militar sin dejar de solicitar la ayuda financiera de las principales potencias de la OCDE. Aparece entonces aquí la cuestión teórica nada superficial de hasta qué punto la economía mundial en general, y sus principales estados-nación en particular, están en condiciones de financiar la resistencia política americana a aceptar la pérdida de su hegemonía. Hasta aquí hemos hablado del régimen posfordista de acumulación, pero en realidad la situación actual de los países centrales está más cerca de una configuración de "salida de crisis" que de una "regulación posfordista" y todo ello ateniéndonos únicamente a los países centrales. La inclusión en este cuadro de los países periféricos tornaría aún más serias las condiciones sistemáticas de posibilidades del aludido financiamiento. En efecto, el orden posfordista central que está perfilándose no ha encontrado aún de manera acabada y general su modo de regulación a nivel nacional e internacional, es decir, las distintas formas institucionales que aseguran la estabilidad dinámica del sistema, básicamente a través de la adecuación recíproca de las normas de producción y consumo. La diferencia entre la situación actual y la existente durante la inmediata posguerra de 1945 es muy ilustrativa, si tenemos presente la importancia que para ese orden significaron los acuerdos de Bretton Woods y la institucionalización de los compromisos sociales de ese período, básicamente a través de la conformación del Welfare State. El gran ausente del orden posfordista es, en cambio, la inexistencia de movimientos sociales de entidad suficiente como para asegurar su regulación. En este sentido, cabe recordar que los movimientos sociales —sindicalismo de masas, partidos laboristas, etc.— que marcaron los años precedentes a la posguerra del '45 fueron esenciales para la institucionalización de los compromisos sociales que aseguraron la regulación fordista que posibilitó los "treinta años gloriosos". De manera tal que el posfordismo está lejos de haber asumido su forma definitiva, insinuándose por ahora dos tipos de posfordismo que podemos denominar "por arriba" y "por abajo", según el grado de gene-

realización entre ellos y la constitución de la demanda social a nivel macroeconómico. Se cuenta entonces con algunos ejemplos de "posfordismo por arriba", a la manera de Alemania y Japón. Pero los peligros de un "posfordismo por abajo", como aparentan ser los casos de Estados Unidos y Gran Bretaña, son aún serios. Países como Francia, Italia y España, entre otros, transitan todavía por un sendero altamente inestable. Vemos entonces que es el grado mismo de inclusión social del capitalismo en su estadio actual el que está en cuestión y en el caso de los propios países centrales, países que a la luz de cualquier ortodoxia cuentan con más grados de libertad que otros a la hora de definir los límites de la socialización capitalista.

Es entonces importante recordar que bajo las actuales condiciones y ante la obvia inexistencia de movimientos sociales de envergadura que aseguren una salida "por arriba" del posfordismo en los países centrales, el proyecto político y militar estadounidense aumenta significativamente las probabilidades de una salida posfordista por lo bajo —con sus graves implicancias en términos de un nivel de desempleo que supera notablemente la media histórica, crecientes bolsones de marginación social y muy serios problemas raciales— y de una aún más importante exclusión de los países de la periferia capitalista. Evidentemente, el orden mundial que pretende imponer la política exterior americana sólo puede sostenerse gracias a la captura por parte de ese país de un mayor excedente proveniente del resto del mundo y gracias a la creación y recreación permanente de conflictos bélicos que justifiquen esta pretensión de recuperación hegemónica por parte de los Estados Unidos.

Con respecto al tema de la hegemonía sobre el plano mundial por parte de un estado-nación, el citado trabajo de Atilio Borón no sólo aporta con claridad los elementos que caracterizan una situación hegemónica, estableciendo a su vez como hemos visto sus condiciones de posibilidad. También se establece allí una tipología precisa de las distintas configuraciones que puede asumir la distribución del poder político y económico a nivel mundial. "Teóricamente sería posible visualizar tres escenarios: uno que podríamos denominar 'poliarquía' y que se caracteriza por la existencia de varias potencias que se mantienen en un delicado equilibrio merced a la paridad casi absoluta de sus capacidades de intervención en el sistema internacional. (...) El segundo escenario está constituido por la famosa 'balanza del poder', en la que las grandes potencias se agrupan y reagrupan en dos campos mientras sobreviven algunas potencias y otras unidades significativas del sistema internacional que permanecen neutrales y cuya lealtad hacia uno u otro bando es siempre provisoria y condicional. (...) Un corolario de esta situación, que Wallerstein juzga como la situación de rivalidad 'estadísticamente normal' en el sistema internacional, es que ninguno de los dos campos de fuerzas puede imponer unilateralmente su voluntad sobre los otros. El tercer escenario posible lo constituye la hegemonía internacional. (...) Al triple escenario descripto podríamos agregarle una cuarta dimensión formada por los diversos 'momentos transicionales' que *per se* son inasimilables a la poliarquía o a la balanza de poder. Esto quiere decir que, bajo ciertas condiciones, estos procesos de transformación y reorganización global podrían rematar en la refundación de un nuevo orden mundial —poliarquía o balanza de poder— pero esto no es ni inevitable ni mucho menos seguro en el corto plazo. (...) Otro resultado también es posible: la eventual perpetuación de las concisiones causantes del actual desorden."

Con respecto a la manera en que "una" de las posibles configuraciones ha logrado reducir el debate y acotar el espectro potencial de situaciones, en lo que podríamos denominar la "hegemonía teórica" de la "hegemonía imperialista", Borón es contundente: "Convendría pensar que esta situación transicional, de vacancia hegemónica, podría extenderse por muchos años y que, con toda seguridad, habrá de precipitar reacomodos profundos y cristalizaciones diversas. (...) Esto nos parece que debe tenerse adecuadamente en cuenta porque cuestiona algunas de las premisas centrales que han prevalecido en las interpretaciones más corrientes sobre este tema, entre ellas la que postula la inexorable naturaleza hegemónica del orden mundial y que lleva a la conclusión de que la actual fase de desorganización sería tan sólo un malestar pasajero que bien pronto habría de ser aliviado por la 'restauración' de la

normalidad internacional, que no sería otra que la hegemonía de alguna de las grandes potencias. Pero, tal como lo ha demostrado Wallerstein, los momentos en los que el sistema mundial estuvo organizado bajo la hegemonía de una potencia integradora fueron la excepción y no la regla. La 'crisis' actual, lejos pues de ser una desviación no sería sino la ratificación de una tendencia secular, vigente desde los mismos indicios del sistema internacional como un ordenamiento relativamente unificado a escala planetaria".

Como ya hemos señalado, el diseño del escenario hegemónico reposa sobre el supuesto de que exista un consenso político internacional respecto de este "nuevo orden". Asimismo la validez empírica de este supuesto descansa sobre la inexistencia de luchas políticas y movimientos sociales por parte de las sociedades civiles de los países, en el sentido de presionar a sus respectivos gobiernos en favor de otro tipo de distribución del poder económico interno y de acción política sobre la escena internacional. En este sentido existen numerosos factores que atentan contra la estabilidad de la recuperación hegemónica americana en la inmediata posguerra. Enumeraremos a continuación sólo algunos de ellos y principalmente los que atentarán más seriamente e inmediatamente contra los estertores imperialistas americanos:

- En numerosos países desarrollados existen importantes índices de desempleo, bolsos crecientes de marginalidad excluidos del orden económico posfordista, serios problemas raciales derivados de lo que oportunamente fuera una muy funcional inmigración tercermundista hacia los países de la OCDE durante el régimen fordista, etc. Estos factores nos habilitan para juzgar como altamente probables los escenarios futuros en que los movimientos sociales presionen fuertemente en el sentido de crear e institucionalizar nuevos compromisos sociales que modifiquen la actual configuración de los regímenes internos de acumulación de esos países, alterando en consecuencia la proyección política y económica externa de los mismos.

- La incorporación al juego económico occidental de las economías del Este obligará a los países de la Comunidad Europea a proveer a la incorporación progresiva y ordenada de sus economías. Ello demandará ingentes recursos presupuestarios y sin perjuicio de crear rivalidades políticas intra-europeas por la repartición de las bondades económicas derivadas de la integración del bloque del Este, aumentará sin embargo significativamente el peso relativo comunitario y su poder de negociación respecto de los Estados Unidos. En este sentido los problemas actuales de una excesivamente rápida y desordenada unificación alemana acarrearán para su gobierno enormes costos políticos. Ese estado de cosas plantea como muy poco probable que la RFA ponga en riesgo su ya muy comprometida legitimidad política por el sólo hecho de satisfacer los reclamos americanos. En este sentido, la actual situación política de la Unión Soviética plantea reparos de igual orden y magnitud respecto de las posibilidades de congelar el orden de esta posguerra.

- Con respecto a los países periféricos y principalmente los países latinoamericanos, la situación política y social está muy lejos de poder estancarse en su estado actual. Los efectos centrífugos derivados de la recomposición posfordista central y los procesos de desintegración del Estado, desagregación social y fuerte concentración del poder económico desatados a partir de ellos sólo podrían acentuar sus aspectos excluyentes si prevaleciera la tan anunciada *pax* americana. En este sentido, los límites críticos a los que ha sido llevada la reproducción social de esas sociedades, más allá del anacronismo, regresividad y miopía estratégica de la política exterior de la administración Menem, colocan como impostergable la reversión de las actuales tendencias.

Como vemos, son variados, importantes y confluyentes los factores que atentan contra el pretendido "nuevo orden" americano. La estabilidad dinámica y estructural del capitalismo mundial, las reservas mínimas de legitimidad política que son esenciales y constitutivas del orden capitalista central y la fuerza de los movimientos sociales que oxigenan la reproducción de ese sistema en el largo plazo son determinantes históricos globales muy difíciles de encuadrar en una pequeña, impotente y falaz imagen de video.

Alain Badiou: la Crisis del Marxismo y las tareas de la Filosofía

Alain Badiou, *¿Se Puede Pensar la Política? y Manifiesto por la Filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990.

Toda presentación conlleva una interpretación y ésta una toma de posición desde donde sostenerla. En relación a los temas que están comprometidos en esta nota diré que nuestra época está signada por dos circunstancias decisivas: 1) el agotamiento del proyecto filosófico de la metafísica de la subjetividad, y 2) la crisis irreversible del marxismo y con ella la desaparición de todo pensamiento creativo sobre la política.

Dos respuestas principales se han producido en el campo de la reflexión y dominan el debate contemporáneo. Por un lado se enrolan aquellos que no están en condiciones de soportar tamaña catástrofe y reaccionan agrupándose bajo la divisa que afirma: si bien ha habido y hay sacudones en el edificio, los cimientos están firmes y no hay porqué abandonarlos. Son los representantes de un pensamiento viejo, reactivo; algunos practican el gatopardismo intelectual. Por el otro lado cabalga una especie de nihilismo ilustrado, proclamando la soberanía de todos los derrumbes y el reinado de un pensamiento errático, débil, mo-

rando en los márgenes borrosos de una disseminación infinita... Si se desmoronaron, afirman, los fundamentos sobre los que se edificaron los grandes mitos acerca de los fines y el sentido de la Historia y del Hombre, no queda más remedio que practicar la orgía de un pensamiento de la experiencia del levantamiento de todos los límites.

La "polémica" entre modernos y posmodernos es la forma pública que asumen estas dispares reacciones. Ahora bien, el hecho de que sean diferentes no quiere decir que no estén comprometidas en una misma problemática. Siguiendo con la analogía presentada, tanto la defensa del viejo edificio como vivir de sus escombros en función de su aniquilamiento no produce nada radicalmente distinto. El segundo es una consecuencia deducible del primero. Nada nuevo bajo el sol. Por lo tanto, no hay espacio creativo interviniendo en ese campo, ni aun aprovechando las innumerables variantes, matices y combinaciones que ofrece y que no dejan de tener su valor pero incapaces por sí mismos de abrir una diferencia fuerte.

Un pensamiento activo, digno de su época, debe hacerse cargo de esas dos circunstancias e inaugura un nuevo terreno de reflexión sostenido por tesis originales. Ese es el sentido que para mí tiene la obra de Alain Badiou.

La subversión de toda ontología de la presencia (o de una ausencia siempre misti-

ca, inefable y trascendente, que no es sino su reverso camuflado) obliga a cuestionar todo pensamiento político que se apoye en la suposición de la existencia de conjuntos sociales consistentes que den una garantía a su representación en el ámbito político. La categoría de representación queda vulnerada para constituirse en el operador de la reflexión política. En política nada hay que representar.

El marxismo no pudo romper el nudo de la categoría de representación y cuando se fundó la era de los Estados Proletarios dio a luz casi la única consecuencia posible: el Stalinismo. El Estado es proletario, el Partido Comunista es su fiel representante y la Patria se convierte en socialista.

Aprisionado por este esencialismo propio de toda ontología de la presencia, el marxismo no pudo pensar los efectos que su práctica y sus tesis políticas venían precariamente tejiendo. La "Crítica de la Economía Política" que es el subtítulo de *El Capital*, debía romper con toda política que se basara en la economía, es decir, en los vínculos sociales que se traman en esa esfera. Lo esencial de esta política económica era producir el conocimiento científico de estas relaciones para luego fundar la representación política sobre bases consistentes y objetivas.

Badiou abre otra lectura de lo que pudo ser el *Manifiesto Comunista* y la invención por parte de Lenin del Partido como procedimiento político singular, autónomo e irreducible a los supuestos sólidos lazos sociales. De aquí se desprende una de sus tesis principales: que si bien la política sucede en el campo de lo histórico-social no se funda ni se deduce de él.

En consecuencia no hay nada "más allá" o de otro orden sobre el cual apoyar el pensamiento político. La política deberá ser radicalmente inventada, o sea, el producto no deducible de otra cosa que no sean sus propios axiomas, y la prueba de su verdad no será la existencia previa de ningún referente fundante, sea éste la clase obrera, la Nación, la Raza, Dios, o el bendito mercado.

Con la crisis del marxismo se hace visible la desaparición de toda política activa. Hay que repensar la política desde bases absolutamente nuevas. Son estériles los debates desde un marxismo deshecho, el democratismo parlamentario, o el stalinismo. La inexistencia de política se traduce —entre otras cosas— en un dominio casi absoluto de las relaciones económicas y «su ideología actualizada a estas circunstancias: la del número. Lo esencial de lo que hoy circula bajo el nombre de "política" consiste en un debate económico (la riqueza de las naciones...) y social (distribución de esa riqueza) sostenido desde el operador numérico: mayoría-minoría; número de manifestantes, de votantes, de huelguistas, etc.; encuestas, rating (Dejo a la imaginación del lector poner el número en el campo de la economía, el arte, la vida privada, etc., y verá su impúdica hegemonía).

Siendo el marxismo la última gran forma de la política inventada, con su acabamiento hoy asistimos a una confirmación casi trágica de una de las grandes tesis de su pensamiento histórico-social: la determinación en última instancia de lo económico. Yo arriesgaría que Badiou acompañaría esta conclusión: el marxismo constituyó lo más creativo de su ser político en la medida en que se propuso como el dispositivo encargado de exceder a esa tesis. Lo político haciendo excepción a lo económico.

Si alguien preguntase luego de este sintético recorrido: ¿Cómo pensar la política si no puedo deducirla de ninguna situación fundante y dadora de sentido?; ¿puede pensársela sin referentes?; ¿qué verdad puedo sostener si no hay conocimiento objetivo de la política?; ¿sin la categoría de representación, el pensamiento político no queda suspendido en un vacío?; ¿qué pasa con el sujeto político?; en definitiva: ¿qué es hoy la política? Badiou contesta con el título de uno de sus libros *¿Se puede pensar la política?* (1985).

Se trata de un texto que rompe con más de veinticinco años de adhesión teórico-práctica al marxismo como actividad vi-

va de la política a través de sus múltiples vicisitudes. El título es sintomático porque nos señala que lo que está en cuestión no es solamente la política, sino el régimen del pensamiento mismo tal como se lo viene practicando hasta ahora.

Es esa misma circunstancia lo que lo toma a veces de difícil acceso. No se ubica en el plano de lo pensable según los cánones usualmente en vigencia. Adelanta en el ámbito de la política varias tesis que recién encuentran un tratamiento sistemático en el campo del pensamiento filosófico en su gran obra *L'Être et L'Événement (El Ser y el Acontecimiento)*, Ed. Seuil, París, 1988).

En este libro afirma que hoy las estrategias matemáticas del pensamiento construidas alrededor de la teoría formalizada de conjuntos, instruyen al campo filosófico la posibilidad de hacer conceptualizable lo indiscernible, rompiendo de esa manera con el constructivismo de Leibniz, raíz nutriente de todo el racionalismo de la modernidad y de la omnipotencia de la "lingüística" contemporánea.

Para abrir este camino Badiou propone una de sus apuestas más arriesgadas, pero también una conmoción en las alicaidas aguas del quehacer filosófico: el objeto central de la ontología tal como lo sugiere Heidegger, es decir, la meditación del ser-entanto-que-ser, pasa a ser, contra Heidegger, patrimonio del pensamiento matemático. Más aún, siempre lo fue, sólo que ahora podemos pensarlo. No siendo posible detenerme a analizar esta jugada trataré de sintetizar los espacios de reflexión que posibilita. Así, frente a la tradición filosófica de las ontologías de la presencia y de un racionalismo exclusivo de la coherencia deductiva, Badiou afirma el primado de lo *sustractivo*, de la *in-presentación* radical, y de una razón ordenada alrededor de la categoría de *acontecimiento* que es aquello que, innominado, suplementa (que excede) la capacidad que una situación dada tiene de conceptualizarlo. El acontecimiento pone de manifiesto la *inconsistencia* de principios sobre la que descansa todo conjunto

consistente, y al mismo tiempo permite el despliegue de mecanismos de intervención para nominarlo y una estrategia de *fideli-dad* para sostenerlo, vinculándolo con la existencia de diversos elementos del cuadro de la situación y poniendo así en circulación un nuevo régimen para pensar a la Verdad y al Sujeto.

Esto permite arrojar otra mirada sobre lo esencial del *Manifiesto Comunista*. Podemos analizar este texto dentro de la tradición marxista diciendo que en él Marx y Engels descubren en la realidad de su época al motor de la Historia —la lucha de clases— y se abocan a ser los representantes genuinos de las aspiraciones políticas del proletariado, llamándolo a organizarse para sostener una lucha revolucionaria contra el capitalismo y lograr así la construcción de una sociedad comunista cuyas características el *Manifiesto* enuncia. El resto de su actividad teórica estaría dirigida a producir el conocimiento científico de las leyes que organizan la sociedad capitalista para hacer de este proyecto no una utopía sino una decisión objetiva y racional.

Desde la obra de Badiou se puede abrir otra lectura que escape al sustancialismo metafísico que subyace a la anterior. Contrariamente a cualquier descubrimiento, Marx instituye la capacidad para la política revolucionaria y el comunismo del proletariado. Las revueltas obreras que inundaban a Europa no eran sino el "síntoma", el exceso, lo que suplementa el cuadro de la situación pensable en su época dentro del idealismo filosófico, el liberalismo económico-político y las utopías —algunas de ellas transgresoras— de los socialismos vigentes. Lo nuevo, lo que no se deduce de la estructura del saber instituido es el nombre con el que se califica este acontecimiento: la capacidad proletaria para la política revolucionaria y el comunismo.

La circunstancia de su inscripción histórica posterior, el destino de esa apuesta, era imposible de deducir con los recursos con los que se construía el tramado discursivo en el año 1848.

Para ello fue necesario construir una nueva consistencia forzando de alguna manera la situación. El **Manifiesto Comunista** pone en circulación una verdad no porque capta "objetivamente" lo que en sí ya estaba como presencia dada, sino porque produce un agujero, porque perfora el dispositivo de un saber constituido acerca de la política.

Cuando Lenin decía que sin teoría revolucionaria no había revolución eso no significaba solamente que toda acción para no ser ciega necesita de una teoría que la guíe, sino algo más decisivo que hoy podemos afirmar: que sin **Manifiesto Comunista** (sin el marxismo) no adviene a la existencia política el proletariado revolucionario que precisamente nombra Marx.

El pensamiento de Badiou propone una nueva teoría del sujeto indispensable para sostener la arquitectura y la comprensión del nuevo modo de reflexionar la política. Acá también se singulariza respecto del debate contemporáneo. Frente a las tesis neoheideggerianas compartidas por algunos posmodernos, el estructuralismo de la abolición de la categoría de sujeto, el viejo sustancialismo de la tradición cartesiana y el historicismo humanista que lo mantienen a todo trance, el filósofo francés afirma:

"(...) nosotros somos igualmente contemporáneos de una segunda época de la doctrina del Sujeto, que no es más el sujeto fundador, centrado y reflexivo, cuyo tema transita de Descartes a Hegel y queda aún legible hasta Marx y Freud (y hasta Husserl y Sartre). El sujeto contemporáneo es vacío, escindido, a-sustancial, no reflexivo. Además él no es sino supponible respecto de procesos particulares cuyas condiciones son rigurosas" (*L'Être et l'Événement*, p. 8).

Si aún alguien sigue preguntando ¿cómo pensar la política? cabe contestar únicamente acerca de las condiciones de posibilidad contemporáneas para hacerlo:

1) Habrá que tomarse en serio la pro-

clama "Dios ha muerto" y dejar en el cementerio todas las categorías que de él dependían en el pensamiento del Ser como permanente presencia.

2) Decretar la caducidad del ser del Uno (el Uno no es) y afirmar el primado de la multiplicidad sin Uno, es decir, inconsistente.

3) Sacar a la Verdad del corazón en el que casi siempre la pensó la filosofía occidental, o sea, ligada al conocimiento. En su lugar hay que plantear la posibilidad de una teoría de la Verdad sin objeto.

4) Hay que repensar el tema del Dos. Para el marxismo clásico "La política sólo era pensable en la medida en que el movimiento de la Historia estaba estructurado por un Dos esencial fundado en lo real de la economía y de la explotación (...). Lo que se busca hoy es un pensamiento de la política que aunque tratando el conflicto, teniendo el Dos estructural en su campo de intervención, no tenga a ese Dos como esencia objetiva". (*Manifiesto por la Filosofía*, p. 62.)

5) Pensar al Sujeto poscartesiano, además de las características antes señaladas, implica una alteración del tema del objeto y la objetividad. Plantear un Sujeto sin Objeto es, entre otras cosas, habilitar un pensamiento que no sea el simple representante de una supuesta objetividad en sí.

5) Hay que afrontar el problema crucial en nuestro tiempo, el de "los límites radicales de lo que el lenguaje puede constituir". Hay que romper la dupla formada por el estructuralismo (soberanía absoluta de la lengua) y el trascendentalismo (que acepta lo indiscernible como estado transitorio a la espera de una lengua completa) haciendo valer los desarrollos que en el seno de la teoría de Conjuntos y en el trayecto recorrido desde Cantor a Cohen, hoy funda "la paradoja central de la teoría de lo múltiple y lo articula, por primera vez de maneja íntegramente demostrativa en un concepto discernible de lo que es una multiplicidad indiscernible" (*Manifiesto por la Filosofía*, p. 52). Adviene la categoría de multiplicidad genérica.

Contestando a la pregunta se puede decir que pensar la política implica abandonar el esquema de la metafísica de la subjetividad desde la que se afirma que la política es un dato inmanente a la realidad histórica que un pensamiento debe descubrir. La política es invención; es un acontecimiento a nominar. El que no hace no es.

Claus Offe o los límites de la Teoría Sistémica del Estado

Claus Offe, *Contradicciones en el Estado del Bienestar*, Madrid, Alianza, 1990. Edición de John Keane; versión española de Antonio Escohotado.

1. Con la reciente edición castellana de *Contradictions of the Welfare State* (Londres, Hutchinson and Co., 1982), sumada a la otra recopilación de ensayos que Editorial Sistema de Madrid realizara dos años antes bajo el nombre de *Partidos Políticos y nuevos movimientos sociales*, puede decirse que el lector de habla hispana dispone ya de lo más importante de la producción de Claus Offe. La presente compilación, preparada por el profesor inglés John Keane en 1982, recoge ensayos escritos entre 1973 y esa fecha, incluyendo una extensa entrevista a Offe y una inteligente presentación crítica de su obra. La pulcra traducción castellana del filósofo español Antonio Escohotado se realizó sobre la base de la reedición inglesa de 1988, y se enriqueció con un ensayo de producción más reciente: "¿La democracia contra el Estado del Bienestar?"

Un acontecimiento cultural auspicioso, considerando que la recepción de la obra de Offe en el mundo hispanoparlante fue indirecta y tardía. No proviene directamente de Alemania —como sucede, por ejemplo, en Italia, donde la obra de Offe es ampliamente conocida y discutida desde los '70—, sino que es un reflejo tardío de la

Que nadie piense que estas líneas alcanzan para obviar la lectura de la obra de este pensador. Quien quiera saber algo de este pensamiento deberá realizar el esfuerzo de su estudio, nada fácil por cierto. Recién entonces, quizás pueda resultarle más entendible esta *imposible* presentación.

Raúl Cerdeiras

repercusión de su obra en el mundo anglosajón (la totalidad de sus trabajos vertidos del español han sido tomados de ediciones inglesas). Mientras era el discípulo radical de Jürgen Habermas, el joven teórico alemán encontró los primeros ecos de su obra más allá de su país natal en los Estados Unidos. Diversas revistas americanas desde 1972, y especialmente *Kapitalistate* desde 1973, dieron a conocer y promovieron la discusión de su obra (esta publicación internacional inspirada especialmente por un grupo de investigadores marxistas de San Francisco, dará a conocer "La abolición del control del mercado y el problema de la legitimidad" desde su nº 1; en el siguiente abrirá la discusión sobre sus principales tesis; Erik O. Wright y colaboradores presentarán su obra en las páginas de *Monthly Review* en 1975...). Sus libros fueron vertidos al inglés por editoriales británicas: en 1976 se publicará su tesis doctoral (*Industry and Inequality*), y en 1982 y 1984 aparecerán dos recopilaciones de sus ensayos (*Contradictions of the Welfare State* y *Social class and Public Policy*, respectivamente).

En lengua castellana, las primeras referencias a Offe provienen del propio Habermas (Habermas, 1973). Recién en 1977, la compilación sobre *El Estado en el capitalismo contemporáneo* de Sontag y Valcillos incluirá el artículo de *Kapitalistate* nº 1/2 y la presentación citada de Wright y colaboradores. Es significativa la ausencia de cualquier referencia a la obra de Offe en la por otra parte minuciosa presentación de Laclau: "Teorías marxistas del Estado: debates y perspectivas" (1981). Las edicio-

nes de sus libros provinieron del mundo editorial español: la antología de varios autores, **Capitalismo y Estado**, de Editorial Revolución (1985), la citada de Editorial Sistema —que recoge ensayos aparecidos entre 1973 y 1983— y, finalmente, la edición que comentamos aquí.

Claus Offe (Berlín, 1940) estudió sociología y economía en la Universidad de Colonia y luego en la de Berlín, a la que recordará luego como “la Berkeley alemana” (p. 256). Entre 1965 y 1969 será asistente de Habermas en el célebre Instituto de Frankfurt, y preparará su tesis doctoral: **Industria e igualdad**. Después de pasar dos años como investigador en Estados Unidos, retorna a trabajar con Habermas, ahora al Instituto Max Plank de Starnberg (Munich), donde permanece entre 1971 y 1975. Desde entonces enseña ciencia política y sociología en la Universidad de Bielefeld, Westfalia, y desde 1990 lo hace en la Universidad de Bremen.

Autor de una vasta producción ensayística —salvo su tesis doctoral, todos sus libros son recopilaciones más o menos estructuradas de ensayos—, Offe, sin embargo, no es un pensador fragmentario sino sistemático. Sus numerosos trabajos, dispersos en libros y revistas, refridos a diversos temas, responden, sin embargo, a una misma problemática, incesantemente reelaborada. El itinerario político e intelectual de Offe puede rastrearse a través de esta nueva compilación ensayística como un pensamiento en abullición permanente, abierto a las más variadas influencias y sujeto a reconsideraciones permanentes.

Estos breves datos biográficos son indicativos de estas influencias teóricas y políticas tan singulares y distantes entre sí (desde las más radicales a las más conservadoras): el marxismo leído en clave izquierdista de los años de Berlín (Offe milita muchos años en la Liga de Estudiantes Socialistas, la célebre SDS), la “teoría crítica” de la escuela de Frankfurt, la reelaboración habermasiana de este legado, la teoría de sistemas del alemán Niklas Luhmann, la so-

ciología americana de cuño estructural-funcionalista... Un legado lo suficientemente contradictorio como para que el mismo Offe se piense a sí mismo como un “eclectico” (p. 259).

2. La aparición de la primera obra de Offe, **Strukturprobleme des kapitalischen Staates**, de 1972 (incluida en la recopilación italiana de D. Zolo, V. referencias bibliográficas) se inscribe dentro del renovado interés de las distintas tradiciones marxistas por la problemática de la política y el Estado, tras el largo silencio al respecto del marxismo occidental. Son los años del debate entre Miliband y Poulantzas en las páginas de **New Left Review**, de la aparición de **Kapitalstate** al calor del novedoso impulso del marxismo americano (J. O'Connor, A. Wolfe, E. O. Wright), de la eclosión de los debates italianos a partir de la herencia gramsciana (de P. Ingrao a A. Negri), de la emergencia de la escuela de la “derivación” en Berlín (E. Altvater, J. Hirsch), marcados por los movimientos de insurgencia estudiantil y obrera de fines de los sesenta (el 68 en Francia, el 69 en Alemania y en Italia) y por los primeros síntomas de lo que ya en 1974 aparece claramente como una nueva crisis capitalista internacional.

El primer núcleo teórico original de esta obra temprana de Offe cuyo impacto es recogido, como dijimos, por diversos comentaristas y polemistas (E. O. Wright, Sardei-Biermann, Tony Negri...) es su tesis acerca de los *mecanismos internos del Estado*. Al igual que Miliband, por un lado, y Poulantzas, por otro, Offe se pregunta por la naturaleza de clase del Estado. Pero a diferencia de los dos primeros, Offe cuestiona los abordajes llamados “instrumentalista” y “estructuralista”, respectivamente, pues sólo consideran las determinaciones externas de la actividad estatal. Los instrumentalistas explican el Estado en función del manejo externo que del aparato de Estado realiza la clase dominante; los estructuralistas por las constricciones estructurales que el modo de producción impone al

Estado como región particular (política) de un sistema global. Offe, en cambio, busca la naturaleza de clase del Estado en la *estructura interna* del mismo, esto es, en los *mecanismos selectivos internos del Estado* que reproducen la supremacía de las clases dominantes. Se trata, según el autor, de mecanismos institucionales que llevarían a cabo un triple nivel de selección: una *selección negativa*, a través de la cual se excluyen sistemáticamente de la actividad estatal los intereses anticapitalistas; una *selección positiva*, que, a partir del espectro de alternativas restantes, escoge aquella que favorezca a los intereses del capital en su conjunto; y finalmente una *selección enmascarante*, a través de la cual las instituciones estatales mantienen la apariencia de la neutralidad de clase al mismo tiempo que marginan las alternativas anticapitalistas o las que no convienen a la reproducción global del capital (Offe, 1977: 123-157).

Oportunamente se ha señalado el carácter excesivamente general, e incluso “vacio” o “inespecífico” de la apelación teórica a los mecanismos selectivos del Estado de inspiración sistémica (Luhmann) y funcionalista (Parsons) (Sardei-Biermann *et al.*, 1973: 76-77). El propio Offe, por su parte, reconoce la dificultad de llevar a cabo un estudio empírico de la naturaleza de clase del Estado a partir de su modelo teórico. Esta no se develaría sino a través del estudio de las opciones excluidas, de por sí difíciles de discernir, y además mistificadas por acción de los mecanismos enmascarantes. De ahí que, para Offe, cuando el sistema funciona con eficacia, es virtualmente imposible demostrar la naturaleza de clase del Estado (una demostración empírica de que el Estado sirve a los intereses de la clase capitalista no prueba que el Estado sea capitalista, esto es, que necesariamente sirva a los intereses de la clase capitalista) (Wright y otros, 1975: 43). De ahí que Offe proponga como solución desplazar el centro del análisis desde el funcionamiento normal del Estado a situaciones de crisis. Antes de pasar al segundo núcleo teórico,

que es el que articula **Contradicciones en el Estado del Bienestar**, esto es, el de la relación entre Estado y crisis, recordemos que aún un autor como Therborn que, *mutatis mutandis*, ha seguido el curso abierto por Offe en el sentido de deducir la naturaleza de clase del Estado a partir de la *forma propia de organización* del mismo, ha señalado sus reparos con respecto al “revoltijo” que se encubre bajo el epígrafe de la “selectividad estructural” y la “apresurada conclusión” de Offe en el sentido de que “sólo es posible demostrar empíricamente el contenido de clase de la política de un Estado cuando éste ha sido derrocado por una revolución...” (Therborn, 1978: 23).

El segundo núcleo teórico que aparece planteado en la obra temprana de Offe pero que recorre como un hilo rojo toda su producción, es su tesis de la *contradicción mercantilización/desmercantilización* propia del “capitalismo maduro” y su “Estado del Bienestar Keynesiano” (EBK). De acuerdo con su peculiar apropiación socialista de la teoría de sistemas (Luhmann), Offe plantea con particular énfasis en sus primeros trabajos (v. especialmente el primer ensayo del libro en cuestión, escrito en 1973) que el “capitalismo maduro” constituye un sistema estructurado por tres subsistemas, interdependientes pero cada uno organizado de acuerdo a una lógica propia: el subsistema *normativo*, regido por valores (que incluye las estructuras de socialización, como la familia, etc.); el subsistema *económico*, regido por una lógica mercantil (de producción e intercambio de equivalentes, esto es, por la “ley del valor”); y finalmente un *subsistema político-estatal*, organizado por mecanismos de poder y coacción política y administrativa. Nuevamente aquí, esta dinámica es visible en la medida en que los tres subsistemas entran en conflicto o en contradicción entre sí. Tal el caso de la incapacidad estructural del EBK —esto es, del subsistema político— de intervenir eficazmente en la esfera de la economía capitalista mercantilizada —subsistema económico: si el objetivo de la intervención era

mico: si el objetivo de la intervención era sostener y potenciar los procesos de mercantilización para eliminar o amortiguar sus tendencias intrínsecas a la crisis (económica), el carácter desmercantilizador propio de la acción estatal (regido por una lógica no mercantil, sino política) librado a su propia dinámica, conduce a una crisis del sistema. Se trata, pues, de una "crisis de la gestión de la crisis". El capitalismo necesita el EBK, pero éste se ha convertido en una carga insostenible para el mismo. Los sistemas capitalistas tardíos, al decir de Offe, no pueden vivir con el Estado Benefactor ni sin él.

A diferencia de ciertos desarrollos del marxismo clásico en que la teoría de la crisis comienza siendo económico-estructural para transformarse luego en político-subjetiva, Offe propone una teoría sistémica de la crisis en la que son los subsistemas los que están en conflicto entre sí. La crisis es entonces el resultado de una auto-obstrucción del sistema: la estructura social se paraliza a sí misma porque los elementos necesarios para su supervivencia la hacen al mismo tiempo imposible. La contradicción entre el subsistema económico y el político (desmercantilización) genera una crisis política, a la que el primero trata de responder con una estrategia que Offe llama de *remercantilización administrativa* (distinta de las estrategias tipo *laissez-faire* o intervencionista). Por su parte, la contradicción entre el sistema político (EBK) y el normativo conduce a una *crisis de legitimación*: el primero se habría mostrado crecientemente ineficaz en la tarea de intervenir sobre el segundo, apropiándose (y politizando) las tareas de socialización que en el capitalismo temprano estaban a cargo del subsistema normativo (familia, caridad, mutuales, etc.). Las políticas desmercantilizadoras del EBK (por ejemplo, las políticas de

"seguridad social") han contribuido a minar la legitimidad de los procesos mercantilizadores, así como la del propio poder político ante unas masas que han incrementado en modo creciente sus aspiraciones y se ven permanentemente frustradas y desilusionadas.¹

Resumiendo: a la inversa de la lógica marxista clásica, es la *crisis política* la que condiciona la emergencia de la *crisis económica* (esto es, la crisis en la gestión de la crisis); la satisfacción popular ante un sistema que antes "suministraba los bienes" se ha convertido en insatisfacción; emergen actitudes empíricas de desacuerdo y comienza la "puesta en cuestión filosófica de toda la relación entre política y sociedad". El conflicto social emergente de esta modalidad de crisis no responde a la centralidad de la oposición capital/trabajo, sino a los múltiples puntos de ruptura del sistema: consumidores, clientes, ciudadanos, mujeres, nacionalidades oprimidas, habitantes de un ecosistema, articulados en los llamados nuevos movimientos sociales.

3. Sin duda, el principal aporte de Offe en aquel intento colectivo de renovación teórico-metodológica del pensamiento político marxista de estas dos últimas décadas, consiste en su renovado esfuerzo por definir un marco conceptual adecuado para pensar los límites de la acción intervencionista del Estado y las tendencias del capitalismo maduro a la crisis. A diferencia de los idílicos esquemas reproductivistas de las teorías estructural-funcionalistas, Offe no se interesa por los momentos de "normalidad" y reproducción sino de crisis, entendiendo a ésta no como coyuntural y extrínseca, sino como intrínseca y estructural al sistema.

Pero esta incorporación crítica de la teoría sistémica plantea también una serie de problemas, tanto teóricos como políti-

cos. En primer lugar, las dificultades y las aporías a las que condujo el rígido esquema arquitectónico de los tres niveles (base económica, superestructura jurídico-política, superestructura ideológica) pueden reproducirse en un enfoque sistémico que escinda abstractamente tres subsistemas (económico, político, normativo). Si puede resultar productiva su distinción analítica, su transformación en instancias ontológicas se convierte en un obstáculo epistemológico para pensar la totalidad social.² Por otra parte, el antagonismo de clase en el modelo de Offe queda subsumido (cuando no abolido) dentro de conflictos horizontales, intrasistémicos. El riesgo es aquí una teoría super-racionalista que explique la dinámica social por las lógicas contradictorias de los subsistemas, a las que sin más se subordinarían los sujetos sociales. La consecuencia de ello consistiría en que una teoría que se quiere crítica devendría conservadora, cuando no apologetica, al celebrar la racionalidad instrumental del sistema por encima de la praxis social. La problemática del Estado tiende a circunscribirse a la perspectiva de los problemas de dirección, como se pone en evidencia en la punzante entrevista con D. Held y J. Keane que cierra el volumen, donde Offe llega a hacer una temeraria defensa de este abordaje: "el enfoque teórico-sistémico es un instrumento adecuado de análisis, porque corresponde al modo en que conciben el sistema quienes son sus gestores" (esto es, según el mismo Offe, "quienes manejan los subsistemas políticos, económico y cultural", v. Offe, 1988: 261).

Es cierto que Offe, llevando el enfoque sistémico más allá de Luhmann, enfatiza el carácter insuficientemente racional de

las élites administrativas, con consecuencias "autoparalizantes y que por eso ponen en libertad agentes cuyas acciones no forman por definición parte del sistema ordenador" (p. 262). De aquí que para el autor de *Contradicciones en el Estado del Bienestar* no sean las clases sociales y su lucha —en tanto que internas al sistema— las que poseen centralidad explicativa y potencial emancipador, sino más bien los sujetos que se constituyen a partir de la disfuncionalidad del sistema, que se resisten a las lógicas tanto económico-mercantiles como político-estatales desde identidades sociales regidas por valores post-materialistas de participación, igualdad, desarrollo personal (representados especialmente por los movimientos ecologista y feminista).

Desde esta perspectiva, las críticas de Offe a las estrategias obreristas y a la izquierda tradicional y su apelación a las nuevas formas de lo político, atendiendo a la emergencia de una nueva subjetividad social, o bien de las llamadas "necesidades radicales" (A. Heller), son penetrantes. Si parece criteriosa su advertencia en el sentido de que "el problema crucial para el movimiento obrero es cómo convertirse en algo más que un movimiento obrero" (p. 288), su consejo para las izquierdas y el movimiento sindical de abandonar la exigencia de pleno empleo ("es agudamente antisocialista", p. 299) parece más cuestionable. Otro ecosocialista, André Gorz —por otra parte elogiado por el mismo Offe—, con más sentido político, hizo una enfática defensa del potencial político antimercantilista que encierra una estrategia de derecho de todos y todas al trabajo, bajo la forma de reparto del tiempo de trabajo social entre todos y todas los que puedan trabajar,

¹ Para medir la influencia que estas tesis encontraron en su maestro Habermas, v. *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío* (1973). Este las incorpora a su propio modelo teórico, donde el peso de la teoría sistémica es aún más aplastante: la dicotomía que articula toda la obra de Habermas (trabajo/interacción social, acción instrumental/interacción comunicativa, etc.) separa radicalmente la esfera del poder y del Estado de la esfera de la economía y del trabajo, como para permitir una concepción materialista de lo político fundado en determinaciones estructurales.

² No es descabellado descubrir tras los subsistemas económico, político y normativo (sociocultural) de Offe y Habermas ciertas reminiscencias weberianas. Los tres órdenes del autor de *Economía y Sociedad* (económico, social, político), correspondientes a distintas posiciones (posición económica, de acuerdo a la facultad de disponer bienes en el mercado; posición social de acuerdo a la jerarquía de prestigio social, honor, crédito, etc.; y política, relativa a la distribución de poder, se hallan "influidos mutuamente" pero son independientes y autónomos. Tanto en Weber como en Habermas (y a menudo también en Offe) las clases son circunscriptas al orden (o al subsistema) económico, las relaciones sociales de producción son reducidas a relaciones mercantiles, y la pertenencia de clase es definida por la facultad de disponer bienes en el mercado.

pero sin pérdida del sueldo real (*"Trabajar todos para trabajar menos"*) (Gorz, 1983: 67 y ss.).

En cuanto a la contradicción mercantilización/desmercantilización como eje de la crisis sistémica, sin duda el aporte más original y sugestivo de Offe, los problemas no son menores. Aunque dicha contradicción arroje una luz decisiva sobre la naturaleza de la crisis, es altamente improbable la tesis del autor en el sentido de que "hay más y más esferas de la vida social en las cuales el capital se ha retirado o se ha visto excluido" (p. 287). Como ya tempranamente apuntaron Sardei-Biermann y colaboradores, si el énfasis de Offe es correcto en cuanto al crecimiento de la esfera desmercantilizada (estatal) en el plano de las relaciones laborales (con el decrecimiento relativo del sector monopólico y el crecimiento del empleo estatal), en el resto de las relaciones sociales se opera un proceso de mercantilización creciente de todos los aspectos de la vida social. El mismo proceso de concentración monopólica, como forma ulterior de acumulación capitalista, depende crucialmente de la incorporación cada vez mayor de esferas sociales en la esfera del mercado (Sardei-Biermann y otros, 1973: 68).

Los procesos de avance de la mercantilización, de la creciente conversión en mercancías de bienes y servicios que funcionaron previamente como valores de uso, y las contradicciones intrínsecas de la economía capitalista son notoriamente desatendidas por Offe (a menudo desdeñoso en relación a ciertas "tesis básicas de la economía política (sic) marxista" como la tasa decreciente de beneficio o la ley del valor, p. 260). Su énfasis en formular una teoría política de la crisis que escapara del economicismo probablemente lo llevó a desatender los mecanismos de auto-observación internos al "subsistema económico". La temprana tesis de Offe, recogida inmediatamente por Habermas (1973) en el sentido de que en el capitalismo maduro las crisis económicas pueden ser evitadas

por el intervencionismo estatal, aunque a costa de desplazarse al plano político y al socio-cultural, no se han visto confirmadas por la experiencia histórica. Como ha señalado Anderson a propósito de Habermas, los años setenta y ochenta presenciaron una aguda crisis económica internacional sin generar ninguna crisis de legitimación del sistema capitalista (Anderson, 1983: 80).

Es indudable el esfuerzo de Offe a lo largo de los sucesivos ensayos por flexibilizar, cuando no a dejar atrás, ciertos conceptos sistémicos para aproximarse a una concepción más histórica, que da mayor cabida a los sujetos sociales y a sus anclajes en la estructura económica (v. especialmente el ensayo séptimo, escrito en 1988). Paradójicamente, este Offe que declara haber dejado de considerarse un "marxista" para definirse hoy como un "eclectico" (p. 257-8), parece ir abandonando su compromiso verdaderamente ecléctico de compatibilizar la teoría sistémica con el materialismo histórico, para ir arribando a una concepción más histórica del capitalismo maduro y su Estado del Bienestar.

Horacio Tarcus

Referencias Bibliográficas:

- ANDERSON, PERRY (1983), *Tras la huella del materialismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 1986.
- GORZ, ANDRÉ (1983), *Los caminos del paraíso*, Barcelona, Laia, 1986.
- HABERMAS, JÜRGEN (1973), *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Bs. As., Amorrortu, 1975.
- LACLAU, ERNESTO (1981), *Teorías marxistas del Estado: debate y perspectivas*, en Lechner, N. (comp.), *Estado y política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1981.
- NEGRÍ, ANTONIO (1976), *Sur quelques tendances de la théorie communiste de l'Etat la plus récente: revue critique*, en *Sur l'état*, Colloque de Nice, septembre 1976, Bruxelles, Contradictions, 1977.

OFFE, CLAUS (1973), *The abolition of Market Control and the Problem of Legitimacy*, en *Kapitalstate*, nº 1 y 2, San Francisco, 1973.

OFFE, CLAUS (1979), *Lo stato nel capitalismo maturo*, Milano, Etas Libri, 1977, Introd. di Danilo Zolo (los caps. 1, 3, 5 y 7 corresponden a C. Offe, *Strukturprobleme des kapitalistischen Staates*, F. aum Main, Suhrkamp, 1972).

OFFE, CLAUS Y OTROS (1985), *Capitalismo y Estado*, Madrid, Revolución, 1985.

OFFE, CLAUS (1988), *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Sistema, 1988.

OFFE, CLAUS (1988), *Contradicciones en el Estado del Bienestar*, Madrid, Alianza, 1990.

SARDEI-BIERMANN, S.; CHRISTIANSEN, J.; DOHSE, K. (1973), *Class Domination and the Political System: A Critical Interpretation of Recent Contribution by Claus Offe*, en *Kapitalstate*, Nº 2, San Francisco, 1973.

SONTAG-VALECILLOS (comp.) (1977), *El Estado en el capitalismo contemporáneo*, Caracas, Siglo XXI, 1977.

THERBORN, GÖRAN (1978), *¿Cómo domina la clase dominante?*, Madrid, Siglo XXI, 1982.

WRIGHT, E. O.; GOLD, D.; LO, H. (1975), *Recientes desarrollos en la teoría marxista del Estado capitalista*, en Sontag-Valecillos, cit.

Arquitectura y Autoritarismo
Rodolfo Livingston

Estado, Finanzas y Deuda Externa
Argentina (1860 - 1890)
C. Marichal

Familia y Comercio.
Los mercaderes
del Buenos Aires Virreinal
Susan Socolow

Ganado, Trigo y Estancias
J.C. Garavaglia
J. Gelman (comps.)

Política y Población
en Argentina
Susana Torrado (comp.)

Mujer. Participación,
cultura política y Estado
Celia Amorós



EDICIONES
DE LA FLOR
Anchoris 27
(1280) Buenos Aires

Colección
"El Cielo por Asalto"
dirigida por Horacio Tarcus

André Gorz
Adiós al Proletariado

Atilio Borón
Estado, Capitalismo y Democracia
en América Latina

Miliband - Poulantzas-Laclau
Debates sobre el Estado Capitalista
(próxima aparición)

...

Revista
El Cielo por Asalto
publicación trimestral

...

Colección *América Debate*

Oswaldo Barski
Políticas Agrarias
en América Latina

...

Colección *Argentina Debate*
Ibarlucía / Sanchis / Haurie
Varones y Mujeres en la Crisis

Ediciones
Imago
Mundi

Loria 1821 (1241) Bs. As. ☎ 91-1770

Giddens: La teoría social hoy • **Offe:** Contradicciones en el Estado del Bienestar • **Prigogine:** Entre el tiempo y la eternidad • **Farías:** Heidegger y el nazismo • **Calvino:** Nuestros antepasados • **Eco:** Semiótica y filosofía del lenguaje • **Colomer:** El arte de la manipulación política • **Roemer:** El marxismo: una perspectiva analítica • **Braudel:** Una lección de historia • **Merquior:** De Praga a París • **Schumpeter:** Capitalismo, socialismo y democracia • **Duby:** El amor en la Edad Media y otros ensayos • **Finkelkraut:** La memoria vana • **Guinzburg:** El queso y los gusanos • **Bastide:** Sociología de la religión • **Aglietta:** La violencia de la moneda • **Savater:** Humanismo imperialista • **Meillassoux:** Antropología de la esclavitud • **Schultz:** Hacia la reunificación: la cuestión alemana en la década de los '80 • **Burke:** La cultura popular en la Europa moderna • **Vickers** (comp.): Mentalidades ocultas y científicas en el Renacimiento • **Piore:** La segunda ruptura industrial • **V.V.A.A.:** Sexo barroco y otras transgresiones premodernas • **Kristeva:** El lenguaje, ese desconocido • **Llobera:** La identidad de la antropología • **Chatelet:** Preguntas y réplicas • **Ramos:** Política económica neoliberal en países del Cono Sur • **Wolfe:** ¿Quién teme al Bauhaus feroz? • **Kennedy Toole:** La biblia de neón • **Shepard:** Crónicas de motel • **Bukowski:** Factotum y otras • **Pavic:** Diccionario jázaro

gandhi

Libros - Café - Foro Cultural

Montevideo 453 (1019) Bs. As. Argentina
☎ 46-1994

EL CIELO POR ASALTO

Editorial

Dossier Feminismo Latinoamericano:

Gina Vargas/Entre la esperanza y el desencanto

Martha Rosenberg / Desigualdades y diferencias

Temas:

E.P. Thompson/Los finales de la guerra fría: réplica a Halliday

Fred Halliday / Contrarreplica

Perry Anderson / Las afinidades de Bobbio

Epistolario Bobbio / Anderson

A. Negri / La crisis del '29 y el Estado keynesiano

James O'Connor / Las dos contradicciones del capitalismo

M. Matellanes / Crisis de la hegemonía U.S.A.

Reseñas Críticas:

R. Cerdeiras sobre Alain Badiou

H. Tarcus sobre Claus Offe